

EL
CORAZÓN
DE
Aldabia

Pat Casalà



<<Un corazón
a cambio de
todo un reino>>



El corazón de Aldabia

Pat Casalà



Los personajes y situaciones que se narran en esta historia son ficticios, cualquier hecho parecido a la realidad es mera coincidencia.

El corazón de aldbia

©Patricia Casalà Albacete

©De esta edición: Red Apple Ediciones

www.redappleediciones.com

info@redappleediciones.com

Diseño de la cubierta y maquetación: [Isla Books Studios](#)

Imagen de la cubierta: ©Andronova Ekaterina, ©Potas

Bajo las sanciones establecidas por las leyes queda rigurosamente prohibidas, si la autorización expresa de su titular, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo la impresión para su posterior copia o la difusión a través de “amigos” en internet— y la distribución de ejemplares de esta edición o posteriores y futuras mediante alquileres o prestamos públicos.

Menú de navegación

[Prólogo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

33

Epílogo

Agradecimientos

*Dedicado a todas las mujeres que una vez quisieron
convertirse en la princesa de un cuento de hadas.*

*En el amor hay algo de locura,
pero a la vez en la locura
hay siempre algo de razón.*
Friedrich Nietzsche

*El verdadero amor no es el amor propio,
es el que consigue que el amante
se abra a las demás personas y a la vida;
no atosiga, no aísla, no rechaza, no persigue:
solamente acepta.*
Antonio Gala

Prólogo

22 de noviembre de 2002

Desde la ventana se observa el manto blanco cubriendo las montañas. El sonido del viento se ensortija tras el cristal para llenar el silencio mientras Isabelle le da vueltas a su siguiente tirada en el tablero de ajedrez. Levanta los ojos un segundo para observar a su padre, siempre le ha gustado mirarlo mientras piensa en sus movimientos, descubrir esa arruga entre las cejas, la barba cuidada de un color muy negro, sus ojos marrones llenos de luz.

Sonríe colocando la barbilla entre sus manitas con la convicción de que no tardará en conquistar la partida. Lo mejor de ganar es descubrir cada tirada en su mente infantil, encontrar la forma perfecta de mover las piezas en el tablero para avanzar hacia una victoria y dar la estocada final.

Cuando su padre levanta la torre y la avanza con lentitud la sonrisa triunfal de la niña se ensancha todavía más.

Lo tiene.

Lleva un rato esperando esa tirada, ahora solo le falta un movimiento y...

—¡Jaque mate! —Levanta los brazos para aplaudir feliz.

—Lo has vuelto a hacer. —Redrick alarga la mano para revolverle el pelo a su hija—. ¡Eres la niña más inteligente de Aldabia!

—Este juego es muy fácil. —Sonríe con emoción—. Solo se necesita tiempo y pensar cómo el contrario. Eso es lo que más me gusta, adivinar cómo vas a mover las piezas.

Unas carcajadas asoman desde el sofá. Marya deja el libro abierto sobre la mesilla de centro y se gira para mirar a su marido y a su hija.

—¡Cómo te gusta imitar a tu padre! —le dice a Isabelle—. Pero tiene razón, eres muy lista y muy analítica.

—¿Analítica? —repite la niña con lentitud—. ¿Qué es eso? Nunca me has enseñado esa palabra.

—Es una persona como tú. —La sonrisa de su madre se ensancha—. Reservada, tranquila, siempre con ganas de saberlo todo y querer entender el funcionamiento de las cosas... ¡Odias cuando algo no tiene sentido para ti!

—¡Claro! —Isabelle asiente con ese aire serio de cuando quiere recalcar una de sus afirmaciones—. Es que las cosas han de tener sentido.

—No siempre pueden tenerlo. —Redrik suelta un suspiro tenso—. A veces hay que aceptar una realidad por muchos reparos que tengas de ella.

—Siempre que no dejes de luchar por cambiar esa discordancia —añade la pequeña deteniéndose en la última palabra para decirla con claridad. Es una de las muchas que le enseñan sus padres y no quiere olvidarla—. ¡Las cosas han de tener lógica!

La mirada de sus progenitores se llena de admiración. Desde muy niña su gran inteligencia ha conseguido hacerla razonar como una adulta en vez de aparentar su edad, por eso la han instruido en muchas disciplinas, ayudándola a entender el mundo, dándole la posibilidad de llenar sus ansias de saber y enseñándole un vocabulario impropio de su edad. Quizás por eso son una familia tan compenetrada a pesar de su aislamiento en las montañas y de su forma ermitaña de vivir.

—¿Preparamos la cena? —Marya se levanta con pesadez, sin demasiadas ganas de cocinar—. Me muero de hambre.

—Y yo —secunda Isabelle—. Me rugen las tripitas.

Entre la niña y Redrik guardan las piezas del ajedrez en la caja antes de encaminarse con Marya a la cocina.

Su casa es pequeña, apenas cuentan con setenta metros cuadrados para los tres. La decoración es acogedora, se nutre de muebles de madera recia, pocos adornos, escasas fotos y la enorme librería de Marya, reunida gracias a excursiones a las librerías de la capital. Es necesaria para educar a Isabelle, ya que la niña nunca tiene suficiente y devora los libros con una rapidez insana.

De allí vino también el ajedrez y los juegos de mesa que poseen.

Las llamas se alzan crepitando en la chimenea y llenando las paredes del salón con formas fantasmagóricas mientras caminan los tres felices hacia la cocina, enredados en una conversación trivial.

El sonido de un coche acercándose pone en alerta a Redrik. Están en un recodo aislado de las montañas, alejados de la civilización. Es tarde, la

oscuridad se cierne en el exterior y no esperan a nadie.

Le dirige una mirada tensa a su mujer.

—Isabelle —dice en un tono suave—. Necesito que te metas en el escondite y no salgas pase lo que pase.

—¿Por qué? —La cara se le desencaja con un conato de miedo—. Me estás asustando.

—Prométemelo. —Redrik se arrodilla junto a su hija para mirarla con autoridad—. Harás exactamente lo que te he dicho porque eres una niña muy obediente, ¿vale?

—Todo cuanto tenemos eres tú. —Siente el abrazo de Marya cuando escucha los motores detenerse—. No lo olvides nunca.

—Me portaré bien. —La voz de Isabelle se tiñe de dolor porque a pesar de su edad intuye el peligro en la expresión de sus padres—. Lo prometo.

—Recuerda lo que hemos ensayado mil veces —insiste Marya—. Necesito saber que estás a salvo o nada valdrá la pena.

—Voy a quedarme quieta y callada. Te lo prometo.

—Sé fuerte Isabelle. —Su padre la besa en la frente con una sonrisa que sabe a adiós—. Has de pensar en todas las posibilidades antes de intervenir. Solo actúa si puedes ganar.

Se acerca a la estantería con rapidez al notar cómo la tensión aumenta con el sonido de varias puertas de coche cerrarse en el exterior. En la esquina hay un tirador oculto que abre hacia delante una parte de los estantes. Isabelle entra en el boquete de tres metros cuadrados, con una altura suficiente para ella, y cierra con rapidez. Se pone en pie para observar a través de los agujeros disimulados entre los libros.

Redrik le sonrío antes de darle la espalda cuando alguien llama a la puerta con rudeza.

La mirada de la niña se posa en su madre. Está aterrada, parece a punto de llorar de ansiedad. En cambio, su padre mantiene la calma de siempre y la abraza con fuerza para reconfortarla.

—Todo irá bien —susurra sin darse la vuelta.

La necesidad de gritar inunda a Isabelle cuando su padre abre la puerta y un grupo de cinco personas irrumpen con fiereza en el recibidor. La casa es pequeña y desde su posición ve con claridad sus caras. Son hombres jóvenes, apuestos y fieros. Uno de ellos, el que parece el jefe, avanza cuatro pasos, agarra a Redrik por un brazo y lo arrastra hacia el interior del salón.

—¡Maldito bastardo! —suelta con rabia.

Redrik le escupe en la cara. Sabe que está perdido, ha llegado su hora y no quiere irse sin luchar. Le lanza una mirada llena de amor a Marya y se llena de calor para afrontar su destino. Está tranquilo a pesar de conocer lo que le espera y nada le arrebatará la posibilidad de terminar su vida sin derramar ni una lágrima.

Solo le duele dejar sola a Isabelle.

La mirada de la niña se posa en la expresión dura del hombre que continúa agarrando con fuerza a su padre antes de asestarle un puñetazo en la cara que le lanza hacia atrás.

—Cabron arrogante. —Le sujeta de nuevo por el brazo para levantarlo—. ¿Crees que puedes desafiarnos?

Uno de los hombres se acerca a Marya, le rasga la camisa y empieza a deslizar el filo de un cuchillo por la piel expuesta. Ella aguanta con estoicismo su deseo de gritar, necesita mostrarse firme para que Redrik no reaccione con demasiada violencia y para no asustar a su hija. La niña debe sobrevivir, es su único legado.

Los ojos de Isabelle se llenan de lágrimas. El miedo la paraliza, apenas es capaz de ahogar los gemidos. Sube la mano hasta la boca para acallarlos con el recuerdo de las palabras de su padre, de su promesa, de las mil veces que han ensayado algo parecido.

Nunca imaginó que sería tan cruel, tan duro, tan horrible.

Solo tiene ocho años y su corazón se desgarró acompañado de los gritos, del dolor, de la sensación de estar ante una escena que se repetirá toda la vida en sus pesadillas para arrebatarle la cordura.

1

Aladi

26 de agosto de 2017

—¡Joder! —Me tapo con la sábana para evitar que los rayos de sol me iluminen—. ¡Gustav, haz el jodido favor de cerrar otra vez las cortinas!

—Alteza, sus majestades los reyes reclaman su presencia en el despacho. —Escucho su voz alterada, como si estuviera atacado por una inquietud intensa—. Es importante.

Gruño debajo de las sábanas. Siento la boca pastosa, la cabeza me lanza punzadas de dolor y la reseca se ensaña con mi estómago.

—¿Qué hora es?

—Las ocho y cuarto.

—¿Y desde cuando me levantas antes de las doce un sábado? —Mi tono airado no consigue que vuelva a cerrar las cortinas—. ¡Lárgate de una vez!

—Lo siento, alteza —insiste—. Va a querer escuchar a Sus Majestades.

Con un soplido lleno de rabia retiro las sábanas y me incorporo en la cama. Por suerte las dos chicas que me acompañaron ayer por la noche se fueron tras una increíble sesión de sexo. Ahora no podría lidiar con ellas.

Observo la expresión de mi guardaespaldas. Es un hombre alto, de complexión fuerte, cuadrado y con los músculos tan trabajados que su presencia impone respeto. Lleva su habitual traje negro, el pelo al uno y esos mocasines brillantes de siempre. Pero sus ojos parecen sobrecogidos. Nunca había advertido la capacidad de Gustav de asustarse.

Me tiende un vaso de agua con un par de comprimidos.

—Tómese esto, le irá bien para hacer frente a lo que viene.

—¿Qué ha pasado? —Me trago los comprimidos acompañados de un

abundante trago de agua—. ¿Por qué no te vas y dejas de tocármelas narices?

—Dúchese rápido, alteza. Los reyes le esperan.

Cuando sale de la habitación me deja un poco jodido. Es la primera vez que se comporta de una forma parecida, sin irse ante mis gruñidos ni dejarme tiempo para reaccionar.

Es extraño.

Salgo de la cama desnudo. No me gusta dormir con ropa, me molesta. Prefiero que mi cuerpo se sienta acariciado por las sábanas de seda que se adaptan a la temperatura y me arrullan como las manos más sedosas del reino.

Hace sol en el exterior, los rayos se dedican a cruzar la habitación desde la ventana para posarse sobre mis ojos produciéndome un destello doloroso. Tengo una resaca del quince. ¡Ayer me pasé un poco con las copas! Y luego me puse hasta arriba de coca...

Gruño al sentir un martilleo en la cabeza cuando camino rumbo al baño. Ni la ducha más larga puede deshacerse del malestar.

Necesito dormir.

El agua solo consigue rebajar un poco el dolor de cabeza, pero la boca sigue pastosa y cada uno de mis movimientos me revienta el cráneo.

Me lavo los dientes para refrescar algo mi aliento, solo me faltaría enfrentarme a las pullas de mis padres sin sentir el efecto fresco de mi pasta de dientes.

Salgo a la habitación desnudo. Es enorme, con un salón en una esquina, el vestidor abierto en la otra y una puerta de acceso directo a mi inmenso baño privado.

Paredes blancas, puertas de madera del mismo tono, cama con dosel, pesadas telas de color granate, un largo escritorio frente al ventanal que da a mi pequeño balcón privado con vistas al jardín de palacio...

No tardo ni dos segundos en fijarme en la bandeja que alguien ha dejado sobre la mesa baja situada frente a los sofás. Mis tripas rugen al instante al oler el aroma de un café colombiano fuerte y lleno de notas de pureza.

Me visto con unos vaqueros y una camiseta, camino hacia el sofá para hacerme con el tazón y darle un bocado al sándwich que lo acompaña y suspiro.

Dos golpes en la puerta preceden la reaparición de Gustav.

—¿Está listo, alteza?

—Hecho una puta mierda —gruño—. ¡Eso es lo que estoy!

—Vamos. —Aguanta la puerta para salga—. Sus Majestades le esperan y

no les gusta que use ese lenguaje, ya lo sabe. No es propio de un príncipe.

—¿Desde cuándo te has convertido en mi niñera? — Gruño como respuesta.

Caminar me despierta agujonazos en la cabeza. No suelto el tazón de café ni el sándwich, si logro asentar un poco el estómago y la cafeína me ayuda a despertarme quizás aguante un asalto con mis padres. Si me han despertado a esta hora solo puede significar otro de sus largos sermones sobre cómo se supone que debe comportarse un príncipe.

¿No les cabe en la cabeza que me importa una mierda?

El heredero al trono es mi hermano Aldario, el único e indiscutible sucesor de mi padre, el inteligente de los dos, el impecable próximo rey de Aldabia. Le quiero, hemos crecido juntos, apenas nos llevamos dos años y entre nosotros siempre ha existido camaradería, pero no puedo ser como él porque mi papel es diferente y por suerte puedo disfrutar de los beneficios de la realeza sin sus obligaciones.

Aldario es diplomático, tierno, fiel y paciente. Todo lo contrario que yo. Desde pequeño es aplicado en los estudios, se interesa por todo cuanto lo rodea y ha terminado dos carreras, aunque ha necesitado mucha disciplina de estudio para lograrlo.

En cambio, yo...

Nunca me costó sacarme las asignaturas, no era una cuestión de falta de capacidad, era más bien una ausencia total de motivación para estudiar cosas absurdas.

Cuando algo me interesa ya me ocupo yo de informarme, estudiarlo y encontrar respuesta a las múltiples preguntas que formula mi mente. Mi curiosidad innata nunca indaga los temas que preocupan a mi familia.

El palacio está demasiado lleno de una decoración cargante. Las paredes pintadas en verde del pasillo rezuman poder y riqueza por cada uno de los retratos de la familia real. Los Hustrasga somos los soberanos de Aldabia desde hace siglos, dominamos este país báltico rico en recursos naturales con una economía vigorosa. Y seguimos rigiendo con mano de hierro.

Aldabia está llena de contrastes, con pueblos pequeños distribuidos por la zona de las montañas y grandes urbes cerca de la costa, donde las playas rocosas salpican el paisaje. No es grande ni ocupa una gran extensión de terreno, pero sí es muy rico y la economía es boyante, consiguiendo que las personas puedan alcanzar un buen nivel de vida.

Nuestra residencia oficial está en las afueras de la capital, rodeada de

naturaleza y alejada del ruidoso tráfico. El gobierno de derechas de mi padre consigue que la población sea próspera gracias a la proliferación de negocios. Una de nuestras mejores bazas es la existencia de comercio propio gracias a la poca aceptación del soberano a abrir las fronteras a la globalización, por eso en Aldabia tenemos mucha producción interna y una cantidad nada desdeñable de comercios autóctonos y diferenciados del resto del mundo. Los últimos años la exportación de nuestros productos ha abierto una nueva vía de enriquecer a los empresarios.

La única pega es el absolutismo propugnado por mis padres, quienes no toleran ni una muestra de oposición a su régimen.

Me detengo ante las puertas del despacho real. Solo me llaman a él cuando la situación es peliaguda y me duele demasiado la cabeza para aguantar una mierda de discurso de mi padre acerca de la importancia de qué dirán ante mi desfachatez a la hora de comportarme.

Soplo.

No tengo el cuerpo para una charla moralista sobre mi forma de vivir, pero tampoco me queda alternativa.

Le doy un largo trago al café solo, sin leche ni azúcar, y anuncio mi presencia antes de abrir de par en par las dos láminas de madera.

—Aladi... —La voz de mi padre es apenas un susurro.

Estoy confundido. Parece derrotado y eso no es propio de él. Está sentado junto a mi madre en uno de los señoriales sofás de tela verde con cabecero rococó, encogido, con la mirada vidriosa y la falta absoluta del vigor que le caracteriza. Es un hombre alto, con un porte distinguido, facciones añidadas como las mías, pelo castaño perfectamente arreglado...

Pero ahora parece otra persona.

Tiene ojeras amoratadas bajo los ojos enrojecidos, lleva la ropa mal colocada, el cabello despeinado y su cuerpo parece haber perdido la rigidez de siempre. Incluso su forma de vestir no es la habitual, es más informal, como si se hubiera vestido a toda prisa.

Mi madre también está diferente. La tristeza de su postura, con la cabeza apoyada en el hombro de mi padre, lágrimas en un rostro sin pizca de maquillaje, la ropa demasiado sport para ella y las manos retorciendo un pañuelo en el regazo...

Normalmente es una mujer altiva.

Su metro setenta y cinco de estatura jamás luce un gramo más de grasa, se cubre con vestidos caros, ajustados, idóneos para una reina con su excepcional

belleza. Su larga melena rubia suele aparecer arreglada con ondas perfectas que caen en cascada sobre los hombros rectos.

En cambio, en este momento parece una persona más tangible, sin esa aura de realeza de siempre.

Gustav se queda frente la puerta cerrada, junto con los guardaespaldas personales de mis padres, atentos a cualquier posible amenaza. También hay miembros del equipo de seguridad delante de cada ventana, quietos, con las piernas abiertas y los brazos largos a los lados del cuerpo, preparados para actuar en caso de que sea necesario.

Siempre nos dejan solos para hablar...

Esto es raro de cojones.

Estoy empezando a asustarme.

Doy tres pasos al frente, hasta llegar a la altura de mis padres. Ellos observan mis movimientos en silencio, indicándome con gestos que ocupe un sitio en el sofá. Lo hago sin más dilación, ansioso por el ambiente que se respira.

—¿Qué coño pasa? —pregunto mirándolos con inquietud.

—La primera regla es no hablar así —musita mi madre casi sin voz—. Ya no puedes seguir ignorando que eres un Hustrasga. Las cosas han cambiado de forma inevitable y tus obligaciones actuales impiden que te comportes como un juerguista incorregible. ¡Eres un príncipe! ¡Por el amor de Dios!

Y entonces sucede algo que me deja fuera de juego. Mi madre, la reina de Aldabia y del *ocultar tus sentimientos es una ley*, solloza. ¡Joder! ¡Si hasta le caen lágrimas!

—¿Estás bien? —La miro alucinado.

—No, para nada. —Mi padre toma la palabra—. ¿Recuerdas las amenazas que llevamos unos meses recibiendo de la guerrilla? —Asiento—. Pues acaban de convertirse en una realidad. Y la única esperanza para conservar Aldabia eres tú. ¡Debes empezar a comportarte como toca! ¡Se terminó salir de palacio por las noches e ignorar tu agenda repleta de actos a los que acudir! Desde ahora mismo vas a actuar como el príncipe que se merece el pueblo.

—¿Yo? —Levanto las cejas, incapaz de procesar la última afirmación—. ¿Por qué?

Me duele demasiado la cabeza para asimilar este tipo de conversaciones trascendentales a esta hora. Solo quiero dormir. Y no entiendo nada de lo que sucede. Nunca les ha molestado tanto mi vida disoluta, tienen al perfecto

Aldario para representar el papel digno de nuestra monarquía y, salvo sus peroratas acerca de mi comportamiento, jamás me han prohibido vivir como se me antoja.

—Acabas de convertirte en el príncipe heredero —pronuncia mi padre con un tono más acorde con su personalidad—. Has de dejar tu licenciosa manera de comportarte para asumir tu nuevo papel. Ha llegado la hora de cambiar de vida para siempre.

Necesito un trago. Uno de verdad, no de este café que me llevo a la boca para bajar el nudo que me oprime el estómago de una forma abrupta, impidiéndome respirar con normalidad.

Si eso es cierto quiere decir...

¡No, no, no!

Miro las expresiones de mis padres, calibro la situación desde la perspectiva correcta, me fijo en los detalles y mi corazón inicia un trote desbocado.

—¿Aldario? —Es un susurro desgarrado al que mis padres contestan con una afirmación de cabeza—. ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Por qué?

—Asesinado. —El rey de Aldabia cierra los ojos un segundo antes de adoptar una expresión más hermética—. En su habitación, de una puñalada en el corazón mientras dormía. Ridalph lo ha encontrado muerto en la cama hace unos minutos.

—Murió al instante —corroboraba mi madre con la voz tomada por el dolor—. No sufrió.

—¿Cómo ha entrado el asesino? ¿Por qué Ridalph no lo ha visto antes para detenerlo? ¿Hay algo en las cámaras de seguridad?

Las preguntas siguen sucediéndose en mi mente sin cesar. Me parece increíble que alguien haya logrado acceder a palacio sin ser visto para matar a mi hermano. Parece imposible porque tenemos una seguridad implacable.

Intento relajar mi respiración con otro sorbo de café. Pero nada consigue ralentizarla.

Aldario está muerto...

No puedo creerlo, es como una pesadilla.

Me encojo, con el dolor atravesándome el pecho.

—No tengo muchas respuestas todavía —musita mi padre aguantando impertérrito el dolor—. El asesino conocía el palacio, sabía dónde las cámaras tienen puntos ciegos y cómo llegar a la habitación de tu hermano sin ser visto. Nadie entró por la puerta de la habitación ni por la ventana, el

guardaespaldas de noche no vio nada ni hay una sola grabación de palacio con indicios de una intrusión. —Suelta una espiración audible—. Solo puede ser obra de una persona.

—¡Van a encontrarle! —La voz de mi madre se tiñe de rabia—. Tu tío Heny está moviendo los hilos para hacerse con el trono y tú eres el siguiente en su lista. Él es de los únicos que conoce los pasadizos.

—¿Heny quiere reinar? —Los miro desconcertado—. Pero si hace años que renunció a sus derechos de sucesión y se unió a la causa de la guerrilla. —Suelto un soplido—. ¿Y de qué pasadizos hablas?

—Si tu tío consigue demostrar que es el único heredero legítimo al trono puede conseguir lo que quiera. —Vuelve a ser el monarca tirano de siempre, tanto en su tono como en su expresión y porte—. Ha escogido bien el momento. Tú y yo somos su objetivo ahora.

—¿Yo? ¿Por qué yo?

—Eres el príncipe heredero, quiere deshacerse de la competencia. —Mi madre compone un rictus afectado—. Aunque contigo lo tiene fácil si sigues comportándote como siempre.

—Pero si Heny quiere derrocar la monarquía...

—Te aseguro que tiene una doble cara. —El rostro del rey se llena de arrugas airadas—. No lucha por el pueblo, pero ellos son incapaces de reconocer a un verdadero tirano aunque lo tengan enfrente.

—Aldario era el sucesor perfecto —añade mi madre—. Tú no estás preparado para asumir una responsabilidad así. Nos toca ponerte en tu lugar para que no sigas ridiculizándonos.

Inspiro con fuerza por la nariz. La cabeza se ha convertido en un recipiente donde varios martillazos despiertan un malestar indescriptible, mis tripas se encogen, el dolor me abrumba y las connotaciones de la última revelación me zarandean.

—¿Me vais a contar lo de los pasadizos? —pregunto totalmente desconcertado, en busca de algo que me distraiga un segundo mientras trato de asimilar lo sucedido.

—Este palacio es muy antiguo. —Mi madre descruza las piernas un segundo para volver a cruzarlas al revés—. En la Edad Media era una práctica habitual entrar y salir de las habitaciones por dentro de túneles escondidos en los anchos muros. Suponemos que el intruso utilizó los pasadizos del sótano para entrar y accedió a la habitación de Aldario a través de los corredores secretos. Y solo nosotros dos, Lobino y Heny conocemos su existencia.

Con los ojos desorbitados doy otro largo sorbo al café, hasta terminarlo y posar el tazón vacío sobre la mesa de centro.

Debo analizar con cuidado mis sentimientos, separar cada una de las declaraciones de mis padres y enfrentarme a ellas cuando tenga tiempo para procesarlas, pero ellos parecen decididos a no dejarme ni un segundo de resuello porque sus palabras vuelven a ametrallarme.

—Necesitas protección las veinticuatro horas —anuncia mi madre—. Y alguien que se ocupe de ponerte en tu lugar. Basta de llevar esa vida desenfadada de sexo, drogas, fiestas, juergas y alcohol. No solo está en juego el reino, ahora pueden asesinarte.

—¿Lo dices en serio? ¡Mi vida nunca te ha importado lo más mínimo!

—Tienes veinticinco años —añade mi padre con ira—. Ya es hora de sentar cabeza. Si tu tío y su guerrilla logran su propósito será el fin.

—¡Pero ya tengo vigilancia las veinticuatro horas! ¡No puedo ni ir a mear sin Gusatv!

Un suspiro condescendiente se escapa de los labios de mi padre.

—Vamos a contratar a una nueva agente de seguridad. Se llama Isabelle Stoner y se va a convertir en tu novia de forma oficial, aunque en realidad su obligación será protegerte, no quitarte los ojos de encima y vigilar que no vuelvas a descarriarte. Si se te ocurre volver a salir de juerga o poner en peligro vuestra coartada una sola vez voy a dejarte sin blanca.

—¿Mi novia? ¿Estás de coña?

—Le hemos construido una identidad falsa para hacerla pasar por una candidata perfecta. —Mi madre habla con tristeza—. Es la única manera de que duerma a tu lado con una pistola bajo la almohada sin despertar habladurías y de hacerte parecer un hombre con la cabeza asentada para gobernar el pueblo. Tu tío es peligroso porque fue uno de nosotros. No sabemos si tiene a alguien en palacio. Los túneles del sótano están vigilados. Y consiguió llegar a tu hermano en su cama. No podemos arriesgarnos a que te suceda lo mismo. Isabelle dormirá a tu lado y te protegerá con su vida si es necesario.

Me quedo unos instantes en silencio, asimilando la última exigencia de mis padres. ¿Una chica va a hacerse pasar por mi novia? ¿Para protegerme? ¿En serio? ¿Y piensan prohibirme salir de palacio por las noches? ¿Hacerme pasar por alguien que no soy? ¿Cortarme las alas poniéndome una niñera?

Levanto las cejas, niego con la cabeza y sonrío.

—Es una broma —afirmo incapaz de aceptar que no lo sea—. Una

desconocida no va a ser más capaz que yo de evitar que me maten. Puedo dormir con una pistola bajo la almohada y cuidarme solito. ¡No tengo quince años!

—No, no puedes. —El tono de mi padre no admite réplica—. Llevamos unas semanas preparando el terreno para Aldario y ahora es tarde para él. Íbamos a contratarla para evitar que pasara algo así porque conocíamos el peligro, Heny nos visitó hace un mes para negociar mi abdicación en él. Cuando le dije que no su reacción me mostró sus intenciones.

—Isabelle va a ser tu novia ficticia tanto si quieres como si no. Vas a ocupar el lugar de tu hermano y a dejar de hacer lo que te venga en gana. —Mi madre se permite un segundo de dolor—. A partir de ahora queda terminantemente prohibido cualquier salida no autorizada de palacio y vas a aceptar el papel de Isabelle en tu vida con una sonrisa o no te gustarán las consecuencias. La chica es adecuada para el trabajo y está dispuesta a mantenerte con vida. Si hubiéramos sido más rápidos con Aldario quizás todavía estaría aquí.

—¿Ya lo queráis hacer con Aldario?

—Sí. —Mi madre se endereza un poco, se seca las lágrimas con el pañuelo y hace una profunda inspiración mientras recupera la compostura—. Necesitamos asegurarnos de que no vuelve a suceder.

El dolor por la muerte de mi hermano no me impide lanzar una carcajada sarcástica.

—Han matado a Aldario en su cama, de noche, en un palacio aparentemente protegido por la guardia real —digo con ironía—. ¿Crees que dormir con una —hago unas comillas con los dedos— novia-guardaespaldas va a evitar que algo parecido me suceda a mí? Los hombres de la guerrilla parecen menos salvajes de lo que pensabas porque son inteligentes, han urdido un plan perfecto. Si han logrado deshacerse de Aldario con esta facilidad también pueden llegar a mí o matarnos a los dos. No es difícil asesinar cuando se está dispuesto a todo para lograrlo.

—Vamos a doblar la seguridad para evitar la entrada de otro hombre de tu tío —sentencia mi madre—. Lobino está repasando otra vez los expedientes de cada agente y del personal de la guardia real y de nuestra casa. Vamos a minimizar los riesgos. Y tú te vas a quedar en palacio todas y cada una de las noches fingiendo un noviazgo con Isabelle Stoner.

—¿Hasta cuándo? —Pongo los ojos en blanco con una mezcla de emociones en mi interior—. Si Heny quiere matarme, no se detendrá porque

me quede encerrado al lado de una tía armada. ¡No podéis encarcelarme aquí! Necesito un poco de aire...

—El servicio secreto está siguiendo un par de pistas para localizar a tu tío —explica mi padre—. No tardaremos en encontrarlo, a él y a sus seguidores. Después recuperarás un poco de libertad, aunque debes dejar atrás el alcohol, las drogas, las mujeres y ese lenguaje vulgar que utilizas. Un príncipe heredero ha de acatar sus obligaciones y entre ellas no entran las salidas nocturnas ni las bacanales ni nada de lo que llevas haciendo desde hace años. Tendrás una agenda propia, acudirás a cenas de gala, a espectáculos, a encuentros, a mil actos importantes y no lo vas a hacer borracho o drogado o hablando como un inculto.

—Pero...

—¡Ni un pero! —me ataja mi madre—. A partir de ya tu vida ha cambiado. Vas a representar el papel con nota o te quedarás sin nada. Tendrás una novia formal para que el pueblo empiece a considerarte digno de ellos y no volverás a tomarte ni una licencia en tu comportamiento. Si alguna vez quieres salir será con nuestro permiso y acompañado de Isabelle Stoner. Y no voy a consentirte ir a discotecas o a fiestas donde la gente desbarre para acabar ocupando primeras páginas de periódicos sensacionalistas.

Niego con la cabeza, todavía impactado por las mil connotaciones de esta conversación. Aldario, mi padre, el trono, la chica, el cambio de vida...

—¿De dónde ha salido esa tal Isabelle Stoner? ¿Quién es? ¿Por qué la consideráis digna de mí? ¿Intentas endosarme a una desconocida?

—Cógela. —El rey señala una carpeta azul que hay sobre la mesa de centro, cerca de mi tazón de café—. Es un completo dossier sobre ella. En él encontrarás todo lo necesario para conocerla y la nueva identidad que le han creado nuestros informáticos. Media hora antes de la comida estará aquí dispuesta a empezar con su trabajo.

—¡Ni de coña! —Me levanto para caminar por el salón—. No voy a dormir con una tía a la que apenas conozco ni me interesa una mierda el trono. Voy a renunciar a mis derechos de sucesión y dejaré de estar en peligro. ¡Así podré seguir con mi vida como hasta ahora! ¿O pensáis que voy a cambiar de vida solo para haceros felices?

Durante un segundo solo se escucha el silencio. Mi padre compone una sonrisa de suficiencia mientras me mira con determinación.

—Podrías cederle el trono voluntariamente a Heny, pero falta algo importante en tu plan. —Pongo los brazos en jarras mirándolo con las cejas

levantadas—. ¿De qué vas a vivir? Estás acostumbrado a un nivel de vida y si le das la espalda a tu familia te quedarás sin nada. Entonces seguro que no podrás correrte ni una sola juerga.

—¡Nunca he querido ser rey! —Estoy furioso porque sé que tiene razón y no tengo salida—. ¡Eso era para Aldario! Podría pactar con mi tío, conseguir una renta. O acceder a la fortuna familiar.

—Apenas conoces a Heny, se largó cuando tenías tres años. —Mi madre toma la palabra—. Nunca te daría un céntimo porque es una persona ambiciosa y llena de rencor. Nos odia. Y sin la corona no tienes nada, una vez la herede se quedará también con nuestra fortuna personal.

La realidad cae impune sobre mí pintándome una única salida. Doy dos pasos, me hago con el dossier, me giro dándoles la espalda y me dirijo a la puerta. La idea de quedarme encerrado en palacio me parece una putada de colosales dimensiones. Sin embargo, han matado a Aldario y si sigo desbarrando podría darle una oportunidad perfecta a los hombres de la guerrilla.

Tampoco tengo otra salida...

—Quédate en tu habitación hasta la llegada de la señorita Stoner — ordena mi padre—. Y haz el favor de vestirte a la altura. Nuestro gabinete de prensa ha filtrado la noticia de tu noviazgo con una rica heredera americana. Después de comer haremos nuestra primera aparición pública tras la muerte de Aldario y ella será tu acompañante para hacerlo oficial.

—Es asqueroso. —Alargo la mano para posarla en el pomo de la puerta y me giro un segundo con una expresión de desagrado—. El cuerpo de Aldario todavía está caliente y vosotros solo os preocupáis del jodido trono.

—Tienes dos opciones. —Mi padre apenas relaja su expresión airada—. O cambias para hacer frente a tus obligaciones o te dejo en la miseria y convierto tu vida en un calvario.

2

Isabelle

El coche oficial aparece a la hora convenida frente al portal de la casa donde he pasado las últimas dos noches junto a Hugh, mi padre adoptivo. Es un Mercedes negro con los cristales tintados y la seriedad requerida en un caso como este.

Cuando se detiene siento un agarrotamiento en el estómago. He decidido aceptar este trabajo, estoy preparada para llevarlo a cabo, sin embargo, no va a ser fácil adaptarme al cambio de vida ni a la situación. Y menos si he de convivir con según qué personas.

Estamos en uno de los barrios más exclusivos de Benextu, la capital de Aldabia, donde la política real para otorgar licencias de construcción siempre pasa por un exhaustivo control de calidad que intenta minimizar los efectos de edificar sin mantener un orden estético.

En Benextu hay pocos bloques de pisos, solo los han permitido en la periferia, en barrios que quedan bastante apartados de la zona costera y siempre siguiendo la máxima de no levantar demasiado alto y con un estilo decorativo siguiendo la esencia de las casas de la ciudad. Todas tienen vallas con un pequeño parterre en la entrada y jardines traseros llenos de naturaleza.

Hugh me aprieta el brazo con la mano en un gesto tierno.

—Ten mucho cuidado —musita mirándome con una sonrisa triste—. Es la primera vez que te enfrentas al mundo real durante tanto tiempo y has de estar preparada para cualquier eventualidad.

—Solo actúa si puedes ganar —cito a mi padre con una hebra de nostalgia en la voz—. Tranquilo, me has entrenado bien. Lo tengo todo controlado.

—Lo sé. —Da un paso atrás asintiendo con la cabeza—. Eres la mujer más fuerte que conozco. Te adaptas con facilidad a cualquier contingencia y

sabes empatizar lo suficiente con los demás para conseguir que te adoren. Pero no bajas la guardia.

—No lo haré. —Asiento decidida—. Será un reto para mí y estoy dispuesta a superarlo con nota. Ser la novia de un príncipe es el sueño de muchas chicas.

—Nunca ha sido el tuyo.

—Nadie tiene por qué saberlo. —Le guiño un ojo.

La puerta del coche se abre para mostrarme a Lobino Rebis, el jefe de seguridad de la Casa Real de Aldabia. Al cruzar la mirada con él me tenso, sintiendo una oleada de frialdad agarrotarme los músculos. Pero no tardo en controlar el acceso de ira y dedicarle una mirada de fingida cordialidad. Aunque mis instintos indiquen lo contrario.

—Señorita Stoner. —Saluda con una inclinación de cabeza—. ¿Está lista para la misión?

—Un segundo. —Me giro hacia Hugh para despedirme—. Te llamo cuando esté instalada.

Su sonrisa triste me acompaña mientras subo al asiento trasero siguiendo las indicaciones calladas de Rebis y el coche emprende la marcha.

Lobino ocupa un sitio a mi lado. Fue él quien me hizo la última entrevista para ocupar este puesto, tras pasar unas pruebas físicas muy al límite en una de las instalaciones militares más prestigiosas de nuestro país y mantener una reunión con los reyes en uno de los salones del edificio de Las Cortes. Lo observo en silencio con una creciente hostilidad. La bilis se retuerce en mi estómago sin remedio, pero logro ocultar la alteración forzando una sonrisa.

—Señor Rebis. —Hago un gesto con la cabeza escondiendo mis pensamientos—. Según me han informado el príncipe heredero ha fallecido hace unas horas. ¿Mi misión ahora es Su Alteza el príncipe Aladi?

—Correcto. —Me ofrece un dossier y un contrato—. Necesito que volvamos a firmar nuestro acuerdo con el cambio de heredero y añadiendo unas cláusulas adicionales.

—¿Cómo cuáles? No voy a firmar nada sin conocer hasta la última coma. —Mantengo un tono distante, sin mostrar ningún atisbo de emoción en la voz o en mi expresión.

—No esperaba menos de usted. —Ensancha su sonrisa—. Es una de las mujeres más perspicaces que he conocido. —Señala los papeles—. He señalado los cambios con fosforescente, pero no debo presentarla al príncipe hasta dentro de una hora. Antes tengo intención de llevarla a mi despacho y

dejarle un rato para que lo lea con tranquilidad.

—Con cinco minutos me vale.

Saco el iPad del bolso, le doy vida y accedo sin dificultad al contrato primario escaneado. Si comparo ambas versiones iré más rápido a la hora de verificar las nuevas condiciones.

Tengo un sistema infalible para leer en diagonal sin dejarme nada, además, mi memoria es casi fotográfica.

Durante los quince minutos de trayecto hasta palacio discuto con Rebis cada uno de los cambios, hasta llegar a un acuerdo. Una de mis nuevas reivindicaciones es la de recibir una compensación en caso de que el príncipe se propasara de alguna forma conmigo. Con Aldario no tenía reparos, pero Aladi es un mujeriego, un juerguista y alguien demasiado disoluto para arriesgarme a no exigir esa cláusula.

—¿Está nerviosa? —pregunta Lobino una vez traspasamos la verja exterior del palacio real y circulamos por la extensa avenida llena de naturaleza que oculta el edificio de miradas ajenas—. Se crio en las montañas, bastante aislada de compañía. Debe resultarle duro el cambio.

—Solo los incapaces se inquietan ante los retos. —Giro un poco la cara para dedicarle una mirada penetrante—. Estoy preparada para este trabajo, usted me convenció para que lo aceptara. ¿Ahora tiene dudas?

—Ninguna. —Esboza una ancha sonrisa, satisfecho con mi respuesta—. Cumple todos los requisitos, y era difícil encontrar a alguien así.

El chófer detiene el coche frente a la puerta principal.

El palacio es imponente. Alto, regio, con una ancha escalinata de mármol blanco por la que se accede a una puerta principal, compuesta por dos planchas adornadas con filigranas doradas que me parecen un poco anticuadas, pero le dan ese aire importante de la realeza.

Un guardaespaldas trajeado nos abre la puerta para llevarnos hasta un recibidor que me deja sin aliento. A pesar de la decoración recargada es increíble en medidas y altura. Y esa escalinata que sube hacia el primer piso, iluminada por una lámpara de cristales más grande que mi habitación me tiene abstraída durante unos segundos.

Sigo a Rebis por unos pasillos de altos techos, con molduras muy cuidadas en forma de hojas doradas y lleno de historia de los Hustrasga en las paredes.

Subimos por una escalera interior, alejada de la del recibidor para acceder al primer piso.

Me siento tentada a agarrarle por la espalda para aprovechar la sorpresa y hacerle daño, mucho daño. Lobino es uno de los hombres más oscuros que conozco a pesar de esa careta de profesional curtido a la hora de proteger a los miembros de la casa real. Y merece un escarmiento.

Por suerte tengo un buen dominio de mi autocontrol y no tardo en sofocar el arrebato. Empezar este trabajo atacando a mi jefe no es una buena carta de presentación.

—Esta zona está destinada al personal de seguridad —explica.

Abre una puerta por la que se accede a un ala menos elegante, con varias habitaciones funcionales, un arsenal de armas debidamente cerrado, un cuarto con monitores que reproducen las imágenes de las cámaras de vigilancia y las dependencias de Lobino, que cuentan con un despacho privado.

La vivienda del jefe de seguridad es amplia, moderna, funcional y cómoda. Se respira un aroma floral, como si tuviera un ambientador escondido en un lugar estratégico y se nutre de luz natural a través de unos inmensos ventanales con vistas al jardín trasero de palacio.

Me lleva a su despacho privado, donde también tiene acceso a las imágenes de las cámaras.

—¿Alguna pregunta de última hora? —Me invita a sentarme frente a su escritorio.

—Me gustaría tener toda la información acerca del asesinato de Su Alteza Real, el príncipe Aldario. —Ocupo la silla con una postura cómoda, pero alerta—. Si he de proteger a su hermano necesito saber a qué me enfrento.

—Todo apunta a que el asesino se coló por la red de pasadizos del sótano que conectan palacio con la ciudad. Conocía la ruta y la ubicación de las cámaras de seguridad porque no tenemos ni una imagen suya.

—¿Cómo es posible? —Mis ojos se desorbitan un segundo ante mi incredulidad—. Pensaba que no sería tan fácil colarse en palacio.

Niega con la cabeza con una inspiración profunda.

—Hay una puerta blindada para acceder al recinto de la que solo tenemos la llave unos pocos, cámaras distribuidas por los túneles y hombres que montan guardia en las entradas a palacio. —Su expresión se endurece—. El asesino conocía alguna otra forma de entrar. Abrió la puerta blindada con la llave, caminó por los túneles eludiendo la grabación y utilizó los pasadizos secretos que conectan la parte interior de palacio para llegar hasta la habitación del príncipe. Alguien le ayudó desde dentro, eso queda clarísimo.

—¿Alguna idea de quién?

—Estamos en ello. —Contrae las facciones como si la pregunta le hubiera molestado—. A partir de ahora dormirá con un arma bajo la almohada y atenta a cualquier peligro que aceche a su alteza. ¿Tiene alguna pregunta más?

—Está todo muy claro —afirmo con un contundente golpe de cabeza y guardándome las objeciones a los fallos de seguridad que arroja el asesinato de Aldario—. Voy a proteger al príncipe con mi vida y me encargaré de que no salga de palacio sin autorización.

—Le mandé un informe detallado de protocolos para que lo estudiara a conciencia, junto con otro donde se identifica a las personas con las que va a tratar, se le informa de sus personalidades y de datos importantes para facilitar su relación con ellos. También tiene otro dossier con los antecedentes de la vida que le hemos creado. En breve recibirá uno idéntico sobre los amigos del príncipe Aladi. —Pasea su mirada por mi nuevo peinado y mi cutis perfecto—. Veo que nuestro servicio de belleza le ha proporcionado una puesta a punto. A partir de ahora es importante representar el papel y dejará de ser la Isabelle que correteaba libre por las montañas. Su vida va a cambiar y ha de estar dispuesta a acatar la responsabilidad de su puesto. Le pagamos una fortuna para que lo haga bien.

—No le defraudaré. —Mis ojos se quedan fijos en los suyos transmitiendo confianza en mí misma. Me trago el asco que me produce su presencia para simular adulación—. Leí sus informes, he estudiado protocolo y tengo claro a qué me enfrento. Soy plenamente capaz de llevar a cabo la misión sin fallos.

—Confío en que así sea. —Abre un cajón y me entrega una tarjeta de identificación, una SIG Sauer P 320 de calibre 9x19, un par de puñales y un iPhone 7 nuevecito—. Si el príncipe cae en las manos de la guerrilla no solo perderá su trabajo, condenará a Aldabia.

Mientras compruebo el arma me explica cuatro cosas básicas de la seguridad en palacio y me revela algunos datos de los túneles y de cómo los protegen. Luego entra un poco a hablarme del carácter de Aladi Hustrasga, mi futuro «novio».

Conozco la cara pública del príncipe. Cuando me contrataron me pasé varios días documentándome en internet de todos los miembros de la familia real, incluido el descarriado Aladi. Es un hombre demasiado licencioso para ocupar el trono, espero que nuestra convivencia sea más fácil de lo que pinta

la prensa sensacionalista y que acate con facilidad los designios de su nuevo rol en la monarquía o me enfrentaré a una situación complicada de gestionar.

Rebis es un hombre de palabras simples. No ofrece demasiada profundidad a su discurso ni entra en temas personales. Desgrana algunos datos acerca del príncipe, me ofrece algunas pinceladas de los reyes y pasa de puntillas sobre algunos temas delicados que le planteo para intentar conocer más a fondo su trabajo.

Me cuesta mantener la profesionalidad al tenerle enfrente, desearía hacerle pagar por sus crímenes, aplastar esa cara con una fingida expresión profesional, dejarle marcas como las que anidan en mi corazón. Pero me contengo, no es el momento ni el lugar.

Algún día recibirá su merecido.

Una hora después salimos de la zona de seguridad para caminar por uno de los anchos pasillos de palacio rumbo a conocer al príncipe. Tengo pocas esperanzas respecto a que logremos llevarnos bien. Las revistas del corazón le presentan como un hombre libertino, con tendencias demasiado arraigadas a dejarse llevar por el alcohol, las drogas y las mujeres para cambiar sin resistirse, aunque Lobino lo ha dado por hecho.

No me gustan las personas así y menos si provienen de una familia con privilegios, ya que suelen tratar a los demás de forma despótica y egotista.

—Sus maletas están en la habitación —anuncia Rebis—. Un coche las ha recogido hace media hora en la casa que les proporcionamos a su padre y a usted. —Su paso es firme, pero no me cuesta seguirlo—. Una doncella se ocupará de guardar sus enseres personales. En el armario encontrará un par de vestidos para la comida y la cena, junto a los complementos adecuados. Mañana la visitará su encargada de estilismo para conseguirle un vestuario más acorde con su actual condición. Puede debatir con ella sus gustos antes de que salga a la caza de los modelitos, aunque la última palabra la tiene ella. —Tuerce una sonrisa sagaz—. También hemos contratado un servicio de belleza diario a su disposición.

—No es necesario, puedo ocuparme yo misma.

—Lo es. —Se para frente a una puerta doble—. No solo va a proteger a Su Alteza, también ha de representar el papel de una rica heredera norteamericana que ha robado el corazón del príncipe. Debe cuidar su aspecto. —Me repasa de arriba debajo de una forma desagradable—. ¿Tiene algún problema con eso?

—Ninguno. —Niego con la cabeza—. Si es parte del trabajo...

Debería haberlo imaginado cuando esta mañana me han mandado al ejército de mujeres que me ha peinado, exfoliado la piel, arreglado las uñas, maquillado... El aspecto es importante para la realeza y yo nunca me he preocupado por él.

Por un segundo me permito un conato de ansiedad. No dejo de ser una chica criada en las montañas sin más compañía que Hugh y algunos amigos ocasionales. Él me instruyó en supervivencia, artes marciales, lucha, uso armas, puntería. Me enseñó a cuidarme a mí misma, a defenderme, entrenar, preparar mi cuerpo para aguantar cualquier eventualidad, pero jamás me ilustró en cómo maquillarme, vestirme, ser coqueta, pensar en cómo debo arreglarme para gustar a otras personas...

Esa parte del trabajo me crea inquietud. La idea de ser una persona pública, de exponerme a las cámaras y de no tener privacidad me molesta. Y más compartiendo habitación con alguien como Aladi Hustrasga.

Lobino se detiene frente a la puerta, saluda al guardaespaldas del príncipe, me lo presenta y golpea con los nudillos con firmeza para anunciar nuestra presencia.

Abre la puerta sin esperar a escuchar contestación por parte de Aladi y accedemos a un cuarto menos recargado que los pasillos. Me gusta la sencillez de su interior, es como si se respirara paz fuera de las molduras doradas, las escalinatas con terciopelo rojo cubriendo los peldaños, el mármol, los retratos...

Siento su mirada repasarme sin pudor. Está estirado en la cama con un dossier sobre el regazo, leyendo lo que presumo es un informe sobre mí. Sus ojos parecen rayos x evaluando la mercancía. Suben por mi cuerpo con lentitud, deteniéndose en los pechos con una sonrisa lasciva.

—Buenas tetas —dice sin rebajar su expresión—. Nos lo vamos a pasar bien.

Compongo un rictus indiferente. A pesar de su intención de resultar intimidante, no lo es. Sus ojos mantienen el enrojecimiento de la pena, igual que la arruga en la frente y la tristeza que exhala su boca.

Esa sonrisa es postiza y su tono de voz impostado. Ambos son el resultado de una exquisita educación en el arte del engaño para parecer siempre perfecto por fuera, a pesar de estar devastado por dentro.

Quizás pueda convencer a su audiencia, sin embargo, yo llevo demasiados años estudiando perfiles, leyendo muchísimo y conviviendo con un hombre astuto y sé distinguir los rasgos del dolor bajo las capas de

diversión fingida.

—Alteza —saludo cuando su mirada asciende hasta mis ojos—. Siento mucho su pérdida.

—Si vamos a hacerlo deberías llamarme Aladi.

Asiento, doy un par de pasos y entro en la habitación. Rebis me indica con rapidez dónde está el cuarto de baño, el vestidor y me señala un portátil nuevo que hay sobre la mesa.

—Ese será su ordenador —explica—. Me he tomado la libertad de instalarle el acceso a las cámaras de seguridad para que tenga control de las imágenes.

—Perfecto.

—Cualquier cosa ya sabe dónde encontrarme. —Se despide Lobino caminando hacia la puerta—. A las doce y media deben estar en el comedor. Después del almuerzo van a participar en la rueda de prensa. Recuerden que la versión oficial es que la señorita Stoner ha volado desde Estados Unidos para estar con usted, alteza, en un momento tan duro.

—Lo tendré presente. —El príncipe asiente dejando los papeles a un lado de la cama—. Estaremos a la altura, no temas Lob.

—Eso espero. —Asiente antes de marcharse y dejarnos solos.

La mirada de Aladi ahora se ha quedado en mis labios. Es penetrante, intimidante, caliente. La ignoro, es la mejor forma de lidiar con este tipo de personas, mantenerse al margen y no mostrar la más mínima reacción.

Se levanta para avanzar hasta mí e intensificar su escrudiño al pararse a dos centímetros de distancia, sin rebajar para nada la invitación a dejarme seducir por su presencia.

Es más atractivo al natural que en las fotos, donde cada una de sus expresiones es fingida. Desprende un aura magnética, como si quisiera atraparte en sus redes con una sola mirada. Su cuerpo está trabajado, se le marcan los pectorales y las abdominales bajo la camiseta arrapada y los músculos de las piernas se muestran sin pudor a través de los vaqueros desgastados y muy ceñidos.

Intento descubrir el color exacto de sus pupilas. Son de un azul grisáceo, con algunos puntitos negros que las convierten en más penetrantes. Me recuerdan el lago donde solía bañarme en las montañas cuando el sol lo iluminaba.

Lleva el pelo castaño claro, imitando un despreocupado peinado que en realidad es fruto de un trabajo cuidado de su peluquera. El flequillo desfilado

casi llega a las pestañas. Es un cabello fino, lacio y espeso.

Doy un paso atrás manteniendo la actitud fría y distante.

—¿Te funciona esa táctica con las chicas? —pregunto con indiferencia—. Vamos a pactar unas normas básicas. Nada de flirteo ni de acercarse demasiado ni de gilipollices. Esto es una transacción comercial. No me interesa nada más que hacer bien mi trabajo.

—Seguro que el contrato establece tu obligación de hacerme feliz. —No se amilana por mi discurso y avanza hasta volver a colocarse demasiado cerca. Levanta la mano para acariciarme la mejilla—. Si has de ser mi novia...

Con un movimiento rápido le inmovilizo el brazo en la espalda, acercándome mucho a él.

—No intentes propasarte conmigo, alteza. —Acerco la boca a su oído para enfatizar mi amenaza—. Soy una empleada y solo vamos a fingir un noviazgo que no existe.

—Me gustan las mujeres seguras de sí misma. —Jadea cuando aprieto un poco más la sujeción incrementando el dolor, pero mantiene un tono chulesco—. Si supieras cómo me ponen las tías salvajes como tú...

—Si vuelves a invadir mi espacio personal no voy a ser tan suave como ahora.

—Bombón, eres un puto encendedor de pasiones. —Su voz refleja un poco del dolor que le produzco, pero sigue con su punto jactancioso—. Puedes desnudarme cuando quieras.

—Vas a tener que usar tu manita porque no estoy interesada en un tío que se cree el ombligo del mundo. —Le suelto y camino hacia el vestidor para buscar mi maleta y ver qué clase de vestidos me han elegido para hoy—. Si necesitas que te recuerde los límites tolerables solo has de seguir con esa táctica porque me da igual si eres un príncipe o alguien insignificante. No tengo ninguna intención de intimar contigo.

No voy a perder ni un segundo más respondiendo a sus insinuaciones, ya se cansará cuando vea que no consigue sus propósitos. Oculto la inquietud que me provoca que alguien me toque y ralentizo mi respiración.

Me sigue con la misma sonrisa.

—Isabelle Stoner, veintitrés años, huérfana, criada por su padre adoptivo en una casa aislada en las montañas, un norteamericano viudo, antiguo miembro de los Navy Seals. —Mientras recita lo que ha leído en mi expediente descuelgo un vestido increíble color negro muy ceñido y corto—.

No lo entiendo, ¿qué coño hace un exsoldado americano viviendo en Aldabia?

Colgados con el vestido hay varios complementos. Una chaqueta de corte moderno, pero sin pasarse, una gargantilla de brillantes, un bolso y un foulard. En el zapatero encuentro unas sandalias con tacón a juego.

—¿De verdad te importa? —Con mi alijo me dirijo al baño para cambiarme en soledad.

—Soy muy curioso. —Me guiña un ojo pasándose el dedo por los labios —. Y quiero saberlo todo de ti.

—Se casó con una aldabiana y cuando ella murió decidió quedarse en el país.

Me encierro en el lavabo sin detenerme a mirarle ni darle pie a continuar con la conversación. Espero que acabe entrando en razón, sino voy a tener que pararle los pies de una forma más contundente.

No tengo ninguna intención de traspasar la línea profesional con él.

Dentro del bolso encuentro unos ligeros con un puñal para estar armada en todo momento.

El baño es casi tan grande como el salón de nuestra casa de la montaña. Tiene una bañera con hidromasaje, una ducha con mampara transparente, una zona enorme para las dos pilas con encimera de mármol blanco y un espejo de pared a pared, el urinario escondido en una esquina con mucho espacio y hasta una sauna.

En una pared hay un espejo de cuerpo entero. Me miro en él ataviada con ese vestido tan alejado de mi forma de ser y descubro asombrada que me sienta bien. Aunque esa mujer con el pelo suelto, largo, con las ondas definidas y los ojos maquillados para resaltar el azul de mis pupilas no se parece en nada a mí. Es una versión diferente, más sofisticada, como si una intrusa se hubiera encargado de poseerme.

Sobre la repisa de la gran cómoda que hay al lado de las dos pilas encuentro un letrero con mi nombre en un lado, junto a un arsenal de cremas de belleza, un cepillo de pelo, útiles de higiene personal y un frasco de perfume. Es *Le Parfum Rose Couture*, de Elie Saab. El frasco es de cristal, con un tapón grande plateado y el contenido es rosa.

No puedo resistirme a probarlo. Me rocío un poco las muñecas para olerlo. Es delicado, dulce y elegante. Huele a rosas, caramelo, melocotón... Me gusta la mezcla, por eso me pongo unas gotas en el cuello, en el escote en uve del vestido y en los brazos.

—Hueles increíble. —Cuando salgo Aladi me espera frente a la puerta

con su sonrisa mordaz—. Te vas a acostumbrar al mundo de la realeza y después te costará volver a las montañas.

—¿No te cansas de ser un plasta? —Camino hacia el sofá con las sandalias en la mano—. ¡Déjalo ya! No me apetece ponerte en tu lugar otra vez.

—Hazlo. —Se sienta a mi lado, muy junto, rozándome con su cuerpo—. Sé fiera conmigo.

Si no corto por lo sano de una vez este trabajo se convertirá en una pesadilla. Me subo un poco el vestido manteniendo la mirada fija en sus ojos, me hago con el puñal y lo coloco en su cuello, clavándole un poquito la punta, hasta que veo una gota de sangre. Él abre mucho los ojos, sorprendido, jadea muy rápido y se queda quieto.

—Vamos a dejar las cosas claras de una vez. —Compongo una sonrisa letal—. Mientras mantengas una distancia de seguridad esto va a funcionar. Si vuelves a intentar cualquier cosa para llevarme a la cama te rajo. ¿Estamos?

3

Aladi

¡Esta tía me pone un montón!

Nunca había tenido al lado a alguien así. Suelo despertar pasiones, las tías se tiran a mis brazos sin hacer absolutamente nada.

Pero esta...

Tiene unas tetas muy jugosas, un culo prieto que el vaquero mostraba sin pudor y unos labios gruesos que deseo morder desde su entrada en la habitación.

¡Y qué cuerpazo! Metro setenta y muchos, fibrosa, curvas perfectas sin un gramo de más de grasa, tetas proporcionadas y firmes, largas piernas atléticas, una musculatura que ya quisieran muchas...

Los ojos azules brillan con desafío. Son enormes, enmarcados con unas espesas cejas y cornados por una nariz muy proporcionada.

Cuando le he rozado la mejilla se ha tensado, como si no le gustara que la tocaran. Ahora sus músculos están contraídos y, a pesar de intimidarme con su puñal, se mantiene a distancia de mi cuerpo.

Vuelvo a centrarme en esos labios resaltados con carmín rojo pasión con un estremecimiento. Daría lo que fuera por devorarlos.

Siento la punta del puñal desgarrando un poco mi carne y cómo una gota de sangre se desliza por mi piel hasta posarse en el cuello de la camiseta.

—Flipas si piensas que un puñal va a detenerme. —Sonrío a pesar de la respiración descontrolada y mi corazón furioso—. Estás aquí para protegerme, si me rajas perderás tu trabajo y acabarás en la cárcel.

No pienso darle la satisfacción de mostrarme asustado, pero en el fondo un poco de miedo sí me da. Aunque es un terror lleno de adrenalina y que aumenta considerablemente mi deseo de arrancarle la ropa.

—¿Te crees que me importa?

—Estás aquí, quieres el trabajo... —Me tiro un farol al mostrar una voz segura—. No tienes intención de rajarme.

—Quizás no llegaría a tanto. —Retira el puñal, lo guarda en un ligero y me ignora mientras se pone los zapatos—. Pero tú sabrás si quieres ponerme a prueba. La próxima vez quizás llegue más lejos.

—No eres tan dura como pareces.

Cuando se levanta noto enseguida su incomodidad. No tiene costumbre de caminar sobre tacones, sus pasos inestables lo demuestran.

Suelto una carcajada.

—Deberías practicar un poquito o serás la novia más patosa de la historia de la realeza. —Me encamino al armario para sacar mi traje—. Si quieres puedo sujetarte por la cintura todo el rato.

—No, gracias. Solo necesito acostumbrarme a ellos.

Descuelgo el traje, me desnudo quedándome solo con el bóxer y entro de nuevo en la habitación con la ropa en la mano. Isabelle está caminando sin detenerse, buscando el equilibrio sobre las sandalias.

—Aprendes rápido. —Aplaudo con una risita tras dejar el traje sobre la cama—. Ahora solo pareces un pato mareado.

—¿Puedes usar el baño para cambiarte? —Me dirige una mirada asqueada—. No me van los exhibicionistas.

—Ni de coña. —Sonrío—. Has venido a instalarte aquí con la intención de quedarte. No pienso cambiar mis costumbres por ti. Me gusta vestirme en la habitación.

—Tú mismo. —Se da la vuelta y sigue practicando—. Si buscas ponerme nerviosa con esa forma de comportarte ya puedes ir olvidándote. Tengo una pistola, dos puñales y mucho entrenamiento en defensa personal.

—¿Qué vamos a hacer cuando traiga un ligue? —Antes de girarse he percibido un atisbo de incomodidad en su mirada. Me ha gustado derretir el hielo de su postura por un instante—. Si te pone mirar no tengo inconveniente. Aunque prefiero que seas parte activa. Los tríos me ponen un montón.

—Uno de los términos del contrato es que tienes prohibidas las relaciones con otras mujeres mientras yo sea tu pareja oficial. No pienso tolerar ni una desviación en ese sentido.

—Entonces tendrás que satisfacer mis apetitos carnales. —Me abrocho la camisa despacio—. No puedo pasar tanto tiempo sin sexo.

No me contesta. Se gira y me ignora.

Eso todavía me pone más.

Quiero encontrar una forma de llegar a ella, de hacerla mirarme con deseo, de derretirla como a las demás. Es como si el desafío me impulsara a no dejarme vencer por sus defensas. Pensar en ella en mi cama me ayuda a olvidarme de la muerte de mi hermano y del hueco que su ausencia va a dejar en mi corazón.

Hace unos minutos he visto su cadáver estirado en su cama y no he logrado retener las lágrimas. Me cuesta hacerme a la idea de que no va a volver a reprenderme ni a escucharme ni a darme uno de sus largos sermones ni uno de sus abrazos.

Borro con rapidez los signos del dolor de mis facciones y vuelvo a componer la máscara de chulo con la que suelo pisar fuerte. Es mi fachada para protegerme de los demás y ocultar mi verdadero interior.

La idea de comprometerme con mi nuevo papel sin desviarme ni un poquito del camino es una verdeara putada. Nada de salidas, de chicas ni de fiesta. Se terminó hasta meter entre rejas a los cabrones que ordenaron la muerte de mi hermano, pero me costará quedarme entre estas cuatro paredes, a pesar de saber que si me salto las normas podría acabar muerto o algo peor.

Mis padres no suelen andarse con pequeñeces cuando esperan algo de mí y ahora me han ordenado cambiar de vida. Solo Dios sabe cómo podrían castigarme llegado el caso.

Si Isabelle no quiere follar conmigo tendré que buscar una manera de traerme a una tía *destrangis*. Uno tiene sus necesidades. Pero imagino las órdenes de mis padres a la guardia real y cómo van a boicotear cualquier intento de pasar a una tía de contrabando.

¡Vaya mierda! Al entrar en la habitación tras su discursito mañanero me he enfrentado a una realidad muy jodida, la han vaciado de mis reservas de alcohol y droga y una conversación con mi fiel Gustav me ha dejado KO. Los reyes le han ordenado a él y al guardaespaldas nocturno que no me permitan salir de la habitación pasadas las diez.

Termino de vestirme en silencio, observándola con descaro. Ella no da ninguna muestra de reacción ante mi intento de ponerla nerviosa, continúa caminando por la habitación cada vez con más soltura, sin sentirse intimidada ni lidiar conmigo con palabras.

En el baño evalúo el pequeño agujero que el puñal me ha dejado en el cuello. Está en un sitio que no se ve demasiado. Utilizo una tirita invisible y redonda para evitar que vuelva a gotear, me rocío con un poco de colonia, me abrocho la corbata frente al espejo de cuerpo entero y salgo de nuevo a la

habitación.

—¿Lista para el circo? —Me coloco la americana caminando hacia ella—. Tienes agallas por aceptar este trabajo. A veces preferiría haber nacido en otro lugar...

—No me hagas reír. —Su tono se vuelve sarcástico—. Sin tu pasta y tu estatus te verías obligado a trabajar para mantener tus vicios.

—Tienes un concepto muy bajo de mí. —Le ofrezco el brazo para conducirla al comedor, pero lo rechaza con frialdad—. Quizás si descubres cómo soy en realidad me veas con mejores ojos.

—Nada podrá cambiar mi forma de calibrarte. Los tíos como tú me dan pena porque en la vida hay mucho más que droga, sexo, alcohol y fiestas.

—Ay, bombón. —Sacudo la cabeza con guasa—. Si no has conocido otra vida que la soledad de las montañas no me extraña esa forma de pensar. Pero tranquila, te enseñaré a pasarlo bien y te demostraré que no soy solo eso. En la cama soy un Dios.

—Deja tus juegos de seductor barato y céntrate en representar el papel de niño bueno. Con un poco de suerte en unas semanas te desharás de mí.

—Te irás llorando. Dejo huella en las mujeres.

No rebajo la sonrisa ni la ironía en mi voz. Si sigo jugando con ella, apartando de mi pensamiento la realidad de las últimas horas, y no ahondo en mi jodida situación consigo alejar de mí la tristeza. Aldario está muerto y ni siquiera me han dejado despedirme en condiciones ni tener un instante de tranquilidad para asumir su pérdida.

Compartir habitación con una desconocida, por muy buena que esté, cambiar de vida, sentar la cabeza y asumir el mando de la nación a la muerte de mi padre me produce urticaria. No he nacido para representar ese papel, yo siempre he sido el eterno segundón, y me encantaba ese título. Sin presiones, sin agobios, sin demasiadas obligaciones...

Y encima he de lidiar con la constatación de que me convertiré en rey algún día sin salir de casa a emborracharme.

Suspiro.

Es mejor no pensar en ello, no dejarme arrastrar por la vorágine de sentimientos que luchan por apoderarse de mi corazón y seguir con mi pose despreocupada de siempre.

Ya habrá tiempo para asimilar, aceptar y llorar.

Si intento salir de palacio me detendrán, por desgracia estoy más vigilado que nunca, y aunque quiera desesperadamente encontrar una vía de

escape, sé que de momento solo puedo acatar las órdenes de mis padres.

Quizás cuando todo se calme conseguiré un resquicio de mi perdida libertad.

—Vamos allá. —Me detengo frente la puerta del comedor—. ¿Estás preparada para ser carnaza de los tiburones? ¡Ni te imaginas cómo las gastan mis padres!

—No le tengo miedo a nada.

—Veremos si en unos minutos se tambalea esa suficiencia.

Los reyes están sentados a la larga mesa rectangular, ocupando solo una esquina para no tener que hablar a viva voz. Sus expresiones están más serenas que hace unas horas, aunque no puedo obviar la tristeza de sus ojos. Nunca han sido cariñosos, pero Aldario era su hijo, el predilecto, y están impactados por su muerte.

Y quizás odien la idea de que sea yo quien se convierta en rey a la muerte de mi padre.

—Llegáis tarde. —La voz autoritaria de mi madre nos acompaña en nuestro camino hasta la mesa—. En esta casa la puntualidad es una virtud.

—Disculpe la tardanza, majestad. —Isabelle se inclina tal como marca el protocolo—. No volverá a pasar.

—Eso espero. —Con un gesto le demuestra que está satisfecha con su forma de comportarse—. Ocupad los asientos, vamos a preparar vuestra intervención en la rueda de prensa.

Isabelle consigue sorprenderme. Aguanta con estoica cortesía las lecciones de mis padres sobre cómo debemos mostrarnos ante la prensa, no se ofende cuando le hablan con desprecio ni falla en ningún protocolo de etiqueta en la mesa. Es la primera mujer ajena a nuestro mundo que logra usar los cubiertos correctos sin dudar.

La comida es más densa de lo habitual por culpa de la insistencia de mis padres con la importancia de dar una imagen de familia unida, de presentar a Isabelle como mi novia y mi apoyo, de mostrar al pueblo una alianza ficticia.

Necesito una copa de algo muy fuerte. Echo de menos a Aldario en la mesa, con él estas soporíferas comidas conseguían pasar mejor. Era un hombre con las ideas muy claras, una persona nada dada a desbarrar o a dejarse llevar por las circunstancias. Conseguía razonar con mis padres, aportar un punto de vista inteligente y cortar las puyas de los reyes contra mí con elegancia, sin mostrar su verdadera intención.

Solicito que me llenen la copa de vino otra vez, pero mi madre niega con

la cabeza.

—¿No te ha quedado claro? —suelta con desprecio—. Nada de alcohol antes de la rueda de prensa. Esta tarde vas a comportarte como corresponde.

—Solo me has dejado tomar una copa de vino.

—Suficiente. —Mi padre le hace un gesto al servicio para que me retiren la copa—. No pienso dejar que me avergüences emborrachándote. Ahora eres el príncipe heredero, recuerda tu lugar y tus obligaciones. Se terminó el libertinaje continuo en el que vivías. Si te pillo en una sola falta te quitaré privilegios y te doblaré la vigilancia.

Soplo con rabia.

Mi vida se ha ido al infierno.

—¡Estoy hasta los huevos de que no confiéis en mí! —suelto con rabia—. ¡Sé cómo tratar a la prensa! ¡No me chupo el dedo!

—Debes controlar este tipo de arranques —dice mi padre—. ¿Todavía no te ha quedado claro tu papel? ¡Vas a heredar el trono! Has de demostrarle al pueblo tu valía para el cargo.

—Como si a ti te importara su opinión. —Bajo la voz hasta casi un susurro.

Clavo la mirada airada en los ojos de mi padre y aprieto los dedos contra el mantel para contener cómo puedo la maraña de sensaciones de mi interior.

—¡Claro que importa! —brama el rey enrojando sus mejillas—. Somos sus soberanos, gobernamos el país y necesitamos despertar su simpatía.

—¿En serio? —Uso mi mejor tono sarcástico—. ¿Simpatía? Será miedo, pánico, terror. ¡Eres un tirano, papá! Los Hustrasga estamos en el trono por imposición, no por habérselo ganado en unas urnas.

—No puede ser mi sucesor. —Se dirige a mi madre con desprecio—. Destrozaré el país.

Cuando me propongo replicar con una frase a la altura siento la mano de Isabelle en la pierna, apretándola.

—Solo actúa si puedes ganar —susurra mirándome con una sonrisa—. Ahora no conseguirías ganar el asalto.

—¿Nos hemos perdido algo, querida? —Mi madre le lanza una mirada letal—. En este palacio no se susurra, es de mala educación.

—Disculpe, majestad. —Compone una expresión de humildad muy convincente—. Solo le recordaba a Su Alteza Real, el príncipe heredero Aladi, la gran labor que nuestro rey ha realizado durante sus muchos años de

gobierno.

¡Alucinante! Mis padres cambian su suspicacia por una sonrisa de aprobación, como si los halagos de mi «novia» les hubieran encantado. Ella inclina la cabeza en un gesto de respeto y sonríe con timidez.

No parece la misma mujer de mi cuarto, es como si fuera más capaz de fingir que yo, una persona camaleónica, de esas que aterran porque pueden encandilar hasta a una mosca y adaptarse con facilidad a cualquier situación.

—Toma nota de las palabras de Isabelle, Aladi. —Mi padre asiente—. Ese tipo de comportamiento es el que te conviene.

Me llevo un poco de pastel de arándanos a la boca, fuerzo una sonrisa y mastico en silencio, valorando la intervención de Isabelle y dándole vueltas a su frase. Es mejor elegir las batallas ganadoras. Tiene razón en eso, si no puedo salir victorioso mejor guardo las fuerzas para otra ocasión más favorable.

Durante los cinco minutos siguientes la conversación se adentra otra vez en mis obligaciones ante la prensa, en cómo vamos a exponer a los medios mi relación con Isabelle, en la tristeza por la muerte de mi hermano y en el mensaje de esperanza que debemos transmitir al pueblo.

El café se llena de silencio.

Mis ojos recorren el escote de mi acompañante mientras me doy cuenta una vez más de su adaptabilidad al medio. Su sonrisa postiza es increíblemente convincente y las maneras que muestra en la mesa son perfectas, como si se hubiera criado en la alta sociedad y no en una casa perdida en las montañas, a solas con su padre adoptivo.

Me alucina.

De verdad.

Se muestra solícita, tímida, exquisita, como si fuera una de nosotros.

—No hagamos esperar a los periodistas. —Mi padre deja la servilleta sobre la mesa y se levanta tras escuchar a su secretario, quien acaba de entrar en el comedor para susurrarle al oído—. Espero una actuación a la altura.

La última parte de su discurso me la dedica a mí. Asiento apretando los puños, con deseos de impactar uno contra su mandíbula. Esa arrogancia me está tocando mucho las pelotas y estoy harto de su actitud conmigo.

Busco un segundo con la vista alguna copa de vino a medio terminar sobre la mesa para chutarme un poco, pero Isabelle parece adivinar mis intenciones porque me agarra la mano con firmeza y tira de mí para caminar detrás de mis padres hacia el salón donde ofrecemos las ruedas de prensa.

El silencio invade a los presentes cuando entramos los cuatro parapetados por los guardaespaldas y el jefe de seguridad. Vestimos de negro para cumplir con el luto, nuestros rostros reflejan dolor. El mío es real porque la idea de perder a mi hermano me revuelve por dentro. Mis padres están afectados de verdad, aunque suelen ser insensibles y no sé cuánto de su dolor es verdadero y cuánto fingido por las circunstancias.

Me quedo quieto a la entrada, incapaz de enfrentarme a lo que viene a continuación, de aceptar en voz alta que Aldario está muerto. Es como si de repente la realidad cayera sobre mí derramando un jarrón de agua fría sobre mi cuerpo indefenso y lo hiciera temblar.

Isabelle me sonrío como si quisiera darme ánimos. Es una mujer desconcertante porque parece capaz de leer mi mente.

Su gesto me ayuda a caminar hacia la silla preparada para mí y a ocuparla con ella al lado, dándome confianza a través de la mano entrelazada.

Apenas escucho el discurso de mi padre. Tiene la virtud de ser un gran orador y de transmitir siempre lo necesario para interesar a la audiencia. Los periodistas le escuchan con atención, pero yo no puedo hacerlo, mi mente parece decidida a darle vueltas a la situación, a darse cuenta de golpe del significado de lo sucedido.

—Te toca hablar — me susurra Isabelle al oído—. Levántate.

Me fijo que los labios de mi padre han dejado de moverse, en la mirada incisiva de la reina y en la expectación de los periodistas. Es la señal para que me encamine al atril para dar mi primer discurso como heredero legítimo al trono.

Tengo un escrito que mi padre me ha dado hace un rato para leerlo, el aplomo necesario y la capacidad para hacerlo, pero algo se ha roto en mi interior hace un segundo, cuando me he dado cuenta del significado de la muerte de Aldario.

Me encuentro con la mirada de Isabelle. Es suave, tranquila, como si contuviera un mundo de serenidad.

Asiento y me levanto arrugando el papel entre mis dedos.

Una vez frente al micrófono la ansiedad se apodera un segundo de mí. Necesito un trago de algo fuerte, anestesiarme, olvidar esta desgracia y volver a mi vida de hace unas horas, esa donde mantenía la capacidad de no depender de responsabilidades reales y guardaba mis verdaderos ideales bajo mantos de falsa felicidad.

Me aclaro la garganta mientras aplano la hoja de papel situada sobre el

atril con la mano. Los ojos azules de Isabelle me miran con intensidad, como si quisieran darme confianza. Su postura es perfecta, con las piernas un poco ladeadas, las manos sobre el regazo, la cabeza un poco gacha y una sonrisa afligida a la altura de las circunstancias.

—Hoy es un día triste. —Empiezo a leer las frases preparadas para mí—. Mi hermano era un príncipe noble, lleno de coraje, de esperanza, de actos desinteresados hacia el pueblo, de buenas intenciones. Su marcha repentina dejará una huella de tristeza en nuestra familia y en las personas que le querían porque sabía cómo hacernos sentir parte de su mundo...

Sigo disparando palabras sin pararme a pensar en su significado.

Ensalzo las virtudes de Aldario, hablo acerca de mi nueva posición, de mi intención de entregarme al pueblo, de ser un hombre digno de la corona, de luchar por mantener a nuestro país a la cabeza de los más ricos de Europa y de comprometerme firmemente con mi nueva posición.

Hablo por labios de otros, sin ser el artífice de mis palabras y me siento como un robot programado por mis padres.

Cuando el discurso se apaga en mi boca veo cómo los brazos de los periodistas se levantan ante mi última frase: *¿alguna pregunta?*

Señalo a uno con una sonrisa.

—Alteza. —Inclina un poco la cabeza—. ¿Su comparecencia hoy acompañado por la señorita Stoner significa que su corazón está ocupado?

—En efecto. —De nuevo me ciño a lo estipulado por mis padres, no quiero un nuevo enfrentamiento. La miro para enfatizar mis palabras y ella responde a mi gesto con una perfecta sonrisa de enamorada—. Les presento a la mujer que ocupa mi corazón y mis sueños desde hace un tiempo. Isabelle Stoner.

Vaya frasecita más cursi, no la hubiera pronunciado ni en el mejor de mis momentos. Pero la idea de enfrentarme a la ira de mi padre me disuade de desafiarlo. Es mejor empezar con buen pie para encontrar una grieta en su plan más tarde.

Ella sonrío a los periodistas como una actriz profesional.

¡Esta tía es la hostia! Ha despertado un murmullo de emoción generalizado con sus poses amables y distinguidas a la vez.

¿De verdad ha vivido en las montañas durante toda su vida? ¿No se ha relacionado con nadie?

Seguro que su expediente no está completo.

Tras contestar con evasivas a una batería de preguntas sobre nuestra

relación, el jefe de prensa de la casa real toma posesión del micrófono para dar por concluida la sesión ante los suspiros emocionados de las periodistas de género femenino.

Salimos los cuatro con el séquito de seguridad detrás.

—Isabelle, le tienes cogido el tono a tu papel. —Mi padre camina directo hacia su despacho—. Y tú, Aladi, por primera vez has conseguido leer un discurso como toca. Sigue así y conseguirás ganarte al pueblo.

4

Isabelle

Primer asalto superado con nota.

Suelto el aire despacio para destensarme un poco. Esta actuación ha requerido de todo mi autocontrol para mantener a raya la ansiedad. Los reyes despiertan en mí un odio visceral y me cuesta muchísimo arrinconarlo. Son personas detestables que someten al pueblo en base a una filiación de sangre, sin presentarse ante sus súbditos con la humildad propia del cargo.

Su doble cara me pone enferma, son capaces de condenar a inocentes solo para preservar la corona sobre su cabeza, reinan con la política del miedo y no buscan nunca la justicia si está en juego su propio beneficio. Tienen comprados a los medios de información, se ocultan tras el lujo y la corona, pero sus métodos poco ortodoxos para erradicar a cualquiera que ose enfrentarse a su poder son un secreto a voces entre los aldabianos.

Llevo semanas estudiando protocolo para pasar por uno de los miembros de la familia real de mi país, leyendo acerca de cómo comportarme, estudiando vídeos para bordarlo. Estoy contenta con el resultado, he conseguido permanecer en mi sitio sin cometer ni un fallo.

A pesar de mi coraza exterior hay un mundo de sentimientos en mi interior que a veces intentan apoderarse de mí, como si quisieran romper los muros de contención contruidos a base de mucho esfuerzo para rebotar cualquier emoción fuera de lugar.

Los reyes desaparecen por el pasillo sin despedirse, con ese andar altivo que les distingue de otras personas y desata mi odio. Me molesta su forma de comportarse, esa tiranía que se observa en cada uno de sus gestos, como si se sintieran superiores a los demás.

Aladi me agarra de la cintura mientras enfila hacia nuestra habitación. Le separo la mano con rapidez, tensándome.

Su forma de comportarse esconde un hombre pasional, estoy convencida. Y siento la tentación de destapar el cajón de sus emociones en vez de alejarlo con indiferencia, pero mi pasado se interpone en esa posibilidad.

—¿Tienes algún plan para la tarde, bombón? —Su tono jactancioso no consigue ponerme tensa como intenta—. Podríamos pasárnosla en la cama.

—Voy a entrenar en el gimnasio durante un par de horas. —Le separo cuando intenta agarrarme de nuevo y dejo una distancia de seguridad entre los dos—. Tú puedes dormir la mona o sacarte el calentón solito.

—Me apunto al gimnasio. Machacarme me apasiona y más si puedo ver un cuerpo como el tuyo sudando. —Se pasa la lengua por los labios—. Va a ser un espectáculo.

Soplo negando con la cabeza.

—¿No te cansas?

—¿De intentar convencerte para que echemos un polvo? —Sonríe—. ¡Nunca! Tu cuerpo será mío antes o después, bombón. —Se acerca para hablarme casi al oído—. No tardarás en caer.

Su sonrisa se ensancha para mostrar cómo le pone seguir con esta rutina.

—No me van los egocéntricos. —Uso un tono seco y un poco mordaz—. En una relación aspiro a ser parte de un nosotros y no un objeto de placer en manos de alguien incapaz de valorarme por algo más que por mi cuerpo.

—Acabas de matarme. —Se coloca las manos en el pecho y hace ver que se cae hacia atrás en un gesto teatral—. Pero yo no he hablado de relación, solo de pasarlo bien.

Llegamos a la habitación en tres pasos silenciosos. Camino con rapidez hacia el vestidor para hacerme con la maleta, pero encuentro las prendas guardadas en cajones, colgadas en la barra o dobladas en los estantes.

El short de deporte está en una repisa, junto a las camisetas ceñidas de tirantes que uso para el gimnasio. Las zapatillas Nike me esperan en el enorme zapatero donde descansan unas alucinantes sandalias rojas para esta noche, a conjunto de un vestido que destaca en mi barra de ropa.

Cojo el conjunto de deporte, unos calcetines cortos, ropa interior de gimnasio y recorro el trayecto hasta el baño ignorando a Aladi. Está de pie en medio de la habitación, mirándome sin esconder su sonrisa.

—Eres difícil de descifrar —susurra cuando paso por su lado—. Durante la comida parecía que te importaba, incluso me has ayudado con mis padres. En cambio, ahora...

—Interpretaba un papel. —Me paro frente a él sosteniéndole la mirada

con firmeza—. Parte de mi trabajo es conseguir que dejes de ser un capullo al que solo le interesa ir de fiesta y si paras de joder a tus padres las cosas irán mil veces mejor para mí.

—Dice la que me llama egoísta. —Sus ojos descienden hacia mis labios —. Eres una gran actriz, por un segundo he pensado que te importaba.

—Te acabo de conocer. —Me doy la vuelta para adentrarme en el lavabo —. Necesito tiempo para cogerle cariño a alguien.

Me visto despacio.

Con el cepillo me peino la melena hasta recogerla en una cola alta, mirándome al espejo con un conato de ansiedad. A pesar de mi capacidad para adaptarme a las situaciones esta me supera en algunos momentos. Cambiar la serenidad de mi casa por esta vida no acaba de convencerme, es como si me privara de libertad.

Retiro el maquillaje aplicando un poco de la crema desmaquilladora que me han dejado en la repisa. Me gusta más con la cara lavada, sin ningún cosmético para suavizar mis rasgos o destacarlos, pero mientras siga con esta locura de trabajo debo adaptarme a ellos.

A la realeza.

¡Alucino! ¿Cuándo decidí dar este paso? ¿Por qué seguí adelante?

Llevo toda la vida en un ambiente muy alejado de la civilización, huyendo de la gente, dejándome seducir por la soledad solo empañada por la presencia de Hugh, evitando el contacto con los demás. ¿Y acabo en un palacio haciendo de niñera de un príncipe mujeriego, alcohólico y drogata?

Niego con la cabeza con un suspiro de exasperación.

Ya no hay vuelta atrás, acepté el reto, me he preparado a conciencia y puedo hacerlo. Soy perfectamente capaz de lidiar con Aladi, de hacerme un hueco en esta habitación y de salir airoso de la situación. Para Hugh era importante que saliera al mundo, olvidara las montañas y empezara a relacionarme con gente de carne y hueso. Aunque no sé si mi destino es el más acertado.

Cuando salgo de nuevo a la habitación encuentro a Aladi vestido con una camiseta blanca arrapada, unos pantalones cortos de chándal y unas zapatillas negras de deporte. Lleva una bolsa colgada al hombro.

—¿Lista? —Su sonrisa me acompaña en el camino hacia la puerta—. He llamado a mi entrenador personal para una sesión de un par de horas. Podemos compartirlo.

—Tengo mi rutina. —Le sigo por los pasillos de palacio con Gustav

detrás—. No necesito a un entrenador, llevo años practicando sola.

—Eres una persona disciplinada, me gusta. —Baja un poco el tono—. ¿Arriba o abajo?

Levanto las cejas a modo de respuesta.

—¿Cuál es tu posición en la cama? —aclara con una expresión divertida.

—De lado y con la pistola bajo la almohada.

—Podrías tener esposas también. Me mola jugar, tiene más morbo.

—Pues juega contigo mismo, eso te puede venir muy bien para quemar toda esa testosterona que desprendes.

Por fin llegamos al gimnasio. Es una gran sala con máquinas modernas y las paredes frontales de cristal con vistas al jardín.

Aladi saluda a un hombre fornido que nos espera vestido con un chándal azul marino. No tarda ni dos segundos en dejar la bolsa a un lado y seguir sus instrucciones.

Me coloco unos cascos en los oídos para subirme a la cinta.

Mis ojos se entretienen a ratos en el trabajo de mi novio fingido. Se entrega al ejercicio con determinación, sus músculos reciben cada movimiento tensándose al máximo. No se niega a las órdenes directas de su entrenador y pone empeño en seguir cada indicación.

Sus expresiones de concentración confirman mi intuición, esconde su verdadera naturaleza bajo esa fachada de chulo para no sentirse vulnerable ante los demás. Me parece que es más tierno y sensible de lo que proyecta.

Nuestras miradas se cruzan en algún momento y las suyas pierden esa insinuación de antes. Son más sinceras, más amigables, más decididas a construir un puente de entendimiento entre los dos.

En algunos momentos sus ojos reflejan una pena insondable, como si su forma de comportarse fuera una pose dirigida al mundo para ocultar la fragilidad de su alma. En esos escasos segundos deja traslucir su verdadero interior.

—Buen entrenamiento. —El *personal trainer* se acerca a ver mis estiramientos al terminar con su alumno—. Me he fijado en cómo te mueves. Tienes una técnica impecable y levantas más peso que la mayoría de las mujeres. ¿Quién te enseñó a trabajar así?

—Mi padre adoptivo fue un Navy Seal —explico—. Me ha entrenado durante años enseñándome a valerme por mí misma.

—Ha hecho un gran trabajo. Además, eres muy flexible y eso ayuda. Si alguna vez quieres podríamos entrenar juntos.

—Lo pensaré.

Se despide con un simple asentimiento de cabeza dejándonos solos.

Aladi se acerca mientras abro las piernas sentada en el suelo y estiro el cuerpo hacia delante, avanzando al máximo con las manos para alargar la espalda y relajarla después del ejercicio.

Me quito los auriculares cuando percibo su voz.

—Tu padre debe imponer. —Lleva una toalla pequeña en la mano para secarse el sudor de la nuca—. Un Navy Seal... ¿Te cuenta muchas de sus misiones?

—No le gusta demasiado hablar del pasado.

Se queda callado unos segundos murándome con una sonrisa enigmática.

—Quiero resolver el misterio —dice de repente.

—¿Vas a decirme a cuál misterio te refieres? ¿O eso también he de adivinarlo?

Levanta las cejas tres veces, misterioso y niega con la cabeza.

—Voy a ducharme. —Señala una puerta que hay al fondo del gimnasio y enfrenta mi mirada de sorpresa con una ancha sonrisa—. Te he traído una camiseta y unos pantalones, ya he visto que venías sin recambio. Bombón, esto es un palacio, aquí hacemos las cosas a lo grande y tenemos un baño con ducha en el gimnasio.

Termino los estiramientos escuchando una balada para rebajar también la frecuencia de mi respiración. En casa suelo practicar Tai Chi cada mañana antes de la puesta de sol para empezar el día con energía. Espero encontrar un resquicio de paz en este palacio para seguir con mi rutina.

El olor a jabón inunda mis fosas nasales cuando Aladi sale del baño envuelto en vaho. Lleva unos vaqueros ajustados, una camiseta ceñida y el pelo mojado. Le doy un par de vueltas a nuestro último intercambio de frases. No sé si debo interrogarle acerca de ese misterio en el que desea indagar o me arrepentiré de hacerlo.

—Tienes la ropa dentro. —Se acerca a una nevera que hay en una esquina para sacar una bebida isotónica y señala el baño—. Tómame tu tiempo.

Salimos del gimnasio quince minutos después. Voy sin ropa interior y estoy un poco incómoda. Además, el conjunto que me ha dejado me queda enorme.

—¿Cómo era la vida en la montaña? —pregunta Aladi recorriendo el pasillo rumbo a nuestra habitación—. ¿Aburrida?

—Para nada.

—Cuéntame cosas en vez de ser tan seca. —Me roza la mano con la suya—. Al leer tu expediente tu vida me ha parecido muy extraña. ¿Nunca has tenido amigos? Pasar los años aislada en una casa acompañada solo de tu padre adoptivo es raro de cojones.

—Yo era feliz. —Esquivo su curiosidad con un tono frío.

Se para de golpe, se sitúa frente a mí y me mira con seriedad.

—Si vamos a compartir habitación lo menos que podemos hacer es conocernos un poco. —Sonríe empezando a andar de nuevo—. Me gusta saber cosas de mis novias.

—Eso no se lo cree nadie. —Niego con la cabeza—. Solo te interesa escuchar cómo gimen.

—No le hago ascos a los gemidos, la verdad. Pero soy un buen conversador y sé escuchar muy bien. Y te lo he dicho en serio, me intrigas un montón.

Suelto una carcajada ante su puchero fingido.

Ahora parece un chico amable, dulce, fácil de trato...

—¿No te lo crees? —Levanta las cejas en una mueca de asombro—. No puedes juzgarme por cinco minutos de charla divertida para intentar llevarte a la cama. Soy más profundo.

—Si tú lo dices.

Cierra un segundo los ojos con un dolor que se cuele en su rostro. Al abrirlos espanta esa tristeza y vuelve a adoptar una expresión jocosa.

—Dame un voto de confianza. —Pone unos morritos simpáticos—. Háblame de tu vida lejos de la gente, los cines, los bares, las salas de fiesta, la juerga... No imagino cómo algo así puede hacerte feliz.

—No todo el mundo necesita salir de fiesta para encontrar la felicidad. Hay mucho más en la vida.

—Convénceme.

—¿Y por qué debería hacerlo? Desde que he llegado solo has intentado meterte entre mis piernas. ¿Te extraña que dude de tus intenciones?

Llegamos a la habitación y él se tira encima de la cama. Camino hasta el vestidor para cambiarme de ropa parapetada por la pared.

—Ven aquí conmigo. —Se apoya en el cabezal con un cojín a la espalda y da palmadas a su lado cuando salgo con unos vaqueros y un cómodo suéter de cuello vuelto—. Prometo portarme como un caballero.

—Prefiero el sofá.

Unos golpes en la puerta preceden la entrada de un hombre de unos

cuarenta y muchos, apuesto, con un traje chaqueta a medida caro y de corte actual, alto y con una sonrisa encantadora.

—Alteza, señorita Stoner —saluda caminando hasta la silla que hay frente a un escritorio de madera clara—. Vengo a repasar la agenda de la semana de Su Alteza y a darle instrucciones para que se ponga en contacto con su nuevo *community manager* para hablar de cómo llevar sus redes sociales.

—¿Agenda? ¿*Community manager*? —Aladi le dirige una mirada extrañada—. ¡Joder! ¿Va en serio, Gregor?

—Ahora es el príncipe heredero y tiene nuevas obligaciones. No puede seguir publicando cualquier cosa en la red sin pararse a pensar en las consecuencias.

—¡Aldario acaba de morir! ¡Su cuerpo todavía está caliente! —No me cuesta descubrir dolor verdadero en sus ojos—. Deberíamos estar llorando frente a su féretro en vez de darme a mí su rol en la vida con esta facilidad y dejarme aquí encerrado con una novia postiza. —Chasquea la lengua con rabia—. ¡Necesito una copa!

Vuelve a contenerse, pero descubro cómo sus dedos agarran la colcha con fiereza y la estrujan para espantar la sensación de tristeza que le invade. Es como si le doliera de verdad la muerte de su hermano y no supiera cómo afrontarla.

—Sus Majestades han decretado tres días de luto oficial antes de reanudar las agendas. —El tono de Gregor no admite réplica, es potente, fuerte, dictatorial, pero sin perder el respeto ni las formas—. Suficientes para empezar a limpiar su imagen y que acepte de una vez su nuevo papel en la monarquía. No puede beber, se terminó esa forma de vivir. Ahora tiene responsabilidades y no pueden verle ebrio.

—Tres días —susurra con un soplo—. ¡Tres putos días! Se muere su hijo preferido y solo se van a permitir tres días para llorarlo.

—El mundo sigue girando, Aladi. —Su tono es más amistoso, como si se conocieran mucho—. No podemos detenerlo para que se sienta preparado. Es su destino, su deber y ha de encontrar la forma de interpretar el papel que le ha tocado en suerte dejando atrás el pasado.

—Deja la agenda ahí. —Señala la mesa—. La estudiaré y te daré mi opinión.

—Lo siento, alteza, pero no hay objeciones a las actividades previstas. —Gregor vuelve a adoptar una inflexión oficial—. El príncipe Aldario se comprometió hace tiempo y usted lo substituirá. No puede oponerse a nada.

—¿Y qué hay de ella? —Me señala.

—Va a ser su sombra. Está invitada a todos los eventos.

Tras darle las instrucciones para arreglar el tema de sus redes sociales se despide dejándonos otra vez a solas.

Me levanto para buscar mis libros en la habitación. Necesito distraerme, alejarme con la mente de este lugar durante un rato. Los encuentro apilados en un estante colocado sobre el escritorio. Localizo mi última lectura y emprendo el regreso al sofá.

—¿Puedes alcanzarme la agenda? —solicita Aladi—. Estás de pie y quiero ver en qué tipo de alcantarilla se ha perdido mi libertad.

No hay ni rastro de chulería en su voz. Ha perdido su fuerza, su vigor, sus comentarios incisivos para apagarse hasta casi un susurro.

Con la agenda en la mano camino hasta pararme a unos centímetros de la cama. Su cuerpo parece triste, como sus ojos y su expresión.

—¿Tan malo es ocupar el lugar de tu hermano? —Se la alcanzo.

—Peor. —Suspira y cambia otra vez su rictus por uno juguetón—. Vamos a dejar de hablar de cosas tristes, me interesa más conocerte. Íntimamente a ser posible.

Rodeo la cama para caminar hasta el sofá constatando que su pose no es más que una fachada, bajo ella se esconde un corazón herido y quizás asustado ante la responsabilidad que se le viene encima. No es fácil cambiar de vida en unas horas por imposición.

Con el libro en la mano me estiro dispuesta a devorar las páginas que me quedan para empaparme de algunos conceptos de física cuántica.

—¿Qué lees? —Su voz me desconecta de la lectura cuando estaba enfrascada en una teoría muy interesante—. Pareces abducida por el libro.

—A algunas personas nos interesa ejercitar el intelecto en vez de los gemidos.

—¡Tranqui fiera! —Suelta una carcajada—. Solo intentaba mantener una conversación para conocerte un poquito más.

—¿Podrías quedarte calladito un rato? La soledad es necesaria.

Asiente con una sonrisa, coge su móvil y marca el número del *community manager* para discutir con él cómo van a gestionar sus publicaciones en las redes sociales a partir de ahora. Parece molesto con las propuestas, pero desconecto para concentrarme en el libro e imaginarme lejos de ese lugar durante un rato.

5

Aladi

Paso media hora contestando los mensajes de pésame de mis amigos y conocidos.

Necesito una copa...

Me molesta muchísimo esta nueva imposición de mantenerme sobrio. Pero por muchas vueltas que le dé a la situación no se me ocurre cómo escaquearme de las órdenes de mis padres.

Ella sigue leyendo sin levantar la vista de las páginas. Está estirada en el sofá boca arriba, con las rodillas levantadas y el libro apoyado en ellas, sobre un cojín.

Respira con un ritmo pausado y su postura ha perdido la tensión de hace unos minutos.

La repaso con la mirada. Empiezo en los pies descalzos, tapados con unos calcetines negros muy finos. Subo por las piernas largas, firmes y musculadas. Me entretengo un segundo en el vientre que el jersey marca metido hacia dentro, como si estuviera aguantado el aire. Observo cómo sus pechos redondeados sobresalen para mostrarse perfectos. Repaso el cuello y llego a su rostro concentrado.

Desprende un atractivo feroz, como si quisiera hablar con mi libido para encenderla. Aunque debería detenerme a pensar en nuestra situación antes de seguir jugando con ella. La convivencia se puede convertir en un calvario si las cosas entre nosotros no van bien y mis padres van a mantenerla en el puesto a pesar de mi oposición.

Si me la llevo a la cama después deberé seguir viviendo con ella y eso podría resultar muy incómodo.

Solo me interesa a nivel físico, para mí no existe la posibilidad de ir más allá con una tía.

Observo la arruga de su frente mientras pasa la vista por las letras, cómo se toca el labio con la yema del índice de la mano derecha, su expresión concentrada. Es agradable escuchar su respiración acompasada mientras siento cómo mi corazón se fractura en mil pedazos.

Llevo horas intentando olvidar lo sucedido, ocultando mi estado bajo un comportamiento despreocupado, pero el deseo de conversar sobre los acontecimientos recientes con Aldario me encoje el corazón.

Todavía no me hago a la idea de que no está en la habitación contigua, de que no puedo hablar con él ni escuchar sus continuas charlas acerca de cómo debería cambiar de vida. Me parte el alma imaginarme los días sin él, las tardes en la sala de billar sonriendo ante su expresión de derrota al darle una paliza, las reuniones familiares a solas, nuestra camaradería.

Y pensar en reinar me asfixia porque jamás he valorado esa posibilidad. Y menos renunciando a la vida libertina que he llevado hasta ahora.

Una mirada rápida me indica que Isabelle está demasiado enfrascada en su lectura para descifrar la pena en mi rostro y le permito ocupar mi corazón durante unos minutos. Necesito llorar a mi hermano, aceptar la realidad, ser capaz de mirar a la cara el significado de su muerte.

Una copa ayudaría muchísimo o salir de fiesta o enrollarme con una tía, pero rechazo enseguida esa posibilidad. No conseguiría dar ni un paso fuera de palacio sin despertar la furia de un ejército de agentes de la guardia real a las órdenes de mis padres. Y después me tocaría un sermón de campeonato acompañado de algún castigo.

¡Vaya putada!

Aldario era una persona increíble. No se merecía ese final ni desaparecer en plena esencia de la vida. Es injusto. Alguien tan perfecto como él merecía una existencia larga y plácida.

—¿Estás bien? —Isabelle deja el libro en la mesilla de centro y se sienta para dedicarme una mirada profunda.

—¿Por qué no debería estarlo? —Me limpio con disimulo una lágrima rebelde y le contesto en tono chulesco, sin revelar mi estado.

—Tu respiración —aclara—. Estabas llorando.

—¡Ni de coña! —Niego con la cabeza—. Solo imaginaba cómo sería besarte, tocarte, hacerte mía...

—Tus continuos cambios de personalidad no van a ayudarte a sentirte mejor. —Vuelve a estirarse cogiendo el libro—. Deberías dejar de fingir y permitirte llorar a tu hermano.

—Prefiero seguir hablando de tu cuerpo desnudo en la cama. —Me cuesta muchísimo curvar los labios en una sonrisa socarrona para parecer creíble.

Ella niega con la cabeza con una exhalación. «»

—Puedes continuar con este juego o aceptar tus sentimientos. Tú decides. Pero tengo algo de experiencia en la muerte de seres queridos y sé que guardártelo solo consigue aumentar el dolor.

—Ahora me muero de curiosidad. —Cierro los ojos un segundo con una espiración silenciosa—. Cuéntame tu historia.

Se incorpora de nuevo, vuelve a depositar el libro en la mesilla y se sienta con las piernas dobladas sobre el sofá.

—Pertenece a un pasado que deseo olvidar. —Percibo un dolor intenso en sus palabras—. Solo te diré que es mejor afrontarlo que darle la espalda. Cuando la muerte se lleva a alguien a quien quieres has de dejar salir el sufrimiento o acaba por devorarte.

—¿Es lo que te pasó a ti?

Los dos aparcamos por unos instantes nuestro juego dialectico para mostrarnos solidarios ante un hecho traumático compartido. Ella tarda unos segundos en bajar las piernas, tensarse y levantar la mirada hasta mis ojos.

Es curioso, saber que ha firmado un contrato de confidencialidad me produce una nociva inclinación a abrirle mi alma.

—No dejes que lo sucedido te invada —dice con seriedad—. Hazle frente, llora si lo necesitas, dale a un saco de boxeo, grita, háblalo, busca algo que te ayude a sacar el dolor. Haz lo que sea, pero no lo escondas ni intentes evitarlo porque entonces se hará más grande y te llenará de grietas que después no sabrás cómo coser.

—Las tuyas perduran. Lo noto en el brillo apagado de tus ojos.

—Siempre estarán ahí. —Su sonrisa se curva en un mohín lleno de sufrimiento—. Tardé demasiado en darme cuenta de cómo me afectaba y acabé caminando por la cuerda floja. No sé si alguna vez lograré deshacerme de las pesadillas. Por eso estoy aquí, es mi intento de combatir el pasado, de afrontarlo, de encontrar la forma de superarlo para continuar con mi vida.

Sus palabras, ese tono suave y triste y el halo de dolor que emanan retiran mi coraza, como si se resquebrajara con cada una de las frases para mostrarme ante ella sin subterfugios, con la tristeza y el dolor de afrontar los últimos sucesos.

Mi respiración se acelera un poco al descubrir la humedad de sus ojos.

Es como si quisieran hablar de unas heridas todavía sangrantes y eso me impulsara más a dejar atrás mi forma de tratarla para abrirle mi corazón.

—Le voy a echar de menos. —Me levanto de la cama y camino hasta sentarme a su lado en el sofá—. Me cuesta creer que acabe de morir, es como si estuviera dentro de una broma macabra. Aldario y yo estábamos muy unidos. Nos llevábamos dos años, crecimos juntos, rodeados de este circo. Y pensar en ser rey algún día... Era su destino, no el mío.

—Me gusta más este Aladi que el acosador. —Su mirada es sincera—. ¿Por qué te comportas como un gilipollas con los demás? Acabas de demostrar que es una fachada. Aunque ya lo sospechaba.

—¿En serio me acabas de llamar gilipollas?

Alzo las cejas componiendo una sonrisa divertida para aligerar un poco el tono de la conversación. Perder ese muro con el que cubro las huellas de mi verdadero sentir es devastador, así que intento reconstruirlo ladrillo a ladrillo para guardar bajo llave mis sentimientos otra vez.

Isabelle compone una media sonrisa torcida, recomponiéndose.

—Un poco gilipollas sí eres cuando intentas aparentar ser otra persona.

—No paras de darme puñaladas traperas directas al corazón. —Me hago con el libro que leía con tanta devoción—. ¡Pesa un huevo! ¿A qué tía de tu edad le pone más la física cuántica que una novela romántica?

—Nunca me ha interesado el amor. Prefiero acumular datos, como mínimo son claros, concisos y fáciles de entender.

—O sea, eres de relaciones cortas.

—No soy de relaciones. Ni cortas ni largas ni fugaces. —Niega con la cabeza—. Y si algún día me decidiera a tener una sería con alguien con un cerebro interesante.

—Es triste.

—¿Por? —Gira la cara hasta quedarse mirándome de frente, a pocos centímetros de distancia.

—Llevas toda la vida aislada en las montañas sin amigos, sin hombres, sin vida social. —Sus pupilas se agrandan al conectarse con las mías. Brillan de una forma especial. Me entretengo un segundo en observar con admiración ese azul penetrante que me recuerda el mar en una orilla tropical—. Querer a alguien es la esencia de la vida. Salir, conocer gente, hablar con los demás, descubrir sus historias. Tirarse a muchas tías. Disfrutar del sexo, de las relaciones, de una conversación. Sin todo esto la vida en realidad es una mierda.

—Ya salió tu vena libidinosa. —Desvía la mirada hacia la ventana conteniendo el dolor que he adivinado hace un segundo—. Ibas bien, parecías una persona sensible hace un instante. Pero lo has estropeado.

—¿Cómo murieron? —Me atrevo a colocar mis manos sobre las tuyas—. Tus padres.

Cierra los ojos sin mover la cabeza. Sus rasgos se desfiguran un fugaz segundo ante mis palabras. Espira con mucha lentitud, como si intentara controlar la respiración para evitar que se desboque.

—Ya te lo he dicho, no quiero hablar de ello.

—¿No acabas de aconsejarme que no me guarde el dolor?

—Apenas te conozco, durante la mayor parte del día me has tratado como a un objeto sexual y eres muy inestable. —Coge el libro que he dejado sobre la mesa—. Tan pronto te portas como un chulo que solo busca ligar como te conviertes en un tío decente. Son dos versiones de una misma persona y todavía no tengo claro por qué intentas esconder tu verdadera personalidad.

—Si te tomas la vida a cachondeo no notas tanto los palos.

—Eres un príncipe, tienes dinero, poder, capacidad para conseguir lo que desees...

—Muchas veces desearía haber nacido en cualquier otra parte. —¡Joder! Esta tía saca demasiado de mí, me vuelve un jodido sentimental.

—Has de buscar la forma de enfrentarte al dolor y dejar atrás la vida que llevabas. No sirve de nada ocultar tus miserias emborrachándote, drogándote o tirándote a una tía distinta cada noche. En eso tus padres tienen razón, has de madurar y enfrentarte a la situación. Para bien o para mal te has convertido en el próximo rey de Aldabia y te toca asumir el papel con todas sus consecuencias.

Ya es oficial, Isabelle ha logrado descifrar más de mí en unas horas que la mayoría de las personas de mi entorno en toda una vida.

Es una mujer perspicaz, inteligente y muy intuitiva.

Mi móvil vibra con insistencia en el bolsillo del vaquero desde hace rato y ha llegado el momento de descubrir la razón. La conversación está girando hacia un terreno demasiado personal y abrirle mi corazón a bocajarro sin apenas conocerla me parece una locura, a pesar de la existencia del contrato que le impide hablar sobre mis confidencias fuera de esta habitación.

Hay algo en Isabelle que me induce a dejarla llegar hasta mi alma. Es como si buscara en ella un sustituto a mi hermano y no debería dejarme llevar así.

Nunca me he mostrado vulnerable ante otra persona que no fuera Aldario. Él me conocía, sabía interpretar mis expresiones, mis estados de ánimo, mi forma de afrontar el destino que nos tocó en suerte. Siempre fue el fuerte, el disciplinado, el diplomático. Yo en cambio crecí revolucionario, con deseos de imponer mis convicciones, de salirme siempre con la mía. Y me rebelaba contra las paredes construidas por mis padres para mantenerme encerrado en su forma de ver la monarquía.

Quizás si hubiera nacido en cualquier otro lugar esa terquedad hubiera servido para algo, pero en un palacio es un rasgo que un príncipe no se puede permitir. Debo acatar las órdenes de mis padres, ser educado, cordial, agradable con las visitas y portarme siempre como marca el protocolo.

Por eso bebo, fumo, me drogo y lleno mis horas con mujeres, es la mejor forma de enfrentarme a una existencia carente de libertad.

Sin embargo, ahora no puedo ni tomar un trago sin activar la alarma.

Sacudo la cabeza, rescato el móvil para leer las notificaciones y suelto un gruñido.

—¡Será cabrón!

—¿Quién? —Ella me mira con curiosidad ante mi arrebató.

—¡Mi nuevo tocador de cojones! —Le muestro la pantalla—. Estamos en cada una de mis redes sociales. Y no tengo ni idea de dónde ha sacado esta foto.

Somos Isabelle y yo abrazados, sonrientes, paseando por una calle de Estados Unidos. Está en Facebook, Instagram y Twitter, con etiquetas, *hashtags* y miles de mensajes de condolencia de personas desconocidas.

—Photoshop —dice con seguridad—. Has leído nuestra historia en el dossier, esta foto solo es el principio. Quieren mostrarme al mundo como tu salvadora tras la muerte de tu hermano. Como si hubieras renunciado a tu vida libertina por mí y no por imposición de los reyes.

—¡Me cago en ese cabrón! —Bajo con el dedo las respuestas en Instagram—. ¡No ha filtrado los comentarios! Mira, están llenos de enlaces a artículos de revistas y periódicos digitales.

Los dos centramos la mirada en la pantalla.

—Rebena Stravinsky es una de las peores alimañas de esta profesión de carroñeros. —El cabreo me invade cuando pincho en el enlace del artículo—. Va de buenaza y solo quiere sacarnos los ojos cuando la cagamos.

—Algo muy habitual en ti, ¿no? —Levanta una ceja con una mirada sagaz. Parece recuperada de nuestro extraño momento de intimidad.

—Licenciada en física por Stanford. —Leo las palabras de Rebena—. ¡Impresionante! Te presenta como toda una cerebrita.

—Tengo una licenciatura en física, aunque estudié en la Universidad Virtual de Aldabia.

—¿En serio? Me cuesta pensar en ti como una empollona...

—Pensaba que te habías leído mi dossier. —Observa las fotos donde sale con la sudadera de la Universidad de Stanford y acompañada por un grupo de desconocidas personas de su edad—. Me han construido una vida muy sólida, pero la máxima para que no te cacen es ser lo más fiel a la verdad posible.

—¿Hablas cinco idiomas y eres una crack del ajedrez? —Debería haber leído la parte aburrida del informe para no parecer tan asombrado ahora—. ¿Sacaste una de las mejores calificaciones de tu promoción en la universidad?

—Culpable. —Baja la pantalla con la yema del dedo gordo—. Aunque Hugh no es el heredero de un imperio basado en la producción cárnica ni vivimos en Denver ni tenemos relaciones con personas de la alta sociedad. Él era de allí, sus padres tenían fábricas, pero Hugh solo heredó las acciones a su muerte. Es un negocio modesto, jamás ha dado la millonada que indican las cifras públicas ni lo ha llevado él, eso es la labor de su hermana.

—Han exagerado las cosas en su beneficio.

—Supongo que era de esperar. —Aprieta los labios—. Ojalá los periodistas no indaguen demasiado porque ese tipo de mentiras se descubren con facilidad.

—Subestimas a los hombres de mis padres. Son capaces de untar a un pueblo entero para lograr sus deseos, aunque sea una gilipollez.

—¿Qué te parece una gilipollez?

Le dedico una mirada conciliadora.

—Me caes de puta madre y es la hostia tener una compañera de habitación cañón, pero estarás de acuerdo conmigo que es absurdo tener una niñera las veinticuatro horas haciéndose pasar por mi novia. Me basto y me sobro para encontrar pretendientes adecuadas.

—Quizás buscaban algún tipo de distracción mientras te enderezan. Si el pueblo habla de mí olvidarán tus juergas y sus reticencias a que te conviertas en el heredero al trono. Además, a mí me tienen ligada por un contrato.

—Podría ser... Pero me parece retorcido incluso para ellos.

—Los vi bastante paranoicos cuando me entrevistaron para Aldario.

Creo que en realidad están acojonados con las amenazas y su asesinato solo ha aumentado ese miedo a perderte. Y no es para menos... Alguien se coló en la habitación de tu hermano, ¡en palacio!

—Cargarte a alguien es fácil. Solo has de buscar la oportunidad y tener agallas.

—Cierto. Lo difícil es descubrir las intenciones de la gente.

Ya volvemos a adentrarnos en una conversación demasiado formal...

Levanto los ojos de la pantalla, donde acabo de leer otro artículo en el que se alaba a mi compañera, y la escruto con una pregunta que lleva un rato incordiándome.

—¿Por qué una licenciada en física acepta un trabajo así? Lo siento, pero me parece muy extraño.

—Quería probar algo nuevo. —Noto su incomodidad al instante, pero la borra con rapidez—. Y conseguir una licenciatura en Stanford me abrirá muchas puertas.

—No me lo creo. —Sacudo la cabeza—. ¿En vez de buscar trabajo en lo tuyo decides verte a un palacio a cuidar de un príncipe por un título universitario si ya tienes uno?

—Hugh quiere volver a Estados Unidos. —Con una mano coge el colgante que lleva al cuello y lo mueve por la fina cadena de oro. Es una pieza de ajedrez, la reina—. Necesito un título válido ahí, conseguir un buen trabajo y dejar atrás Aldabia. Era una gran oportunidad.

—Así que contestaste a una oferta de trabajo solo para conseguirlo...

—No fue así para nada. Vinieron a buscarme porque al bocazas de Hugh le dio por hablar de mí en una de sus salidas a la capital.

—¿En serio?

—Una noche se emborrachó en un bar y casualmente estuvo hablando con nuestro jefe de seguridad, Lobino Rebis. Le contó cómo me había entrenado, lo jodidamente buena que era en defensa personal y manejo de armas y no sé qué más debió decirle porque unas semanas después sus hombres aparecieron en mi puerta con una oferta irrechazable.

—Es extraño —admito.

—Mucho. Pero no me paré a pensarlo, era una gran oportunidad.

No le damos más vueltas.

Isabelle no parece deseosa de ahondar en esos aspectos y ya hemos tensado demasiado la cuerda por hoy.

Me levanto para estirarme en la cama a descansar un poco hasta la hora

de la cena. Apenas he dormido esta noche pasada y necesito relajarme para pensar en Aldario, afrontar su muerte, hacerme a la idea de la realidad...

6

Isabelle

La cena con los reyes es muy tensa.

Me fijo en las reacciones de Aladi cuando sus padres hablan de la ceremonia de mañana para despedir a Su Alteza Real el príncipe Aldario y siento al instante su dolor.

Es como si en las pocas horas compartidas hubiera desarrollado una especie de conexión extrasensorial con él y pudiera descubrir la tendencia exacta de sus pensamientos. Aunque me desconcierta su forma de oscilar entre una personalidad tierna y otra chulesca que solo intenta ocultar sus debilidades.

Las tres personas sentadas conmigo a la mesa son infames y no merecen mi cariño, pero el príncipe me despierta una simpatía fuera de lugar. Al traspasar su coraza descubro dolor, casi lo palpo, y es como si esa realidad abriera en canal mi odio construido durante años hacia la monarquía de este país.

Escucho asqueada a los reyes repasar los detalles del funeral. Les falta poner sentimiento en ello. Es como si hablaran de preparar una reunión de trabajo, con una ausencia total de emoción, casi como si sus palabras fueran meras explicaciones de algo común. Y no lo es, el cuerpo de su hijo va a estar en el féretro, inerte, sin respiración, a punto de perderse bajo capas de tierra para desintegrarse lentamente hasta desaparecer.

Me quedo callada la mayor parte del tiempo.

Los recuerdos no tardan en invadir mis pensamientos con su cadencia llena de desesperación. Mis padres nunca tuvieron un entierro digno de un príncipe, ni siquiera pude llevarlos a un cementerio ni comprarles un ataúd ni colocar una lápida sobre el montículo de tierra donde descansan para siempre.

Revivo cómo fui una espectadora de excepción de su entierro mientras

me deshacía en dolor escondida entre las sombras, abrazada a mi cuerpo tembloroso, ahogando el llanto descontrolado que intentaba poseerme, intentando apartar de mi memoria las horas anteriores, como si la idea de aceptar la dolorosa constatación de que había sucedido abriera esas gritas imposibles de cerrar que todavía desgarran mi corazón.

Es difícil lidiar con las reacciones de mi cuerpo ante los recuerdos. Llevo demasiados años luchando contra ellos sin lograr aplacar los escalofríos, los temblores o las lágrimas que luchan por derramar mis ojos cada vez que aparecen en mi mente las imágenes de aquella noche.

Pensaba que el tiempo me ayudaría a cicatrizar las heridas, pero solo ha servido para mitigarlas, rebajar las sensaciones de dolor que agarrotaban mis músculos y aplazarlas hasta momentos puntuales.

Como el actual.

Necesito una alta dosis de autocontrol para mantener la actuación sin revelar la devastadora ansiedad que me rompe por dentro.

Utilizo varias técnicas de contención.

La más efectiva es concentrarme en la comida, en algo tan banal como pinchar una porción de carne del plato y llevármela a la boca para masticarla despacio, sin levantar demasiado la vista. Realizar esos movimientos consigue alejarme de palacio, de los recuerdos, de casa de mis padres, de la niña escondida tras la estantería, de ver lo que sucedió, del dolor de enfrentarlo, de cómo después corrí por el bosque tras los asesinos para presenciar en primera fila la forma en la que deshicieron de los cadáveres, solo protegida por la oscuridad.

Uno de los platos estrella de la gastronomía aldabiana es este guiso de ternera con especias y verduras de la región. Es de las pocas recetas con carne que destacan en nuestro país, ya que los frutos de nuestro mar suelen llenar las mesas condimentados con hortalizas cultivadas en las montañas y los campos del interior.

La climatología es bastante fría en invierno, sobre todo en la cordillera con altas montañas llenas de cuevas causadas por la erosión del fuerte viento que suele soplar en los meses más fríos, y cálida en verano, y de los ríos subterráneos. El crudo invierno nos da pocos productos de la tierra, por eso abundan los huertos de cereales, patatas, remolacha, azúcar y toda clase de hortalizas que forman parte de nuestra cultura culinaria.

Levanto un segundo la mirada para fijarme en Aladi, obligándome a dejar mi disertación acerca de la gastronomía aldabiana y el clima. Está perdido en

sus pensamientos, en su pena, en la desesperación.

Es como si me mirara en un espejo, como si él fuera el reflejo de mi alma herida.

Me parece increíble que apenas doce horas atrás le juzgara como un ser insensible, superficial y egoísta porque esta tarde me ha dejado otear en su interior para mostrarme la profundidad de sus sentimientos. Y no es para nada cómo esperaba.

Pensaba que lidiar con nuestra convivencia sería más fácil, que no iba a sentirme tentada a mantener una relación de amistad con él, que me limitaría a ser parte de su mobiliario.

A medida que compartimos instantes me siento más deseosa a conocerle, pero es una auténtica locura. Debería apartarme de él, ser fría en nuestra relación y no mostrar ni un ápice de complicidad, sin embargo, me cuesta demasiado tras haber compartido el día de hoy con él, porque me ha mostrado una cara insospechada de su persona y a pesar de mi entrenamiento nunca he conseguido arrinconar mis sentimientos del todo. Tienen vida propia y muchas veces deciden intervenir en contra de los razonamientos lógicos de mi mente.

Cuando la cena llega a su fin y los reyes anuncian su intención de retirarse no logro reprimir un suspiro para dejar salir el aire retenido en mis pulmones.

—Molan mis padres, ¿verdad? —Aladi levanta los labios en una sonrisa sarcástica una vez nos quedamos solos.

—Son unos capullos arrogantes —admito levantándome de la mesa en un gesto brusco—. ¡Acaba de morir su hijo! En vez de mostrar dolor parecía como si organizar su funeral fuera ordenar que hagan la colada.

—Eres distinta a cómo me he imaginado al conocerte. —Camina junto a mí por el pasillo y sin pedírselo me agarra por el brazo para ayudarme a mantener el equilibrio sobre los zapatos rojos de tacón. Ese roce me tensa, aunque reconozco que es cálido, con tintes suaves. Lo deshago enseguida, apartándome al máximo de su lado—. Tienes un extraño poder sobre mí porque me siento tentado a dejar de lado el flirteo para abrirte mi alma.

—¡Qué profundo! —bromeo con intención de aligerar sus palabras y el estremecimiento que producen en mi cuerpo—. ¿Ya no volveremos a hablar de mis jadeos?

—Más que hablar podríamos provocarlos.

Suelto una carcajada a la que se une su risa.

Al llegar a la habitación encuentro uno de mis pijamas doblado sobre la

almohada, con la cama abierta como si estuviéramos en un hotel de cinco estrellas y una chocolatina con una nota encima de las prendas.

—*Dulces sueños* —leo en voz alta y le miro emocionada—. ¿Esto pasa cada noche?

—*Síp.* —Sonríe—. Es lo habitual.

—¿Y no te parece increíble? —Abro el chocolate con ilusión contenida—. Es una forma preciosa de desear las buenas noches.

—Supongo que no le doy importancia a los pequeños detalles porque llevan ahí desde que nací. —Me tiende su dulce con una sonrisa eléctrica que enciende una chispa en mi corazón—. ¿Quieres el mío? No puedo comer nada más, estoy a punto de reventar.

Al cogerlo toco sus dedos y reprimo un jadeo. Su tacto dispara mi corazón de una forma exagerada.

Supongo que no es más que una reacción debida a mis sentimientos removidos esta noche.

Siento el aleteo de mis latidos en la sien mientras desenvuelvo la chocolatina y me la pongo en la boca. Desde la muerte de mis padres paladear algo dulce siempre ha logrado el milagro de mitigar un poco el dolor.

—Voy a cambiarme. —Cojo el pijama y me doy la vuelta para caminar hasta el lavabo.

—¿Puedes conseguirme una copa? —pregunta cuando llego a la puerta mirando en el mueble bar situado al lado de una pequeña nevera—. Se han llevado todas mis botellas y las reservas de coca. —Baja mucho la voz—. También tenía un par de tripis y algunas pastillas... Pero han desaparecido.

—Lo han hecho por tu bien. —Me adentro en el cuarto de baño—. Has de empezar a dejar toda esa mierda si vas a seguir adelante con lo de heredar la corona.

—¡Joder! Lo intento, pero una copa no hace daño a nadie... Venga, enróllate, ve a por un trago para este hombre desesperado. Solo un vaso de algo fuerte para entonarme un poquito.

Le dedico una sonrisa, niego con la cabeza, pongo los ojos en blanco diciendo *nunca cambiarás* y cierro la puerta tras de mí.

Me desmaquillo con los productos que encuentro bien ordenados en la repisa. Hace un par de horas la sesión de puesta a punto ha sido un poco estresante. No estoy acostumbrada a emborronar mis rasgos con potingues ni a que me hagan la manicura, la pedicura, un peinado sofisticado y mil cosas más varias veces al día. Esta parte de la función es la que llevo peor.

Con cuidado deshago el recogido espectacular que realza mi rostro alargado. Dejo las horquillas sobre el mármol, sin evitar observarme en el espejo.

Es difícil encajar mis decisiones en este instante, mis sentimientos se ensortijan para mostrarme una realidad difícil de asumir.

¿Es posible que haya basado mi resentimiento hacia el príncipe en una premisa inexistente? ¿Puede Aladi ser alguien tan diferente a la imagen que proyecta? Eso desbarataría todas y cada una de mis convicciones al juzgarlo.

Una vez vuelvo a ser yo, y no la sofisticada mujer de alta sociedad de las últimas horas, me desvisto con cuidado. El vestido rojo resbala por mi cuerpo con la suavidad de la seda para dejar al descubierto una ropa interior de encaje que ni en mis mejores sueños hubiera imaginado poseer. Es como si se tratara de una segunda piel, como si su contacto fuera una delicada caricia que me hace sentir flotando en una nube.

Normalmente utilizo braguitas de algodón sencillas y sujetadores cómodos. Nunca los conjuntos, puedo elegir una parte inferior blanca y una superior de color carne. Para mí lo importante es la comodidad, pero he de reconocer la maravillosa sensación que produce la ropa interior cara.

Miro de reojo mi pijama de algodón.

La temperatura en verano es diferente en las montañas. Por las noches refresca, por eso suelo dormir con un conjunto funcional de manga larga suelta y pantalón hasta los tobillos. No es nada favorecedor ni sexy ni pensado para otra cosa que no sea la comodidad y el abrigo. Pero es lo que tengo.

Una vez ese par de prendas azul marino cubren mi desnudez alcanzo el móvil que he dejado sobre la repisa al entrar y llamo a Hugh. Le echo de menos. Durante los últimos años solo se ha ausentado de casa un par de semanas al año, justo cuando viaja a su país de origen para resolver los asuntos del negocio familiar y debatir algunas cosas con su hermana.

Cuando era niña le acompañaba. Pero a medida que pude quedarme sola en las montañas decidí dejarle ir para pasar esos días en soledad. A partir de ese momento empecé a buscar mis momentos de aislamiento para disfrutarlos y mi padre adoptivo lo entendió dándome espacio.

Siempre me ha gustado la soledad. Los días de mi entrenamiento de supervivencia, mientras deambulo sin compañía por las montañas para seguir las indicaciones de Hugh, disfruto de esa ausencia total de presencia humana. Es como si mis sentidos se agudizaran, como si una paz extraña me abrazara, como si pudiera escuchar mis pensamientos durante horas sin compartirllos con

nadie.

La conversación no se alarga demasiado. Ninguno de los dos es propenso a sentimentalismos y, a pesar de la añoranza que flota en nuestras palabras, nos limitamos a contar cuatro cosas de nuestro día antes de una despedida rápida.

Me quedo un instante de pie en medio del cuarto de baño. Desde el segundo en que acepté el trabajo temí este momento. La idea de compartir la cama con alguien, de meterme dentro de unas sábanas ajenas y de sentir el calor de un hombre a mi lado por la noche me aterroriza.

Puedo fingir durante las horas diurnas, convertirme en un témpano de hielo si hace falta, interpretar las expresiones de la gente, incluso encerrar los sentimientos en una pelota de papel que lanzo a mi papelera particular para asumir un rol determinado, pero cuando cae la oscuridad y me sumerjo en el mundo de los sueños todavía tengo algunas de esas pesadillas de antaño.

Son un recordatorio constante de los primeros años sin mis padres, una reminiscencia del dolor, de la consternación al enfrentarme a los acontecimientos que mis retinas captaron escondida tras la estantería, con las dos manos tapando la boca para ahogar mis sollozos y las lágrimas anegándome la cara con horror.

Jamás he compartido mi cama con nadie.

¿Y si hacerlo dispara las pesadillas durante la noche?

Tengo ese miedo desde que me ofrecieron el trabajo. Pero debo actuar con absoluta tranquilidad si eso pasa. Todo el mundo tiene pesadillas alguna vez, no hace falta profundizar en las razones.

Mi padre adoptivo ha intuido mis pensamientos antes de colgar y sus palabras de confianza han intentado llenarme de valor para enfrentarme a la noche con Aladi.

De niña él solía encender la luz auxiliar del pasillo cuando me escuchaba gritar en la oscuridad y se sentaba en una silla al lado de la cama para ayudarme a racionalizar la situación.

Ahora debo seguir ese ejemplo, quitarle importancia y afrontar los acontecimientos.

Con una inspiración larga y profunda salgo a la habitación.

Aladi está dentro de la cama con el torso desnudo apoyado en un cojín, la mano izquierda bajo su cabeza, con el brazo doblado sobre la almohada, y la otra cogiendo el mando a distancia para cambiar de canal en la pantalla plana que está suspendida de la pared de enfrente. Es el monitor de televisión más

grande que he visto en mi vida.

—¿No te vas a poner una camiseta? —Camino con pasos decididos hasta mi lado de la cama.

—Siempre duermo desnudo. —Arquea los labios en una sonrisa socarrona—. Ya veo que tú prefieres desinflar la libido de cualquier tío.

—Me había creído tu actuación de tío decente de esta tarde. —Ocupo mi lado en la cama. Por suerte es muy amplia y no tengo porque rozarle en ningún momento—. ¿Volvemos a los juegos dialecticos obscenos?

—Son los mejores. —Me guiña un ojo—. Aunque si no te apetece satisfacer nuestros apetitos carnales para caer exhaustos después de una sesión de sexo salvaje, podríamos mirar una película para coger el sueño. La mierda de cena me ha dejado un poco alterado. Y como no me das un trago ni tienes intención de follar conmigo...

—No creo que nuestros gustos televisivos se parezcan demasiado. —Decido ignorar sus proposiciones veladas para no iniciar una discusión.

—Ahora me vas a hablar de las pelis ñoñas de las tías. —Hace una mueca de asco—. Paso de romanticonas como *Crepúsculo*, las de Sparks o algo parecido. Me va más la acción.

—Nunca me han interesado ese tipo de pelis —admito comprobando que la pistola sigue bajo mi almohada—. Prefiero distopías, *thrillers* o adrenalina.

—Olvidaba que eres antiamor. —Levanta las cejas en un gesto picante—. ¿También reniegas del sexo? Porque es lo más alucinante del planeta y con un experto como yo verías fuegos artificiales, te lo aseguro.

Si le dijera la verdad fliparía, así que opto por cambiar de tema con rapidez.

—¿Tienes acceso a alguna plataforma de pago para encontrar una peli decente?

—¡Claro! ¡Estás en un palacio! Tenemos HBO, Netflix, Amazon Prime... —Me enseña un par de mandos con orgullo—. Y mi maravillosa pantalla plana es una Smart tv con acceso ilimitado a cualquier deseo. ¡Incluso si es de pago!

—Eso abre muchísimas posibilidades.

—¿Tienes alguna en mente? Venga, bombón, hazme feliz y dime la primera película que te venga a la mente. Así, de cuajo, sin pensar demasiado.

—*Matrix* —digo enseguida, arqueando mis labios en una sonrisa.

Su forma de fruncir el ceño me indica que no esperaba esta respuesta.

—¡Guau! —exclama con una sonrisa de admiración—. Acabas de elegir

la mejor serie de películas de nuestros tiempos. ¿Te imaginas que fuera cierto? Ser parte de algo más grande y no ver la realidad que nos rodea, estar conectados a unas máquinas para proporcionarles energía... A veces pienso que podría ser posible.

—Nunca imaginé que un príncipe borracho, drogata y promiscuo pudiera ser un forofo de *Matrix*. Te imaginaba más de *A todo gas* o algo parecido.

—Tía, eso duele. —Su tono parece ofendido—. Soy plenamente capaz de tener gustos cinéfilos interesantes. Aunque no le hago ascos a las pelis de acción.

—¿Y qué hay de series de televisión? ¿Alguna en especial?

—Me declaro culpable de adorar *Fringe*. Aunque *Black Mirror* y *The 100* también me molan. Y *The walking death*, *Doctor Who*, *Breaking Bad*... ¡Vale, la lista no para de crecer!

No puedo ocultar mi mirada de asombro. Acaba de nombrar todas mis series de culto.

—Nunca imaginé que me sorprenderías y acabas de hacerlo.

—Espero que de forma positiva. —Su puchero es adorable.

—Vamos a ver qué tienes en tus listas. —Le cojo el mando y empiezo a toquetear botones para corroborar sus palabras—. A ver si solo intentas llevarme a la cama.

—Nunca dejaré de intentarlo. Eres muy deseable. —Me guiña un ojo cogiéndome el mando—. Aunque técnicamente, bombón, ya te he llevado a la cama...

En cada una de las plataformas de pago descubro su lista de preferencias con una agitación intensa. Es como si fueran una extensión de las mías porque tiene todos y cada uno de los títulos que he devorado con fervor estos años.

—¡Alucinante! —No puedo evitar soltar esa exclamación—. Eres un pozo de sorpresas.

—Vamos a ver *Fringe*, ¿te apetece? Como mínimo una vez al año me gusta verla entera. La última temporada es un poco una ida de olla, pero la serie mola cantidad.

—Me apunto. Es una gran historia.

—¿Y qué hay de lo de conseguirme una copa...?

—¡Dale al *play*! Ya sabes que nada de alcohol, drogas o tías.

Suelta un bufido exasperado y aprieta el botón para que el piloto de la serie aparezca en la pantalla. Durante tres horas encadenamos un capítulo tras otro. Sus comentarios, cada una de las aportaciones dialécticas y cómo se sabe

la trama de memoria me demuestran que es demasiado parecido a mí como para obviarlo.

—Estoy molida. —Miro el reloj para descubrir que son cerca de la una de la noche—. Y mañana tenemos un día duro. ¿Dormimos?

—Me muero por abrazarte. —Apaga el televisor y reptas en la oscuridad hasta envolverme con sus brazos—. Nos queda hacer un poco de ejercicio. Esto de la castidad no mola.

—¿En serio? —Me separo de él al notar la piel desnuda de sus piernas cuando intento separarle con los pies—. ¡Ponte unos pantalones!

—Ya te he dicho que me gusta dormir en pelotas.

—Pensaba que conmigo en la cama te cubrirías como mínimo las piernas. Gruñe con un sexy gorgoteo volviendo a ceñirme entre sus brazos.

—No voy a cambiar mis costumbres para contentarte. —Su aliento me roza la mejilla produciéndome un estremecimiento—. Has decidido invadir mi intimidad, te has convertido en mi novia de mentira y me has prohibido tener sexo con otra. Solo te queda una opción para resarcirme.

—Creía que habíamos dejado atrás tus patéticos intentos de meterte entre mis piernas.

—Los capullos de mis padres me han jodido dejándome sin salir de casa y uno tiene sus necesidades. —Pega su boca a mi oído bajando mucho la voz mientras una de sus manos levanta un poco la camiseta para invadir mi piel—. Podemos ser amigos con derecho a roce durante tu estancia en mi cama. ¿Te mola?

No puedo obviar cómo mis hormonas se descontrolan, el efecto de sus susurros sexys en mi cuerpo, el revoltijo en mi estómago, como si varias alas se batieran en su interior, los latidos revolucionados de mi corazón ni la necesidad de dejarme llevar que se apodera de mí. Pero las reacciones de siempre me invaden borrando cualquier calor.

Mi cuerpo se contrae con angustia.

Necesito alejarlo, parar cuanto antes esa propensión a tocarme o acabaré cediendo a los nervios y gritaré.

Meto la mano bajo la almohada dispuesta a marcar el territorio, actuando de forma desmedida para detener esa retahíla de sensaciones que me asolan. Son demasiado extrañas para racionalizarlas. Y mi vida entera aboga por seguir la senda del odio en vez de la tentación de crear lazos afectivos con este hombre. A pesar de lo desconcertante que me resulta descubrir su interior y darme cuenta de su verdadera personalidad.

Coloco el cañón de la pistola en su sien, aguantándola con las dos manos para no delatar el temblor de mi cuerpo ni la frialdad que siento al ver cómo se retira hacia atrás dejándome devastada por la necesidad.

—Creía que entre tú y yo habíamos establecido unos límites. —A pesar de mi intento desesperado de evitarlo, la voz me sale ronca y acompañada por algún jadeo. Bajo una de las manos, trazo una línea imaginaria en la mitad de la cama y le sostengo la mirada, enfrentándome a su sonrisa ladeada—. Hasta aquí puedes moverte, si traspasas la línea en un milímetro te dispararé en las pelotas. ¿Queda claro?

—¡Eres mejor que un subidón! —Estalla en una carcajada—. Cuando te enfadas solo deseo hacerte gritar de una manera nada tranquila. Déjame desatar la tigresa que hay en ti.

—Aladi, levántate y ponte un pantalón de pijama —ordeno conteniendo la sacudida que recibe mi cuerpo al escuchar sus palabras—. ¡Ya!

Con una sonrisa taimada sale de la cama enseñándome su espalda sin rubor. ¡Madre mía! Bajo el arma mordiéndome el labio con una exhalación. Su cuerpo es una escultura. Anchas espaldas, torso musculado, culo prieto y perfecto, piernas atléticas...

Camina hacia el vestidor con unos pasos lentos y medidos para cortar la respiración a quien lo admire. No le doy la satisfacción de escuchar el gemido que intenta provocarme. No voy a caer en ese juego.

Vuelvo a guardar el arma bajo la almohada, suspiro flojo para evitar ser escuchada y me estiro de lado, muy pegada a mi lado de la cama.

Cierro los ojos para dejarme seducir por el sueño.

7

Aladi

Me despierto al escuchar sus gritos mezclados con gemidos ansiosos. Se remueve inquieta en la cama, como si el miedo la alcanzara dentro de una pesadilla.

Enciendo la luz de la mesilla de noche, me incorporo y me acerco a ella con suavidad. Le coloco las manos en los hombros y le hablo despacio, en un tono dulce.

—Isabelle, tranquila. Solo es un sueño.

Lo repito tres veces hasta que abre los ojos con una mueca de absoluto terror.

Está sudada, la tensión se acumula en su rostro y en la posición de su cuerpo. Unos cuantos pelos de su melena castaña, con reflejos rojizos, se enganchan a su cara. Jadea. No logra ralentizar su respiración. Y parpadea de forma espasmódica.

—Lo siento —musita humedeciéndose los labios y separándose con rapidez de mí, con ese respingo que la asola cada vez que la toco—. No quería que pasara esto.

Se incorpora, coloca la almohada grande tras su espalda y apoya en ella la cabeza secándose el sudor con la manga de la camiseta.

—No es tu culpa. —Sonrío manteniendo las distancias—. Puede ser la cama, dejar las montañas, la tensión de hoy... Admiro que seas capaz de enfrentarte a tantos cambios sin desmoronarte. Si no llegas a tener pesadillas hubiera empezado a sospechar que no eres humana.

—¿He dicho algo? —Su pregunta parece más ansiosa de lo normal—. En el sueño...

—Gemidos y gritos ininteligibles. —Compongo una sonrisa traviesa—. Por una vez que te oigo jadear... ¡Lástima que no fuera por mí!

—Gracias por socorrerme, héroe. —Intenta parecer graciosa, pero no lo consigue.

—¡Mola eso de ser tu héroe! ¿Podemos pasar a los preliminares? ¿O vas a volver a encañonarme con la pistola?

Obtengo una carcajada y sonrío.

Por fin parece relajarse un poco.

—Veo que mi actuación de antes no te ha convencido.

—Ni lo más mínimo. —Miento. Mientras tenía el cañón de la pistola en la sien he visto el brillo oscuro de sus ojos, pero solo ha sido un momento—. Sabía que se trataba de un farol.

—Soy más letal de lo que imaginas. —Suena demasiado sincera para tomármelo a guasa—. A veces la violencia es la única forma de enfrentarte a tus fantasmas.

Ralentiza un poco su respiración y sus rasgos se dulcifican sin llegar a mostrarse serenos del todo. Cierra los ojos un segundo mientras vuelve a pasarse la manga por la frente.

—¿Has matado a alguien? —Mi voz se tiñe de inquietud—. Para exorcizar a tus fantasmas, quiero decir.

—No hace falta matar para herir.

—Una respuesta muy ambigua. Estoy empezando a acojonarme.

Curva los labios en una sonrisa tensa.

—Nunca he quitado una vida, pero he visto cómo otros lo hacían. De niña viví la muerte muy de cerca y todavía no lo he superado del todo. —Hay muchísima tristeza en su tono—. Los cambios suelen disparar mis pesadillas.

—El pasado del que no quieres hablar...

—Sabía que venir aquí era un error. —Asiente con una profunda exhalación—. Solo tenía ocho años cuando pasó, era una niña y nunca debí ver cómo los mataban.

¡Joder!

—¿Tus padres no murieron en un accidente de coche? Mientras devorabas tu libro de física cuántica he leído a conciencia el dossier sobre ti y allí no pone nada de asesinato. ¿Quién los mató? ¿El camión que os sacó de carretera?

Se agita inquieta, como si mis palabras removieran sus sentimientos y acabara de caer en la cuenta de que ha hablado de más.

—Sí, el camión. Exacto. —Recupera con dificultad el aplomo—. Vi cómo sucedía porque iba con ellos en el coche.

Hay algo en su tono que no acaba de convencerme.

Me fijo en sus pupilas ansiosas, como si se callaran algo desgarrador y su forma de adaptar la historia al informe solo fuera una manera de aferrarse a una mentira piadosa que esconde otra más real, más cruel, más dolorosa. Pero prefiero no presionarla. Apenas la conozco y para que una persona se abra hace falta confianza.

—No me extrañan las pesadillas...

—Se me pasará. —Con una mano agarra las sábanas y abre su lado de la cama para salir de ella—. Solo necesito acostumbrarme al cambio.

Desaparece en el baño sin decir nada más.

Estoy desvelado, hay demasiadas incógnitas en los sucesos de las últimas veinticuatro horas, demasiado dolor, demasiadas ansiedades como para encontrar de nuevo el sueño.

Una copa me vendría de puta madre para anestesiarme un poco. O, ya puestos, quizás un poquito de coca o una pastillita de alguna droga de diseño que llevara mi mente a cualquier otro lugar. Y ya que estamos, tampoco le haría ascos a una sesión de sexo salvaje.

Sí, eso sería brutal. Un orgasmo de los épicos me relajaría un huevo.

Pero mis padres me han arruinado la vida con nuevas normas llenas de seguridad que me impiden escapar de palacio. Incluso se han encargado de limpiar la habitación a conciencia y de intervenir cualquiera de mis intentos por hacerme con drogas, alcohol o chicas.

Si como mínimo Gustav se apiadara de mí...

Antes, mientras Isabelle estaba en el cuarto de baño preparándose para meterse en la cama, he intentado contar con la complicidad de mi guardaespaldas para salir de palacio de incognito, pero ni apelando a nuestra camaradería tras tantos años juntos lo he conseguido. Tampoco ha accedido a traerme una botella de whisky ni a ayudarme a colar a alguno de mis amigos con una entrega de droga a domicilio.

Lo de meter a un par de tías en la habitación ya ni se lo he comentado... Isabelle está aquí, no podría convencerla para que se fuera. Aunque es una verdadera putada porque necesito olvidar. Y follar siempre me ayuda a mantener la mente en otra cosa más interesante.

La muerte de Aldario vuelve a golpearme. Es como si al despertarme por completo regresara ese puño que me estruja el corazón.

Me parece increíble que alguien burlara la seguridad de palacio.

¿Cuánto tiempo llevaba el asesino planeando el atentado? ¿Es posible

que mi tío esté implicado de verdad en ello? ¿Va a venir a por mí?

Observo a Isabelle salir del baño con un andar más firme, como si mojarse un poco la cara con agua fría hubiera conseguido rebajar los efectos de sus recuerdos.

—¿No duermes? —murmura metiéndose bajo las sábanas—. Son las dos y media. Mañana nos espera un día duro...

—Cada uno ha de enfrentarse a sus propios fantasmas.

—Ya veo. —Juguetea con la sábana—. La muerte de tu hermano te ha dejado jodido.

—Podríamos ponerle remedio. —Levanto las cejas, juguetón—. ¿Te apetece un meno en el cuerpo? Te advierto de que es un método infalible contra el insomnio.

—¡Eres un salido! —Suelta una carcajada—. Vuelve a tu lado y apaga la luz. Necesitamos dormir y no puedo pasarme la noche rechazándote.

Me retiro con un puchero exagerado.

—Soy incapaz de pegar ojo —admito—. Si no quieres una sesión de sexo salvaje para quemar adrenalina, quizás podríamos seguir con un par de capítulos de *Fringe*.

—Me parece una gran idea.

Dos horas después apago la televisión y me giro hacia la pared para caer en un profundo sueño reparador. Ella lleva cinco minutos con una respiración tan acompasada que muestra su paso al mundo onírico.

Al día siguiente me despierto con lentitud. Aleteo las pestañas sintiendo cómo la realidad regresa a mi mente con fragmentos inconexos, como si quisiera darme un tiempo para asimilarla de nuevo.

Aldario, el trono, Isabelle, mis nuevas obligaciones, el funeral, la prohibición de salir de palacio a divertirme...

Un dolor penetrante me astilla el corazón al desear escuchar la voz de mi hermano aconsejarme sobre cómo asumir la maraña de sensaciones que me arrastra por la tristeza y la inquietud. Él sabría templarme ante las normas impuestas por mis padres y me iluminaría a la hora de afrontar mi nuevo papel en la monarquía de Aldabia.

Palpo la cama en busca del cuerpo de mi fingida novia, pero su lado está frío.

El reloj de la mesilla marca las siete de la mañana. Nunca me había

despertado tan pronto y menos sin despertador.

Los rayos de sol que se cuelan por la cortina semiabierta, con sinuosos movimientos a causa de la abertura de la puerta de cristal que da a mi terraza particular, me dan una pista de por qué tengo los ojos abiertos en vez de seguir con la placidez del sueño.

Nunca he logrado dormir con luz.

Frotándome los ojos con los puños cerrados me levanto y camino hacia el ventanal para volver a quedarme a oscuras.

Cuando agarro la cortina y la separo de mi cara la veo en la terraza. Lleva unas mallas blancas de deporte, una camiseta estrecha del mismo color y va descalza. Sus movimientos pausados siguen una coreografía alucinante que me transporta a un lugar lejano e inalcanzable. Es como si se hubiera convertido en un ave o en una gacela o en un animal que vuela o camina libre por un paraje lleno de luz.

Realiza movimientos de brazos combinados con las piernas casi a cámara lenta. Las manos desafían el aire contorsionándose como si lo acariciaran. El cuerpo sigue cada uno de los pasos como una extensión de sus extremidades. Tiene los ojos cerrados y su expresión transmite paz, serenidad, esperanza.

Durante unos minutos no aparto la mirada de ese baile lento y medido. Me hipnotiza, llenándome de deseos de imitarla, de convertirme en esa figura sutil que se funde con el exterior y se convierte en un cuerpo lleno de energía positiva.

Verla me ayuda a aparcar por unos instantes la sensación de oscuridad que me invade al recordar los últimos giros de mi vida.

Con la sensación de paz que acompaña su danza camino hacia el baño para darme una ducha. La suave brisa que se cuele por la ventana augura uno de esos días calurosos y soleados de finales de agosto que tanto me gustan.

A diferencia de la creencia popular y de mi imagen proyectada al exterior, nunca he dejado de disfrutar de los días despejados. La gran extensión de terreno de palacio me ayuda a perderme en ella algunas tardes sin desvelar mi secreto a nadie.

Bajo el agua fresca cierro los ojos y recreo los movimientos sinuosos de Isabelle.

La ducha es grande, tiene instaladas tres alcarchofas distintas en el techo para proporcionar una perfecta potencia del agua sobre mi piel. Unos mandos situados en la pared muestran diversas posiciones. Los gradúo con tres

diferentes chorros y disfruto del efecto que tienen para despertar mi cuerpo mientras deambulo por los últimos acontecimientos con la mente.

Esa chica tiene algo, es diferente a todas las que han pasado por mi vida. Es capaz de seguir mis juegos verbales sin rebajar la ironía de su voz, de proteger su espacio hasta encañonándome con una pistola, incluso de marcar límites, pero también sucumbe a la fragilidad de las pesadillas y tiene un lado tierno. Lo sé por cómo reaccionaba ante algunas escenas entre Olivia y Peter al ver la serie anoche.

Además, ejerce una extraña fascinación en mí porque al tenerla delante no puedo fingir como con el resto del mundo. Con ella deseo hablar con el corazón en la mano, desnudar mi alma, ser sincero por una vez.

Y no debería.

Quizás es fruto de la necesidad.

Sin Aldario preciso a alguien con quien mostrarme tal cual soy, sin subterfugios ni murallas que me protejan. Necesito dejar atrás al príncipe para abrazar al hombre de carne y hueso, con ideas, esperanzas e ideales propios.

Pero no debería abrirme a Isabelle, apenas la conozco.

Aunque el contrato de confidencialidad me salvaguarda, como si al hablar con ella estuviera bajo secreto de confesión. Y, además, me despierta confianza, deseo contarle mi verdad y no la inventada por los medios o mis padres o mi papel en la vida...

La toalla me cubre desde la cadera hasta los tobillos cuando deslizo la puerta de la mampara de cristal para abrirla. El pelo deja escapar gotas que descienden por mi torso hasta perderse en el ruso blanco que me cubre.

Me acerco al espejo para peinarme con los dedos hacia atrás. Mis pupilas refluyen una mezcla de tristeza y esperanza al pensar en Isabelle.

Es pronto para verla como otra cosa que una empleada de palacio. Pero algo en mi interior se ha abierto al estar cerca de ella. Es como si la intriga por descubrir hasta el último de sus secretos se mezclara con una sensación de proximidad. Deseo conocerla, dejarla entrar en mi vida.

La encuentro en la habitación cuando salgo unos segundos después.

—Buenos días —musita—. ¿Has acabado con el baño?

—Todo tuyo. —Hago una reverencia teatral—. Te he visto ahí fuera, ¿qué era eso?

—Tai Chi. —Curva los labios en una fina sonrisa—. Me ayuda a despertarme con energía positiva. Llevo practicándolo desde los diez años.

—Lo he visto en muchas pelis, pero nunca se me ha ocurrido probarlo.

—Pues deberías. —Camina hacia la puerta del baño—. Es una perfecta combinación entre la meditación y el ejercicio físico. Ayuda a sanar el alma y a prepararte para el día.

—Ahhhhh, suena bien. —Asiento con una sonrisa—. Me encantaría aprender.

—Si estás dispuesto a despertarte pronto puedes practicar conmigo a partir de ahora. —Sonríe—. Me voy a dar una ducha rápida antes de salir a correr. ¿Te vienes?

Desaparece en el baño tras escuchar mi aceptación. Es una perfecta manera de empezar el día del entierro de mi hermano. Un poco de ejercicio siempre viene bien para aplacar los nervios y es un potente bálsamo para el dolor. No tan bueno como unas copas, un par de rayas y sexo, pero mejor a largo plazo.

La brisa nos acaricia mientras recorremos los alrededores de palacio en silencio.

Isabelle lleva unos auriculares conectados a su móvil, sujeto en el brazo. Me ha cedido su lista de canciones para correr acompañado de música y me alucina descubrir cómo sus gustos musicales parecen una calcomanía de los míos.

Por primera vez Gustav se mantiene bastante más alejado de lo normal, aunque nos sigue con su chándal para no perdernos de vista del todo.

Tras media hora a un ritmo bastante fuerte, empieza a bajarlo de forma paulatina, hasta que se detiene en un claro para hacer unos cuantos estiramientos.

La copio quitándome los auriculares de los oídos.

—Ha estado bien. —Sonríe—. Mejor que la resaca.

—El ejercicio físico es mil veces más recomendable que emborracharse o drogarse. —Estira sus auriculares sin apagar la música que sale de ellos a poco volumen—. No anestesia, pero sí ayuda a sentirse vivo.

—¿Vas a seguir con más o vamos a aparcar el deporte para darnos un homenaje con un desayuno digno de un rey?

—Ducha, desayuno y obligaciones. —Empieza a andar hacia el edificio que se alza a unos doscientos metros de nosotros—. Recuerda el programa para hoy. A las nueve y media empieza el show.

—Es una buena forma de describirlo. —Suspiro—. Van a abrir el velatorio de mi hermano para recibir a grandes mandatarios y a las casas reales que han acudido a nuestro funeral de estado.

—No pareces muy conforme con eso.

—Aldario era mucho más que un príncipe. Era mi hermano, su hijo, una persona maravillosa que no se merecía morir. Y no quiero escuchar condolencias de gente que no le conocía ni ver cómo mis padres fiscalizan hasta mi último gesto. —Suelto una espiración—. No es solo su muerte ni la sensación de que he perdido una parte de mi identidad, también está la idea de ser el nuevo príncipe heredero, de mis diferencias de opinión con los reyes, de la ausencia de libertad en mi vida a partir de ahora.

Siento el corazón latir a toda potencia. ¡Joder! ¿Desde cuándo comparto estos pensamientos con alguien? Solo hablaba con esta franqueza con Aldario y Tina y ahora me siento vulnerable por contárselo a Isabelle. Debería cerrar el pico. No la conozco, la han elegido para representar un papel y debería mantener las distancias con ella.

—¿No quieres ser rey? —pregunta con curiosidad.

—Nunca he querido ser como mis padres. —Otra verdad demasiado real que se escapa a mi control, como si mis cuerdas vocales quisieran traicionar mi necesidad de mantener la boca cerrada—. Ni Aldario tampoco. Hablábamos mucho sobre cómo nos imaginábamos Aldabia en un futuro y teníamos una opinión muy parecida, aunque la ocultábamos. Si mis padres llegan a enterarse nos repudian, estoy convencido.

Su mirada de perplejidad nos detiene bajo unos árboles, a pocos metros de la zona despoblada de naturaleza por la que se accede a la escalinata principal de palacio.

—¿Tu hermano quería cambiar las cosas?

—Hombre... Tanto cómo eso... —No puedo seguir desvelándole secretos, me estoy convirtiendo en un temerario—. Solo era una forma de hablar.

Echo un vistazo a la lejanía en busca de Gustav para estar seguro de que nuestra conversación queda oculta a su entendimiento. Está a varios metros, con la atención puesta en relajar sus músculos.

—Tus palabras son huecas, como casi todo en vuestra vida. —Niega con la cabeza aguantándose la pierna derecha doblada sobre la espalda para estirar el cuádriceps—. Yo no tengo miedo a confesarte la verdad porque a pesar de jugármelo todo creo que tras esa sonrisa de seductor juerguista se esconde un corazón.

—¿Y por qué estás tan segura de eso?

—Odias la forma de actuar de tus padres, no eres para nada uno de sus

seguidores más acérrimos, jamás te has interesado demasiado en la política y no pareces entusiasmado con tu nuevo papel. — Baja la pierna y me dirige una mirada profunda—. Además, estás realmente jodido por la muerte de tu hermano. Eso te convierte en una persona sensible a mis ojos. —Me coloca el índice en el pecho—. Escodes demasiado ahí dentro.

—Quizás si descubres mi verdadero yo no te guste.

Da dos pasos para separarse de mí y levanta un brazo en el aire para estirar su cuerpo.

—Puedes confiar en mí —asegura mirándome con sinceridad—. Necesito el título de Stanford y perdería demasiado si te traicionara. ¿Acaso piensas que tus padres o alguien me creerían? Aceptar ser tu novia ante el mundo me convierte en un blanco fácil si doy un paso en falso. Conoces a tus padres.

—Hablaré después de ti.

Callo con una fuerte aceleración de mis latidos al darle vueltas a sus palabras.

—Tu familia es una tirana, Aladi. —Su voz está teñida de ansiedad, como si susurrar este pensamiento estuviera a punto de condenarla—. ¿Te parece bien la forma de gobernar de los reyes? Oprimen con miedo, si piensas diferente en público coartan tus libertades de una forma nada justa... No debería hablarte así, pero ya que has insistido podrías darme tu opinión sincera. ¿O acaso solo era una de tus estrategias para camelarme?

—¿En serio piensas lo que acabas de decir? —La miro con rabia—. ¿Crees que soy capaz de mentirte sobre mi hermano para llevarte a la cama? ¡No soy un cabrón de ese calibre!

—¡Llevas intentándolo desde que he llegado! —Sube el tono—. Me has dicho lo que deseaba oír, pero en el momento de profundizar te has echado atrás. ¡Típico de alguien como tú!

La ira me ofusca.

No me gusta que me tache de mentiroso con esa facilidad, dando una imagen preconcebida de mí, como si no tuviera sentimientos.

—¿Sabes que si le explico a mis padres tus palabras de hace un momento podrían meterte en la cárcel? —suelto con una mirada dolida y llena de rencor.

—Si les vas con el cuento tengo una coartada perfecta. —Descubro determinación en sus ojos—. Negaré haber dicho algo parecido y alegaré que solo quieres deshacerte de mí para volver a tu vida de juergas. Puedes

imaginar a quién van a creer.

—Eres una cabrona. —Levanto la mano derecha para apuntarla con el índice—. No me esperaba algo así de ti.

—Solo soy sincera. —Compone una sonrisa conciliadora rebajando la dureza de su voz—. Podríamos quitarnos las caretas, Aladi. Yo estoy blindada por un contrato a la hora de contar tus confidencias una vez salga de tu vida y no tengo miedo a la hora de hablarte de mis ideas políticas. Y tú me has demostrado que no solo eres fachada. Podrías ser sincero conmigo, ¿no crees?

—¿Y cuáles son exactamente tus ideas políticas?

Empieza a andar con lentitud por el claro hasta pararse frente a uno de los parterres de flores envueltos entre la arboleda. Gustav nos sigue con la mirada sin moverse, sigue demasiado apartado para escucharnos.

—Te las acabo de contar hace un momento. —Su tono se suaviza para rebajar la hostilidad de hace un momento—. Hay mucha gente ahí fuera que piensa como yo, pero nadie se atreve a decirlo en voz alta. Solo los valientes de la guerrilla están dispuestos a hacer algo para cambiar la situación y no parece que tu tío se salga demasiado bien con eso. Lleva muchísimos años liderando a los insurrectos sin dar un golpe efectivo.

—Consiguió matar a mi hermano. —Contraigo la cara con dolor ante la afirmación rabiosa que se escapa de mis labios—. Eso es un porrazo importante. Aldario era partidario de cambiar las cosas al llegar al trono. Nunca nos ha gustado la política de mis padres a ninguno de los dos.

¡Joder! Acabo de decir en voz alta algo que no debería.

Me fustigo en silencio por no controlarme ante ella. Tiene una forma de hablarme que me induce a dejarme llevar y confesar mis secretos más peligrosos.

—¿Me tomas el pelo? —exclama con una expresión un poco aturdida—. Antes de conocerte pensaba que tu hermano era partidario de seguir como hasta ahora una vez subiera al trono. ¿Y no es cierto? ¿Tenía otros planes?

—Era una persona muy reservada —expongo acercándome a ella para hablar casi en susurros—. Nunca explicaba sus ideas en voz alta si no estaba seguro de la lealtad de su interlocutor. Mis padres tienen oídos en demasiados sitios.

—Ahora me has dejado intrigada... —Levanta las cejas murmurando como yo—. ¿Qué pensaba Aldario de la política de gobierno de tus padres? ¿Y tú?

Niego con la cabeza. No puedo seguir con esta conversación y menos

ante la expectación que muestran sus ojos, como si esperara mis palabras con un poco de impaciencia.

—Vamos a dejar el tema. Deberíamos ir a desayunar, me muero de hambre.

—Me lo imaginaba —dice con decepción—. Eres un cobarde. Tiras una piedra y eres incapaz de aceptar el reto. Solo has comentado las posibles ideas de tu hermano para contentarme, pero en realidad era otro maldito tirano. ¡Todos los Hustrasga sois iguales! ¡No entiendo cómo he podido dudarlo!

Las últimas frases suben de tono.

Se da la vuelta y empieza a caminar con pasos rápidos hacia palacio.

No puedo permitir que se vaya con esa idea desacertada sobre mí y menos sobre Aldario. Ella ha puesto las cartas sobre la mesa y yo le debo como mínimo eso.

¡Al diablo con la necesidad de ser cauto!

No tengo amigos en quién confiar, con la muerte de mi hermano me he quedado solo y en el fondo ella no puede hablar al salir de palacio, el contrato me ampara...

Además, sería su palabra contra la mía y siempre ganaría yo. Podría hacerla pasar por una novia desechada.

Aprieto los labios con fuerza luchando contra mis sentimientos revueltos.

Quizá solo busco excusas para dejar salir mis pensamientos, esos que guardo bajo llave.

Durante años he evitado ponerme profundo con nadie excepto con Aldario y con Tina. Él ha muerto y ella está demasiado lejos para escucharme sin ponerla en peligro.

Es tan triste, solo tengo amigos figurados, personas de pega que pasan por mi vida para llenarla de juegos, diversión y poco más.

¿Cómo voy a sobrevivir a partir de ahora sin tener un confidente? ¿Cómo capearé los temporales? ¿Cómo encontraré la forma de cambiar mi país si nadie está a mi lado?

Observo a Isabelle con una extraña confianza aflorando en mi interior.

Camina con paso firme hacia la puerta de palacio, sin darse la vuelta, como si nuestra última conversación la hubiera cabreado de verdad. Y la entiendo, le he dejado atisbar una pequeña porción de mi realidad para retirarme a los pocos segundos.

Pero ¿puedo confiar en ella?

Si Aldario estuviera aquí, si pudiera pedirle consejo... Pero es imposible, él ya no está y debo buscar apoyos para continuar con su lucha. Ahora ya no puedo esconderme detrás de una vida licenciosa porque me he convertido en el heredero al trono.

El heredero... ¡Joder!

Otro vistazo a Isabelle me sirve para percatarme de algo importante. Ella ha captado más de mí en un día que mis amigos en toda una vida. Mi instinto me indica que puedo confiar en ella. Y su posición es muy vulnerable si intenta atacarme porque su papel de novia oficial la sitúa en un lugar privilegiado para algunas cosas y muy negativo para lanzar acusaciones sobre mis ideas políticas.

Si lo hiciera se podría interpretar como despecho. Mis padres jamás le darían crédito y la acusarían enseguida de traidora a la monarquía. Acabaría bajo tierra.

Ese punto es importante tenerlo en cuenta. No deja de ser una chica sin amigos ni influencias ni nada parecido. Por eso la eligieron. Si alguna vez nos traiciona solo cuenta con su padre adoptivo y poco más.

¿Y si se lo cuento? ¿Y si permito que mi instinto me guíe? ¿Y si busco en ella una aliada?

Parezco desesperado, pero la muerte de Aldario me ha dejado tocado y hundido y he visto cómo Isabelle me tendía una mano hace un instante.

Me pongo en marcha para alcanzarla, le agarro del brazo y la obligo a darse la vuelta. Veo tristeza en sus ojos, mezclada con ira.

—A Aldario no le gustaba la idea del absolutismo y solía leer mucho la prensa extranjera para descubrir la realidad de nuestro pueblo —admito en susurros, mirando a Gustav quedarse a pocos metros de nosotros—. Tenía expectativas de cambiar las cosas. Nuestro paso por Stanford fue el germen de ese cambio de mentalidad. Y Tina Morgan tuvo muchísimo que ver en eso.

Doy otro paso para quedarme a pocos centímetros de su cuerpo, con la sensación de que estoy traspasando una línea prohibida. Respiro deprisa, igual que ella, y siento una opresión en el pecho al confiarle una verdad tan explosiva. Si se le ocurre hacer mal uso de ella...

—¿Tina Morgan? —Levanta las cejas, confundida.

No puedo seguir hablando. Es demasiado peligroso. Resuello escuchando el corazón martillar en los oídos con ímpetu, avisándome del riesgo asumido hace unos segundos.

—Puedes confiar en mí. —Su tono esperanzado se interna en mi interior

calmándome un poco—. No voy a joderte, estoy aquí para protegerte y solo quiero conocer la historia completa.

Esas últimas palabras rompen mis defensas del todo.

La creo.

No sé por qué ni le encuentro lógica al absurdo impulso de mi corazón por aceptar su razonamiento. Pero lo hago, confío en ella.

—Es gracioso porque mis padres han creado nuestra historia sin saber que es demasiado parecida a la de Aldario. —Tuerzo una sonrisa dolorosamente triste al recordarlo—. Tina estudiaba ciencias políticas en Stanford, como nosotros. Iba a mi curso, había conseguido entrar en la universidad gracias a una beca por buenas cualificaciones. No era rica ni famosa ni nada parecido a las personas que solíamos tratar. Nosotros estábamos ahí por ser quiénes éramos, aunque un pacto con la prensa consiguió mitigar un poco la presión mediática y muchos de nuestros compañeros desconocían la verdad. Era el caso de Tina. Cuando la conocí no tenía ni idea de quién era yo. Y me encantaba esa sensación de no ser el centro de la atención. Intenté ligar con ella, pero acabé presentándole a Aldario y ya no tuvo ojos para nadie más.

—Se enamoraron...

—Aldario quería casarse con ella. —Ya está, acabo de confesarle un secreto demasiado importante y en vez de enfadarme conmigo mismo me siento liberado, como si compartir con ella la verdad aligerara un poco mi peso—. Tina le mostró un mundo muy alejado al de las enseñanzas de mis padres, consiguió hacerle ver la realidad del mundo y de lo que ellos hacían. Pero cuando se enteró de quienes éramos, le dejó. No quería tener nada que ver con los hijos de unos tiranos. Eso le destrozó.

La mirada de incredulidad de Isabelle se llena de algo que no sé identificar. Es como si esta confesión disparara un dolor sordo en su interior, como si acabara de ver cómo alguna de sus convicciones empieza a tambalearse.

—Nunca se filtró a la prensa...

—Nadie lo sabe, solo nosotros tres, unos cuantos amigos de Tina y ahora tú.

—¡La hostia! —Suelta un soplido trastornado—. ¿Y no volvieron a verse?

—Ayer me dijiste que no creías en el amor... —Le coloco un mechón de pelo tras la oreja y ella da un paso atrás con una expresión ansiosa—. Y

pareces demasiado interesada en la historia como para creerte.

—Me parece increíble ocultar algo así.

—Nuestros años de universidad fueron perfectos porque nos dejaron libertad. —Sigue mostrando una mezcla de sensaciones en sus ojos—. Y Tina no quería hacerlo público. Ni siquiera cuando él la fue a buscar para suplicarle que siguiera a su lado y ella aceptó ser su novia secreta a pesar de sus reticencias. Se amaban y eso bastaba para intentarlo. —Frunzo los labios—. Ayer la llamé para darle la noticia y se derrumbó. Aldario era su vida y va a quedarse sola en su dolor porque nadie la va a invitar al funeral ni va a darle el pésame ni va a ser capaz de entender sus lágrimas ni por qué su corazón está roto en mil pedazos.

8

Isabelle

Me quedo absorta mirando la pantalla del portátil en un intento de asimilar las palabras de Tina Morgan antes de caer rendida a la realidad que exudan cada una de ellas.

Llevo demasiados años escuchando otras verdades, he tomado decisiones dolorosas siguiendo la estela de esas convicciones que ella está derribando como si fuera un tornado capaz de arrasirlas de un plumazo.

Antes, en el jardín, he usado todas mis armas para demoler las defensas de Aladi y conocer sus verdaderas ideas acerca de la monarquía aldbiana. Escucharle afirmar que no piensa como sus padres ha abierto una grieta demasiado profunda en mis ideas preconcebidas, las que me han acompañado durante largos años.

El efecto de hablar con alguien capaz de confirmarme cada una de las palabras de Aladi es devastador. Me abofetea con fiereza, como si varios puños se estamparan contra mi cuerpo para destrozarlo y llenarlo de heridas.

¿Nada era verdad? ¿Estaba tan equivocada que tomé un rumbo erróneo?

Tina es morena de piel y de pelo, delgada, alta, con unos rasgos suaves de líneas finas. Su voz se tinta con un tono dulce y cada una de las expresiones de su cara transmite sinceridad.

Se ha convertido en profesora en Stanford tras sacarse la licenciatura en ciencias políticas y parece entusiasmada con su trabajo. Aunque no me pasa desapercibido el dolor en las amoratadas ojeras bajo sus ojos marrones y en las arrugas que surcan su piel.

—¿Estás diciendo que Aldario quería cambiar la forma de gobierno? —pregunto intentando ralentizar mis latidos acelerados—. ¿No pensaba cómo sus padres? ¿Estás segura?

—Durante años se dejó cegar por su discurso, pero juntos desmontamos

las doctrinas de los reyes a medida que estudiábamos la situación política en cada país del mundo. —Se permite una sonrisa tan triste que me agarrota el corazón—. Nuestra primera Navidad juntos decidimos viajar de incógnito a Aldabia. Nos pasamos una semana mezclados entre la gente para descubrir cómo pensaban en realidad. Querían libertad para decir lo que les apeteciera, para pensar lo que quisieran y para decidir cómo debía gobernarse su país.

—Y él quiso dársela...

Pronunciar esta última afirmación me llena de fisuras.

Tina es una mujer rota y yo empiezo a resquebrajarme.

Aparto la mirada de la pantalla para posarla en Aladi. Está a mi lado en silencio, dándome espacio para asimilar las revelaciones de su amiga. Al encontrarse con mis ojos sonrío y la curvatura de sus labios me tranquiliza a pesar de las implicaciones de lo que acabo de descubrir.

Tina se despide pasados unos minutos con la promesa de volver a contactar con nosotros en breve.

Durante unos momentos me quedo quieta mirando la pantalla oscurecida, con una sensación de ahogo y un nudo en el estómago.

—Deberías prepararte. —Aladi señala el reloj—. En media hora empieza el funeral y tu séquito llama a la puerta.

—Voy. —Es una respuesta automática porque soy incapaz de articular otra—. Ya voy.

Me levanto del sofá con movimientos pesados, como si los últimos descubrimientos me espasaran la sangre impidiéndome caminar con soltura.

Mientras me acicalan para parecer una auténtica princesa el mareo me invade, ofuscándome. Siento la necesidad de salir corriendo para enfrentarme a las mentiras, mirarlas a la cara, fustigarme por tomar un camino equivocado al seguir la senda incorrecta.

Los datos danzan por mi cabeza produciéndome descargas de ansiedad.

Mi vestido negro *fourreau* de manga corta, largo hasta debajo de las rodillas, el sofisticado peinado suelto con ondas y un pequeño recogido en la coronilla, el maquillaje esmerado y los zapatos salón compensados para que aguante el tacón de ocho centímetros me parecen fuera de lugar al caminar junto a Aladi hacia el coche oficial. Me ahogan. Me encierran en un papel que detesto. No había calibrado la posibilidad de sentirme así.

Tras una misa larguísima en la catedral de Benextu los coches fúnebres siguen la ruta vallada y protegida por sendos guardias de seguridad reales para detenerse en el mausoleo de los Hustrasga, situado en el cementerio

privado que posee el palacio en un área muy alejada del edificio.

El féretro queda instalado bajo una capa de tierra ante la atenta mirada de los reyes y de las cámaras de los periodistas que inmortalizan el momento con sus flashes disparados para desvirtuar la intimidad requerida en estos casos.

Entrelazo mis dedos con los de Aladi para transmitirle mi apoyo. El poco tiempo compartido ha servido para descubrir que detrás de la máscara de *playboy* fiestero se esconde una persona sensible, un dolor real por la muerte de su hermano. Alguien mucho más humano de lo que jamás pensé al aceptar el trabajo.

Mi mirada se posa un segundo en el soberano. Él sigue siendo una figura oscura que desata mis peores instintos. Le repaso con rabia y luego muevo los ojos hacia Lobino, su fiel sombra. El dolor me agarrota las entrañas al observarlo parapetada por las gafas de sol. Si pudiera avanzar y hundir un puñal en sus corazones sin sentimientos lo haría, pero no es el momento, primero debo asimilar las últimas revelaciones y no bajar la guardia.

Caminamos detrás de los reyes hacia los coches para dirigirnos al comedor de palacio. Van a ofrecer una comida en honor de Aldario a las personalidades más destacadas congregadas en el cementerio.

No sería justo negar la palidez del rostro de la reina, la tristeza que emanan sus ojos ni el dolor en la expresión de su marido. Aunque tampoco puedo darle la espalda a la forma en la que tratan el tema. Parecen fríos, reacios a mostrar la causa de sus ojeras, de la ausencia de vivacidad de sus ojos, de su patente tristeza.

En cambio, Aladi ha dado rienda suelta a su dolor en todo momento, sin ocultar las lágrimas ni permitir que el decoro le haga perderse una despedida de su hermano a la altura.

Conocer su verdadera personalidad me induce a acercarme a él.

La comida es una repetición de las horas anteriores. Apenas hablo, permanezco en mi sitio, actúo como supone mi condición y no intento conversar con los presentes. Solo le dirijo algunas palabras de consuelo a Aladi en momentos puntuales, le cojo la mano, le doy aliento para avanzar en un día funesto y asiento con la cabeza cuando me hablan, forzando una sonrisa.

Mi interior está devastado.

Han bastado unas horas en palacio para fragmentar esa verdad absoluta que me empujó a tomar algunas de las decisiones más importantes de mi vida. No puedo darle la espalda a los hechos ni enmudecer la conversación con

Tina, que se empeña en recrearse en mi cabeza como si tuviera un botón de reiniciado que la reproduce en bucle.

Las rendijas de mi piel se convierten en agujeros negros que engullen los sentimientos largamente impuestos y empiezo a plantearme las cosas desde una perspectiva distinta. Aunque ahora ya es tarde para dar marcha atrás en algunos puntos y eso me hiere porque vivir conociéndolas puede acabar destruyéndome.

Una mirada a Aladi dándole un sorbo a su café es suficiente para sentir una oleada de calor dispararse por mi organismo hasta concentrarse en mi vientre. Le creo. No tengo dudas acerca de su sinceridad a pesar de las ideas tejidas a base de sufrimiento, de los planes, de las conjeturas, de las palabras ajenas, de lo que consentí. Tina ha constatado algo que mi corazón ya intuía desde mi llegada a palacio y no sé si seré capaz de hacerle frente con dignidad.

La tarde se escurre en el salón principal de palacio entre más muestras de condolencia.

A medida que las horas avanzan siento cómo mi cuerpo se tensa y a cada segundo me cuesta más seguir en el papel. La gente nos hace preguntas acerca de nuestro noviazgo y, aunque Aladi no se separa de mi lado y contesta con soltura, la idea de mentir me molesta.

Es extraño porque nunca antes he tenido reparos en ese sentido.

La historia pública de mi idilio con el príncipe es de lo más facilona. Nos conocimos la facultad, cuando yo empecé mi carrera en Stanford. Nos enamoramos y empezamos un noviazgo secreto durante estos últimos años.

La forma en la que las mujeres suspiran al escuchar la versión dulcorada de Aladi muestra cómo una mentira bien contada puede convertirse en la fantasía de los oyentes.

Durante unos minutos dudo de todo, incluso de él. Sin embargo, no tardo en darme cuenta de cómo frunce el entrecejo y apaga la mirada al faltar a la verdad. Y mientras se ha abierto a mí sus ojos eran de un brillo embriagador y nítido.

¿Me estoy dejando seducir por su forma de comportarse? ¿Debería hablarlo con Hugh?

Niego con la cabeza alejando esas preguntas de mi mente porque me aterra responderlas y enfrentarme a una verdad que no estoy preparada para

asumir.

Antes de confiarle a mi padre adoptivo lo que he descubierto debo colocar cada sentimiento en su sitio y hacerme una composición de lugar. Es importante encontrar la lógica en los acontecimientos pasados, darles una correlación correcta y saber interpretarlos.

A las cuatro por fin gozamos de un par de horas libres antes de la cena familiar.

Necesito quemar adrenalina, deshacerme de la opresión en el pecho y aplacar mis sentimientos desbocados. La idea de pasarme una hora en el gimnasio me tienta, pero en mi estado sería mejor un ejercicio cardiovascular.

Puedo salir a correr, nadar en la piscina exterior, subir a la cinta o a la bicicleta estática con un programa fuerte...

Entro en el vestidor de la habitación para buscar un conjunto de deporte. Es una pasada la capacidad de mi ropa de aparecer doblada y planchada en los estantes, como si tuviera vida propia. En la montaña yo me encargaba de lavarla, secarla y plancharla.

Repaso con los ojos mi nuevo vestuario sintiéndolo muy ajeno a mi forma de ser. Esta mañana ha venido mi estilista con un burro lleno a rebosar de modelos para mí, incluido el vestido que luzco. Mis elecciones están guardadas en el armario, incluyendo un par de conjuntos de deporte de marca. Y esta tarde me llegarán adquisiciones nuevas.

—Si sigues mirando la ropa así te va a salir fuego de la boca y la quemarás. —Siento los brazos de Aladi abrazarme por la cintura desde la espalda y su voz susurrante colarse por mi oído—. Tengo una medicina perfecta para tu estado.

—No voy a acostarme contigo —afirmo con rotundidad quitándole las manos de mi cintura y dando un paso adelante para separarme del calor de su cuerpo.

—¡Lástima! —Chasquea la lengua—. En ese caso podríamos salir a remar.

—Solo tenemos dos horas hasta la cena...

—Pues démonos prisa. —Me doy la vuelta para observar su expresión traviesa—. Mi embarcadero privado está a diez minutos en coche. Tengo una barca siempre dispuesta, ya sabes que salía a remar con Aladrio un par de veces a la semana.

—Lo leí. Fuisteis campeones nacionales de remo tres veces. —Recuerdo ese dato del dossier de información personal de los príncipes—. Es un

deporte muy completo. ¿Practicar mucho?

—Salgo a remar unas tres veces a la semana como mínimo.

—Hagamos un trato —propongo cogiendo un biquini, un short y una camiseta—. Tú me enseñas a remar y yo te instruyo por las mañanas en Tai Chi.

—¡Acepto encantado! Me mola el Tai Chi. —Levanta el brazo doblado, ofreciéndomelo—. ¿Nos vamos?

Salimos hacia el río unos minutos después, acompañados por el fiel Gustav y otros dos hombres trajeados. Lo hacemos a través de los túneles vigilados por guardias de palacio para evitar el acoso de la prensa. Ahora que los conocemos nos resultan eficaces.

Fuera nos espera un coche con los cristales tintados.

Al alejarnos de palacio me fijo en la bandera de nuestro país, colgada del techo de palacio. Consta de tres franjas verticales con tres colores significativos para nuestro pueblo: el verde por las montañas, el azul por el mar y el negro por el carbón y el petróleo. El escudo de los Hustrasga corona la tela. Es una herradura con un trébol de cuatro hojas en su interior.

Cuenta la leyenda que en los albores de Aldabia, cuando en el siglo XVI se independizó de Rusia tras una guerra cruenta, el primero de los reyes fue a visitar a una bruja para pedir prosperidad para su pueblo después de quedar mermado por el peso de la guerra y la mujer le dibujó esos dos símbolos en la arena. Al intentar salir de la cueva donde vivía la bruja, el rey se perdió en sus galerías y acabó frente al mayor filón de carbón jamás conocido.

Esa historia es preciosa por su significado. Alentar a la suerte en vez de recrearnos en las desgracias consigue despertar el instinto de los hombres para sobrevenir las malas rachas.

Bordeamos las verjas de palacio y nos internamos en un camino del bosque que se extiende hacia las montañas. No tardamos ni cinco minutos en detenernos en un recodo del río que surca Aldabia llenándola de prosperidad, frente a un embarcadero protegido por personal de seguridad, con un cobertizo de madera donde están las barcas propiedad de los reyes.

—Dentro hay un vestidor —explica Aladi mostrándome el camino con la bolsa colgada al hombro—. Es para que te puedas poner un neopreno. Los hay de todas las tallas.

Cedo ante la idea de tomar prestado uno de los trajes que cuelgan de una barra dentro del cobertizo. Está construido sobre el río en madera oscura,

aunque una de las paredes es de cristal opaco por fuera, pero con una vista espectacular desde dentro.

Las otras paredes interiores repletas de utensilios de remo.

Aladi baja uno de los trajes de pantalón corto y me lo ofrece asegurando que es de mi talla. Cuando rozo sus manos para cogerlo me quedo sin aliento y mi corazón se dispara.

Corro a cambiarme en un baño perfectamente equipado para escapar de estas extrañas reacciones de mi cuerpo a su presencia.

Al salir de nuevo al cobertizo lo encuentro esperándome al lado de una de las barcas. El neopreno le ciñe el cuerpo mostrando el contorno de sus músculos. Es una visión tan impresionante que me olvido de respirar durante unos segundos.

—¿Preparada? —Descuelga cuatro remos de una pared repleta de ellos —. Tenemos poco tiempo, deberíamos aprovecharlo.

—Estoy deseando empezar.

Subimos a una barca de madera pintada de verde y con el escudo de los Hustrasga claramente visible en los laterales, que se asienta en el agua, junto a otra de competición, más ligera y estrecha. La nuestra tiene dos bancos de madera, un suelo preparado para alargar y flexionar las piernas y unos agarraderos para los remos. No es muy ancha, pero ofrece un poco más de espacio que la otra.

El remo es uno de los deportes aldobianos más relevantes a nivel internacional. La cantidad de ríos que serpentean por la geografía del país son suficientes para alentar a muchos jóvenes a practicar. En las olimpiadas el equipo nacional suele llenarse de medallas.

Aladi aprieta un botón que hay en la tarima para abrir una compuerta frente a nosotros por la que se accede al exterior.

Me da cuatro instrucciones básicas para sincronizarnos una vez empezemos a movernos y se coloca en posición.

Nos cuesta un poco coger el ritmo. A pesar de mis entrenos en una máquina del gimnasio de la casa de la montaña nunca había salido al agua y necesito aprender bien la técnica para seguir sus largas brazadas.

Por suerte los años de entrenamiento físico acaban por germinar y a los cinco minutos remamos con una sincronía perfecta.

Los veinte minutos siguientes son agotadores, pero también fascinantes. Siento el aire revoloteando en mi cabello recogido en una cola alta, la fuerza de mis brazos al impulsarse ayudados por el movimiento de piernas, mis

músculos tensarse hasta casi el máximo, la fuerza del agua cuando la pala la atraviesa haciendo un movimiento circular, el sonido de cada paletada. Es como si el avance de la barca me llenara de vida y se llevara lejos las últimas revelaciones para proporcionarme unos instantes de paz interior.

Observo la espalda cuadrada de Aladi, cómo los movimientos de su cuerpo tensan los omoplatos y otros músculos, cómo se le marcan los bíceps, cómo el sudor resbala por su nuca. La boca se me seca, como si necesitara hidratarla con rapidez.

El paisaje es precioso. Aldabia es un país lleno de contrastes que no dejan de asombrarme. La naturaleza en todo su esplendor se alarga hasta la falda de la montaña y si dirijo mis ojos hacia el lado contrario encuentro la capital extendida frente al mar, con sus casas llenas de colorido.

—¿Un poco de agua? —Sube los remos, los coloca en vertical y los fija para que no se escurran—. Necesito un trago o no podré seguir.

Se agacha un poco hacia delante para coger la botella y beber a morro. Le imito cuando me la pasa, escuchando los ecos de la naturaleza, los mismos que me han acompañado estos últimos años. Huelo el aroma de los árboles, de las flores que alfombran algún tramo del suelo, de la arena mojada allí donde el río baña la orilla. Y suelto una exhalación profunda.

—Echaba de menos el aire libre —susurro acompañada del aleteo de unos pájaros que cruzan el cielo frente a nosotros—. El olor, los sonidos, la nitidez de los colores...

—Llevas demasiados años alejada de la civilización. —Estira los brazos sobre la cabeza alargando la espalda—. Estar aquí es cojonudo, pero también hace falta distraerse.

—¿Discotecas, fiestas, drogas, alcohol y chicas? —Levanto una ceja para enfatizar el tono jocoso cuando gira la cabeza para mirarme.

—¿Acaso existe otra forma de pasarlo bien? —Suelta una carcajada.

—Una partida de ajedrez, practicar tiro en un claro del bosque, salir de caza, una escapada de supervivencia por la montaña, bañarse desnudo en el río en invierno, descubrir las leyes físicas, estudiar, leer, aprender cosas nuevas cada día...

—¡Eres una aburrida! ¡Necesitas un meneo en el cuerpo! —Ríe de nuevo mientras se da la vuelta con cuidado de no volcar la barca para quedarse mirándome—. Me gusta el ajedrez, soy bueno porque mi padre nos puso a Aldario y a mí un profesor desde muy pequeños. Me mola disparar, no olvides que tengo educación militar. ¿Sabes? Mi puntería es la hostia. Ni caza ni

superveniencia... ¡Joder! ¡A mí dame un hotel con comodidades y la comida en la mesa! Este invierno me apunto a bañarme en pelotas contigo, eso no me lo pierdo ni de coña. En cuanto a lo otro, ¿bombón, me ves cara de empollón?

—Te sacaste la carrera con buenas notas.

—Eran ciencias políticas y por si no lo has notado soy el príncipe de Aldabia. Las influencias y la billetera de mis padres abren muchas puertas.

—Como conseguirme una licenciatura por Stanford... Ya veo.

—Me gustó estudiar ciencias políticas —añade—. Aprendí muchas cosas, aunque me niego a repetir estas palabras en cualquier otra parte.

—Supongo que te gustó la vida universitaria de California.

—¡Fue la hostia! Una chica distinta cada noche, juergas y salidas sin el acoso de la prensa ni preocuparme por las apariencias... ¡Libertad en estado puro!

—Me gusta más este Aladi que el de mis primeras horas en palacio. Eres espontáneo, divertido, fresco. No necesitas ser un chulo para caer bien a la gente.

Durante unos segundos me mira con un brillo especial en los ojos. Abre las piernas para situar las mías entre ellas y acerca el cuerpo, hasta quedarse casi rozando el mío. Su mirada acaricia mis labios un segundo.

—Es para escapar de mi cárcel particular —susurra—. Si creyera en la magia te mandaría a la hoguera por bruja. Me tienes hechizado desde que llegaste. Contigo no puedo mentir, te he abierto las puertas de mi alma y no entiendo bien por qué.

—Soy irresistible. —Bromeo.

Nos quedamos quietos, escuchando las respiraciones agitadas de ambos, unidos por las manos, con las frentes a un milímetro.

Hay algo agitado en el aire entre nosotros, como si una chispa acabara de prender la electricidad. Las últimas horas me crean un cúmulo de emociones extrañas que se apoderan de mi interior con demasiada rapidez.

Ya no puedo mirar a Aladi con la distancia de antes ni dejar de concederle el puesto que merece por haber confiado en mí hasta el extremo de presentarme a Tina.

Penetro en su alma a través de nuestros ojos, dándome cuenta de la nitidez de su interior, de la cálida sensación que me recorre el cuerpo al sentirle cerca, de cómo las últimas horas han dado un vuelco irreparable a mis convicciones.

Por primera vez en mi vida me siento parte de algo diferente a lo

planeado. No controlo el aleteo de mi corazón acelerado ni la respiración jadeante ni el calor que se concentra entre las piernas, despertando unos sentidos dormidos durante demasiados años.

Bajo los ojos hasta posarlos en sus labios, con el recuerdo de sus confidencias danzando en mi interior. Son como un imán, como un reclamo que aumenta la corriente que electrifica el aire. Pero es absurdo sentirse así, no puedo dejarme llevar por un instante de locura. Porque solo es eso, una locura transitoria, un cúmulo de emociones disparadas por las revelaciones que se confunde en mi cabeza haciéndola desvariar.

Me separo de él agarrando los remos. Necesito poner distancia entre nosotros, enfriar mi cuerpo y regresar a la coraza de antes.

—Hora de volver a palacio. —Lo pronuncio entre espiraciones profundas—. Todavía nos queda la cena.

—Y otra noche compartida...

9

Aladi

Los tres días de luto oficial se llenan de visitas importantes a las que he de atender a pesar de mi dolor. Vienen a prestar sus respetos a nuestra familia y se colman de palabras vacías, sin ofrecerme el consuelo necesario en estos momentos.

Apenas tengo un minuto para llorar a mi hermano y percatarme de su falta porque Isabelle y yo nos pasamos las horas escuchando pésames de personas a quienes no conozco demasiado, explicando una preciosa historia de amor inventada, manteniendo conversaciones ajenas a mi dolor, comportándome como marca el decoro, sin tiempo para acatar, entender, gritar y desatar mis sentimientos.

No quiero esta vida, odio la idea de convertirme en el próximo rey de Aldabia y echo muchísimo en falta a mi hermano. A medida que los días se suceden sin él la pena cae impune sobre mí porque le necesito en muchos momentos y no lo tengo a mi lado.

A veces me sorprendo caminando hacia su habitación para contarle algo o marcando su número en el móvil para llamarle o tecleando para mandarle un mensaje y me hundo al descubrir su ausencia en palacio, en mi vida, en la realidad. Es como si al avanzar los días notara cada segundo más su ausencia y me percatara de que se ha ido.

Llevo demasiados años fingiendo ser otra persona y disfrutando de la ausencia total de responsabilidades para evitar estar en una situación parecida a la actual, con la obligación de convertirme en quien no quiero ser.

Acomodarme a la situación es un paso difícil. Mis ideas difieren demasiado de las de mis padres, no concibo su hermetismo, esa obsesión por pensar antes en la proyección de sus actos hacia el exterior que en sus sentimientos. Parecen témpanos de hielo. Y yo no quiero ser como ellos, nunca

lo he querido. No comparto sus ideales políticos ni su forma de gobernar el país ni su manera de pensar. La vida me ha puesto en una situación difícil porque la idea de renunciar a la corona es impensable. Mis padres nunca lo permitirían.

La espera hasta mi reinado será larga, pesada, dolorosa y muy peligrosa porque hay demasiadas personas acechando en las sombras a la espera del momento perfecto para acabar con la familia real.

Anoche la guardia real frustró el intento de entrar por los túneles de un par de rebeldes armados hasta los dientes. Nuestro cuerpo de seguridad los detuvieron en la puerta de entrada a los pasadizos mientras intentaban forzarla. Mis padres se alarmaron, felicitándose por haber contratado los servicios de mi novia ficticia para que me proteja ante posibles amenazas, aunque tengo la sensación de que su gesto responde también a la intención oculta de hacerme parecer respetable frente a nuestro pueblo.

Los rebeldes están en manos del servicio secreto de nuestro país, un cuerpo con una sólida trayectoria en su labor. Espero que no tarden en sonsacarles información valiosa para esclarecer si la participación de mi tío en el asesinato de Aldario es cierta o una mera intuición de mis padres.

Tras el intento frustrado de la guerrilla de atentar contra nuestras vidas, la guardia real ha doblado la vigilancia en palacio y ha colocado un batallón de hombres armados en los túneles del sótano, sin olvidarse de salvaguardar la puerta blindada. Eso imposibilita mi intención de escaparme para rendirme a una juerga desenfrenada capaz de borrar las huellas del dolor y de la opresión.

Necesito salir, emborracharme, pasar una noche en libertad. Y me encantaría hacerlo en compañía de Isabelle porque en tres días se ha convertido en alguien importante para mí. Me apetece conocerla más a fondo, pasar tiempo a su lado, descubrir su interior.

No estaba preparado para conocer a alguien como ella.

Es una contradicción que no logro descifrar. Durante el día se comporta con un calculado control de su cuerpo y mente. Nunca la encuentro en una falta, representa su papel en cada momento sin equivocarse ni apartarse un milímetro del guion. Es fría y letal cuando interesa y cariñosa en los momentos requeridos. Aunque conmigo se permite relajarse en algunos instantes para mostrarme un interior rico en sentimientos.

Además, tras hablar con Tina no ha dado muestras de intentar traicionarme ni me ha juzgado por permanecer inactivo hasta que encuentre la

manera de asimilar mi nuevo papel en la corona y preparar un plan para cambiar las cosas. Eso nos acerca cada día más, la confianza entre nosotros empieza a germinar hasta el punto de contarnos confidencias secretas acerca de nuestra vida.

Por las noches se enfrenta a pesadillas que la dejan temblando, empapada en sudor, con resaca de emociones. Cuando se despierta tras uno de esos sueños es vulnerable y se abre un poco a mí. Sin embargo, sigue arisca si intento tocarla o abrazarla.

Es como si el contacto físico la asustara porque aparte de romperlo con rapidez arruga la cara en un gesto lleno de pánico, como si mis manos despertaran recuerdos dolorosos. La curiosidad me induce a intentarlo una y otra vez en busca de una reacción menos controlada que acabe en una confesión. Sin embargo, no logro romper su coraza.

Seguimos con juegos verbales mezclados con confidencias en algunos momentos. Tiene un aura que me induce a desnudar mi alma al contestar cualquiera de sus preguntas, a compartir con ella mis secretos más ocultos.

He de admitir que al acostarme a su lado por las noches me invaden pensamientos libidinosos, igual que al practicar Tai Chi juntos cada mañana, al subir al gimnasio y ver cómo realiza sus ejercicios, en nuestras salidas de remo por las tardes, al compartir media hora de *running* diaria...

Me atrae de una forma salvaje, sus labios son una tentación, sus pechos un llamamiento a mi libido y esas curvas perfectas una maldición porque solo pienso en besarla, tocarla y llevarla a la cama con otra intención que dormir.

Pero es extraño porque pienso más allá, me siento tentado a explorar otras partes de su ser, a mantenerla para siempre a mi lado. Y esa realidad me asusta. Nunca he sido propenso a la monogamia, soy más de volar de flor en flor...

—Hoy tenemos la agenda hasta arriba. —Su voz me devuelve al comedor, donde estamos desayunando los dos solos. Mis padres tenían una reunión a primera hora con los delegados de Estados Unidos—. Va a ser mi debut fuera de palacio.

—Aceptaste convertirte en mi chica, va con el pack. —Le guiño un ojo—. Lo harás bien. Estos tres días lo has bordado, tienes un don para este papel.

—Inauguración de una galería de arte, brindis con los jóvenes deportistas de élite de Aldabia en las instalaciones deportivas municipales, visita a los niños enfermos de un hospital público y una cata de vinos en un bar con el

grupo de promesas universitarias después de comer. —Sonríe con una tensa exhalación—. ¡Suerte que tenemos tres horas entre el hospital y el bar!

—Va a ser un día agotador —segundo—. Y con el intento de atentado de ayer tendremos escolta hasta para ir al baño.

—Yo soy tu escolta, ¿recuerdas?

—Es como en la peli aquella tan sensiblera llamada *El guardaespaldas*, pero al revés. —Le guiño un ojo pasándome la lengua por el labio superior—. Solo nos falta el sexo. Como en *The Royals*, la serie sobre una imaginaria realeza británica. Allí la princesa se tira a su escolta cada noche... Solo hemos de invertir los papeles y podríamos ser como ellos.

—Con tu manita te bastas y te sobras. —Bebe un sorbo largo al café antes de levantarse—. Voy a ducharme, en diez minutos va a aparecer la tropa de belleza y necesito estar lista.

—¡Qué complicadas sois las mujeres! —bromeo—. Necesitáis chapa y pintura a todas horas. Los tíos con una ducha estamos a punto.

—Te veo en un rato. —Camina hacia la puerta—. Aunque te confesaré algo: odio la puesta a punto, prefiero una coleta y nada de maquillaje.

—Al natural estás guapísima. Te lo digo yo que llevo tres días levantándome a tu lado. —Suelto una pequeña carcajada sarcástica—. Pero maquillada y con los labios rojos tienes un polvo. ¿Quieres probarlo?

—¡Eres un caso perdido! —Se ríe divertida.

Termino de desayunar con el móvil en la mano. Ya no hay fotos interesantes en mis redes sociales, solo comunicados aburridos firmados en secreto por un desconocido. Por suerte todavía tengo la posibilidad de entrar en los perfiles de mis amigos con uno falso que me cree. Puedo comentar sin miedo a traicionar mi identidad y seguir sus vidas.

Contesto varios mensajes, navego un rato y regreso a mi habitación, donde Isabelle está sentada frente al tocador rodeada de personas. Veo su expresión agobiada a través del espejo y no logro reprimir una risotada.

—¡Qué guapa te están dejado, princesa! —digo en un tono lleno de guasa.

No contesta, pero lanza un bufido disimulándolo al máximo.

En palacio solo cuatro personas conocen la realidad acerca de nosotros y el enjambre de profesionales contratadas para dejarla impecable cada vez que salimos por la puerta de la habitación se ha creído la historia de amor que les hemos vendido.

Al salir de la ducha unos minutos después la sesión de belleza continua.

Me meto en el vestidor para elegir uno de los trajes aburridos de mi armario. Opto por una corbata seria y unos zapatos relucientes. Si he de hacerlo será perfectamente vestido y con un toque elegante.

La mañana se escurre con rapidez. Los dos conseguimos bordar las actuaciones en cada parada sin perder la sonrisa cuando es necesario y mostrando afecto hacia las miles de personas que se acercan a vernos como si fuéramos monos de feria.

Otra vez me maravilla la capacidad de Isabelle de adaptarse a las situaciones. Consigue enamorar a los presentes con su ternura, su elegancia y su saber estar. Es como si hubiera nacido para formar parte de la realeza.

Lleva un vestido hasta la rodilla de color azulón que le marca un cuerpo alucinante, una chaqueta negra cortita, un pañuelo de seda anudado al cuello y un sofisticado recogido que resalta el azul de sus ojos, maquillados con maestría.

Está imponente.

—¿Te apetece comer fuera? —propongo una vez regresamos al coche al salir del hospital—. Conozco un restaurante italiano buenísimo.

—No está en el programa. —Tuerce el gesto—. A tus padres no les hará demasiada gracia. Y mucho menos a Lobino.

—Puedo llamar a los reyes. Seguro que si los periodistas sacan un par de fotos de la comida para corroborar nuestra preciosa historia de amor no van a poner pegas.

—Lobino sí puede ponerlas. Ayer detuvieron a dos hombres cuando intentaban entrar en palacio. La amenaza sobre tu vida es cierta, hemos de ir con cuidado a la hora de movernos, no se puede improvisar.

Sonrí mordéndome el labio en un gesto pícaro para aligerar su comentario.

—Te tengo a ti para protegerme. —Señalo el coche de atrás—. Además de Gustav y los dos hombres que le acompañan. Podemos salir a comer como unos enamorados sin peligro. Es mejor no seguir los planes, así sorprendemos al posible asesino.

—Está bien —acepta al fin tecleando en su iPhone—. Llama a tus padres, a ver si nos dan luz verde. Le acabo de mandar un mensaje a Lobino.

Como preveía los reyes están encantados de que los periodistas que nos siguen desde primera hora de la mañana sean testigos de una salida en pareja. Quieren mantener al pueblo engañado, darles una imagen mía de príncipe responsable y enamorado para borrar la mala reputación que me he ganado a

pulso.

La respuesta de Lobino es negativa al principio, pero tras una llamada del rey nos da luz verde para ir al *Splendida Venezia*. Le doy la dirección al conductor y llamo para reservar una mesa.

Es donde íbamos Aldario y yo cuando salíamos juntos a cenar.

El local está en una zona alejada del centro de la capital, donde hay una agradable calle llena de comercios artesanos donde se encuentran piezas únicas. Es pequeño, acogedor y con una decoración preciosa. Las paredes se llenan de frescos donde los canales de Venecia cobran vida con mucho colorido. El suelo es de mármol blanco. Y las mesas se visten con manteles níveos.

A mi hermano le encantaba pasear por la calle Continza para mirar los escaparates llenos de cestos, vestidos, trajes, complementos y objetos artesanales que son especiales al no estar realizados en cadena. Solía comprarle algún regalo personal a Tina en las tiendas y adquirir objetos para llenar su estantería cuando los consideraba muy originales.

Descubrimos el *Splendida Venezia* en una de esas salidas secretas. La comida es espectacular gracias a las habilidades culinarias del chef, un veneciano que se niega a comprar la pasta industrial y solo utiliza productos de primera calidad para darle vida a los platos. Además, el trato es amable y tiene una bodega a la altura.

Al bajar del coche frente a la puerta posamos unos segundos abrazados para los periodistas con nuestras mejores sonrisas, frente al letrero de la entrada para darle publicidad al restaurante. Contestamos un par de preguntas y accedemos al recinto abrazados. Noto el respingo de Isabelle cuando le paso el brazo por la cintura y su incomodidad al avanzar juntos.

—Buenas tardes, alteza —saluda Antonello, el dueño—. Le he guardado la mesa de siempre. —Se gira hacia Isabelle para saludarla con una sonrisa—. Señorita Stoner, es un honor tenerla aquí. Saber que Su Alteza ha encontrado a una hermosa mujer para compartir su vida es una gran dicha para nosotros.

—Muchísimas gracias. —Ella sonrío aceptando el cumplido—. Tiene un restaurante precioso. Viendo los murales que decoran las paredes dan ganas de coger un avión a Venecia.

—Es una ciudad muy bella y muy romántica. —Antonello nos acompaña a la mesa—. Nací allí y siempre que tengo un descanso vuelvo para reencontrarme con mis raíces. Debería pedirle a Su Alteza que la lleve a pasar unos días, ya verá cómo le roba el corazón.

Nos deja una carta tras recitar los cuatro platos del día.

—¿El Bardolino de siempre? —pregunta mirándome—. Se lo voy a regalar en honor a su hermano.

—A él le hubiera encantado este gesto. —Giro la mirada hasta Isabelle—. Era un entendido en vinos y adoraba el Bardolino de Antonello.

—Es terrible lo que pasó. —El dueño del restaurante acompaña su afirmación con una expresión horrorizada—. Espero que encierren al asesino. Le tenía mucho aprecio a su hermano y no concibo la maldad de esa gente.

—Lo cazarán, estoy convencido.

Cuando nos quedamos a solas Isabelle se enfrasca en la lectura de la carta. La levanta tapándose los ojos.

—¿Alguna sugerencia? —musita sin dejar de leer—. ¿Qué tal unos espaguetis al *vongole*? A mí me salen exquisitos. El truco está en usar el agua de las almejas para cocer la pasta.

—No sospechaba que alguien como tú supiera cocinar. Te imaginaba más de comida precocinada...

—Tienes un concepto muy malo de mí. —Suelta una pequeña risotada—. Vivir en las montañas no quiere decir ser una ermitaña. Hugh y yo bajamos un par de veces al mes al pueblo para comprar víveres, nos gusta abastecernos de carne y pescado por nuestros medios, pero también de otras cosas que en el bosque no se encuentran.

—Pues los *vongole* de aquí son tremendos. —Le guiño un ojo—. A ver si superan los tuyos. Podríamos probarlos un día para comparar. ¿Alguna otra sorpresa culinaria que escondas?

—¡Muchísimas! —Baja la carta para mirarme a los ojos—. Soy amante del pan hecho en casa, de las cremas de verduras, de los guisos, del pescado en adobo, de las sopas, de los bizcochos, de la pasta italiana, de la cocina francesa... Aprendí recetas gracias a internet y las mil posibilidades que ofrece.

—¿Internet? ¿En las montañas?

—Debería llevarte a mi casa. —Otra carcajada sale de su boca—. No vivimos perdidos en medio de la nada. Hugh hizo llegar la conexión gracias a unos contactos y me compró un portátil. Así estudié mi carrera en física.

Antonello nos toma nota tras servirnos un poco de vino en las copas. Isabelle acepta mi sugerencia de pedir una *bresaola* y un poco de *antipasti* de primero para compartir.

—Confiesa tus vicios cibernéticos. —Saboreo un sorbo de Bardolino—.

¿Videos de YouTube? ¿Redes sociales? ¿Juegos online? ¿Bajarte pelis piratas? ¿Música?

—Nada de redes sociales. —Se lleva la copa a los labios—. Mmm, este vino está buenísimo.

—No me cambies de tema... Estábamos descubriendo tus vicios en la red.

—La idea de jugar online no me interesa lo más mínimo, en cambio ver pelis en el PC, mirar algunos vídeos divertidos en YouTube, ver series o bajarme música me encanta. Lo confieso. Pero intento no hacerlo de manera ilegal. También leo en digital, pero pagando siempre. —Arquea los labios en una sonrisa preciosa—. Ahora te toca a ti, desembucha.

—¡Adoro internet! Si un día me quedo sin cobertura no soy nadie. —Compongo una mueca socarrona—. Juego algunas veces, aunque sin obsesionarme. YouTube es lo más, me chiflan los vídeos de locuras y de pifias en la tele. Pelis y series no las necesito bajar porque tengo tele por cable y mis padres pagan todas las plataformas que existen. Música, tengo una cuenta en Spotify para guardar mis listas. Y en cuanto a redes sociales, creo que son básicas para una persona. —Profundizo mi mirada—. ¿De verdad no tienes ninguna?

—Odio compartir mi vida con los demás.

—Pues has elegido un trabajo jodido porque ahora eres una de las personas más públicas de Aldabia. —Saco mi móvil del bolsillo, lo desbloqueo y se lo enseño tras encontrar lo que buscaba—. Mira, ya hay más de cien publicaciones con fotos de nuestra comida aquí y solo hace cinco minutos que estamos sentados a la mesa. —Abro el Instagram y tecleo #Alabelle—. Ya nos han puesto hasta un hashtag. ¡Tenemos más de setecientas etiquetas!

—¿Alabelle? —Levanta las cejas.

—Sale de Aldario e Isabelle. Ahora lo hacen con todas las parejas famosas y nosotros no nos íbamos a librar. *Brangelina, TomKat, Bennifer, Billary...* ¿Sigo?

Niega con la cabeza soltando una carcajada, me coge el móvil y se pasa un minuto leyendo cada una de las entradas, mirando las fotos, analizando los comentarios.

—Alabelle... —Me devuelve el teléfono cuando nos traen el primer plato—. No suena tan mal el apodo. Aunque para ser sincera tu vida no me da ninguna envidia. La pobre chica que acabe contigo tendrá que vivir expuesta a

los medios.

—¡Bienvenida a mi mundo! —Levanto la copa para brindar con ella—. Ser príncipe tiene su parte positiva y la jodida.

—Por suerte cuando acabe el trabajo me iré a Estados Unidos con mi título en Stanford bajo el brazo y empezaré una vida lejos de esta locura. Así te dejaré con tus dos partes sin sentir remordimientos.

—¿No guardarás una foto de recuerdo? —La idea de no volver a verla me molesta—. Tienes dónde elegir...

—Cuando quiera recordarlo solo necesito escribir Alabelle en el Google para encontrar todas nuestras imágenes. —Pincha un poco de *bresaola* para llevársela a la boca—. Podríamos escribirnos mensajes de vez en cuando.

—Me encantaría. —Le lanzo una mirada penetrante—. No quiero perder el contacto contigo cuando todo esto termine. Me caes bien.

El resto de la comida nos sumimos en una conversación distendida que busca conocer el máximo de cosas el uno del otro. Por primera vez pasamos el rato sin juegos verbales, sin insinuaciones, sin interferencias. Y es muy agradable.

Mientras más sé de ella más deseo conocerla. Es como si fuera un adicto a sus palabras, como si necesitara escucharlas para sonreír. Y cada vez que la miro siento una leve aceleración de mis latidos, un incendio en mi cuerpo y un endurecimiento entre las piernas. Me hipnotizan sus sonrisas, como si contuvieran la llave oculta de mi felicidad y me llenaran de colores brillantes.

Sus palabras me parecen música, como si las notas crearan una dulce melodía que hiciera arder mi piel y otras partes menos puras de mi anatomía.

Ella reacciona a mis miradas significativas con un poco de rubor, como si se alterara igual que yo y a medida que compartimos más sucesos de nuestras vidas hay una mágica compenetración, como si consiguiéramos dejar atrás al príncipe y la empleada para convertirnos únicamente en Isabelle y Aladi, una mujer y un hombre en proceso de conocerse.

10

Isabelle

Aldabia es un país pequeño, rico, lleno de lugares preciosos, con contrastes de paisaje asombrosos y unos edificios con mucha historia.

La ópera está construida en un antiguo palacio de verano de los zares y es una obra arquitectónica colosal. Nuca había entrado hasta esta noche y lo hago del brazo de Aladi, dispuesta a presenciar una actuación de dos cantantes muy importantes a nivel nacional.

Hace dos semanas que nos hemos incorporado a la vida pública y han sido de locos. Inauguraciones, entregas de premios, actos conmemorativos, galas, salidas al teatro, al liceo, visitas a hospitales, colegios, academias... Ser parte de la realeza es más cansado de lo que imaginé en un principio.

Hay que estar siempre perfecta, actuar durante horas y aguantar cada uno de los interminables actos sin perder la sonrisa.

Y luego están las noches, las comidas con Aladi, las salidas a remar, las horas de entreno en el gimnasio y de remo... Son muchas horas para conocerle mejor y darme cuenta de la extraña atracción que ejerce en mí, de cómo poco a poco bajo mis defensas para abrirme a él contándole partes de mi pasado que no debería compartir con nadie de palacio y de cómo dejo a un lado mis creencias para adoptar unas nuevas.

Bajo esa capa de hombre chulo y desapegado se esconde un alma llena de sentimientos y deseos de salir a la superficie, un hombre con ideales y emociones. Pero la presencia de los reyes en nuestra rutina, sus normas y cada una de las obligaciones que nos imponen solo consiguen retenerlo en una personalidad fingida.

Nuestras conversaciones cada vez se adentran en temas más personales. Oscilamos entre nuestros maravillosos juegos verbales y momentos profundos, donde a veces nos quedamos sin palabras, mirándonos con el reconocimiento

de unos lazos afectivos que crecen día a día, atrapándonos en una espiral de sentimientos.

El interior de la ópera me quita la respiración unos segundos. Molduras doradas en las paredes y en el techo abovedado, inmensas lámparas de cristales iluminando la cúpula llena de frescos de motivos religiosos, paredes marmoladas y suelos llenos de impresionantes alfombras persas componen el hall, donde unos camareros uniformados se acercan para ofrecer copas de champagne a los recién llegados.

Le doy un sorbito llenándome el paladar del sabor de las uvas burbujeantes. En mi vida anterior apenas había probado algo de vino y no podía ni imaginar el inmenso placer del que me privaba al no degustar esta exquisitez.

Estudio con disimulo a los asistentes a este concierto con fines benéficos. Altos dignatarios europeos, representantes de las casas reales más importantes del continente, soberanos, príncipes e incluso algunas personalidades de la música y el teatro.

Con una espiración cargada de inquietud, repaso mentalmente por enésima vez mi aspecto. Llevo un vestido largo dorado que se engancha a mi figura como si fuera un guante. Tiene una abertura en la pierna derecha hasta la rodilla y un escote con pliegues que realza mi pecho. Los zapatos de tacón son del mismo color y consiguen alzarme diez centímetros. Las peluqueras se han empeñado en llenarme de horquillas para peinarme con un moño alto. Me ha gustado el resultado porque consigue darme un toque distinguido, aunque cuando me miro al espejo de esta guisa me parece como si otra mujer fuera la del reflejo.

Aladi me lleva del brazo para presentarme a la mayor parte de los asistentes. Sus padres siguen el mismo recorrido para ejercer de anfitriones y no dejan de lanzarnos miradas significativas para dejar claro qué esperan de nosotros.

Represento mi papel a la perfección, aparte de los meses previos de preparación estos diecisiete días al lado del príncipe han logrado darme una soltura increíble. Él no escatima en deseos de compartir conmigo cualquier información que considera imprescindible para no equivocarme con los presentes en cada acto al que acudimos y los informes de palacio son extremadamente minuciosos.

Me mantengo en un segundo plano, tal como marca el protocolo. Me inclino ante los monarcas, beso las manos que debo y no me equivoco en

ningún saludo. Los reyes de Aldabia me hacen un par de gestos de aprobación para mostrar su beneplácito a mi comportamiento. Para ellos hoy es una velada muy importante y nos han repetido hasta la saciedad la necesidad de no salirnos ni un poquito del guion.

—Hora de entrar. —Aladi me susurra al oído cuando se escucha el primer timbre—. Vamos a un palco para evitar problemas de seguridad, pero el mejor sitio es en octava fila, en la platea.

—Nunca había estado en la ópera —confieso caminando hacia las escaleras—. Será una experiencia nueva.

—Es un espectáculo alucinante, ya verás cómo te gusta. ¡Es flipante la primera vez!

Ocupamos unas butacas detrás de los reyes. Mis ojos se abren al contemplar el palco. Tiene una barandilla semicircular dorada, con barrotes de madera lacada en blanco muy gruesos. Los sillones son mullidos, tapizados con una tela blanca muy suave. La puerta está llena de molduras de oro con filigranas y a los lados hay unas cortinas de satén blanco.

El escenario se ve muy bien. Es amplio, igual que la platea, moteada con butacas rojas y el suelo de madera oscura.

Cuando las luces se apagan Aladi alarga la mano para coger la mía, que descansa sobre mi regazo. Las primeras notas de *Madama Butterfly*, la famosa ópera de Puccini, invaden la sala desde el coro, donde la orquesta nacional del país toca con devoción.

He leído que es una obra dramática que narra la lucha entre dos civilizaciones opuestas, donde una intenta imponerse en la otra hasta destruirla.

Al ver a la geisha Cio-Cio San entrar en escena siento como si algo se rompiera en mi interior. He leído la historia antes de venir y me duele en el alma conocer su destino. Se va a casar con un americano que la despojará lentamente de su identidad. Deberá renegar de su religión, de sus costumbres, de su familia, de su mundo.

Los dedos de Aladi se cierran en los míos consiguiendo que una corriente cálida me invada y sacudiendo mis pensamientos. La música, la historia, él. Es un conjunto explosivo.

Giro la cara despacio para posar mi mirada en el perfil del príncipe. Quizás es fruto de las emociones azuzadas por la música, pero le siento penetrar por mi piel para dispararme el corazón, como si su simple presencia me iluminara.

No me muevo, permanezco casi diez minutos recorriendo cada uno de sus rasgos con los ojos, grabándolos a fuego en mi memoria, con la sensación de que cuando abandone palacio voy a recurrir a mis recuerdos con demasiada frecuencia.

Ese hombre ha borrado de un plumazo todas y cada una de mis convicciones otorgándome unas nuevas.

El calor me abrasa, concentrándose entre mis piernas. Es guapo, sincero, tierno, divertido y tiene una forma de emocionarse que me derrite. Los ojos se le humedecen un poco, se muerde el labio y sonríe con sinceridad, curvando mucho los labios hacia arriba.

Su mirada se conecta con los mía en un momento cumbre de la música. Nos quedamos unos segundos mirándonos en la penumbra con el reconocimiento de una conexión intensa. No necesito nada más, ese contacto visual, nuestras manos entrelazadas, los cantantes, la orquesta...

Nunca había pasado tanto tiempo con alguien ni había conseguido un vínculo parecido. Con Hugh mi vida era pausada, rutinaria, conocida. Vivíamos en la misma casa, compartíamos instantes, comidas, salidas, largas conversaciones, pero cada uno mantenía su espacio, sin entorpecer el crecimiento personal del otro.

La práctica diaria de varias artes marciales, unida a las lecciones de supervivencia, ayudó a mi corazón a cicatrizar muy lentamente de cada una de las heridas causadas por la muerte de mis padres, remendándolas con suturas irregulares que todavía se desgarran a veces.

Me gustaba esa vida, entregarme a una sucesión de ejercicios dedicados a sanar el cuerpo y la mente, con horas consagradas al estudio, a la lectura, a aprender un montón de cosas interesantes.

Gracias a las enseñanzas de Hugh supe desde niña que mi deseo de conocer más a fondo los secretos del universo y del mundo que nos envuelve me llevarían a la física, al estudio de esa disciplina, a intentar desentrañar sus misterios. Cuando me conoció estaba en el bosque sola, hambrienta, desamparada. Le bastaron unos días para descubrir cómo me habían educado mis padres y supongo que entonces fue consciente de mi capacidad para entender materias complicadas para chicos de mi edad.

Pasé una temporada muy larga obsesionada con dar alguna explicación lógica a la muerte, con descubrir si había algo más tras apagar la chispa vital, si el paso por la Tierra tenía un fin más allá de formar parte de un cuerpo. Necesitaba explicar lo inexplicable para aceptar de una vez por todas la

desaparición de mis padres.

La práctica de las artes marciales ejercitó mi mente y mi cuerpo. La lectura desenfadada desarrolló mi intelecto hasta el infinito, abriendo nuevas brechas, proporcionándome otras vías de estudio.

Si todo va bien en unos meses caminaré con mi título de Stanford hacia una universidad de Estados Unidos, donde quiero sacarme un doctorado para terminar investigando en una facultad de prestigio. Aspiro a ganar una cátedra, a enseñar, a aprender, a no dejar nunca de descubrir nuevas teorías para profundizar en ellas.

En Aldabia la posibilidad de estudiar es limitada. La forma de gobierno de los reyes es absolutista, intentan crear una población de personas poco lanzadas para evitar que les hagan sombra. El principal impulsor de la economía es el petróleo, hay veinte plataformas petrolíferas en el país, colocadas en yacimientos con una cantidad indecente de ese recurso natural que enriquece las arcas del estado y de los leales a Sus Majestades.

La mayoría de la población trabaja en los pozos. Aldabia es un país con una tasa muy baja de desempleo, quizás por eso solo unos pocos luchan con Heny en la guerrilla. Sin embargo, hay demasiadas desigualdades sociales para no batallar por un futuro más justo.

El miedo es el arma más utilizada por los reyes. Si no piensas como ellos acabas en la silla eléctrica acusado de alta traición. Es un régimen totalitario de derechas. No se meten con las personas que amasan fortunas mientras sigan sus doctrinas, apoyan a los empresarios más prósperos, otorgan muchos privilegios sociales gracias a los impuestos y a una parte de los ingresos indecentes que reciben de las tres plataformas petrolíferas de su propiedad, pero también son implacables con las personas no afines al régimen.

Llevo años pensando que Aladi formaba parte de esa manera de someter a las personas, de privarles de la libertad, de la posibilidad de formarse sus propios ideales. Sin embargo, estas dos semanas a su lado me han presentado a alguien diferente y no acabo de entenderme, no puedo dar crédito a ese sentimiento de confianza que crece en mi interior día a día, afianzándose cada vez más, ganando terreno a marchas forzadas, ocupando mi mente y mi corazón.

El regreso a casa en un coche compartido con los reyes es silencioso.

Nos despedimos de ellos a la puerta de nuestra habitación y no tardamos en meternos en la cama. Los dos estamos cansados, sin ganas de conversar ni de ver la tele.

A los cinco minutos de apagar la luz me interno en un sueño profundo que repasa de forma ansiosa mi situación.

Tengo un nudo en la garganta desde que los pensamientos sobre el futuro se han formado en mi cabeza. Le he mirado durante casi toda la ópera, necesitaba entender mis extraños sentimientos, esa corriente eléctrica que me recorre al tocarle, al verle por las mañanas practicando Tai Chi conmigo, al tratar a un Aladi muy diferente al de las revistas y al de mis expectativas falsamente creadas.

La prohibición de sus padres de volver a su antigua vida le ha convertido en una mejor versión de sí mismo y me permitido conocerle de verdad.

Y pensar en dejarle atrás en el futuro próximo me ahoga, como si me faltara el aire y apenas fuera capaz de encontrar la forma de boquear en busca de oxígeno.

Abro los ojos de golpe, ansiosa, con los pensamientos sobre mi situación bombardeándome sin piedad. Esta noche las pesadillas todavía no han irrumpido con todo su esplendor, pero no me engaño, sé que volverán a despertarme empapada en sudor porque la convivencia con Aladi solo incrementa esa sensación de desazón que se apodera de mi interior a marchas forzadas.

Escucho su respiración acompasada mientras me acostumbro a la oscuridad. Dormir a su lado me reconforta de una forma inexplicable, aunque desata mis sueños más fieros.

Un sonido amortiguado acaba de despertarme. Quizás por eso me he desvelado, por la sensación de no estar a solas con Aladi.

Agudizo mis sentidos para percibir la más mínima alteración.

La respiración casi inaudible de alguien ajeno a la cama acompaña unos pasos silenciosos que friegan el suelo muy despacio.

Mi corazón se acelera un segundo, pero enseguida me obligo a mantenerme fría.

Alguien se acerca a nosotros con mucha lentitud, midiendo sus movimientos para no alterarnos.

Mantengo la calma mientras analizo con lógica la situación. He de suponer que nuestro invitado no deseado tiene intenciones deshonestas. Es importante hacerme la dormida mientras me hago con el arma sin alertarle. Supongo que lleva algún tipo de gafas de visión nocturna para avanzar en la oscuridad sin tropezar con nada y un movimiento en falso podría alertarle.

Estoy estirada de lado mirando hacia la nada.

Con una serenidad implacable deslizo la mano bajo la almohada sin hacer el más mínimo ruido o delatarme. Rodeo la culata con los dedos, atenta a los sonidos. Con la otra mano agarro la linterna que guardo junto al arma, voy a necesitar luz para enfocar en el momento preciso.

La figura invisible está a pocos centímetros de la cama, a punto de pasar por mi lado. La práctica continuada de artes marciales a cargo de alguien como Hugh, ex Navy Seal que antes de alistarse pasó dos años en un monasterio del Tíbet aprendiendo de los monjes, me ayuda a centrar mi atención en los pasos que me indican con precisión cuáles son los movimientos del intruso.

Mi mente analiza cada variable en busca del momento justo para intervenir.

El movimiento repentino de Aladi al cambiarse de posición me crispa. Siento su brazo rodearme por la cintura como muchas noches. Pero esta vez no hago nada para deshacerme de él ni para alertar a nuestro invitado sorpresa. Tenso los músculos para reprimir la oleada de ansiedad que me produce el contacto, pero no es el momento de enfrentarme a mis fantasmas.

Un silencio repentino, solo roto por las respiraciones de tres personas, me revela que el visitante se ha quedado quieto.

Mi mente procesa en una milésima de segundo sus siguientes movimientos descubriendo la intención oculta de ese brazo que friega el aire, de ese clic casi inaudible de desbloqueo de un arma, la aceleración del ritmo respiratorio imperceptible por alguien sin mis instintos.

Sin perder la concentración desbloqueo mi arma acompañando ese sonido con un leve movimiento de mi cuerpo al incorporarme con rapidez, alumbrar con la linterna y disparar al mismo tiempo que una bala surca el aire desde su cañón.

Con los pies reacciono a ese sonido para apartar a Aladi de una patada.

Los siguientes segundos transcurren a cámara rápida. El aullido de dolor del príncipe se acompaña de un gemido del intruso.

—¿Qué coño? —Aladi enciende la luz.

Frente a la cama vemos una figura vestida de negro, con una máscara que le cubre la cara dejando solo a la vista dos penetrantes ojos grises, ocultos bajo la máscara de visión nocturna. Veo cómo su dedo presiona el gatillo de nuevo y vuelvo a darle una patada a Aladi para apartarlo de la trayectoria de la bala antes de volver a disparar a ese desalmado.

El cuerpo de nuestro atacante se desploma en el suelo acompañado de un

quejido.

Los gritos de Aladi han alertado al guardaespaldas nocturno, quien entra corriendo para enfrentarse a la escena.

La última bala ha rozado el costado del príncipe, a la altura de la cintura. Las sábanas están manchadas de sangre.

Me levanto sin atenderlo, con la pistola apuntando al individuo que sigue estirado en el suelo, envuelto en un charco rojo. Me agacho para comprobar el pulso y mantengo la calma cuando descubro que late muy despacio. Uno de los guardias reales está atendiendo a Aladi.

Le quito la máscara al intruso, le practico unas curas básicas para mantenerlo con vida y levanto la vista hacia la pared que hay entre el vestidor y el baño. En ella hay una puerta invisible un poco abierta. Es la entrada a los túneles.

—¿Cómo ha entrado ese tipo? —pregunta el guardaespaldas hablando con Lobino por teléfono—. Si no llega a ser por la señorita Stoner...

Cuando el torniquete rebaja un poco la hemorragia de mi víctima me levanto del suelo presa de una mezcla de sentimientos. Nunca he matado a nadie y no estoy preparada para enfrentarme a la posibilidad de que no sobreviva porque quizás entonces mi serenidad se agrietará.

Los gemidos de Aladi llaman mi atención.

—¿Estás bien? —Me levanto para acercarme a él una vez la habitación empieza a llenarse de agentes de seguridad de palacio, junto con un equipo médico—. ¿Te duele mucho?

—Solo es un rasguño. —Suda, se aguanta la herida con las dos manos y su cara está desencajada—. Me has salvado, Bell. Eres mi heroína.

—¿Bell?

Un médico se acerca a él para examinarle la herida.

—Has sido mi campana, sin tus patadas no me hubiera despertado y mucho menos salvado. —A pesar de su dolor intenta bromear—. Me gusta ese diminutivo de tu nombre. ¿No te suena la frase *salvado por la campana*? Hoy ha adquirido otro sentido para mí.

—Me gusta... —Le guiño el ojo—. Es un buen apodo.

El resto de la noche se llena de interrogatorios, curas, camillas, inquietud...

Lobino me hace explicar varias veces la sucesión de hechos mientras mis nervios se desatan, aunque logro contenerlos para no mostrar mi estado. La idea de haber disparado a alguien y la posibilidad de haberlo matado me llena

de ansiedad.

Por suerte lo de Aladi es un rasguño sin demasiada importancia. No necesita puntos internos, solo en la piel y el médico afirma que en un par de semanas estará como nuevo. El pronóstico de nuestro invitado sorpresa es favorable. Lo han llevado a un hospital para operarlo.

Al día siguiente nuestra agenda se paraliza durante unas jornadas para darle tiempo al príncipe a reponerse. La prensa se hace eco de la noticia sin dar detalles de cómo evitamos la desgracia y los reyes no escatiman en agradecimientos durante el desayuno.

Pasamos los cinco días siguientes en palacio. Aladi no puede moverse demasiado, pero insiste en que no deje mi rutina de ejercicios por él. Me acompaña al gimnasio, me observa mientras hago Tai Chi, realiza algunos de los ejercicios conmigo, leemos juntos algunas páginas de mis libros, charlamos y no dejamos nuestras batallas dialécticas ni sus intentos de abrazarme en momentos puntuales.

Nuestro atacante está fuera de peligro, aunque tardará un tiempo en recuperarse de las heridas.

La investigación de Lobino es muy exhaustiva. Aladi y yo le acompañamos en su inspección de los túneles que hay en los muros de palacio, buscando una explicación a cómo se coló el hombre que nos atacó. Nadie pasó por la puerta blindada de los corredores construidos bajo los cimientos ni las cámaras captaron nada extraño.

Ha de existir otra entrada, pero tras cuatro días de inspección estamos en blanco.

La actitud de Lobino no deja de parecerme sospechosa. Es un hombre despreciable del que intento mantenerme alejada para no avivar mis deseos de matarle.

Los dos hombres que atraparon hace unas semanas no han hablado y posiblemente el nuevo atacante sea igual de duro a la hora de dar su versión.

Nuestra primera salida oficial tras los días de reposo nos lleva a un acto de entrega de premios en una academia de artes. Es una jornada tranquila, solo se trata de acompañar a los oficiantes, escuchar el discurso de Aladi y descubrir la felicidad en los rostros de los chicos que consiguen el galardón.

Como nos temíamos, las preguntas acerca de lo ocurrido en palacio unas noches atrás nos ametrallan durante el final del acto, pero tenemos muy bien

ensayadas las respuestas y salimos airosos de los interrogatorios de la prensa.

—¿Te apetece ir a nuestro restaurante italiano preferido? —me pregunta al salir—. Estoy muerto de hambre y mi heroína necesita un tiramisú con dos cucharas.

—Antonello se alegrará de vernos. —Sonríó con un poco de tensión—. Ese tío estuvo cerca.

—Demasiado cerca. —Me coge las manos con una expresión profunda—. Si no hubiera sido por ti... Si no llegas a despertarte...

Deshago con rapidez el gesto restándole importancia al calor de mi cuerpo.

—Es mi trabajo, me contrataron para protegerte, ¿recuerdas?

—Mis padres están un poco desquiciados. A veces cometen locuras, pero contigo no se equivocaron. Fuiste mi campana. ¡Una maravillosa e impresionante campana con patadas ocultas!

—¿Te estás ablandando, Lad?

—¿Me acabas de poner un apodo? Lad significa muchacho en inglés. ¿De verdad me ves tan inmaduro?

—Te comportas como un niño, debes admitirlo.

—Esta tarde tenemos una cata de cervezas locales en un pub del centro. —Me guiña un ojo con una de sus sonrisas torcidas—. Hay billar y ya me encuentro lo suficientemente recuperado para retarte a una partida. Después veremos si me sigues llamando niño.

—¿Billar? —Suelto una carcajada—. Puede ser interesante...

—Soy muy bueno, te lo advierto.

La comida es tan agradable como siempre, con confianzas cada vez más personales. Lo sucedido hace cinco noches nos ha unido un poco más, consiguiendo unos lazos cada vez más fortalecidos.

Me gusta jugar con él con batallas dialécticas, explicarle algunas anécdotas de mi vida en la montaña, escuchar las suyas, vivir el mundo a través de sus ojos.

Debería asustarme porque está introduciéndose por las grietas de mi piel para apoderarse de un pedazo de mi corazón. Pero no soy capaz de pensar en alejarme de él sin ponerme a temblar, así que he decidido no hacerme preguntas.

El pub resulta un lugar muy agradable. Está en pleno corazón de Benextu, con una vidriera que se nutre de luz exterior. Las paredes se llenan de fotos de personalidades que han pasado por aquí, con autógrafos. La decoración es

rústica e imita una destilería de cerveza. Mucha madera, colores ocres, piedra en las paredes y cómodos sofás llenos de cojines.

Al fondo, en una sala aparte, hay dos mesas de billar, unos cuantos futbolines y unas máquinas antiguas de juegos.

La cata de cerveza es divertida. Nos vendan los ojos para que no veamos el color de la bebida, dándonos varios tipos de elaboración artesana, junto a unos cuantos jueces que van a puntuar cada participante en la bebida. Mi problema es la falta de costumbre, por eso el primer trago me sabe muy amargo. Hugh es antialcohol y nunca tenemos en casa. Solo he bebido algo esporádico en nuestras salidas.

Tardo un poco en acostumbrarme al sabor, pero una vez lo hago disfruto de la cebada mezclada con algunos aromas que me llenan las papilas gustativas.

Aladi está en su salsa, es capaz de distinguir el color de la cerveza solo con probarla y enseguida ensalza las características de algunas de ellas. Me explica cómo apreciar el sabor y buscar cada ingrediente a través del paladar. Sus votos siguen la tónica del resto de críticos, en cambio los míos son un poco erráticos.

Los organizadores nos quitan la venda y anuncian a los ganadores, quienes reciben un contrato de distribución de su cerveza como premio y le estrechan la mano al príncipe con sonrisas felices y muchas muestras de afecto.

No me resisto a la tentación de recorrer su rostro con los ojos, de imaginarme besando sus labios, de sentir el deseo de acariciar su piel y romper la barrera que suele contenerme. Pero hacerlo sería una locura.

Cuando entramos en la sala del billar lo hacemos a solas. Aladi ha solicitado ese espacio para nosotros durante un rato. La herida en el costado todavía le duele un poco, pero no lo suficiente para no ser capaz de jugar con soltura.

—¿Preparada para una paliza de dimensiones épicas?

—Alardear sin conocer al adversario es de presuntuosos.

—Si gano quiero escuchar tus gemidos en estéreo —susurra pasándose la lengua por el labio superior mientras pasa la tiza por la punta del taco—. Lo estás deseando.

—Trato hecho. Pero si gano yo podré elegir mi premio.

Me guardo un as en la manga...

Hay una música suave de fondo cuando Aladi coloca las bolas y se sitúa

frente a la blanca para romper la formación en triángulo de una tacada certera, metiendo una bola a rayas en uno de los agujeros.

Sus siguientes tiradas logran dejar solo tres bolas suyas en la mesa al fallar.

Mi mente analítica examina cada posición evaluando las bolas. Sé que puedo meterlas todas en tres tiradas, pero me lo guardo. Le lanzo una mirada a Aladi fingiendo estar un poco asustada, paso la tiza por mi taco, rodeo la mesa y me inclino colocando una mano sobre el borde para apoyar la otra mientras sujeto el taco.

—¿Te he contado alguna vez cómo pasábamos el tiempo Hugh y yo en las montañas? —Mido la distancia y me hago un plano mental de la tirada antes de meter tres lisas de golpe en los agujeros—. Jugábamos a billar. —Otra tacada con idéntico resultado deja alucinado al príncipe—. En casa tenemos uno para practicar. Y siempre le doy palizas.

—Bombón, tienes golpes escondidos. —Me repasa el rostro con admiración cuando meto la negra y le gano de forma fulminante en tres tiradas—. Cada día me gustas más.

11

Aladi

Odio todas y cada una de las obligaciones impuestas por mi nueva condición. Echo de menos a Aldario, él era perfecto a la hora de acudir a actos públicos, entregar premios, visitar pueblos de Aldabia o comer con personas importantes. En cambio, a mí se me da fatal y solo pienso en pasarlo bien otra vez, sin responsabilidades ni mierdas parecidas porque la idea de estar bajo las órdenes de mis padres me asfixia.

Hace cinco semanas del fallecimiento de mi hermano y todavía me cuesta asimilarlo.

Cuando algo interesante sucede corro a su habitación o me asalta la necesidad de explicárselo. Entonces recuerdo su muerte y vuelvo a sumirme en la tristeza.

Solo me alegra el corazón la presencia de Isabelle en mi vida. Es una estrella brillante en el negro firmamento de mi presente que consigue arrancarme un millar de sonrisas.

La convivencia con ella es sencilla. Tenemos gustos televisivos muy similares, practicamos ejercicio juntos todos los días, salimos a remar, compartimos confidencias, nos conocemos poco a poco y no me cuesta abrirme a ella ni me parece algo forzado porque estamos construyendo una relación de sincero respeto y cariño.

Desde que me salvó la vida y la seguridad de palacio se ha ampliado, hasta colocando cámaras en los pasadizos y un hombre de guardia al otro lado de la puerta oculta en la pared de mi habitación, nuestra rutina es tranquila.

Cada día mantenemos conversaciones más profundas, como si nuestros lazos se afianzaran con mucha rapidez, aunque intuyo que hay algo oscuro en su interior, como si toda esa forma de comportarse no fuera más que una fachada que esconde fragilidad, y no logro llegar al meollo del asunto por

mucho empeño que ponga. Todavía hay una barrera por derribar para que se abra a mí por completo y lucho cada día por ganarme su confianza para descubrir sus tormentos ocultos.

Su forma de pasar por encima el tema de sus padres, como si todavía le doliera, es un síntoma claro de que me oculta sus traumas. Muchas veces descubro un velo de tristeza en sus ojos al hablar de su niñez o después de una de sus pesadillas.

Siento que esconde demasiados sentimientos y ardo en deseos de conocerlos.

A diferencia de mi primera impresión, Isabelle es sensible. Ese muro de frialdad con el que se rodea solo intenta mantener escondida esa realidad, como si quisiera mostrar los años de entrenamiento para dominar el arte de fingir.

Es una gran actriz.

Nos parecemos demasiado. Quizás por eso nos comprendemos y nunca dudamos el uno del otro. Es como si hubiéramos sellado el pacto tácito de no hablar sobre un tema si nos induce a mentir y pasáramos de puntillas al mencionarlo.

Aunque me muero por desentrañar por qué rehúye el contacto físico o esa oscuridad de sus ojos cuando se despierta tras una pesadilla o la razón por la que a veces contrae la mandíbula con fiereza al ver entrar a Lobino en escena. Es extraño, cada vez que la toco o la rozo se tensa alejándose al máximo de mí. Sus ojos se oscurecen, como si estuviera asustada. A veces incluso tiembla. Y el jefe de la guardia real la enfurece solo con su presencia.

Nunca había tenido esa clase de confianza con una mujer. Solo me pasaba con Aldario. Porque con Tina nunca ha sido lo mismo, era la novia de mi hermano y la distancia no nos beneficiaba a la hora de compartir confidencias. Y me gusta, es una sensación nueva y excitante.

Sin embargo, me pesa esa barrera que crea entre nosotros cuando intento adentrarme en otro tipo de relación más íntima. Sus ojos no mienten cuando me repasan con avidez en mil momentos y estoy convencido de que me desea tanto o más de lo que yo a ella.

Pero siempre se contiene.

Necesito encontrar una grieta para romper ese muro y lanzarme a vivir una aventura a su lado.

Por las noches seguimos viendo episodios de *Fringe*, combinados con películas y algún que otro documental.

Gustav frustra todos mis planes por escaparme de fiesta. Las órdenes de mis padres son claras y concisas. Nada de drogas, alcohol o salidas nocturnas. Mi horario es durísimo, pero como me he acostumbrado a una sesión de Tai Chi con Isabelle cada mañana a las siete en punto, encaró el día con mayor entereza.

Abro los ojos al escucharla gritar en sueños otra vez.

Me acerco a ella, le rodeo el cuerpo con los brazos y pego mi vientre a su espalda.

—Todo está bien —susurro—. Solo es otra pesadilla.

Posa una de sus manos sobre mi hombro, me separa con brusquedad y empieza a ralentizar la respiración.

Ese contacto breve es mágico para mí. Dispara todos mis sentidos, me crea una corriente cálida que me recorre cada átomo de piel, me acelera el pulso y la respiración, me excita y me llena de un deseo perverso. Me acerco a ella, huelo su pelo, hundo la nariz en él, aspiro la fragancia floral que desprende y exhalo con un ruidito.

—¿Intentas hacerme jadear? —murmura Isabelle incorporándose un poco para apartarme—. Porque si sigues así tendré que sacar la pistola.

—Estás para mojar pan, Bell. —Le hablo muy cerca de su oído—. Podemos empezar cuando quieras. Nunca olvidarás una noche conmigo, siempre querrás más.

—Eres un caso perdido. —Suelta una carcajada separándose de mí—. La mejor terapia contra las pesadillas.

—¿Solo soy eso para ti? —Compongo un tono afectado—. ¿Una cura para tus sueños revueltos?

—Eres un amigo. —Se coloca el cojín en la espalda y enciende la luz—. Sin ti seguiría sufriendo por las noches.

—Si quisieras podría enseñarte cómo pasarlo bien... Seguro que si me dejaras dormirías como un bebé.

—Seguro. —Sonríe—. Me lo repites cada día.

Nos quedamos un instante en silencio, sin movernos. Ambos somos conscientes de lo que significa esta rutina para los dos, de la atracción surgida, del deseo que flota en el aire. Pero Isabelle no quiere profundizar en eso. Me mantiene a distancia, como si la idea de intimar la llenara de ansiedad.

—¿Tienes amigos? —pregunto incorporándome a su lado, muy juntos—. Has vivido casi como una ermitaña. Se me hace raro porque no te computas

con falta de sociabilidad y alguien que ha crecido aislado suele tener carencias en ese sentido.

—Hugh y yo teníamos una táctica para superarlo. —Su sonrisa es ancha y sincera—. Íbamos una vez a la semana a visitar un pueblo de Aldabia, siempre cambiábamos de lugar, al llegar buscábamos un bar e interactuábamos con la gente. De niña lo hacíamos en parques o sitios similares. Por la noche, cuando llegábamos a casa, hablábamos acerca de qué me había costado más a la hora de hablar con los desconocidos y de cualquier inseguridad que tuviera.

—¿En serio? —La risa se cuele en mi voz—. ¿En plan experimento?

—No del todo. Solo era una forma de no privarme de estar rodeada de gente en algunos momentos y de enseñarme a socializar.

—Pero si no volvías al mismo sitio era difícil mantener una amistad con alguien.

—No se trataba de hacer amigos, solo de relacionarse con los demás.

—Pero la amistad es parte de las relaciones...

Suspira. Acabo de tocar un tema que le duele porque siempre actúa igual cuando eso sucede.

—Eres mi primer amigo. —Casi no se le oye la voz—. Y me gusta la sensación. Así que aprendo día a día a tu lado.

—O sea, solo has tenido sexo ocasional de una noche... —aventuro en un tono jocoso—. ¿Nunca has mantenido una relación sólida con un tío?

—Ya te lo dije, no me...

—...van las relaciones. —La corto—. Lo sé. Pero ¿has repetido con alguno?

El silencio que sigue a mi pregunta se rompe por una respiración acelerada y un ruidito parecido a un chillido ahogado.

—Yo... —Niega con la cabeza—. Nunca... —musita con un deje parecido a la vergüenza—Nunca...—Quita el cojín grande de su espalda y se estira—. Vamos a dormir o mañana no nos aguantaremos. Y la agenda está muy apretadita.

Una idea aparece en mi mente. Ese *nunca*, su tono, el silencio, la inquietud.

¿Y si...?

No.

Es imposible.

Tiene veintitrés años...

Sin embargo, una vocecita interior me advierte de que el significado de

sus reacciones es demasiado preciso.

—¿Nunca? —repito con una entonación llena de intención.

—Nunca. —Lo suelta en una espiración.

—¡Joder! —Me incorporo y enciendo la luz—. ¿Me estás tomando el pelo?

—¿En una cosa así? —Se da la vuelta y descubro sus mejillas sonrojadas—. Jamás te mentiría en algo tan serio.

Niego con la cabeza, la rodeo con el brazo por los hombros y la estrecho contra mí. Me parece muy fuerte, aunque con ella me he enfrentado a varias situaciones parecidas.

—Voy a tomar cartas en el asunto. —Me separa con la rapidez de un rayo mirándome con rabia—. Has de lanzarte de una vez porque te va a flipar. Y más con alguien tan experimentado como yo. ¿Nos ponemos en faena?

—¿Te acabas de ofrecer para desvirgarme? —Su carcajada queda un poco truncada por los nervios—. ¡Eres lo peor!

—Lo he dicho alto y claro. —Al exhalar cada una de las fibras de mi cuerpo se llena de un deseo cálido—. ¿Te desnudas ya? No puedo esperar a darte la primera lección.

—Apaga la luz —solicita con suavidad—. Estoy muerta de sueño y mañana nos espera un día durísimo.

—¡Ni de coña! —Me coloco encima de ella—. Vamos a hablarlo. ¿Me crees capaz de dormir tras lanzarme una bomba así?

—No voy a acostarme contigo. —Su tono se endurece, igual que su movimiento para apartarme a mi lado de la cama—. Ya hemos tenido esta conversación demasiadas veces.

—Bombón, ya estamos acostados. Juntos.

—Como cada noche de las últimas semanas. —Espira con fuerza alargando la mano para apagar la luz—. Pero te dejé claro el primer día dónde están los límites.

—Me gustaría entenderte. —Me coloco una mano en la nuca mirándola con curiosidad—. ¿Por qué te molesta tanto que te toque? ¿O que intente acercarme a ti?

Crispa los labios, exhala con fuerza y sus ojos se llenan de una oscuridad difícil de descifrar.

—Es solo que... —Sacude la cabeza entrecerrando los ojos—. Yo...

—¿Tú qué? —La animo pasados unos segundos de silencio componiendo un tono sincero. Ha llegado la hora de quitarse las caretas e ir a por todas—.

Llevamos unas semanas juntos y hemos conectado. Me gustas Bell, eres una mujer inteligente, intuitiva, tierna, alucinante. Pero no avanzamos porque pareces acojonada cada vez que lo intento. Y necesito saber contra qué lucho para vencerlo.

Una sonrisa triste le curva un segundo los labios. Mueve la cabeza hasta fijar sus pupilas en las mías con una expresión entre ansiosa y mortificada.

—No me gusta el contacto, me recuerda a un momento muy doloroso.

—Cuéntamelo.

—Algún día —musita—. Apenas nos conocemos...

—Es un argumento muy pobre. —Sus labios son como putos imanes, quiero probarlos. Es una necesidad casi dolorosa—. Somos amigos.

—No lo suficiente para contarte algo así. —Se quita la almohada de la espalda, se estira y se da la vuelta—. Tampoco debería ser amiga tuya. Si fuera lista me alejaría de ti.

—¿Por? Creía que habíamos superado esa fase...

—Apaga la luz, necesito dormir o mañana no me aguantaré.

Intento hablar un poco más con ella. Insisto hasta que su absoluta falta de reciprocidad me disuade para apagar la luz y probar de dormir un rato.

Me cuesta demasiado encontrar el sueño porque no dejo de darle vueltas a la situación. Me gusta Isabelle. No solo es algo físico, hay más. Atracción, deseos de conocerla, de ahondar en ella, de formar parte de su vida. Y puedo entender que mi fama me preceda, que tenga miedo a liarse conmigo, incluso que no quiera nada con alguien como yo. Pero no acepto esas reacciones bruscas cuando intento acercarme a ella.

En algún momento de la noche me quedo dormido porque cuando el despertador empieza a sonar doy un brinco en la cama despertándome de golpe. Palpo a mi lado en busca de Isabelle, pero la sábana está fría, como si hiciera mucho rato que se ha levantado.

Alargo la mano para apagar el molesto pitido y abro los ojos desperezándome.

La busco con la mirada. No está en la habitación.

En un suspiro me levanto de la cama, paso por el baño y camino hasta la ventana para abrir la cortina. La encuentro sentada en una de las hamacas de la terraza con un libro entre las manos, dejándose seducir por sus páginas. Lleva un moño mal hecho en la coronilla, con varios cabellos sueltos que la brisa matutina azuza. Y un jersey grueso para combatir las temperaturas nocturnas.

Su postura relajada me induce a abrir el ventanal corredero con sigilo

para caminar descalzo hasta ella.

—¿Desde cuándo estás aquí? —musito sentándome a su lado.

—Hace muchas horas. —Deja el libro en su regazo y levanta la mirada—. No podía dormir.

Solo llevo el pantalón del pijama y el fresco de la mañana me eriza la piel. Me abrazo fregándome los brazos para deshacerme de la frialdad y me cubro con una manta que hay sobre la silla para aguantar a la intemperie.

—Puedes confiar en mí, no voy a juzgarte.

—Lo sé. —Asiente—. Es solo que...

Vuelve a mirar al infinito con esa expresión angustiada, como si las dudas la atormentaran. Inspira despacio, suelta el aire por la boca y fija de nuevo sus pupilas en mis ojos.

—Hay cosas de mi pasado que no las sabe nadie —dice abrazándose el cuerpo por la cintura—. Solo Hugh, y a él tampoco se lo he contado todo. Solo retazos sueltos. Pensar en lo que pasó me llena de angustia. Me cuesta mucho aceptarlo.

—¿Por eso tienes pesadillas? —Alargo la mano para coger la suya, pero la retira con rapidez y alarma en la mirada—. Si no eres capaz de verbalizar lo que te agobia no podrás superarlo nunca. Quizás si me lo cuentas dejarás de tener sueños revueltos.

Es como si por una vez me dejara traspasar el cien por cien sus defensas y se deshiciera de esa coraza de mujer dura con la que se protege. Noto cómo su interior está devastado y cómo lucha contra su necesidad de adoptar un papel más templado para mostrarme a la verdadera Isabelle.

—Cometo un error al confiar en ti —susurra más como si se lo dijera a sí misma que para mí—. No lo entiendo, debería odiarte y en vez de eso... —Levanta una vez más la mirada húmeda—. Es como si me hubieras hechizado.

—Y tú a mí porque no hay un minuto del día que no piense en besarte.

Una sonrisa curva sus labios un fugaz segundo. Luego regresa la fragilidad, el desgarró y la devastación total.

—Mis padres no murieron en un accidente de coche. Yo estaba ahí, escondida detrás de una estantería. Solo tenía ocho años. —Cierra los puños con fuerza apretando mucho los músculos faciales—. No podía gritar porque esos cabrones me hubieran encontrado y ahora estaría muerta como ellos.

—Los asesinaron —adivino.

—No pude salvarlos. Si hubiera hecho algo, si no me hubiera quedado escondida...

Se rompe en mil pedazos. Las lágrimas ocupan su cara, se desprenden de sus ojos heridos para surcar caminos en sus mejillas apagadas.

Le dejo unos instantes para recuperarse, sin atosigarla.

—Eran cinco hombres. Nunca olvidaré sus caras. —Se enjuga las lágrimas con los bajos de la camiseta dejando un segundo su vientre al descubierto—. Las tengo grabadas a fuego en el cerebro, las veo en sueños y a veces incluso despierta. Me siento culpable por haberme quedado quieta, por haberme obligado a no gritar, por no haber hecho nada por ellos.

—Tenías ocho años, Bell. No podías hacer nada.

—Uno de ellos era un sádico. —Le tiembla un poco la voz—. Los mató con torturas horribles. Y a mi madre... a mi madre...

Se tapa los ojos con las manos y se pasa unos segundos en silencio.

Deseo abrazarla, consolarla, ofrecerle mi calor, pero no me atrevo a romper este instante de intimidad con gestos de afecto que pueden tensarla.

—Gritó —prosigue—. Intentó no hacerlo por mí, pero aquel animal la destrozó y acabó desgañitándose a chillidos de dolor. —Baja las manos despacio destapándose los ojos, un poco más serena—. Por eso yo nunca... —Niega con la cabeza—. Cuando alguien me toca lo recuerdo, es como si fuera ella, como si viera a mi padre a su lado gritando y llorando mientras uno de esos cabrones le sujetaba amenazándole con un puñal en el cuello.

—¡Joder!

—Cuando al final los mataron respiré tranquila. —Contrae la cara—. Me alegré de que hubiera acabado porque no quería verlos sufrir ni un segundo más. Era mejor la muerte. Después los cargaron a los hombros, se los llevaron al bosque, los enterraron y se fueron para siempre. Los seguí sin hacer ruido, vi cómo los metían en las zanjas, cómo se deshacían de ellos como si fueran insignificantes.

Tiembla. Su cara está desfigurada y las lágrimas no cesan.

—¿Puedo abrazarte? —pregunto avanzando el cuerpo—. A veces un poco de calor humano ayuda a superar estos momentos.

Asiente acercándose con un poco de temor.

—Hugh me encontró cuatro días después vagando por el bosque. No podía regresar a casa, era demasiado doloroso, pero tampoco sabía qué hacer. Él arregló mi pasado falso y me crio. Si no llega a aparecer...

Alargo los brazos cogiendo la manta con las manos y la envuelvo con fuerza, tapándola. Ella da un respingo al principio, respirando con mucha aceleración, pero poco a poco se relaja hasta el punto de apoyar su cabeza en

mi hombro.

12

Isabelle

El abrazo es más fácil de sobrellevar de lo que pensaba en un principio. Me reconforta, consigue templar un poco mi cuerpo gélido y desdibujar los recuerdos. Aunque si cierro los ojos vuelvo a ser esa niña asustada que intentaba quedarse callada detrás de la estantería.

—Lo peor es la culpabilidad —musito—. Mis padres me obligaron a prometer que no gritaría. Y no lo hice. Permanecí en silencio, aguantándome las ganas de chillar. Y no hay día en el que no me sienta una auténtica cobarde por no haberlos ayudado.

—Si llegas a decir algo te hubieran matado.

—Merecía morir con ellos. Vivir ha sido demasiado doloroso.

Siento sus labios en la frente y el beso suave me sobre el aire iniciando un temblor que se propaga por mi cuerpo. Percibo su torso desnudo a través de la camiseta de mi pijama y del jersey de lana gruesa, huelo su aroma, me siento tentada a levantar la cabeza para saborear sus labios y permitirle que con ese gesto me ayude a vencer el dolor.

Solo nos separan unos centímetros que él ataja acercándose más a mí.

—Tus padres querían que vivieras. Y yo también. —Desciende con la boca por la mejilla mientras mi cabeza sigue la inercia de levantarse hasta que nuestros ojos se encuentran—. Has llegado a mi vida para cambiarla y darle color. Si llegas a gritar jamás te hubiera conocido.

—Quizás nunca debería haberlo hecho.

Me estrecha más entre sus brazos y sus labios se paran en la comisura de los míos.

—Gracias por sobrevivir. Si no lo hubieras hecho no te tendría abrazada ni me sentiría así.

—¿Y cómo te sientes?

—Tengo miedo. —Sus labios se curvan en una sonrisa—. Estoy aterrado. No quiero dejar de abrazarte, no quiero alejarme de ti, no quiero que esto se acabe. Y, sobre todo, no quiero mirar atrás y pensar que fui un cobarde por no aceptar mis sentimientos por ti porque quizás nunca logre sentir lo mismo por otra mujer.

Sus labios están sobre los míos.

El calor se propaga por mi cuerpo como un torrente demasiado ávido para detenerlo. Quiero besarle. Necesito hacerlo. Es una necesidad superior a mis reparos, a la vocecita interior que me recita las mil razones para no enredarme en esta historia.

—Voy a besarte —susurra—. Y nada va a detenerme a partir de ahora.

—No puede ser. —Coloco las manos en su pecho para separarlo. Estoy temblando, mi cuerpo se rebela contra ese gesto iniciando unos temblores incontrolables, pero debo apartarlo de mí o no lograré mantener la cordura—. No soy quién piensas y si ahora te besara sería peor que esos cabrones. Lo siento. No puedo.

Me levanto de golpe para correr a esconderme en el baño. Estoy loca por seguir aquí, por haber confiado en él, por desear besarlo, tocarlo, hacerle mío. Por enamorarme de él. Porque por mucho que intente ocultarlo esa es la cruda realidad. Me he enamorado del hombre equivocado. Enamorado hasta la médula.

Y no puede ser. Lo nuestro es imposible.

Cierro la puerta del baño con llave, apoyo la espalda en ella y escurro el cuerpo hasta quedarme sentada con las piernas dobladas y el cuerpo envuelto sobre ellas. Escondo la cara entre las rodillas intentando ordenar mis sentimientos desbocados.

—Bell, ¿qué te pasa? —Llama a la puerta tras comprobar que la he cerrado con llave—. ¿He hecho algo que te ha molestado? Lo siento, perdóname.

—No has hecho nada. —Casi no me sale la voz—. Pero no podemos estar juntos de verdad. Solo es un contrato y no sería capaz de hacer mi trabajo si lo nuestro fuera en serio. ¿Lo entiendes?

—Para nada. —Golpea tres veces la puerta—. Déjame entrar.

—Voy a ducharme. —Me levanto del suelo con lentitud—. Hoy tenemos un día muy duro y quiero estar fresca.

—¿Y el Tai Chi? Me gusta ese instante del día, me llena de vitalidad.

—Si salgo, ¿vas a comportarte? —Intento sin éxito rebajar las

sensaciones de mi cuerpo—. Nos irá bien un poco de relajación y meditación.

—Prometo ser bueno. Pero necesito algo más para entenderte. Sé que tú también lo sientes y no te entiendo.

Su tono suena desesperado.

Esto no va a salir bien, debo poner tierra de por medio, alejarme, dejar de trabajar para él, olvidarme de esta locura para iniciar una vida lejos de la tentación. Es mejor cortar por lo sano antes de que las cosas cobren una dimensión imposible de controlar.

Abro la puerta componiendo una expresión lo más seria posible.

—No sé de qué hablas. —Me cuesta un mundo pronunciarlo con seriedad cuando lo único que deseo es rodearle con mis brazos por el cuello para no dejarle marchar nunca más de mi lado—. ¿Sentir el qué?

—¡Vamos, Bell! —Da un par de pasos hacia mí, hasta que la distancia entre los dos se reduce a unos milímetros—. Sabes de qué hablo. Llevamos muchas semanas juntos, te conozco lo suficiente para interpretar tus gestos.

—Esto no va a salir bien. —Me alejo en dirección al vestidor para encontrar mi conjunto de deporte—. Yo no vine aquí para estar contigo, solo soy tu escolta.

—Te has convertido en mucho más que eso. Y lo sabes.

Sus pasos me siguen a corta distancia. Escucho su respiración en mi espalda, siento su calor cuando se acerca tanto que casi rozo su piel. Y el deseo se propaga por mis fibras nerviosas contrayéndome el estómago, produciéndome un fuego imposible de apagar entre las piernas, tensando hasta el último de mis músculos.

Pero sigo andando sin darme la vuelta porque si lo hago ya nada me detendrá.

—Aladi... —Es un susurro cuando los estantes del fondo vestidor me frenan la huida—. No sabes lo que dices.

—Los dos queremos los mismo. —Siento sus brazos rodearme la cintura, sus labios en el oído, su aliento rozarme la mejilla—. Date la vuelta y acéptalo de una vez porque te necesito.

Mi respiración se convierte en una sucesión de jadeos roncós. No puedo negarme los sentimientos, los deseos, la necesidad.

Sus manos acarician mi vientre, su boca se posa con suavidad en la mejilla. El calor de su cuerpo contra mi espalda desata una oleada de avidez que me acelera el corazón.

—Es una locura —musito dándome la vuelta despacio—. Nos

arrepentiremos de esto. Algún día mirarás atrás y te odiarás por haberme besado.

—Jamás me arrepentiré. —Apoya sus labios en los míos estrechándome tanto que casi me deja sin respiración—. Eres una mujer increíble. Nunca había conocido a nadie como tú.

Durante unos segundos nos quedamos en silencio con los labios pegados. Sentirlos así me produce chispazos en el cuerpo propios de la anticipación. El corazón bombea sangre al triple de velocidad y apenas consigo mantener la respiración llena de resuellos.

Le rodeo el cuello con los brazos, coloco mis dedos de la mano derecha en su nuca y los subo un poco por el pelo acariciándolo, acercándolo, venciendo la ansiedad de tocarlo.

Cuando abre la boca para invadir la mía con su lengua el mundo deja de existir. Le entrego mi pasión, mi alma, hasta la última migaja de mi ser.

El beso es fiero. Apenas me deja espacio para respirar, me engulle, me consume, se lleva una parte importante de mí.

Siento sus manos acariciarme la espalda mientras los brazos me apremian para sentirme pegada a él. Avanza conmigo hacia la estantería, me levanta del suelo y me sienta sobre la ropa doblada, saqueando mi boca con una fuerza implacable, volviendo el beso más caliente, más vigoroso, más pasional.

Es como si todo se desdibujara a mi alrededor y solo pudiera entregarme al gesto con el mismo arrebató, como si no fuera el primer beso de mi vida y llevara siglos besando sus labios, aspirando su aroma, sintiéndome parte de él.

Sus manos acceden a mi piel levantándome un poco la camiseta.

Gimo con deseo y su boca se traga el sonido. El tacto de sus dedos me quema, me enciende, me produce una oleada de necesidad cada vez más ávida.

Accedo su espalda desnuda descendiendo mis manos por su piel. Es una sensación fogosa que aumenta la ferocidad de nuestros besos.

Solo nos separa una tela para sentir nuestros torsos desnudos. Siento cómo me sube la camiseta con rapidez, junto con el jersey, como si le estorbaran. El deseo de posar mi piel contra la suya es superior a la voz que chilla en mi cerebro la necesidad de apartarme.

Me enloquecen sus besos, sus caricias, su fogosidad.

Cuando estamos piel contra piel la voz se vuelve desesperada. No puedo entregarle mi cuerpo, eso sería una locura, la mayor cometida hasta la fecha.

Tarde o temprano se acabará y si me dejo llevar peligrará mi estabilidad emocional. Existen demasiados secretos entre nosotros porque no soy capaz de explicárselos. Cuando lo haga le perderé para siempre.

Cierro los ojos un segundo y al abrirlos coloco las manos en su pecho para separarlo con suavidad mientras deshago el beso. Él se resiste abrazándome por la cintura para volver a posar sus labios en los míos.

—Aladi —susurro—. Es demasiado para mí.

—Eres irresistible. —Vuelve a invadir mi boca un instante—. Pero lo comprendo, es tu primera vez. Iremos despacio. Aunque me va a costar demasiado no llegar más allá. Cuando te tengo entre mis brazos me es difícil contenerme.

Apenas soy capaz de contestar, un millar de pensamientos se cruzan en mi mente mientras él se aparta para buscar las piezas de ropa que utiliza para nuestros ejercicios matutinos.

Las siguientes horas me pasan en una nebulosa.

Practicamos Tai Chi, nos duchamos por separado, desayunamos con los reyes, recibo la visita de las mujeres encargadas de mi puesta a punto y salimos dirección a nuestra visita del día. Hoy tenemos un acto conmemorativo en uno de los pozos de petróleo de la familia real para celebrar el centenario de su descubrimiento.

Está alejado de la capital y nos llevan en coche oficial.

Sus manos me buscan en la parte trasera de la berlina con cristales tintados donde la parte del conductor queda aislada. Vamos solos, los reyes ocupan el primer coche de la comitiva real, nosotros el tercero.

—Has dado un giro importante a mi vida. —Me rodea la cintura con los brazos para levantarme y colocarme sobre su regazo—. Gracias por aparecer, Bell. Junto a ti me creo capaz de todo y le has dado un sentido importante a mi razón de existir.

—A veces las apariencias engañan.

—Nada de eso. —Sus dedos acarician mi espalda bajo la camisa de seda—. Sin ti no hubiera superado esta situación. Echo muchísimo de menos a Aldario, la idea de ser rey me revuelve el estómago y el cambio de vida es durísimo. Pero si tú estás a mi lado nada de eso me parece insuperable.

—No deberías considerarme tan importante para ti. —Es imposible que esto salga bien, se me va la cabeza porque le rodeo el cuerpo con mis brazos y coloco la boca sobre sus labios en vez de apartarle para siempre de mi lado—. Solo soy tu escolta y una farsante.

—Eres una actriz cojonuda —susurra sin apartarse—. Pero también lo mejor para mí.

Nos pasamos el trayecto besándonos.

Durante la hora siguiente me dejo arrastrar por la vorágine de sentimientos que estremece mi cuerpo al entregarle mis besos. Aparto de mi cerebro la voz, los remordimientos, las mil razones para no permitir que lo nuestro continúe y disfruto de él.

Ya no me molesta su tacto ni su cercanía, solo quiero más, descubrir hasta dónde soy capaz de llegar, saber qué se siente al tenerlo dentro de mí. Aunque después le pierda para siempre como mínimo conservaré estos preciosos recuerdos.

El pozo está en medio de una planicie un poco elevada con el mar a lo lejos. Se ha preparado una ceremonia a la altura de los reyes de Aldabia, quienes nos acompañan para presidir la conmemoración.

Nuestro cometido de hoy es estar a su lado sin perder la sonrisa.

Llevo un pantalón de seda un poco ancho, con mucha caída, y la camisa por dentro de la cinturilla. Los zapatos de tacón todavía me son un poco ajenos, pero con la práctica ya no me parecen imposibles.

Subimos a la tarima de la plataforma petrolífera en el ascensor, rodeados de agentes de la guardia real. Hace un viento que se empeña en soltarme algunos cabellos rebeldes del perfecto recogido con el que me han peinado hoy mientras camino hasta el sitio reservado para nosotros durante el discurso.

Estamos a varios metros de altura, con una vista impresionante de la llanura y el mar al fondo, varios cientos de metros por debajo de nosotros. El día es claro y nos permite divisar la maravillosa naturaleza de Aldabia.

Los reyes se acercan a la tarima donde hay un atril con micrófono para amplificar sus palabras y retransmitirlas por la televisión a los ciudadanos. Ambos muestran una profesionalidad increíble en el discurso que declama el soberano y al que la reina aporta las últimas frases.

Nosotros estamos de pie a su izquierda, como marca el protocolo, cogidos de la mano, sonriendo, con la necesidad de mantenernos asidos por ese gesto que nos llena de calor.

Mis ojos recorren con una emoción nueva a los trabajadores de la plataforma petrolífera, situados tras una valla protegida por una docena de guardias reales. Lobino es uno de ellos. No logro evitar una mueca de desprecio hacia él. Llevo demasiadas semanas guardándomela y ahora me siento fuerte para dejar salir una hebra de rabia al mirarle.

Detrás de él me parece ver un destello metálico. El sol impacta contra algo que lo refleja. Fuerzo la vista para descubrir si se trata de un espejo o algo parecido y me tenso al instante. Es un arma. Descubro el cañón escondido entre el gentío, dirigido hacia nosotros.

El instinto actúa por mí cuando me fijo en la bala que surca el aire. Me lanzo sobre Aladi sin pensar, protegiéndole con mi cuerpo. Y la bala friega mi cintura por el lado derecho, produciéndome un dolor penetrante.

Los minutos siguientes me pasan a cámara rápida. Aladi preguntándome qué sucede, la sangre manando de mi cuerpo, los hombres de seguridad protegiendo a los reyes, los gritos y la confusión entre los espectadores...

—¿Bell? ¿Me escuchas? —Aladi insiste por quinta vez, quitándose de encima a Gustav con manotazos para llegar a mí—. ¿Estás bien?

Parece asustando. Pero yo no respondo porque al caer mi cabeza ha impactado contra el suelo y estoy aturdida. Está de rodillas a mi lado, con la cara contraída y luchando por evitar que los hombres de seguridad se lo lleven a otra localización más alejada.

—Alteza, debe acompañarnos a un sitio seguro —ordena Gustav inclinándose.

—¡Protégeme de otra manera! —Aladi niega con la cabeza con contundencia—. Voy a quedarme con Isabelle hasta que llegue la ambulancia.

El guardaespaldas asiente con un gruñido indicándoles a sus hombres que nos rodeen para evitar una nueva bala.

Parpadeo un par de veces hasta enfocar su cara y asiento componiendo una sonrisa tensa por el dolor.

—Estoy bien —corroboro—. Un poco atontada y con dolor en la cintura, pero bien. Sobreviviré a esto, te lo prometo.

Suelta un suspiro de alivio.

—Los médicos están en camino, aguanta un poquito. —Sus labios se posan en los míos—. Acabas de salvarme la vida.

—Es mi trabajo.

—Te quiero, Bell —susurra en mi oído—. Te quiero como nunca he querido a nadie y hace un segundo el mundo se ha desplomado sobre mí. Si la bala llega a matarte... No me dejes solo porque te prometo que sin ti no puedo vivir.

Siento sus labios en mi boca, sus manos en las mejillas, apretándolas con fuerza, su beso potente, intenso, lleno de emociones.

—Yo también te quiero, Aladi —musito cuando se separa para dejar que

el médico me examine—. No debería, pero te quiero con toda mi alma.

13

Aladi

Hace unos minutos he pronunciado mis sentimientos en voz alta. Ha sido como si al verla ahí estirada, conmocionada por el golpe y el disparo, algo hubiera explotado en mi pecho para llenar los huecos de la incomprensión.

Cada uno de los pensamientos de las últimas semanas, esa necesidad imperiosa de tenerla a todas horas a mi lado, la impaciencia y el calor que me suscita estar con ella han eclosionado en una realidad, una difícil de acatar con facilidad.

Me he enamorado de Isabelle.

Y no es un amor de los que se te pasan con un revolcón, es algo más profundo, una necesidad de compartir momentos, confidencias, nuestras vidas. Como si se hubiera colado por cada una de las grietas de mi piel para empapar mi cuerpo de su esencia, quedándose impregnada en el corazón.

Ha recibido una bala por mí, acaba de salvarme de la muerte y no puedo dejar de pensar en nuestra declaración, en lo que significa para mí, en la realidad que esconden esas palabras. Son demasiado profundas para hacerles frente, pero también son demasiado reales, demasiado auténticas, demasiado intensas.

Observo cómo los médicos la suben a una camilla ante la atención de los presentes, quienes han sido cercados por los hombres de la guardia real para buscar al culpable. No le veo la cara ni su expresión ni esos ojos claros que me llenan de una necesidad desmedida.

La acompaño con la mirada sintiendo cómo mi corazón se arganda al descubrir la profundidad de mi amor por ella.

En unas pocas semanas Isabelle ha conseguido un lugar privilegiado en mi alma, ocupándola casi por entero. No me imagino despertarme mañana sin ella, vivir sin su sonrisa, seguir respirando sin compartir nuestras vidas. Y esa

realidad me asusta demasiado porque he comprometido mi felicidad y le acabo de regalar mi corazón.

Estoy de pie, cercado por varios guardaespaldas, escuchando las órdenes de Gustav, pero soy incapaz de focalizarme en ellas. Si esa bala llega a impactar contra otra parte de Isabelle, si la llega a matar, si no hubiera abierto los ojos...

No me dejan acompañarla en el helicóptero que va a llevarla al hospital. A mí y a mis padres nos suben a un vehículo blindado para conducirnos a palacio, donde los agentes de la guardia real estiman que estaremos a salvo de posibles ataques. Me rebelo contra esa decisión, pero nada evita que acabe en la parte trasera del coche junto a los reyes.

—Contratar a Isabelle fue una gran elección —afirma mi madre una vez emprendemos la marcha. No parece afectada por lo sucedido, su rictus es el de siempre. Severo, serio, altivo—. Está dispuesta a dar su vida para protegerte.

—Podría haber muerto... —musito con ansiedad.

—La única vida que me importa es la tuya. —El tono del rey es grave, sin un atisbo de preocupación—. Esa chica solo hace su trabajo. Cuando tu tío esté entre rejas se irá a Estados Unidos y lo único relevante será que puedas reinar.

—¿Cómo puedes ser tan insensible? —Levanto un poco la voz—. ¡Isabelle ha recibido un balazo!

—Para protegerte —insiste mi madre—. La contratamos para eso.

—Vuestra actuación ha sido digna de un Oscar —añade mi padre—. Mañana copará la primera página de los periódicos y recuperarás la popularidad.

El vaticinio del rey se cumple a rajatabla. Por la mañana los titulares de todos los periódicos aldabianos y de muchos internacionales se llenan de palabras de elogio a mi chica y se acompañan con fotos cariñosas de nosotros dos minutos antes del atentado.

He pasado la noche en vela, esperando noticias del hospital, con mis deseos de salir a escondidas frustrados por los guardaespaldas que protegen mi habitación.

Las horas de oscuridad se han sucedido en una ansiosa sensación de estar perdido, como si la ausencia de Isabelle a mi lado despertara la necesidad de recuperarla.

Acojona muchísimo esta sensación porque es como si me faltara el aire y

un puño me estrujara el corazón, ahogándome.

Los periódicos nacionales también hablan de revueltas en el centro de Benextu, donde ayer un millar de manifestantes antimonárquicos se adueñaron de las calles para protestar contra la política de mis padres. La policía disolvió la concentración dejando una estela de muertos tras su actuación, que gracias a los tejemanejes de palacio no ha saltado a la prensa internacional.

Como siempre la represión es la respuesta de los monarcas.

No me gusta cómo mis padres oprimen al pueblo utilizando el miedo para reinar con tiranía, sin permitirles a sus súbditos poseer unos ideales distintos a los suyos, coartando la libertad de expresión, de prensa y de cualquier actividad que atente contra su gobierno.

Aldario pensaba igual que yo. Crecer a cargo de unos padres autoritarios e inflexibles consiguió despertar nuestra rebeldía, junto a deseos de cambiar las cosas y encontrar un camino para otorgar gobierno más justo a nuestro pueblo.

Pero cada vez que mi hermano intentaba argumentar a favor de la democracia con mis padres sus respuestas eran contundentes, despóticas y llenas de amenazas veladas, igual que sus actuaciones contra las voces de protesta que se alzan en la población. Si estás contra ellos nada te libra de su ira, aunque seas parte de la familia. Jamás consentirían que uno de sus hijos se opusiera ellos públicamente, antes le desheredarían haciéndole pasar por alguien enajenado o por algo peor.

Intento sin éxito llamar otra vez al hospital para conocer su estado actual. Tiene el móvil apagado y las enfermeras no quieren informarme de nada ni dejarme hablar con la habitación de Isabelle por orden expresa de Su Majestad.

¡Es frustrante! ¿Por qué no pueden explicarme su evolución? Sus únicas palabras son: *estable, sedada, en unos días le daremos el alta*. Insuficientes para calmar mi ansia. Solo me ayudaría escuchar su voz o pasar la mañana a su lado.

Con la ropa de deporte salgo a la terraza a intentar relajarme con una sesión de Tai Chi. La soledad me golpea. La falta de Isabelle es demasiado difícil de sobrellevar, la añoro como nunca me creí capaz.

Me muevo al ritmo invisible de nuestra danza diaria, con los ojos cerrados, imaginándola a mi lado. Aunque me falta su fragancia, el sonido pausado de sus respiraciones, el suave aleteo del aire cuando sigue los movimientos.

Gustav se empeña en quedarse dentro del baño mientras me ducho media hora después. No atiende a razones ni cuando le ordeno que salga. La ducha tiene una mampara de cristal transparente de pared a pared y, a pesar de que mi guardaespaldas está cara a la puerta, me molesta su presencia. Quiero recuperar mi intimidad.

Llego al comedor dispuesto a luchar por ir a verla. He trazado un plan perfecto para convencer a mis padres con argumentos sólidos. La ternura o el cariño no son una buena moneda de cambio para ellos, de lo único que entienden es de guardar las apariencias.

—Debería ir al hospital —anuncio con fingida despreocupación, llenándome una humeante taza de café—. La prensa se ha hecho eco de lo sucedido con Isabelle ayer y si me ven acompañarla en estos momentos el pueblo suspirará por nuestra preciosa historia de amor.

—Es peligroso.

—Mamá, si no voy la gente se lo tomará como si la abandonara y será muy negativo para mi imagen. —Unto una tostada con mantequilla componiendo una expresión preocupada—. He de mirar por la corona.

Su sonrisa taimada me da la pista de que por primera vez en mucho tiempo he conseguido despertar su aprobación.

—Tiene razón —apoya mi padre con satisfacción—. Parece que al fin tenemos a un futuro rey digno de dirigir el país.

—Estas últimas semanas me han servido para darme cuenta de que debo cambiar para adoptar mi papel. —Una mentira más que piadosa por una buena causa—. La idea de sentar la cabeza no me parece tan mal. Isabelle me ha enseñado muchas cosas.

—¡Nada de líos con ella! —se exalta mi madre—. Recuerda que lo vuestro solo existe sobre el papel. Ella se irá cuando encontremos a tu tío. Has de casarte con una mujer digna de ocupar el trono a tu lado. Alguien educado para reinar.

—¡Claro! —Acompaño el gesto con un contundente asentimiento de cabeza—. Solo es una buena amiga. Nada más. Su forma de pensar me ha ayudado a entender lo que se espera de mí. Es una buena influencia.

Me sudan las manos al pronunciar tantas mentiras. Prefiero batallar esa parte más adelante, ahora solo me interesa conseguir un objetivo.

—Voy a ver a Lobino para organizar la seguridad cuando vayas al hospital. —El rey se levanta con rapidez—. Anularé tu agenda para esta semana y prepararemos algún viaje por Estados Unidos con Isabelle para

apartaros un tiempo de Aldabia cuando la chica esté recuperada del todo. Necesito ponerte a salvo y al otro lado del Atlántico no hay tantos peligros para ti.

—Me parece una gran idea. —Es cierto, por primera vez coincido con mi padre—. En Norteamérica la prensa no nos conoce tanto y tendremos más tranquilidad.

—Organizaré una agenda interesante para que te reúnas con nuestros clientes. —La sonrisa sagaz de mi padre despierta mis recelos—. Te voy a mandar un dossier con la información de nuestras últimas negociaciones para que te familiarices con las operaciones, aunque vuestra visita será de cortesía.

—Lo haré bien.

—No lo dudo. —Se limpia los labios con la servilleta, la dobla sobre la mesa y se levanta—. Eres un Hustrasga, esta es tu oportunidad de demostrarlo.

Termino de desayunar en silencio, dándole vueltas a la conversación. Conozco lo suficiente a mi padre como para darme cuenta de que hay algo oculto en sus intenciones. Aunque no logro dilucidar qué es...

Lobino aparece en mi habitación media hora después para darnos indicaciones a sus hombres y a mí. En veinte minutos cinco coches blindados me escoltarán de camino al hospital para ver a mi chica. Han despejado las calles de la ruta para proteger todos los posibles flancos y llevarnos de vuelta sin asumir ningún riesgo.

Me parecen unas medidas excesivas, pero no voy a discutir las si consigo mi objetivo de llegar junto a Isabelle.

Cuando Lobino desaparece por la puerta paso por el baño, lleno una pequeña bolsa con ropa y enseres de aseo para ella y contesto unos cuantos mensajes de conocidos en el móvil. La mayoría se interesan por mi novia, dándome ánimos para superar estos momentos tensos. Otros preguntan por mi estado tras el atentado.

Las calles están desiertas de coches en el trayecto hasta el hospital. Varios helicópteros sobrevuelan la zona armados con hombres que rastrean azoteas y ventanas con sus herramientas de precisión. El despliegue de seguridad es increíble. En las aceras, tras unas vallas que se han colocado a toda prisa, se agolpan los ciudadanos con pancartas de ánimo y algunos mensajes alabando nuestra relación.

Sonríó ante ese cambio en la opinión pública. Mis padres son unos magníficos jugadores de ajedrez en lo referente a las apariencias. Al contratar a Isabelle no solo han asegurado mi protección, también han conseguido

levantar una corriente de ternura en el pueblo.

La puerta del hospital está llena de tránsito. Ambulancias, coches que llegan a urgencias, personas entrando y saliendo... Los cinco coches han avanzado en cruz por las calles, con el mío en el centro. Al llegar a nuestro destino la formación se disuelve para dejarme frente a un grupo de cuatro hombres que me rodean en mi avance por los pasillos.

—Está en el segundo piso. —Gustav preside la marcha—. Esperándole.

Una retahíla de estremecimientos sacude mi estómago mientras subimos en el ascensor. Respiro con aceleración y mis latidos cardíacos se notan en mil partes de mi cuerpo, ansiosos por verla de nuevo. Incluso me sudan las manos.

Es una sensación muy distinta a la experimentada durante años con otras chicas porque esta vez se incrementa al avanzar por el pasillo, como si me hubiera convertido en un adolescente hormonado anticipando el encuentro.

La veo un segundo después de cruzar la puerta y mis labios se arquean en una sonrisa emocionada. Está sentada en la cama, vestida con la bata de hospital, con las piernas levantadas y un libro entre las manos.

Consigo dejar a los hombres fuera para tener unos instantes de intimidad, cierro la puerta y avanzo despacio hacia ella.

—¡La Bell de siempre! —Anuncio mi presencia con un tono jocoso—. Te dejo sola unas horitas y me la pegas con un libro. ¿De física cuántica?

—Esta vez es una novela romántica. —Me guiña un ojo cuando me siento a su lado en la cama—. Necesito racionalizar mis sentimientos.

—Bombón, hay cosas que no se pueden racionalizar.

Apoyo la cabeza en la almohada a su lado y estiro las piernas para sentir el calor de su cuerpo junto al mío.

—Esta noche no podía dormir, suerte que la enfermera se ha apiadado de mí y me ha dejado este libro. —Me lo muestra—. Habla de una preciosa historia de amor imposible. Llevo toda la lectura sufriendo, suspirando e incluso llorando.

—¿Estás enamorada? —Levanto una ceja mirándola con intensidad. Los dos ladeamos la cabeza para quedarnos a escasos centímetros—. Solo estarlo explicaría esas lágrimas.

—Estoy investigando, todavía no lo tengo claro.

Se muerde el labio con una sonrisa, parpadeando un par de veces para coquetear conmigo, pero nada oculta su tristeza. Mis manos adquieren vida propia, caminan hacia sus mejillas, las aplastan y siento un fogonazo invadir

mi cuerpo.

—Ni toda la ciencia empírica puede explicar el amor. —Avanzo la cara hasta posar mis labios sobre los suyos—. La filosofía quizás, pero en realidad solo es un cúmulo de sentimientos difíciles de expresar con palabras. Disparan el corazón...

—Entonces será amor porque estoy a punto de sufrir una taquicardia aguda.

La beso, invado sus labios, su lengua, sus gemidos. Saboreo cada pequeño recoveco de su boca con la necesidad recorriéndome el cuerpo, calentándolo, concentrándose entre mis piernas.

Escucho gemidos ahogados por los besos, siento sus manos abrazarme para acariciarme la espalda y los costados, sin la reticencia de siempre a mi tacto, como si ella también me necesitara.

Al palpar el costado derecho de Isabelle, justo sobre un vendaje, ella da un respingo de dolor.

—¿Estás bien? —musito separándome un poco para mirarla a los ojos—. La bala solo te rozó, ¿no?

—Me dieron siete puntos externos y otros tantos internos. Fue una rozadura importante. —Intenta sin éxito componer una mueca despreocupada—. Duele un poquito bastante.

El sudor le perla la frente y tuerce un poco los labios apretando los músculos faciales.

—Te he traído algo de ropa. —Señalo la bolsa que he dejado en el suelo—. Estoy deseando irme de aquí para tenerte solo para mí en palacio. Mis padres han anulado nuestra agenda para la próxima semana y quieren que viajemos a Estados Unidos cuando te recuperes.

—Me encanta la idea. —Compone una sonrisa tensa—. Aunque me gustaría pasar unos días a solas contigo. ¿Y si te enseño mi casa de la montaña? Hugh lleva un tiempo viviendo en Benextu y podríamos desaparecer de la vida pública durante mi convalecencia. La casa es muy segura, mi padre adoptivo es un paranoico de la seguridad y ha instalado un sistema infalible.

—Lo hablaré con mis padres, a ver si les convenzo.

—Nos iría bien pasar unos días a solas, sin la presión de palacio, sin tus padres, sin interrupciones... —Suena un poco alterada, como si algo la preocupara en exceso—. Hay muchas cosas que todavía no sabemos en uno del otro. Necesitamos estar seguros de esa confesión de ayer, Aladi. Son palabras muy fuertes.

—¿Sabes qué me contó Aldario? —Le acaricio la mejilla derecha con mucha suavidad—. Para él Tina representaba todo lo que deseaba en este mundo. Sabía que estaba enamorado de ella por las reacciones de su cuerpo al estar a su lado, por esas contracciones en el estómago de anticipación al acudir a una cita, por la respiración acelerada, los latidos aumentados, los pensamientos desbocados. —Mi dedo se para en sus labios—. Y luego están las horas sin ti, cuando te imagino en algún lugar y tu falta me pesa en el corazón como si lo aplastara con la añoranza.

—Pero apenas nos conocemos...

—Has tardado cinco semanas en dejarme llegar a tus labios. Las suficientes para saber cómo eres y que no quiero plantearme el futuro sin ti.

—Yo tampoco quiero hacerlo. —Su sonrisa se ensancha, acercándose a mis labios—. Mi cuerpo reacciona igual al tuyo y esta noche no he dormido porque me he acostumbrado a tenerte a mi lado.

—¿Lo ves? —Le guiño un ojo—. Lo nuestro es amor.

—Con mayúsculas.

Tarda unos segundos en deshacerse del todo de la tensión, pero acaba sacudiendo mi cuerpo con un beso apasionado.

14

Isabelle

Hace frío en las montañas cuando el *jeep* enfila dirección a mi casa. Cierro un segundo los ojos mientras bajo un poco la ventana para respirar el aire puro de este maravilloso paraje que me ha visto crecer. En palacio lo echo mucho de menos, me faltan los sonidos vivos de la naturaleza, el olor de la vegetación en cada una de las estaciones, la explosión de colores que motea el exterior y la sensación de paz al caminar por los bosques envuelta en el sonido de la fauna que lo habita. Y lo que más añoro es mi habitación, echarme en la cama con un libro entre mis manos mientras escucho una música suave, acompañada de la perfecta armonía de ese lugar que emana luz.

—Me gustan los bosques aldobianos —musita Aladi colocando la cara al lado de la mía—. De niño había acampado alguna vez con la escuela, aunque con toda la parafernalia de guardaespaldas normal en mi vida.

—Es de lo más molesto tener siempre escolta. —Me giro un poquito para mirarle a la cara—. Me parece asfixiante.

—¡Dímelo a mí! —Compone una mueca pícaro y me planta un beso que me vacía de aire los pulmones. Cuando se separa inhalo con fuerza, buscando llenarme otra vez de vida, pero reconozco que no consigo recuperarme con facilidad—. ¡Es una gran putada! Aunque a veces los escoltas tienen su punto.

—Es increíble que hayas convencido a tus padres para venir. —Acercó mis labios a los suyos porque soy incapaz de no besarle de nuevo. Este pensamiento reverbera por mi interior con una cadencia ansiosa. Admitir su significado me asusta demasiado—. Nos irá bien pasar dos días a solas alejados de palacio, de tu agenda, de las obligaciones...

—Ser la novia de un príncipe no es tan molón como pensabas. ¿A qué no?

—Nunca he creído en cuentos de princesas. —Le doy un toque de

frivolidad a mi voz, cierro la ventana, me aparto de él y apoyo la cabeza en el asiento con un suspiro que solo busca una brizna de cordura—. Mi idea de felicidad es vivir aquí, al aire libre, sin responsabilidades como las tuyas.

—Pero te has enamorado de mí...

—... y eres el futuro rey de Aldabia. —Asiento con una espiración profunda—. Llevo varios días repitiéndome lo absurdo de la situación. No debería haber sucedido.

Me abraza por los hombros acercándose mucho a su cuerpo.

—Es demasiado tarde para dar marcha atrás. A veces el destino juega con nosotros y nos sorprende. —Siento su calor y me estremezco por la intensidad de esas palabras—. No esperaba encontrar a alguien como tú, pero me alegro de tenerte en mi vida, Bell. No sabía cuánto te necesitaba hasta que te conocí.

—Te has metido en mi corazón y no tengo claro cómo sacarte de ahí — musito con notas de emoción.

—¡Pobre de ti que lo hagas! —Su sonrisa se ilumina—. No me gustaría tener que volar a Estados Unidos para traerte a rastras hasta nuestro palacio. Bombón, vas a ser la próxima princesa de Aldabia. Así que empieza a prepararte.

—Podríamos pasarnos el fin de semana mirando pelis tipo *Princesa por sorpresa*. —Bromeo para aligerar la conversación, los sentimientos que flotan en el aire, la sensación de que mi corazón ya no me pertenece y de que no me recuperaré cuando se rompa por mi culpa—. Pueden ser muy instructivas en un momento así.

—Prefiero aprovechar mejor el tiempo. —El guiño de ojos, acompañado de una mueca divertida, me arranca la risa—. Solo espero que gimas en estéreo.

—¡No habrá nada de eso! —Suelto otra carcajada que me crispa la cara enseguida cuando la cicatriz se tensa—. Todavía estoy convaleciente y no puedo hacer muchos movimientos bruscos.

—Si supieras lo que se puede hacer sin moverse demasiado...

Su voz me acaricia el cuerpo como si fuera una llama capaz de inflamarme.

Hace cuatro días que salí del hospital y ya han pasado siete desde el disparo. Ayer me quitaron los puntos, ya no me duele la cabeza ni tengo aquellos tirones del principio, sin embargo, no estoy preparada para llegar más lejos con Aladi. Lo que siento cuando me acaricia, me besa o me

envuelve entre sus brazos es demasiado intenso, demasiado peligroso, demasiado prohibido en mi situación.

No debería estar aquí con él, abrirle las puertas de mi amor solo nos traerá dolor porque hay demasiados secretos imposibles para mantenernos unidos. Y sentirlo parte de mi piel, anhelar su calor, sus besos y su tacto es una temeridad.

Muero por llegar más lejos, por sentir su boca sobre mi piel, por entregarle hasta la última migaja de mi ser, por pasar una eternidad a su lado, pero es algo imposible e inalcanzable una vez le cuente quién soy y por qué he llegado hasta aquí. Cuando lo haga, cuando al final desnude mi alma ante él, va a dejarme para siempre.

Seguir adelante sin confiarle mi verdad es ser ruin y a pesar de la desgarradora sensación de estar al borde de un abismo, estoy dispuesta a pagar el precio perderle.

Con un gesto menos pausado de lo que desearía le aparto el brazo para volver a abrir la ventana y sacar la cabeza al exterior. El aire frío de principios de octubre se cuele en mi cuerpo con un escalofrío que me recorre la espina dorsal y me eriza la piel por la añoranza de su tacto.

Cuando le revele mis secretos y traspase mis defensas descubriendo a la verdadera Isabelle saldrá corriendo de mi vida. Y, aunque no puedo plantearme la devastación de perderle, sé que debo hablar porque callar equivale a convertirme en aquellos que juré erradicar de mi vida.

Cierro los ojos con las lágrimas humedeciéndolos.

Necesito encontrar el momento para contárselo todo...

Va a ser lo más doloroso que he hecho en mi vida, pero no puedo hacer otra cosa, la sentencia a nuestra relación es demasiado real para no mirarla de frente y necesito ser sincera con él. Se lo debo y también me lo debo a mí misma.

Durante una importante parte de mi vida he creído cada una de las palabras de Hugh, he respirado sus opiniones, me he nutrido de ellas para superar cada obstáculo de ansiedad y dolor. Sin embargo, han bastado unas semanas al lado de Aladi para darme cuenta de que había demasiadas lagunas en su forma de encarar los acontecimientos.

Y ahora comprendo cada una de las desacertadas decisiones que he tomado y cómo me he dejado cegar por unas creencias erróneas.

Estas últimas semanas he hablado bastante con Tina. Ella me ha abierto los ojos a la verdadera realidad y me ha dado una razón para luchar contra mis

fantasmas, sobre todo los aparecidos al descubrir los matices de las mentiras escuchadas durante tantos años.

Soy una persona racional, nunca pensé que los sentimientos pudieran abrirme la mente con esta confianza ciega en unos extraños. Tampoco me creía capaz de amar ni de sentir cómo cada fibra de mi ser suspiraba por ser parte de un nosotros. La vida me ha dado una lección difícil de superar en mi situación. Ojalá pudiera retener a Aladi para siempre a mi lado, obviar lo inevitable, empezar de cero en otro lugar sin la carga del pasado.

Si permaneciéramos juntos sería capaz de cicatrizar cada una de las heridas de mi alma, de sonreír un poco más cada día, de soñar en imposibles.

Sin embargo, la visita de Hugh al hospital tras el atentado me mostró la cruda realidad de una forma desgarradora y ahora sé que nada puede salvar lo nuestro. Mi padre de acogida me rompió el corazón con unas simples palabras y por mucho dolor que sienta ha llegado la hora hacer lo mismo con Aladi.

Llegamos frente a mi casa. Es un edificio de piedra de dos plantas, construido cerca de la ribera de río y rodeado de árboles. Las ventanas son de madera oscura, al igual que los postigos y la puerta de entrada, colocada tras un pequeño espacio pavimentado con piedras y capitaneada por un tejadillo de pizarra y madera.

—¡Da la sensación de que Pulgarcito va a salir de ahí en cualquier momento! —Aladi abre los ojos con una expresión jocosa.

—¿Tan mal la ves?

—Parece una casa de cuento. —Me abraza cuando el coche se detiene del todo—. Me encanta, bombón. Como tú.

—Es un buen lugar para vivir.

Nos apeamos del coche con sus risas excitadas y me rindo un segundo a ellas borrando el vestigio de mis pensamientos funestos. Desde que le conozco me hace reír, es una de las virtudes de este hombre maravilloso que consigue darle la vuelta a algunas situaciones volviéndolas graciosas. Incluso al principio, cuando bromeaba y yo intentaba colocarlo en su sitio a punta de pistola o de puñal, me parecía alguien especial.

Sin embargo, ahora esa felicidad es efímera porque la dureza de la situación la borra con demasiada celeridad.

Giro la cara para que no descubra la máscara de dolor que se ha asentado en ella mientras Gustav se ocupa de abrirnos la puerta y saluda a sus compañeros al entrar al recibidor. Cuatro hombres de la guardia real llevan un par de días en la casa para asegurarse de que el lugar es seguro.

Me detengo en la entrada con el corazón martilleando a mil por hora.

Los muebles de madera tallados por las manos expertas de Hugh me descubren cada uno de los detalles de su trabajo en los acabados y recuerdo con una rotura en el pecho cómo adoraba vivir con él en esta casa alejada del mundial ruido.

Siento el brazo de Aladi en la cintura con un cosquilleo en la piel y lucho por recomponerme.

—Es una decoración muy rústica —dice mientras caminamos de la mano, apartándonos de Gustav y sus hombres—. Me gusta.

—Hugh lleva años dedicándose a trabajos de carpintería —explico conduciéndole al salón. Si hablo consigo mantengo a raya la ansiedad y el dolor—. Todos los muebles son obra suya. Cada uno tiene su historia. —Le señalo la mesa del comedor con la nostalgia oprimiéndome el corazón—. Fuimos juntos a talar el árbol con el que la construyó. Tenía doce años, llevaba unas semanas muy jodida porque se acercaba el cuatro aniversario del asesinato de mis padres y todavía no lo había superado. Me llevó al bosque explicándome su idea de convertir el árbol en una mesa de comedor para darle vida al tronco. Y desde entonces cada vez que la veo me recuerda cómo Hugh me ayudó a afrontar el dolor.

—¿No querías salir al mundo? —Nos paramos frente a la estantería repleta de libros hasta casi rebosar—. Vivir aquí debió ser aburrido.

—La mayoría eran de mis padres. —Señalo los libros con un esfuerzo por mantener mi voz serena—. Hugh me ayudó a traerlos de la casa donde vivimos los últimos dos años. Antes teníamos un piso en Benextu. Mi padre era profesor de matemáticas en la universidad y mi madre enfermera en el Hospital General. Nunca entendí por qué nos vinimos a las montañas, a mí me gustaba la capital. Pero al poco tiempo de vivir aquí descubrí que era feliz.

—Hay libros de distintas temáticas. —Pasea su dedo por los lomos—. ¿Los has leído todos?

—Más de una vez. —Señalo la puerta para acceder otra vez al recibidor, desde donde salen las escaleras directas al piso superior—. ¿Vamos a mi habitación? Hablar de mis padres me duele demasiado y estos dos días quiero ser feliz contigo sin pensar en nada más. Necesito dejar atrás el pasado y crear una burbuja para aislarnos en su interior.

—¡Bombón! —Me rodea con los brazos por la cintura—. Pensaba que eres menos lanzada.

—No tengo intenciones deshonestas, solo quiero deshacer la maleta y

enseñarte mi santuario.

—¿Santuario? —Levanta las cejas, divertido.

—Mi habitación es lo más parecido a un templo para mí. —Le guiño un ojo en un intento de deshacerme del nudo de mi estómago—. Conseguí convencer a Hugh para que barnizara mis muebles en blanco un poco desgastado y darle un toque menos rústico. Me gusta la luz, las habitaciones luminosas, la ausencia de negrura. De niña necesitaba sentirme a salvo y, a riesgo de que rías de mí, te voy a explicar que el silencio de una habitación blanca es distinto al de una estancia con muebles de madera oscura.

—Te estás poniendo muy profunda...

—Si hubieras vivido tantos años como yo en el bosque reconocerías los distintos silencios, incluso serías capaz de saber el día que hace al despertar por la mañana sin abrir los ojos ni los postigos, solo con el olor y los sonidos del exterior.

Subimos las escaleras seguidos de Gustav. El guardaespaldas no descuida en ningún momento su obligación de estar a pocos pasos de Aladi. A pesar del tiempo transcurrido desde que llegué a palacio me cuesta acostumbrarme a esa presencia, a sentirme observada en cualquier instante, a perder mi libertad.

—Quédate aquí. —El príncipe le indica a Gustav la parte exterior de la puerta—. Dentro del cuarto no hay peligro y tengo a la heroína nacional a mi lado por si surge algún problema.

—La señorita Stoner todavía no está ágil para defenderle —protesta el guardaespaldas.

—Estamos en mitad del bosque. —Aladi utiliza un tono suave—. Tienes a cuatro hombres en el camino montando guardia y a cuatro más en la casa... No hay peligro, está todo bajo control.

—De acuerdo. —Acepta cuadrándose tras la puerta una vez nos deja entrar—. Estaré atento a cualquier eventualidad.

La perfección de mi habitación me despierta varias emociones. Las semanas que he vivido en palacio he añorado cada rincón de este lugar. Los muebles blancos rezuman luz que se cuela por el ventanal con vistas a la parte trasera de la casa. Las cortinas nórdicas, a juego de la colcha de la cama de matrimonio que corona la estancia, están abiertas dejando pasar la luz de este soleado sábado de octubre.

No hace frío porque los hombres de Lobino encendieron la calefacción hace un par de días, pero siento un escalofrío cuando los brazos de Aladi me

rodean por la cintura desde la espalda y el calor de su barbilla apoyada en mi hombro.

—Tienes razón, se escucha diferente.

Su voz susurrada en mi oído me hace temblar. Si presto atención soy capaz de distinguir los latidos acelerados de mi corazón en el silencio sacro de mi santuario. Palpitan como nunca lo han hecho antes. Repican entre los sonidos de la naturaleza amortiguados por los muros y el cristal. Anuncian la realidad de unos sentimientos demasiado profundos para enterrarlos sin más.

Le coloco mis brazos en los suyos para ceñirlos un poco más a mi cuerpo. Necesito apartar el dolor para exprimir el jugo de este momento sin la sombra de lo que se avecina. Después será parte de mi álbum de recuerdos para siempre. Porque solo me voy a llevar eso, recuerdos, momentos de la felicidad plena que nunca más alcanzaré.

Voy a romperme en mil pedazos. Voy a destrozar mi alma. Voy a condenarme a un futuro exento de felicidad.

Pero no tengo otra salida.

15

Aladi

La casa rezuma paz. Esta es mi sensación desde que he llegado aquí. La habitación de Isabelle es realmente un santuario, un lugar donde parece que el mundo deja de girar para envolvernos en un instante donde el tiempo se ha detenido.

Sigo con la barbilla apoyada en su hombro, envolviéndola por la cintura, juntando mi cuerpo con su espalda, deseando arrancarle la ropa.

Esta mujer tiene un efecto devastador en mí. No solo pienso en poseer su cuerpo, también anhelo apoderarme de su alma, colarme por cada uno de los poros de su piel para ser una extensión de su cuerpo.

Y me asusta sentirme así porque tengo la sensación de que si alguna vez me abandona no lograré superarlo.

Desde que la fui a buscar al hospital está diferente. Es como si se hubiera desprendido de su coraza habitual para mostrarme su verdadero yo, ese que oculta tras capas de muros invisibles para protegerlo del dolor. Pero también hay algo desgarrador en ese comportamiento, como si guardara un secreto que presiento va a desintegrar mi corazón en mil pedazos.

No puedo imaginarme qué sentiría con semejante pasado, solo me hago una pequeña idea de lo que supuso para ella asistir en directo al asesinato de sus padres, a su tortura, a lo sucedido con solo ocho años.

Si pudiera borraría hasta la última gota de dolor de su interior, le drenaría los recuerdos, la llenaría de mi presencia y le regalaría un pasado distinto.

Sin embargo, presiento que hay una parte oculta en su narración y que cuando la comparta conmigo nada podrá volver a unir los descosidos de mi alma.

Soy el poderoso príncipe de Aldabia, parte de la familia dueña de tres de

los pozos de petróleo más prolíferos del mundo, el futuro rey. Pero todo eso no me sirve de nada porque no le otorga paz a Isabelle ni la ayuda a superar lo insuperable ni a imaginar qué esconde, cuál es la parte oscura de su pasado.

Escucho sus latidos acelerados, un suspiro ahogado, un sollozo casi inaudible, cómo se rompe al recordar. La sensación de ser incapaz de ayudarla me estruja el alma produciéndome una frustración que se extiende por mis venas en forma de escalofríos.

—¿Estás bien? —susurro.

—Contigo siempre lo estoy.

Las palabras salen atropelladas de su boca, llenas de un llanto silencioso, y suenan a despedida.

Un presentimiento doloroso cruza por mi mente. Es como si pudiera extraer de su tono el poco tiempo que nos queda y reconocerlo me helara la sangre.

Sacudo la cabeza para deshacerme de esas estúpidas ideas. Acabo de encontrarla, nada nos va a separar porque por ella sería incluso capaz de renunciar a los derechos monárquicos y ponerme a trabajar. Conocerla me dio el empujón que necesitaba para encontrarme a mí mismo, para aceptar la muerte de Aldario, para recomponer las piezas de mi realidad y descubrir un modo de vivir sin ahogar las responsabilidades en alcohol, drogas, salidas...

—¿Crees en el destino? —pregunto meciéndola con suavidad—. Nunca me había parado a pensar la posibilidad de que fuera más que una simple palabra. Destino. El mío siempre fue ser un segundón, el príncipe sin corona, parte de una familia poderosa. Pensaba que jamás me enamoraría, que mi vida estaba predefinida, por eso no quería asumir responsabilidades. Y ahora todo ha cambiado. Tú me has cambiado, Bell. El destino te ha traído a mis brazos para convertirme en una mejor versión de mí mismo.

—El destino es una putada. —Deshace el abrazo y se acerca a las maletas que mis hombres han dejado encima de la cama—. A veces juega con nosotros.

—¿Lo dices por lo de tus padres? —Me acerco a ella y cuando levanta la cara para mirarme veo sus ojos húmedos—. Me has enseñado a mirar la muerte de Aldario de forma diferente, a encontrar la paz en mi interior, a enfrentarme a mis miedos. Ahora te toca a ti deshacerte de ese dolor, aceptar lo sucedido y permitirte seguir viviendo. Cuando te conocí proyectabas una imagen de chica dura.

—Las apariencias engañan.

Se dedica a guardar las pocas prendas que ha traído con nerviosismo. Quizás venir aquí no ha sido una buena idea.

—Podríamos irnos a cualquier otro lugar —musito deteniéndola al regresar del armario—. Aquí pareces agobiada, triste.

—No es la casa. —Niega con la cabeza sin mirarme a los ojos—. Ni el lugar. Es solo que... que... Da igual, déjalo estar.

—¿Qué te pasa? —Le levanto la cara cogiéndola por la barbilla—. Confía en mí, dime qué te preocupa.

—Nada. —Sorbe por la nariz y se deshace de mí para coger el neceser de la maleta—. Estar a punto de morir de un disparo me ha dejado un poco tocada. Eso es todo.

—Ya... Estoy aquí para ti. No me voy a ir, soy bueno escuchando.

Se encierra en el baño con una sonrisa tan triste que me parte el corazón. Siento ese adiós flotando en el aire y no lo entiendo. Apenas estamos empezando, lo nuestro no es más que un inicio, un planteamiento de futuro, un *lo más bonito todavía está por llegar*. Isabelle ha pasado de puntillas por mi vida y yo por la suya y quiero ahondar en ella, descubrir a dónde nos lleva esta relación sin sentir que se tambalea en la cuerda floja.

¿Por qué la siento tan lejos? ¿Tan a punto de desaparecer de mi vida?

Debo apartar esas sandeces de mi mente y disfrutar del ahora. Es absurdo pensar en perderla cuando acabo de encontrarla. Quizás es culpa de los nervios, de la novedad, de la idea de pertenecer a alguien.

Ordeno mis cosas, cierro la maleta vacía y me siento en la cama a responder unos cuantos mensajes deshaciéndome de los últimos pensamientos.

—Bell —la llamo pasados diez minutos—. Llevas muchísimo rato ahí dentro. ¿Estás bien?

—Pareces cómodo con esa frase. —Abre la puerta con una sonrisa que intenta ser pícara, pero en realidad muestra su inquietud—. Vamos, quiero enseñarte mi lugar favorito.

La observo con aire detectivesco en busca de algún vestigio que aclare su forma de actuar. La arruga en la frente junto con la tristeza de sus ojos me devuelve esa sensación de temporalidad, pero me deshago de ella. No quiero desperdiciar los minutos con reflexiones aciagas, prefiero disfrutar de ella.

—No deberías hacer esfuerzos —digo señalando la herida de su costado—. Acaban de sacarte los puntos.

—Estoy bien, puedo andar un poquito, no está muy lejos de aquí.

—He visto un embarcadero en el río. —Asiento abrazándola para

caminar hacia las escaleras, es inútil discutir con ella cuando algo se le mete en la mollera—. Me dijiste que no remabas...

—Y no lo hacía. Hugh jamás compró una barca ni nada parecido. Me explicó que el embarcadero estaba ahí cuando compró la casa.

Una vez en el piso inferior nos abrigamos con gruesas parkas de nylon. Los dos vamos vestidos con vaqueros, jerséis de lana y botas de montaña. Las temperaturas de esta parte de Aldabia son mucho muy bajas y a principios de octubre empieza a hacer frío a pesar del sol.

Salimos al exterior sin hablar, envueltos en un silencio cómodo, de esos en los que solo necesitas sentir la cercanía del otro para estar en paz y sonreír ante la posibilidad de ser feliz.

El eco de mi presentimiento sigue presente, pero lo aparto con rapidez para disfrutar del momento.

Una ráfaga de aire helado impacta contra mi cara mientras camino junto a Isabelle por el bosque. Me fijo en su rostro, todavía está tenso, hay algunas arrugas en su frente que lo demuestran, pero ha vencido parte de la melancolía porque sus ojos recuperan un poco de su brillo natural.

—Caminar por aquí me hace sentir viva. —Me coge de la mano en un gesto pueril que me llena de calor—. Cuando me vaya a Estados Unidos a sacarme el doctorado echaré mucho de menos este bosque.

—No vas a irte. Eres la novia del príncipe...

Esta vez su expresión es demasiado clara, demasiado dolorosa, demasiado categórica.

—Es verdad. —Miente. Lo siento en el tono, en cómo se ha tensado de repente, en esa fuerza que ejerce en los dientes—. En palacio también lo añoraré.

No hablamos más. Caminamos enfilando una cuesta llena de árboles cada uno perdido en sus pensamientos. Los míos repasan de forma ansiosa los últimos días en busca de una explicación a su cambio de actitud. Empezó el día que fui a ver al hospital. Y necesito entenderla, saber qué la preocupa.

Se para en varios instantes a recuperar el resuello. Lleva un rato con la mano en el costado, aguantándose la cicatriz, como si le doliera.

—No lo digas... —solicita cuando me acerco a ella—. Ya sé que debería descansar. Seguir adelante como si nada hubiera pasado es una tontería. Pero necesito estar contigo a solas, enseñarte cada una de las cosas que me hacen vibrar, compartir lo mejor de mí.

—Llevas unos días muy rara. —La abrazo con mucha delicadeza y

compongo un tono distendido para bromear un poco. Necesito aligerar el ambiente, regresar a nuestros juegos verbales, devolverle la sonrisa—. ¿Es por nuestra declaración de amor incondicional? Bombón, si quieres lo retiro y admito que solo me interesa el sexo.

—Vamos. —Empieza a andar un poco más recuperada—. Estamos cerca de mi lugar favorito. ¿Tienes ganas de conocerlo?

—Muero por hacerlo. —La sigo con una sonrisa—. A las personas se las conoce por cosas como estas. Son pequeños detalles que dicen muchísimo de ti. Como tu habitación...

—A ver, psiquiatra de pacotilla, ¿qué te sugiere mi habitación?

—El blanco nuclear, ese orden, esa paz... Necesitas rodearte de serenidad para recuperar la tuya. Tienes demasiados monstruos guardados en el armario para respirar tranquila y por eso construiste tu santuario, para tener un lugar donde aislarte de tus ansiedades, de los recuerdos, del dolor. Cuando entras en tu cuarto lo demás desaparece, lo dejas en la puerta, como yo a Gustav.

Se detiene en seco, se da la vuelta y sus ojos brillan con una luminosidad especial.

—Eres capaz de penetrar en mi alma —musita—. No te imaginaba así y me duele porque si hubiera sabido antes cómo eres...

Reanuda la marcha dejando esa frase en el aire. La ha pronunciado con la voz casi rota, llena de ansiedad y angustia.

Deseo escuchar el final, pero algo me detiene a la hora de interrogarla. Es como si entendiera de repente que una vez me enfrente a esa realidad nuestra armonía se romperá sin posibilidad de reconstrucción.

—Es aquí. —Se detiene a lo alto de una roca—. Vamos a sentarnos.

Estamos al borde de un precipicio con una vista sobrecogedora de Aldabia. La altura es considerable, su casa está casi en la cima de una montaña.

Ocupamos un asiento en el extremo de la roca con las piernas colgando en la nada y el viento ensortijándose a nuestro alrededor.

La voz de Gustav apenas me llega clara. Quiere que me aparte del peligro, pero niego con la cabeza para seguir las indicaciones de Isabelle. Tras un tira y afloja le convengo de que se quede a una distancia prudencial mientras nosotros charlamos.

—Me gusta estar al borde del precipicio —musita ella levantando los brazos para recogerse el pelo en una coleta y evitar que las embestidas del

viento se lo lleven a la cara—. Ver el mar, la ciudad, el bosque, la montaña... No tener a nadie cerca, no ser testigo de cómo los aldabianos sufren con la tiranía de tus padres... Es liberador.

Sigo sus ojos para apreciar la maravillosa vista que se obtiene desde aquí. El mar se ve a lo lejos, muchos metros por debajo, y se alarga hasta juntarse con el horizonte. Las casas de la ciudad ocupan un largo espacio tras él, hasta la falda de la montaña que va llenándose de naturaleza hasta llegar a nosotros.

—Es precioso. —Asiento.

—Cuando Hugh me recogió en el bosque llevaba unos días vagando sola, sin comida, sin agua, asustada. No me atrevía a volver a casa, pero tampoco sabía adónde ir. Estaba tan perdida... Pero él me salvó, consiguió devolverme a la vida, darme una esperanza y enseñarme cómo enfrentarme a mis miedos día a día. Se lo debo todo.

—Tenías ocho años, es lógico que te traumatizara lo sucedido.

Se gira para mirarme a los ojos y leo en los suyos una devastación total. Es como si buscara la fuerza para afrontar sus siguientes palabras y batiera una lucha interna que la destroza poco a poco.

Alargo los brazos para coger los suyos con una sonrisa tranquilizadora.

—Sé quiénes eran los hombres que mataron a mis padres —susurra para evitar que sus explicaciones lleguen a oídos de Gustav, aunque está demasiado lejos para escucharnos—. Lo he sabido siempre.

—¿Por qué no los has denunciado? —Le cojo las manos que estruja contra la tela de sus vaqueros—. Puedes confiar en mí.

—Lo sé. Ese es el problema porque en pocas semanas has conseguido que me plantee mi vida entera. —Tuerce la boca en un gesto lleno de dolor—. Si nos hubiéramos conocido en otras circunstancias, si yo no fuera quién soy y tú quién eres...

Siento su reticencia a pronunciar las próximas palabras, con la convicción de que nos van a romper a ambos. Quiero escucharlas y a la vez negarlas. No estoy preparado para perderla, pero llevo demasiados días con la sensación de que hemos llegado a una encrucijada difícil sin haber repartido todavía la baraja de cartas de nuestra relación.

—¿Qué intentas decirme? —Mi pregunta apenas es un débil intento de hacerla hablar.

—Yo, yo...

16

Isabelle

¿Yo qué?

No sé cómo empezar a hablar. Esto es una locura, estoy a punto de destrozarme lo único real de mi vida, pero no tengo opción, es la única forma de conservar mi estabilidad emocional.

Recuerdo cada una de las palabras de Hugh en el hospital, su forma de hablarme, la urgencia en su voz, y me duele darle la espalda. Pero no puedo cumplir con sus deseos sin condenarme a la oscuridad, sería incapaz de aceptar un futuro parecido.

Quizás lo mío con Aladi solo es un espejismo creado por esos sentimientos absurdos que me estrujan el alma hasta convertirla en una parte de él. Quizás algún día me arrepienta de mi decisión. Quizás no estoy realmente enamorada de él...

¿Por qué me engaño con acasos absurdos? Le amo con desesperación, es parte de mí, se ha apoderado de mi corazón y haría cualquier cosa por pasar la eternidad a su lado.

Cualquier cosa.

Leo expectación y miedo en sus ojos, como si previera que mis próximas palabras romperán lo nuestro. Y no estoy preparada para dejarle ir, no cuando todavía no hemos traspasado la línea de salida en nuestra relación.

Pero si callo me convertiría en un tipo de persona detestable y no podría vivir con las consecuencias.

Cierro los ojos un segundo. La respiración acelerada de ambos rompe el silencio con audibles resuellos llenos de tensión e inquietud.

Cuando aleteo las pestañas para volver a mirarlo le suelto las manos, inspiro con fuerza, me lleno de aire y desvío la mirada hacia el horizonte.

—Mis padres eran parte de la guerrilla. —Disparo las palabras como si

mi boca fuera una ametralladora, sin darles tono, sin otorgarles los sentimientos que me quiebran—. Lobino era uno de los hombres que vino a mi casa esa noche, el más sanguinario, el que forzó a mi madre...

—¡Joder! —Alarga los brazos para volver a agarrar mis manos—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Vi sus ojos mientras la destrozaba. —Sigo con la vista perdida en un lugar indefinido para no enfrentarme a su mirada ni demostrar cómo me afectan esos recuerdos—. Estaban llenos de maldad, de crueldad, de satisfacción. Era como si disfrutara.

Mi mente reproduce ese instante que desde entonces colma mis pesadillas. Puedo percibir el aire cargado de mi casa, los gritos desgarrados de mi madre, los gruñidos de dolor de mi padre y las risas de los otros guardias reales.

Es como si volviera a tener ocho años y estuviera detrás de esa librería con las manos en la boca para ocultar los sonidos que salían de ella, la necesidad absoluta de dejar de mirar, el deseo atormentado de que terminara de una vez.

Las lágrimas quieren humedecerme los ojos y dejar su reguero en las mejillas, pero las detengo. Necesito enfrentarme a Aladi sin sentimentalismos, ser transparente, explicárselo todo y no cegarme por el dolor.

—Cariño. —Me abraza y entonces noto la frialdad que todavía anida en mi cuerpo—. Deberías habérmelo dicho, lo despediré enseguida.

—No lo entiendes. —Compongo una sonrisa amarga apartándome de él para mirarle a los ojos—. ¿No te das cuenta de la verdad? ¿No eres capaz de atar cabos?

Su expresión cambia paulatinamente desde la ternura hasta la comprensión y la absoluta desazón.

Niega con la cabeza un par de veces.

—Mi padre ordenó el asesinato...

—Llevo toda la vida odiándole por eso. Todo lo que he hecho ha sido para vengarme, necesitaba sacar mi rabia, mi dolor, mi odio hacia ellos. —Le dedico una mirada cargada de significado—. ¿Entiendes lo que intento decirte?

Aprieto con fuerza los puños contra la tela del vaquero. Ha llegado el momento, el más doloroso, el que me apartará para siempre de él.

—¡Joder! —Se coloca las manos en la cabeza levantándose.

—Lo siento. —Suplico con la mirada—. Deja que te lo cuente todo.

—Necesito alejarme de ti. Necesito pensar.

Se da la vuelta y camina hacia Gustav dejándome sola en el precipicio. Balanceo las piernas abrazándome por la cintura y me rindo al llanto cuando escucho cómo el amor de mi vida y su guardaespaldas regresan a casa sin mí.

No me muevo, no corro en su búsqueda, no intento detenerlo porque todavía quedan cosas por explicar y son demasiado dolorosas para sacarlas de golpe. Quizás si lo retraso conseguiré restablecer un poquito mi alma.

Desde muy pequeña este lugar consigue llenarme de serenidad, es un reducto apartado donde los pensamientos se vuelven claros, se llenan de nitidez y aplacan mis angustias. Sin embargo, ahora nada me calma.

Conocer a Aladi ha sido devastador.

La mirada de Hugh al despertar hace siete días en el hospital me atraviesa el pecho dejándome yerma, vacía de felicidad y llena de heridas sangrantes.

La habitación estaba a oscuras, apenas entraba algo de luz entre las cortinas cerradas. Me dolía el costado, los puntos, la cabeza, pero no podía dejar de sonreír ante las palabras pronunciadas por Aladi y por mí en el pozo, esos te quiero, ese despertar a mis sentimientos más profundos.

Hugh entró con lentitud y no tardé ni dos segundos en leer en su expresión ansiosa y desgarrada, como si algo le preocupara.

—Me has mentido —musitó al sentarse a mi lado—. Me dijiste que no te habías dejado influenciar por el príncipe y está claro que sientes algo por él.

—No es cierto —me defendí mintiendo—. Solo he hecho mi trabajo.

—¡Tu trabajo era darme información acerca de Aladi! ¡No ponerte en peligro para salvarle la vida una y otra vez!

—Vi el brillo de la pistola, no iba a quedarme de brazos cruzados.

—Eso es exactamente lo que debías hacer. —Contrajo los músculos faciales en una mueca de dolor—. Quedarte quieta, dejar que sucediera.

—¿Me estás diciendo que tienes intención de matar a Aladi? ¿Es eso?

Abrí los ojos con alarma y un estremecimiento. Él asintió sin relajar su expresión ansiosa ni dejarme ver su alma. Algo en su postura me mostró cómo sufría, cómo se rompía, cómo estaba a punto de mostrarse endeble ante mí. Pero no lo hizo, apretó la mandíbula, frunció los labios, espiró con fuerza y asintió.

—La próxima vez quédate al margen —ordenó mostrándose implacable

—. No puedes intervenir, ¿queda claro?

—¡No! —Levanté la voz—. ¡No voy a contribuir a su asesinato! ¡No puedo hacerlo!

—Ojalá las cosas fueran diferentes. —Su cara se convirtió en una máscara fría y letal—. Pero no hay nada que puedas hacer para detenernos. No nos lo pongas más difícil o deberás atenerte a las consecuencias.

Se levantó para salir de la habitación sin mirar atrás, sin contestar a las preguntas que salían a tropel de mis labios angustiados.

—Te he querido como a mi propia hija, pero si me desafías te destruiré. —Dijo sin darse la vuelta y desapareció.

Paso una hora quieta sentada en el precipicio, con la mente enredada en mi conversación con Hugh, en las connotaciones calladas en nuestros años juntos en la casa de las montañas y en el cariño surgido entre los dos. Esas últimas palabras me supieron a adiós, a condena, a un final no deseado.

Y luego está Aladi, mis sentimientos, la confesión que he afrontado.

Recuerdo cada una de nuestras salidas estas últimas semanas, cada párrafo pronunciado, cada instante. Y me pregunto si mi forma de actuar antes de Aladi era lógica. Busco un resquicio de esa rabia de antaño, de esa necesidad de vengarme, de los deseos que me impulsaron a aceptar el plan de Hugh antes de entrar en palacio, pero soy incapaz de encontrarlos.

¿Por qué le consentí a Aladi traspasar mis defensas con esa facilidad? Es extraño en mí. Ese comportamiento difiere mucho de mi verdadera naturaleza. Debería haber desconfiado de él desde el primer instante, no darle permiso para introducirse por los poros de mi piel hasta apoderarse de mi corazón.

Llevo demasiados días dándole vueltas a ese comportamiento sin entender cómo fui capaz de aplacar años de convicciones.

Fue por él. Solo por él.

Me levanto despacio. La cicatriz me duele, se acerca la hora del analgésico y el anterior ha perdido fuelle. Debo regresar a casa y enfrentarme a su rechazo de una vez. Mi única salida es explicárselo todo y ayudarlo a superar este momento antes de alejarme de él para siempre e iniciar una nueva vida lejos de Aldabia.

La bajada se llena de ansiedades y angustias.

Estoy devastada y todavía me queda lo más doloroso. Salvarle antes del adiós definitivo. Ese sin vuelta atrás que me dejará inerte durante mucho

tiempo.

Aladi está sentado en el embarcadero con los pies metidos en el agua y los pantalones arremangados. Su mirada se pierde en el infinito y lleva una manta rodeándole el cuerpo para capear las bajas temperaturas. A un lado tiene una botella de whisky descorchada.

Me detengo a pocos metros del embarcadero, junto a Gustav.

—Su Alteza está preocupado por usted.

—Voy a verle.

—No sé qué ha sucedido entre ustedes, pero nunca lo había visto así.

Sonrío con tensión, asiento y camino abrazándome hacia él. Debemos acabar la conversación, ha de escuchar la verdad de mis labios, necesito como mínimo rogarle perdón y pensar en la posibilidad de obtenerlo algún día.

Aladi levanta la cabeza al escuchar mis pasos. Observa en silencio cómo me desato las botas, me saco los calcetines y me arremango el pantalón para sentarme a su lado.

Dejo una distancia de seguridad entre los dos a pesar de mis deseos de tocarle, de sentirle, de estar pegada a él. Entre nosotros hay una tensión difícil de aplacar, es como si esos centímetros de distancia fueran una grieta imposible de reparar.

—¿Qué quieres saber? —pregunto—. Voy a ser sincera contigo, estoy dispuesta a no ocultarte nada.

—Me he enamorado de ti. —Sus ojos se quiebran con una humedad que retiene con rapidez—. Has conseguido meterte dentro de mi cuerpo, apoderarte de mi corazón. No entiendo por qué lo has permitido.

—Te quiero, Lad. Nunca había querido así.

—¡Basta de mentiras! —Levanta la voz y noto cómo la arrastra un poco por culpa de la bebida—. No aguanto una más.

—Me lo merezco. —Al bajar las piernas hasta impactar los pies con el agua suelto un gritito por el frío que me hiela todavía más la sangre. Agarro la botella, le doy un trago, estallo en un ataque de tos al sentir cómo el líquido me abrasa el esófago y aparto la mirada de él—. Entiendo que no quieras creerme, pero me duele porque yo también me he enamorado de ti.

Suelta una carcajada sarcástica. Ha tomado más alcohol del que imaginaba.

Ojalá pudiera rebobinar la película de lo sucedido, regresar a la Isabelle de antes de llegar a palacio, encontrar ese afán de venganza para erradicarlo de mi interior y caminar hacia un futuro distinto.

Quizás si no le hubiera conocido...

—¿Tienes algo que ver con la muerte de Aldario?

Esperaba mil preguntas, pero esta...

Me agarro con fuerza al borde de la tarima de madera con un dolor penetrante que dispara mi corazón hasta convertirlo en un latido que perfora varias partes de mi cuerpo.

—Ojalá pudiera dar marcha atrás.

Mis palabras se pierden en el silencio. Él crispera la expresión hasta convertirla en una máscara de absoluto dolor. Debería explicarme, darle sentido a esa frase, contarle cada una de mis decisiones erróneas, abrirle mi alma.

Pero no puedo, la voz se queda anclada en la garganta, incapaz de inundar el espacio.

—Voy a guardar mis cosas en otra habitación. —Se levanta con una dureza en su voz que me parte en dos—. Haz lo que quieras estos dos días, pero mantente alejada de mí.

—Hay mucho que explicar. —Me pongo en pie para acercarme a él—. No te vayas, Aladi. Quiero que lo sepas todo.

—¿De verdad crees que me interesa? —Su risa sarcástica me perfora el cuerpo—. Jamás me habían destrozado así. Jamás.

Le observo marcharse con el cuerpo aterido, lleno de temblores. Mis ojos derraman la pena con lágrimas desgarradas, llenas de un dolor demasiado abrupto para mirarlo con facilidad a la cara, para no consumirme, para no desear terminar con esta mierda de vida.

Tardo una eternidad en recoger las botas del suelo y caminar con ellas en la mano hasta la casa. Subo a mi habitación en busca de consuelo, pero está vacía, exenta de paz, llena de su aroma.

Necesito estar ocupada con algo o acabaré cometiendo una locura. Tarde o temprano deberemos acabar la conversación, el tiempo apremia y he de encontrar las fuerzas para hablar con él y desnudar mi alma.

Mi cuerpo está en tensión, siente la angustia de haberle perdido y la sensación de ahogo me destroza.

Si como mínimo tuviera algo más de tiempo...

Debería buscarle, obligarle a escucharme, darle la posibilidad de conocer a la verdadera Isabelle. Si me viera de verdad, si conociera los motivos por los que lo hice...

¿Bastaría con eso? ¿Volverá alguna vez a mirarme como hace unas horas?

Me odio por haberme comportado como una persona sin alma. Quizás por eso en vez de llamar a la puerta protegida por Gustav desciendo las escaleras para entrar en la cocina.

Durante años cocinar ha sido una parte importante de mi sanación. Con Hugh practicaba Tai Chi cada mañana, artes marciales durante cuatro horas al día, montañismo, lucha, boxeo, supervivencia... Cada una de las disciplinas destinadas a fortalecer mi cuerpo y mi alma se llenaban de instantes mágicos, pero las horas guisando eran un reducto de serenidad, mis momentos de introspección.

Busco en los armarios para ver qué hay. Los hombres de palacio han traído provisiones suficientes para una semana. Decido preparar pan casero, un pastel de verduras típico de Aldabia y una tarta de queso. Junto los ingredientes sobre la encimera, alcanzo los moldes y los utensilios de cocina necesarios y le doy vida a la música clásica de mi iPod para distraer el máximo mi mente.

Mientras mezclo, amaso, enciendo el horno y trabajo en la cocina consigo mantener a raya la retahíla de pensamientos desesperados que intentan apoderarse de mí. No evito alguna lágrima rebelde ni detenerme en algunos momentos a recuperar el aliento perdido entre la pena ni que la realidad me invada en algunos segundos, como si fuera un rayo capaz de atravesarme el cuerpo con fiereza.

—Mozart. —La voz de Aladi me sobresalta.

—Me relaja.

Levanto la cabeza para verlo en el umbral.

Parece destrozado.

Tiene la mirada llena de desesperación, la ropa mal colocada y el pelo mojado y revuelto. Por suerte el tonillo de borracho ha desaparecido, como si el paso de los minutos hubiera mitigado su efecto.

Con una expresión dolida camina hacia la encimera.

—¿Puedo hacerme un café? —Señala los armarios sin mostrar ni una pizca de cariño en su voz—. Me irá bien para despejarme.

—Siéntate a la mesa, ahora te preparo uno.

Es extraño este intercambio de frases. Es frío, como si acabáramos de convertirnos en dos desconocidos.

Sin dejar de sentir cómo mi cuerpo se desmorona preso de temblores rescato la cafetera del armario, la lleno y la pongo al fuego. Aladi se sienta a la mesa de espaldas a mí, con los codos apoyados en ella y la cabeza sujeta

entre las manos.

Los siguientes minutos son una sucesión de segundos tensos. La atmosfera está cargada de reproches, desconfianzas y remordimientos.

Cuando el café sube burbujeando por la cafetera el sonido me sobresalta. Me he pasado el rato quieto frente al fuego, observándole.

Sirvo un par de tazas, le pongo un chorrillo de leche a la mía y también vacío dos cucharadas de azúcar en esta taza. A él le gusta solo y sin azúcar. Antes de llevarlas a la mesa compruebo el estado de los guisos. El pan, el pastel de verduras y la tarta de queso están en el horno cociéndose.

—No lo entiendo —musita Aladi al sentarme frente a él con los cafés—. ¿Por qué seguiste adelante con lo nuestro si me odiabas?

—Nunca te he odiado. Te quiero demasiado.

—¿Y a Aldario? —Niega con la cabeza con una brusquedad que se transmite a su voz—. ¿A él tampoco lo odiabas? ¿Por eso contribuiste a su muerte? ¡Joder! No te conozco en absoluto, eres una maldita impostora.

—Aladi, mírame —susurro. Le coloco las manos en los brazos y él se deshace de mí en un gesto brusco—. A veces las cosas son más complicadas de lo que parecen a simple vista. Sé que estás dolido y mereces una explicación, pero ahora necesito que te tranquilices un poco y salgamos fuera a hablar.

—¡No estás en posesión de pedirme nada!

—Lo sé. —Mi tono es casi inaudible—. Tienes razón. Pero has de salir de esta casa conmigo. —Me doy la vuelta—. Te espero en el embarcadero.

Sé que hay micrófonos y que su última afirmación va a poner en alerta a Hugh. Acabo de ponerlo en peligro de nuevo y ha llegado la hora de confiarle la verdad a riesgo de perderlo del todo para luchar juntos por su vida.

Me adentro de nuevo en el embarcadero y me siento al borde de la madera con los pies apoyados en ella y las rodillas levantadas. Mientras le espero intento recobrar la fuerza para afrontar la confesión y una realidad que cae impune sobre mí.

Acabo de traicionar a Hugh en voz alta. A la hora de decidir mis alianzas le he vendido sin pensar por una persona a la que acabo de conocer. Estoy loca, debe ser eso, el amor me ha trastornado hasta el punto de cambiar mi forma de pensar. Aunque Hugh hizo lo mismo en el hospital, puso por delante de mí a la guerrilla.

Debería salir corriendo, volver a la casa, recoger mi documentación falsa y embarcarme en el primer avión rumbo a cualquier parte del mundo que

salga del aeropuerto. Esa sería la única forma lógica de recuperar la cordura, la que podría alejarme de los recuerdos y de Aladi.

Debería hacerlo...

—¿Por qué has salido corriendo? —En su voz se cuela rabia.

—La casa está llena de micrófonos y cámaras de vídeo. Necesito hablar contigo al aire libre, sin darles pistas de lo que sabes. Aunque después de tu frasecita sobre Aldario ya están sobre aviso y el tiempo apremia.

—¿Ahora jugamos a los espías? —Se sienta a mi lado hablando con sarcasmo—. ¿Intentas engañarme diciéndome que eres del servicio secreto?

—Hugh es la mano derecha de tu tío en la guerrilla —suelto con contundencia, decidida a no callarme nada—. Mi padre era el hermano de su mujer. A ella también la mató Lobino. Por eso Hugh me encontró en el bosque, mis padres le enviaron un mensaje cuando escucharon los coches llegar a casa y él se pasó días buscándome.

—¿Eso es imposible! —Niega con todo su cuerpo—. Lobino le habría reconocido y jamás te hubiera dejado entrar en mi vida.

—Hugh conoció a mi tía por casualidad, en una visita a Aldabia de su batallón como ayuda logística a una delegación americana para negociar el suministro de petróleo a Estados Unidos. Ella tenía una buena coartada, era una de las ingenieras de la planta. Se enamoraron y él decidió dejar el ejército para casarse con ella. Se trasladó a vivir a Benextu y todo fue bien hasta que en la casa real descubrieron el doble juego de mi tía. Tenía un puesto directivo en la empresa de tus padres y lo utilizó para darle información a la guerrilla, de la que era miembro. Cuando los hombres del rey la asesinaron mis padres me llevaron a las montañas y Hugh se forjó una identidad nueva. Su verdadero nombre es Richard Redmond.

—¿Y cómo terminó convirtiéndose en la mano derecha de Heny?

—Mis padres eran parte de la cúpula de la guerrilla, igual que mi tía. Él solo acabó formado parte de ella como algo natural. —Aprieto los labios un segundo—. Heny nunca ha divulgado los nombres de sus colaboradores más próximos. La guerrilla está organizada en células independientes que solo conocen la identidad de sus cinco contactos. Las comunicaciones de más arriba son anónimas, nadie tiene idea de quién forma parte de la organización aparte de su círculo.

—¿Alguna idea de por qué asesinaron a tus padres?

—Tenían un plan para derrocar a los reyes. Y era un buen plan sino estarían vivos.

Callo para rebajar un poco la tensión.

Hay demasiado a entender, demasiado a explicar, demasiado a cuestionar. Pero apenas nos queda tiempo. He decidido confiar en Aladi, dejar atrás el pasado y protegerlo. Es una locura porque cuando todo termine me quedaré sola y desamparada, necesitada de iniciar de nuevo mi vida lejos de Aldabia, de él, de Hugh, de todo cuanto me importa.

No contaba con enamorarme ni con sentir cómo cada una de las fibras de mi ser suspiran por un único hombre.

Me ha tomado desprevenida, tanto que me he dejado llevar hasta darme cuenta de que no puedo actuar cómo me pidió Hugh en el hospital. Para salvar a Aladi lo arriesgo todo, incluso mi vida. Pero no puedo hacer otra cosa, él es lo más importante para mí.

17

Aladi

Intento deshacerme del dolor, centrarme en sus palabras, calibrar cada una de sus revelaciones y darle una importancia justa a la realidad. Pero me cuesta demasiado separar la ira de mis sentimientos por ella.

La amo.

Y me ha traicionado.

Estas dos afirmaciones son las únicas que repite mi mente como si fueran un mantra ansioso.

—¿Vas a contarme ese plan? —Sacudo la cabeza para obligarme a seguir escuchando.

—Nunca se llegó a ejecutar porque los hombres de tus padres lo descubrieron y mataron a los míos. Ellos eran el cerebro de la operación y cuando murieron fue imposible derrocar a los reyes. —Fija su mirada en mis ojos produciéndome un estremecimiento—. Desde entonces la guerrilla ha ideado varios planes, pero todos han fracasado. Heny está convencido de que hay más de un topo en sus filas porque tus padres se adelantan siempre a sus movimientos.

—Según mi padre, Heny quiere quedarse con el trono por ansias de dinero y poder.

—Le conozco. —Su mirada se llena de una confianza que transmite a su voz—. Tu tío nos visitaba a menudo, incluso pasaba temporadas con nosotros en esta casa. Hugh también lo instruía. No es una mala persona, quiere de verdad cambiar las cosas.

—¿Cómo? ¿Matando a mi hermano? ¿Disparándome?

—A veces los actos de guerra no son justificables. —Cierra los ojos—. Sois sus enemigos.

Suelto una carcajada sarcástica y llena de amargura.

—¿Por eso quiere matarnos? ¿Para ganar una guerra imaginaria?

—A ti no quería matarte. —Aprieta con fuerza los puños en el borde de la tarima de madera—. Por eso me envió a palacio, para vigilarte. Pero ahora las órdenes han cambiado.

—Espero que no seas la encargada de hundirme el cuchillo en el pecho...

—Solo debía dejar que sucediera. —Crispa la cara—. Me lo pidió Hugh en el hospital. Pero no puedo hacerlo porque eres demasiado importante para mí.

—¿Y antes de eso? —Le dirigió una mirada airada—. ¿Para qué te enviaron a palacio? No entiendo que mi padre y Lobino lo consintieran... ¿Cómo podían estar tan engañados? ¿Acaso no investigaron tu pasado?

—Tenía la misión de descubrir si eras alguien capaz de asumir la responsabilidad de gobernar el país. Debía acercarme a ti, hacerme tu amiga, sacarte información y ver cómo te comportabas. Era una forma de calibrar si valía la pena dejarte el trono y acercarnos a ti para cambiar las cosas en Aldabia.

Sus afirmaciones me sacuden como si acabaran de pegarme un puñetazo en el estómago.

—No puedo creer que todo haya sido fingido.

—Ese ha sido en realidad mi problema. —Su tono se llena de sentimiento—. No he fingido porque desde el principio siento algo por ti. Por eso no les conté la verdad, he falseado los informes para protegerte. No podía decirles que existía Tina sin ponerla en peligro o que eras diferente a como nos imaginábamos.

—¿Pretendes que me lo crea? —Estallo con rabia—. ¡Te metiste en mi vida! ¡Conseguiste que me enamorara de ti! ¿Es lo que querías? ¿Has inventado todas esas historias tristes para conquistarme? ¡Pues te ha salido de puta madre!

—Contigo me siento distinta y nunca te he mentado sobre mi pasado. —Junta mucho los labios con una respiración profunda—. Confío en ti, eres demasiado importante para dejarte morir, por eso les he traicionado.

—Déjame dudar de tus palabras. —Lo suelto con deseos de herirla—. A una mentirosa no se le puede dar crédito.

—Sé que te he perdido y no te imaginas cuánto me duele. —Aprieta mucho los labios con una expresión de tristeza extrema—. Cuando todo esto acabe pasaré mucho tiempo intentando olvidarte porque ya eres parte de mi

corazón y será imposible sacarte de ahí con facilidad.

—Ojalá pudiera creerte.

—Me gustaría tener tiempo para convencerte de mi amor por ti, pero debemos irnos ya. Lo prioritario es salvarte la vida, permitirte ser feliz, aunque sea sin mí. —Alarga el brazo y me roza la mejilla con un dedo—. Puedes creerme o suponer que nunca te quise. Yo tengo claro que siempre te amaré.

—Cuéntame lo de Aldario, explícame qué tuviste tú que ver en su asesinato.

—Una vez estemos a salvo te lo contaré todo, pero ahora pongámonos en marcha. —Consulta la hora en su móvil—. No vamos a coger nada de la casa, le dirás a Gustav que quieres dar otro paseo, te lo llevarás al bosque y yo me encargaré de contarle lo que está sucediendo. Su ayuda nos vendrá bien.

—Estás loca.

—Mucho. Y es porque tú me has cambiado y has conseguido darme una nueva razón para vivir. Contigo me siento capaz de superar mis recuerdos, de luchar por un futuro mejor, de ser fuerte, de creer en los cuentos de princesas. Y ahora necesito salvarte la vida.

Niego con la cabeza y me levanto para caminar hacia la casa.

—Vuelvo a palacio —anuncio decidido—. Alguno de mis hombres te explicará cómo anunciaremos a la opinión pública nuestra ruptura.

—Si regresas ahora, morirás. —Su tono es angustiado. Se levanta para caminar hasta mí, me coge del brazo y se acerca mucho para casi susurrarme al oído—. Mataron a Aldario y ahora quieren hacer lo mismo contigo. Nuestra única salida es escondernos mientras pensamos en cómo actuamos a partir de ahora.

—¿Piensas que me voy a ir contigo después de tus mentiras?

—He traicionado su confianza explicándotelo todo y lo he hecho para salvarte la vida. A mí también me quieren muerta. —Tira de mi brazo con fuerza hasta situarme a dos centímetros de su cuerpo—. No tardarán en llegar. Confía en mí.

Suelto una carcajada para intentar serenarme lo suficiente. Estar tan cerca de ella, sentir su cuerpo pegado al mío, la suavidad de su voz acariciarme la mejilla, el calor de su mano en el brazo...

—Nunca más volveré a confiar en ti.

—Intento salvarte la vida. Créeme, por favor.

—¡Mentirosa! —Me aparto de ella dándole un golpe en la mano—.

Jamás te perdonaré lo que has hecho. ¡Jamás!

Sus ojos se mueven inquietos hacia el sonido del coche que se acerca. Está lejos y parece que se ha detenido un momento, pero el motor ruge en la montaña anunciando su presencia.

Vuelve a agarrarme por el brazo con mucha fuerza y crispera la expresión.

—Ya están aquí —susurra—. Escúchame, Aladi, necesito que me creas solo por esta vez. No tardarán en llegar, debemos actuar deprisa o los dos estamos muertos. Te prometo que después me marcharé para siempre.

—Digamos que te creo, ¿qué propones?

—No hay tiempo de correr al bosque. —Arruga mucho el entrecejo respirando a toda velocidad—. Vamos a saltar al agua.

—¡Está congelada!

Sin darme tiempo a reaccionar tira de mí con fuerza para lanzarse conmigo al vacío. El impacto con el agua me arranca cuatro gritos.

—¡Joder! ¡Parece un témpano de hielo!

—¡Nada hacia allí! —ordena Isabelle ignorando mis impropiedades. Señala un hueco al final del embarcadero—. Hugh sabe que existe esta salida, pero todavía tenemos algo de ventaja y no sé si él va en el coche.

—¡Señorita Stoner! —Escucho cómo Gustav le quita el seguro a su arma y le veo apuntar a Bell—. Deje que su alteza llegue a las escaleras y salgan los dos del agua. ¡Ahora mismo!

La expresión de ella es una máscara de ansiedad que muestra su grado de tensión. Tiene la herida todavía sensible, le debe doler muchísimo y va a necesitar toda su energía para llegar a ese agujero escondido al final del embarcadero. Ha de estar congelada, como yo, pero aguanta estoica la mirada asesina de mi guardaespaldas.

—Estoy haciendo mi trabajo —explica con firmeza—. Ese coche que se oye acercándose es de la guerrilla y los individuos que lo ocupan vienen a matar a Aladi. Llama a tus hombres del camino para comprobar si siguen en sus puestos.

—¡He dicho que salgan del agua! —insiste Gustav.

Debo tomar una decisión.

Escucho cada vez más cerca el motor y estoy a punto de congelarme. Isabelle no rebaja en ningún momento la tensión, está alerta y parece preocupada.

Debería desconfiar de ella, pero me lo ha contado todo, se ha puesto en peligro para ayudarme.

Y se trata de mi vida...

—Gustav —digo tomando una decisión rápida—. ¿Y si Isabelle tiene razón y en ese coche viajan miembros de la guerrilla? Contacta con tus hombres para estar seguros.

A regañadientes lo hace. Intenta hablar con ellos a través del pinganillo que lleva en la oreja y los mantiene comunicados en todo momento. Menciona cuatro nombres y su rictus se contrae con preocupación.

Muevo las piernas y los brazos en el agua para impedir quedarme como un cubito. Bell tiene los labios morados y los dientes le castañetean.

—¡No contestan! —Baja el arma con cuidado—. ¿Puede sacar a Su Alteza de aquí? —le pregunta a Isabelle.

—Necesitaré que nos consiga un poco de tiempo. —Ella asiente con seguridad—. Cuando estemos a salvo nos pondremos en contacto. Avise a palacio de lo que va a suceder, que manden más hombres.

—Cuide de él.

—Lo haré. —Isabelle empieza a moverse—. Manténgase con vida, Gustav.

Un golpe contundente de cabeza precede sus órdenes en clave a través del pinganillo.

No nos quedamos a escuchar lo que sucede a continuación. Nadamos debajo del embarcadero hasta un pequeño agujero disimulado al final.

—Lo construyó Hugh —explica Bell al llegar a él e introducirnos en un túnel de piedra que serpentea bajo el suelo—. Por eso puso el embarcadero. No venía con la casa, es uno de los tres túneles de huida por si nos descubren.

—Muy previsor tu padre adoptivo. —Lo digo en tono sarcástico—. Un cabrón asesino y un paranoico de la seguridad.

—Gracias a él puedo salvarte.

Tengo frío, estoy tiritando y muerto de miedo. Caminamos a oscuras por el túnel que huele a humedad, iluminados con una linterna que Isabelle ha cogido, junto a un arma, de un recodo al entrar. En pocos metros enlaza con una de las mil cuevas naturales que llenan estos bosques.

A nuestra espalda se escuchan gritos, insultos y tiros. La voz de Gustav llega amortiguada por el suelo y la distancia, pero parece asustada, como si no dominara la situación.

—¿A dónde va a parar? —pregunto en voz baja, con miedo a que nos descubran antes de hora.

—A un recodo del bosque. —Ella se aguanta el lado con la mano y anda

encogida, como si le doliera la herida—. Una vez allí nos esconderemos.

—Estamos jodidos —suelto con un aumento exponencial de mi miedo—. ¿Cómo vamos a salir de esta?

—Me conozco estas montañas palmo a palmo, tengo escondites en muchos lugares que Hugh desconoce. De algo me sirvieron las misiones de supervivencia. —Se detiene un segundo apoyándose en la pared—. Voy a salvarte, te lo prometo.

Seguimos avanzando en silencio. Ella se detiene en varios instantes a recuperarse de las descargas de dolor que presiento en sus gemidos. Hace frío. Las ropas mojadas se hielan con rapidez debido a las bajas temperaturas y se convierten en gélidos trozos de tela pegados a la piel.

Huele a humedad, a tierra mojada, a cerrado. Y la oscuridad apenas rota por el haz de su linterna no me ayuda a calmarme.

—Estamos cerca de la salida —explica señalando las columnas de luz natural que bajan del techo a pocos metros de distancia—. Voy a salir yo primera para asegurarme de que Hugh no ha imaginado mi forma de escapar.

—¡No te aguantas! —Abro mucho los ojos, aunque ella no me pueda ver—. Te arrastras hace un rato y todavía te falta para recuperarte del todo. ¡No vas a poder con él si está fuera!

—Confía en mí. Llevo entrenando toda la vida para ser capaz de afrontar situaciones límite. —Se ilumina la cara para mostrarme su expresión—. Como decía Horacio, pienso que *la adversidad tiene el don de despertar talentos que en la prosperidad hubieran permanecido dormidos*.

Niego con la cabeza ante su tono distendido, como si no estuviéramos en peligro y a punto de caer en manos de la guerrilla, como si citar a un pensador célebre ayudara en algo a la situación.

A pesar de mi coraza me cuesta encontrar la espontaneidad necesaria para afrontar momentos como este.

—Una frase de un filósofo no me tranquiliza.

—Pues debería porque tiene razón. El ser humano suele sacar lo mejor de él en situaciones límite. Cuando pensamos que ya no podemos más es cuando nos superamos.

—¿Otra frasecita de alguien?

—Para nada, esta es de mi cosecha. —Se da la vuelta y empieza a caminar—. Vamos, debemos salir de aquí cuanto antes para escondernos y quitarnos la ropa mojada. En el bosque no nos encontrarán.

Anda unos metros más. Sigue moviéndose agachada, con un poco de

dificultad y se aguanta el costado con la mano como signo de dolor.

Al llegar donde se cuelan varios rayos de sol se endereza, mira hacia arriba y se coloca un dedo en la boca, acercándose mucho a mí.

Cuando mis ojos se acostumbran de nuevo a la luz distingo una escalera de cañas colgada desde unos tres metros sobre nuestra cabeza. Arriba hay varias hojas que supongo esconden el agujero en el bosque.

—Quédate aquí. —Me susurra al oído—. Te aviso cuando haya comprobado que no hay peligro.

—Déjame subir a mí. Estás jodida.

—Puedo con esto. —Chasquea la lengua—. No estás preparado para enfrentarte a alguien como Hugh. Si estuviera ahí fuera no tendrías ni una opción. En cambio, yo le conozco, me entrenó él y sé cómo hacerle frente.

—¿Y si te pide que me delates? ¿Lo harás? ¿Me entregarás?

—Te quiero, Aladi y no voy a dejar que te maten, aunque con esa decisión ponga en peligro mi vida.

La siento pegada a mí, sus susurros me acarician la piel llenándola de calor y estremeciéndome. Mis ojos traicionan a mi mente y bajan con lentitud hacia sus labios.

La deseo.

Quiero perdonarla, entenderla, besarla hasta dejarla sin aliento.

Pero no puede ser porque ha traicionado mi confianza.

—Ten cuidado ahí fuera —musito separándome de ella.

Isabelle asiente, compone una sonrisa triste y se da la vuelta para escalar los peldaños con un poco de dificultad. Lleva la pistola en una mano para estar preparada al salir al exterior.

La observo llegar a la linde con el corazón a mil por hora. Mueve las manos para separar los matorrales, asoma un poco la cabeza y yo contengo la respiración. Casi podría asegurar que los segundos me pasan a cámara lenta.

Si le pasa algo...

Este pensamiento fugaz arranca una serie de estremecimientos en mi cuerpo porque me doy cuenta de lo que significaría. La idea de despertarme un día sin ella en este mundo mitiga por unos minutos mi enfado.

No puedo perderla sin darle una oportunidad de explicarse, de gritarle, de descubrir si es cierto que se ha puesto en peligro por mí.

Sus movimientos mientras sale al exterior se vuelven sinuosos, como si pudiera deslizarse sin hacer casi ruido.

Cuando su pie desaparece de mi vista suelto un poco de aire al no

escuchar disparos ni gritos ni nada que advierta la presencia de los guerrilleros al otro lado del agujero.

La espera se me hace eterna.

Mantengo la mirada hacia arriba, en el centro de la luz, en busca de alguna señal de Bell. Mi corazón está tan disparado que las respiraciones me salen atropelladas por la boca reseca.

Me paso la mano por el pelo mojado, al borde del colapso. Los minutos pasan sin noticias y no tengo ni idea de qué debo hacer.

¿Y si no vuelve?

Plantearme esa idea solo consigue ponerme más nervioso.

18

Isabelle

Me arrastro por el suelo como si fuera un reptil, sin hacer ruido, vigilando todos los flancos. La cicatriz lanza muchas advertencias de dolor al deslizarme con la barriga pegada al suelo, la arena se me engancha a la ropa mojada, los puntos tiran y tengo muchísimo frío. Pero la capacidad adquirida durante años entrenando hasta la extenuación se ocupa de dirigir mis pasos y no pierdo la concentración en ningún momento. Mi vida y la de Aladi dependen de ello.

Agudizo el oído para asegurarme de que no hay ningún sonido fuera de lo común. Con Hugh se debe ir con mucho cuidado. Es silencioso, está entrenado para pillarte por sorpresa y no sé hasta qué punto estoy paranoica o realmente puede haber supuesto mis pasos.

Aunque no sabe dónde estábamos Aladi y yo cuando he escuchado el coche y hay dos túneles más en la casa con diferentes destinos.

Sería mucha casualidad encontrarlo esperándonos.

Sin embargo, descartarlo no sería prudente.

Me detengo un segundo para calibrar otra vez los ecos del bosque. Son normales, no se escucha una respiración cercana ni pisadas ni ramas moviéndose por un pie que se apoya en ellas...

Por precaución recorro el perímetro exterior sin bajar la guardia en ningún momento, atenta a cualquier irregularidad, con la pistola en la mano preparada para dar en el blanco.

No hay nadie cerca.

Tras un rastreo exhaustivo regreso al hueco disimulado por los matorrales para avisar a Aladi.

—No hay peligro. —Le observo desde arriba con el corazón a doscientos por hora—. Puedes subir.

No quiero perderle, no soportaré pasarme el resto de mi vida sin sentir sus labios sobre los míos, sin despertarme a su lado, sin sus juegos dialecticos, sin su compañía. Estas semanas con él he aprendido a compartir mi vida y la idea de abandonar nuestra rutina me angustia.

—¿Dónde vamos a ir? —pregunta una vez arriba—. Hace frío, tenemos la ropa helada y en unas horas se hará de noche.

—A unos kilómetros en esa dirección. —Levanto el brazo para señalar—. Hay una cueva donde dejé muchísimas provisiones y cosas necesarias en un momento así. Es uno de mis refugios.

—Eres muy previsor.

—Una vez a la semana Hugh y yo nos quedamos en el bosque por separado a pasar la noche. Es una forma perfecta de no perder la conexión con la naturaleza y de practicar técnicas básicas de supervivencia. —Me apoyo un segundo en el tronco de un árbol para intentar controlar las embestidas del dolor—. Desde niña me acostumbré a dejar provisiones, medicinas y cuatro cosas básicas para sobrevivir una noche a la intemperie. Tengo varios escondites bien provistos e imposibles de rastrear. Hasta que apareciste en mi vida adoraba la soledad.

Cierro un segundo los ojos presionando con las manos la herida. Me lanza calambres, es como si el costado me quemara y no pudiera evitar que las llamas me laceraran la piel. Inspiro con lentitud, espiro por la boca muy despacio, obligándome a serenar los latidos desbocados en la sien. Una fina capa de sudor me llena la piel.

—¿Estás bien? —Aladi da un paso hacia mí con un semblante preocupado—. Pareces jodida.

—En la cueva tengo analgésicos. —Esbozo una sonrisa forzada—. Siempre tengo medicinas en los escondites, me da pánico pasar la noche con dolor de cabeza. De niña tenía bastantes jaquecas.

—Entonces la pregunta correcta sería, ¿te ves capaz de llegar a la cueva?

—Vamos. —Asiento dando un paso adelante para empezar a caminar aguantando el dolor con estoicismo—. Cuanto antes lleguemos, antes me tomaré algo para el dolor.

—¿Estás segura de que Hugh no conoce tus escondites?

—Completamente. —Avanzo hacia la maleza—. Sígueme y haz exactamente lo que yo. Hugh es un buen rastreador, debemos borrar nuestras huellas o nos encontrará. Tarde o temprano deducirá que hemos usado uno de los tres túneles de huida de la casa y cuando vea que falta el arma y la linterna

en el del embarcadero no tendrá ninguna duda de cuál de ellos he elegido. Hay que ser precavidos a partir de ahora.

Camino con cuidado de no dejar rastro de nuestro paso por ahí. Piso solo en espacios donde no quede la huella en la naturaleza, sin romper ninguna rama, vigilando que la ropa no se enganche en un arbusto y evitando poner el pie en un recodo con fango donde pueda quedar una marca de mi bota de montaña.

Le cuento a Aladi estas normas básicas para no dejar un camino de piedrecillas a nuestros perseguidores y sigo marchando en silencio, sin darme la vuelta en ningún momento, con los sentimientos revolucionados y la mente llena de pensamientos ansiosos.

Entre nosotros se ha establecido una especie de tregua, como si de momento aparcáramos la necesidad de mantener una tensa conversación destinada a destrozarnos.

Escucho con claridad sus movimientos a mi espalda mientras le doy vueltas a cómo afrontar la situación. Todavía me queda la parte más dura, abrirle de par en par las puertas de mi corazón y revelar hasta la última coma de mi implicación con la guerrilla. Ojalá después fuera capaz de entenderme y perdonarme porque la idea de no volver a verle me ahoga. Pero en el fondo sé que es imposible, mi traición pesará demasiado para reconstruir las piezas rotas de nuestra relación.

Mantengo los sentidos alerta para descubrir si hay alguien cerca, necesito llegar cuanto antes a la cueva para sentirme a salvo, quitarme la ropa mojada, ver cómo está mi herida y hablar con Aladi.

Estoy exhausta, sudada, congelada... Mi cuerpo responde con dificultad a los estímulos del cerebro y la pena me invade. La herida me lanza andanadas de dolor, temo que puedan haberse abierto los puntos internos por el esfuerzo, pero prefiero no comprobarlo porque necesito concentrar mis fuerzas en avanzar a la mayor velocidad posible para ponernos a salvo.

¿Y después qué?

Aprieto los labios con fuerza. El dolor de reconocer que le he perdido sin remedio es como si un rayo acabara de partirme por la mitad. Una vez consiga salvarle deberé encontrar la forma de rehacer los pedazos rotos de mi interior para empezar de cero en algún lugar donde la desolación me acompañará mucho tiempo.

Sus respiraciones agitadas son el único sonido que rompe los de la naturaleza. Son inhalaciones y espiraciones rápidas y jadeantes. Me giro un

segundo para observarle. Tiene la mirada fija en el suelo, atento a sus pisadas. Mantiene la mandíbula tensa y los músculos contraídos.

Nuestros ojos se encuentran un segundo. Ambos muestran las huellas del dolor.

Unos veinte minutos después llegamos por fin a la cueva. Es uno de mis mejores escondites porque la entrada queda oculta bajo unos matorrales que bajan desde la roca como si fueran lianas. La descubrí por casualidad hace muchos años y siempre ha sido mi refugio preferido.

—La cueva es profunda. —Le miro un segundo en la entrada hablando casi en susurros—. Aquí es imposible que nos encuentren.

—¿Hasta cuándo quieres quedarte? —Señala el interior levantando un poco la voz.

—Shst... —Me pongo el dedo en los labios—. Hablamos dentro.

Asiente con los brazos cruzados en el pecho y una expresión airada. Está cansado, congelado y asustado. Sus ojos muestran cada una de esas realidades descubriendo su interior. Estamos a poca distancia, frente a la cueva, mirándonos en silencio. Arqueo un poquito los labios para regalarle una sonrisa, cierro los ojos e inspiro antes de darme la vuelta para entrar en la cueva regresando a mi expresión desesperada.

Durante unos minutos nos limitamos a caminar hacia las entrañas del lugar. Cada vez que recorro estas galerías de piedra natural recuerdo la primera vez, cuando apenas era una cría y caminé por ellas con los ojos llenos de lágrimas, alumbrada con la luz del sol que se colaba por los pequeños agujeros en el techo que dan a la montaña.

Huele a humedad debido al riachuelo subterráneo que discurre sobre nuestras cabezas. El suelo está un poco mojado, en él encontramos varias estalagmitas de muchos años de formación y algunas columnas que las unen con las estalactitas. El techo a veces es muy bajo y otras tiene la altura suficiente para dejarnos caminar en posición vertical.

—Es precioso —murmura Aladi—. ¿Cómo descubriste esta maravilla?

—Mis padres están enterrados aquí cerca —explico con la mente en el pasado—. La primera noche me quedé a dormir junto a su tumba, acurrucada, muerta de frío. No podía pensar ni razonar. Estaba aterrada, congelada, a punto de sufrir un colapso. Tras pasar unas horas llorando sobre el montículo de tierra recién colocada me quedé dormida. Cuando desperté carburaba mejor y me di cuenta de que no podía quedarme ahí, esos hombres podían volver y encontrarme. Empecé a caminar sin rumbo, interiorizando cualquier

detalle importante para reconocer el lugar en un futuro. Estaba cansada cuando llegué frente a la cueva, me apoyé en la pared a recuperar el resuello y descubrí la entrada. Pasé dos días aquí dentro, necesitaba protegerme, evitar que me encontraran, serenarme un poco y pensar.

—¡Acojonante! —exclama ansioso—. ¡Si es cerca de dónde enterraron a tus padres Hugh puede encontrarnos con facilidad!

—Nunca le dije dónde están los cuerpos. —Sonrío con tristeza dándome cuenta del valor de esa información—. No quería compartir con nadie este lugar ni su tumba. Necesitaba conservarlo solo para mí, como si fuera mi espacio sagrado. Y cuando me preguntó si podía encontrar las tumbas le dije que no, que había vagado sin rumbo durante cuatro días sin fijarme en ningún detalle para identificar el lugar.

—Eres una mentirosa patológica.

Su tono es duro, como si quisiera castigarme con él. Me lo merezco, he traicionado su confianza y no sé cómo recuperarla. Pero saberlo no mitiga el efecto de las afirmaciones de Aladi.

Me abrazo con las dos manos por la cintura para repeler el frío, los temblores, la sensación de dolor que me invade, esa frialdad propia de cuando descubres que tu mundo se derrumba y no hay forma de rehacer los muros que te protegían hace unos momentos para seguir caminando hacia el lugar deseado.

—Cuando Huhg vino al hospital no dudé a la hora de decidir mi lealtad —musito en un intento de convencerle—. Te quiero Aladi, haría lo que fuera por ti, te daría la luna si encontrara una escalera lo suficientemente alta para llegar a ella.

—Si pudiera creerte...

Me detengo en seco, me doy la vuelta y siento cómo las lágrimas me quemán en los ojos cuando le miro. La iluminación parcial no me permite verle la cara con claridad. Estamos en una galería con pocos agujeros en el techo.

—Nunca había sentido algo parecido por otra persona. —Avanzo hasta quedarme a pocos centímetros de él—. Me he enamorado de ti sin esperarlo. Hay momentos en los que intento entenderlo, saber por qué mi corazón te pertenece y cómo he sido capaz de confiar ciegamente en ti desde casi el primer momento. Ojalá no hubiera pasado, daría cualquier cosa por volver atrás, resistirme y no involucrarme emocionalmente contigo porque ahora estoy muerta en vida al no tenerte. Por eso lo he arriesgado todo para salvarte

y no me da miedo morir si con ello te protejo. Porque mi vida sin ti no vale nada.

Abre mucho los ojos, suaviza las facciones y destensa los músculos, pero en vez de darme otra pista acerca de sus pensamientos se da la vuelta para rodar sobre sí mismo y recorrer el lugar con la mirada.

—Esta cueva es una pasada. —Su voz se tiñe de nerviosismo—. Debería convertirse en un lugar de culto.

—Todavía no has visto lo mejor —murmuro recuperando como puedo el control de mis emociones—. Al final de este túnel se llega a un lago interior. Allí tengo las provisiones.

—¿Vamos? —Empieza a caminar—. Estoy cansado de dar tumbos.

Me pongo en marcha e intento quitarme de la cabeza la ansiedad producida por la ausencia de respuesta a mis palabras. Necesito encontrar una brecha por la que colarme en su corazón para ablandarlo.

Si pudiera hacerle entender por qué lo hice...

Llegamos al lago interior. La visión de este espacio es sobrecogedora. Recuerdo la primera vez que lo vi. Tenía ocho años, un dolor penetrante en las entrañas, hambre, sed, frío, angustia... Me quedé unos segundos en la entrada, justo donde estamos nosotros ahora, tiritando, con las imágenes de lo sucedido asolándome y la mirada recorriendo el lugar. Descubrir un techo altísimo lleno de pequeñas aberturas que lo llenaban de la luz de la mañana y los rayos impactando con el agua y creando el efecto óptico de estrellas brillantes sobre ella me llenó de una especie de paz que me ayudó a superar las horas siguientes.

Aladi tiene esa mirada de cuando se está frente a una maravilla. Observa con emoción contenida el lago, la roca que desemboca en el lecho del agua, con unas cuantas estalagmitas, la zona plana del final, la altura de la roca. Escucha el discurrir del río, cómo en la laguna se renueva el agua constantemente, algunos sonidos de la naturaleza que se abre a muchos metros sobre nuestra cabeza, el silencio de la tarde.

Da un paso hacia el lago, sin rebajar el rictus extasiado.

—Es una pasada. —Sacude la cabeza con incredulidad—. Nunca imaginé que en el corazón del bosque pudiera existir esta cueva.

—Hay más parecidas, pero esta es la mejor. Además, es desconocida.

Le señalo la dirección a tomar para acceder a la zona donde tengo mis cosas. Es un recodo escondido donde el agua no ha llenado las paredes ni el suelo, situado en una esquina, oculto de miradas indiscretas por una pared

circular de roca y sin tanta luz natural.

—Por aquí. —Avanzo decidida—. Es mi mejor escondite y el más surtido.

Hace años decidí dejar provisiones en varios puntos estratégicos del bosque porque aparte de las veces que con Hugh hacíamos ejercicios de supervivencia tenía la costumbre de buscar la soledad de las cuevas cuando el dolor era demasiado intenso para hacerle frente solo con el santuario de mi habitación.

—Los dos días que pasé aquí tras la muerte de mis padres me ayudaron a encontrar la serenidad —explico de repente, con el deseo de no callarme ninguna de mis emociones—. Estaba destrozada, necesitaba recuperar la paz interior, superar el shock, y estar aquí consiguió sosegar un poquito mi alma, lo suficiente para salir en busca de comida. Desde entonces es mi espacio privado, el único donde logro conectar con mi yo interno para enfrentarme a la pena.

—Es un buen lugar para sanar el alma. —Se ha ablandado un poco. Estamos mirándonos en la semioscuridad, muy cerca, con las respiraciones agitadas rozándonos las mejillas—. Deberías haber confiado en mí.

—Lo he hecho. —Avanzo hasta quedarme a unos centímetros de sus labios—. Cuando ha llegado el momento de escoger me he quedado contigo.

—Llegas seis semanas tarde. —Da un paso hacia atrás—. Pensaba que entre nosotros había surgido algo importante y has resultado ser una farsante.

—No sabía lo que era querer hasta conocerte. Por favor, Lad, dame un voto de confianza, déjame demostrarte lo que siento por ti.

—Cuéntame lo de Aldario. —Niega con la cabeza mirándome con desdén—. ¿Qué relación tienes con su asesinato? ¿Por qué viniste a palacio? ¿Qué esperas de mí?

Me doy la vuelta para ocultar mis lágrimas al enfrentarme a su tono hiriente. Está dolido y no se lo reprocho, pero no supero la sensación de pérdida ni soy capaz de afrontar la realidad.

Sin mirarle meto la mano en un hueco oculto en la pared para alcanzar la bolsa impermeable donde guardo las provisiones. Le escucho respirar a unos centímetros de distancia. Lo hace rápido, casi con resuellos estresados. Siento su mirada en la espalda, sus ojos heridos observar cada uno de mis movimientos, su dolor traspasarme la piel.

—Si pudiera dar marcha atrás lo haría todo diferente —musito cogiendo la botella de aluminio vacía y un par de comprimidos para el dolor—. Pero

solo puedo mirar hacia el futuro y rogarte que me perdones.

Me giro para mirarle con los ojos suplicantes.

—Quizás no pueda hacerlo nunca. —Su expresión es de sincera desolación—. Todavía no has contestado a mi pregunta. Quiero saber lo sucedido con Aldario, sabes cómo me ha afectado su muerte y no puedo creerme tu implicación en ella.

—Está bien —acepto con una punzada de inquietud—. Déjame llenar la botella en el lago, tomarme algo para el dolor y quitarme la ropa mojada. Después te lo contaré todo.

—¿Quitarte la ropa? —Su tono se exalta—. ¿Y qué te vas a poner?

Le muestro la bolsa. Es grande y está surtida con mantas, un par de camisetas, calcetines, latas de comida, una linterna, otra arma... Cojo la camiseta más grande junto a una de las mantas y se lo doy.

—Estaré en el otro lado. Cámbiate tranquilo, es importante mantener el cuerpo seco si queremos sobrevivir a la noche. —Sonrío con mucha tristeza acariciándole la mejilla—. Vuelvo enseguida.

Salgo al lago y me parapeto tras la roca para desvestirme. La ropa está acartonada por la humedad y el frío. El pelo todavía no se ha desprendido del agua, aunque ya no gotea como hace un rato. Lo siento enredado y me congela la nuca con gélidos escalofríos.

Me desnudo con rapidez. Una mirada a la herida me alivia un poco la tensión. La cicatriz está intacta, aunque sigue doliéndome debido al esfuerzo. Utilizo el yodo para tintarla y evitar una infección. Después me pongo una venda de las que guardaba en la bolsa.

La oscuridad de la tarde no tardará en dejar la cueva en la penumbra, debo iniciar un fuego cuanto antes y tomarme la medicación para recuperar un poco de agilidad. Me duele muchísimo, siento tirones y me da miedo tener algún desgarró interno después del esfuerzo. Por suerte tengo un botiquín de primeros auxilios en la bolsa y antibióticos para enfrentarme a ello si fuera necesario.

19

Aladi

Las llamas crepitan en un rincón para calentar el espacio. Me gusta la forma en la que danzan en la penumbra, cómo su sombra crea formas en la pared, el olor de la madera que Bell ha rescatado de otro agujero oculto en la pared.

Mis ojos no se despegan de ella. A pesar de la rabia, la desolación y la maraña de sentimientos encontrados que ha provocado sus revelaciones, la atracción de su cuerpo sigue magnetizándome. Lleva el pelo suelto sobre los hombros tapados con una camiseta y la manta encima. Está enmarañado, ondulado, lleno de nudos. Sus ojos contienen notas de dolor, ansiedad y desesperación.

Hace un par de minutos se ha sentado frente a mí cerca del fuego, con una expresión inquieta. Ha dejado la botella de metal entre los dos tras tragarse los comprimidos. Y ahora busca la fuerza para hablar y lanzarme las últimas bombas.

Intento llenarme de energía para aguantar su confesión.

Por mucho que pretenda evitar sentir algo por ella el amor sigue presidiendo mi corazón y soy incapaz de negármelo. Nunca había experimentado este grado de necesidad, esta avidez al estar junto a alguien, esta sensación de caer en el abismo al encontrarme cara a cara con una verdad inesperada.

¿Podré perdonarla algún día?

La rabia se mezcla con la necesidad. Es como si las dos emociones oscilaran en mi interior, como si fueran una peonza en constante rotación.

—Nunca he estado de acuerdo con los actos violentos —musita bajando la mirada hacia las llamas. Deseo encontrar la forma de superarlo, de regresar a sus brazos, de enredarme en su calor. Pero no puedo obviar su implicación en la muerte de Aldario, sus mentiras, cada uno de sus engaños—. A pesar de

lo sucedido con mis padres el odio y la rabia no me ciegan como a varios de los guerrilleros. El dolor es demasiado intenso para pasar a la fase de la ira, nunca la he superado. El afán de venganza no ayuda a sanar, no es más que un reflejo de la condición humana porque, aunque matara a Lobino mis padres no regresarían ni conseguiría borrar sus acciones. Sin embargo, siempre ha estado ahí.

La voz de Isabelle se llena de matices. Es como si a través de sus palabras me mostrara su alma al desnudo para descubrir las heridas que la agujerean.

—Me es imposible imaginarme en tu lugar —admito—. Entiendo tu dolor, pero no tu forma de actuar. Mentir no es la solución ni engañar ni participar en un asesinato, aunque sea de forma indirecta. Deberías habérmelo dicho desde el principio, yo confié en ti.

—Es curioso lo que me ha sucedido contigo. Con Hugh siempre he mantenido mis secretos, era más fácil guardarme algunos recuerdos solo para mí, prefería mantenerlos a salvo de otras personas, conservarlos como si fueran únicos. Pero apareciste y empecé a sentirme vulnerable, a necesitar compartir todos mis recuerdos. Descubrí que hablar de ellos mitigaba el dolor.

—Los secretos solo consiguen alejar a las personas. —Le dedico una mirada penetrante—. Para construir una relación ha de existir confianza.

—A veces cuesta abrirse a la gente cuando llevas demasiado tiempo encerrada en tu interior. —Levanta los ojos hasta posarlos en los míos—. Las pesadillas, mi forma de afrontar lo sucedido los recuerdos... Contigo lo vivo distinto, es como si me ayudaras a soportarlo, como si al hablarlo consiguiera desprenderme de una parte del trauma. Por eso cada una de mis palabras han sido sinceras. Solo te he ocultado una parte.

—Ocultar la verdad también es mentir.

—Nunca te he contado una mentira —insiste ella con ansiedad en la voz—. Te he explicado más de mi vida y mis traumas en seis semanas que a Hugh en quince años. Has conseguido romper mis barreras en un tiempo récord. ¿Puedes intentar entenderme? No me es fácil confiar en los demás.

La entiendo a medias, pero eso no mitiga mi dolor.

Cada uno de los brillos opacos de sus ojos, esa forma de hablar, el arrepentimiento en su mirada y los gestos callados que muestran una desesperación parecida a la mía me inducen a acunarla entre mis brazos. Sin embargo, el escozor de la traición sigue impune en mi interior y arrasa con todo lo demás.

—Debería escuchar la historia completa antes de contestar a tu pregunta. —Compongo una expresión seria—. Tuviste algo que ver en la muerte de Aldario, estás en palacio para espiarme, formas parte de la guerrilla... ¿Por qué debería creerte cuando me dices que me quieres? ¿O que intentas salvarme la vida? —Sacudo la cabeza con una negación—. ¿Y si es todo parte de tu misión? No puedo confiar en ti, has demostrado ser una mentirosa.

—Aldario fue solo un escalón hacia la victoria de Heny. —Gira la cara hacia la pared para evitar que vea sus lágrimas—. Hace demasiados años que sus planes fracasan una y otra vez, no hay forma de enderezar la situación, siempre pasa algo y los desbarata. Esta vez solo lo conocían tres personas: Hugh, Heny y el hombre que asesinó a tu hermano.

—¡Y tú! —Se me escapa un chillido agudo—. ¡Lo sabías!

—Porque me acostumbé a escucharlos a hurtadillas —admite con una inspiración larga y profunda—. La casa de la montaña es el cuartel general de la guerrilla, allí se decide el destino de las acciones en contra de los reyes, cada uno de los atentados, las revueltas del pueblo, las operaciones destinadas a recuperar el trono para Heny. Cuando hablan de cosas serias suelen desconectar las cámaras, pero yo sé cómo acceder a ellas y encenderlas. Siempre he intentado enterarme de todo, es importante para mí conocer hasta la última coma de los planes. No siempre lo logro y muchas veces utilizan el búnker del sótano para hablar de los temas más secretos porque ahí no hay ningún tipo de escucha, pero me entero de muchísimas cosas.

—Además de mentirosa eres una espía —suelto con sarcasmo—. ¡Vaya combinación!

—No seas tan duro conmigo. Mi vida no ha sido fácil.

—¿Y te crees que la mía sí? —Me levanto preso de una ira descabellada—. ¡Ser un príncipe también tiene su punto de mala leche! Pero claro, como yo no tengo un trauma no se me puede considerar jodido. ¡Total! ¡A mí solo me han tocado unos padres cabrones!

Exploto al son de la cólera que me invade con absoluta autonomía. Camino hacia la salida del espacio que compartimos, arropado con la manta, arrastrándola, encadenado a mi necesidad de escapar, de encontrar un resquicio de paz.

Ella se levanta en silencio.

—Cada uno ha de superar las adversidades como puede —susurra siguiéndome hasta pararnos frente a la laguna—. Es muy difícil ponerse en el sitio de los demás.

—¡Tú llevas seis putas semanas mintiéndome a la cara! —Me doy la vuelta para encararla con rabia—. ¡No has intentado ver las cosas desde mi perspectiva ni una sola vez!

—Te equivocas. —Aprieta los músculos faciales en un rictus de total padecimiento—. No he dejado de intentar cambiar mis sentimientos por ti, de luchar contra ellos, de racionalizarlos. Pero nada consigue quitarte de mi corazón. —Sube el tono de voz a medida que las lágrimas le humedecen los ojos y ella las retiene ahí con un derroche de control—. Contigo he trasgredido todos y cada uno de mis límites, te he hablado de mi pasado, te he traído aquí, he traicionado a los míos para salvarte la vida, incluso me expongo a morir por ti.

—¿Y esperas un agradecimiento? —Niego con la cabeza dando un paso hacia atrás para apartarme de ella—. ¿Qué me lance a tus brazos como si no hubiera pasado nada? ¡Joder Bell! ¡Tuviste algo que ver con la muerte de mi hermano!

Las lágrimas brotan de sus ojos y sus rasgos se llenan de tal desesperación que necesito apartar la vista de ella para no derrumbarme.

Varios sentimientos me vapulean sin piedad.

Ira, amor, resentimiento, deseo, necesidad...

Me aparto de ella, camino hacia otra parte de la cueva y pongo una distancia necesaria para intentar lidiar con mis emociones contradictorias, con mi deseo, con la avidez que me lleva a soñar con un futuro diferente al que ha de ser.

—Lo de Aldario fue para convencer a tu padre de que abdicara en Heny. —Estoy de espaldas a ella y su voz se apodera de mi cuerpo haciéndolo temblar—. Hay alguien de palacio que ha traicionado a tus padres, gracias a esa persona supieron que existen tres puertas secretas para entrar a los pasadizos que nadie conoce, ni siquiera Lobino. Es alguien muy cercano a tu padre, lo suficiente para acceder a los planos que el rey guarda en su caja fuerte. Él utiliza los túneles muy a menudo. Y por primera vez la guerrilla tenía un plan infalible.

—¿Puertas secretas? ¿Planos? ¿Traiciones? ¿Mi padre usando los túneles? —Me doy la vuelta con una aceleración de mi ritmo cardíaco—. ¿De qué coño estás hablando?

—El rey de Aldabia tiene una doble vida, ¿no lo sabías?

—¡Deja de tocarme los huevos y dime la verdad de una vez!

—Te la estoy diciendo. Tu padre tiene una amante en la ciudad y pasa

muchísimas noches fuera de palacio. Utiliza esas puertas secretas para no dejar rastro al entrar y salir.

Está bromeando...

¿Mi padre se acuesta con otra mujer?

¡Es imposible!

Es un tirano bastardo, pero no un adúltero...

—¿Intentas trolearme?

—Para nada. Es la verdad.

—¿Y se supone que debería creerte? —Chasqueo la lengua produciendo un sonido desagradable—. ¿Eso es lo que pretendes?

—Tu padre lleva más de veinte años viendo a su amante. —Se sienta en el suelo, cerca de la orilla del lago, y pone una mano en el agua creando ondas en la superficie—. Nunca ha trascendido porque tienen mucho cuidado, pero es cierto. —Levanta la mirada hasta mis ojos—. Me merezco que estés enfadado, pero te he demostrado mi confianza. Créeme, por favor.

Camino hasta ella y me siento a su lado.

El corazón me late muy fuerte en mil sitios del cuerpo, respiro con resuellos estresados y siento cómo mi mundo se resquebraja a marchas forzadas. De los muchos defectos de mi padre nunca imaginé este.

—¿Tengo más hermanos? —pregunto un poco más calmado.

—Dos chicas. —Asiente—. Son mucho más jóvenes, tienen doce y diez años.

—¡Es imposible! —Vuelvo a cerrarme en banda al escuchar esta última afirmación—. No se puede guardar un secreto así.

—Si esto fuera una democracia quizás se sabría, pero con unos monarcas autoritarios...

No hace falta que termine de explicarme la situación, soy capaz de delinearla en mi mente sin necesidad de escucharla de sus labios. En Aldabia se cumple la ley impuesta por mis padres a rajatabla. Cualquier persona que se oponga al régimen de forma abierta acaba arrestada, muerta o confinada de por vida en la cárcel de alta seguridad que se oculta en una parte del bosque, donde nunca más ve la luz del día.

—¿Dónde viven?

—Ella en Benetxu. —Cierra los ojos con una espiración. Al abrirlos los fija en los míos con pena—. Las niñas están internas en colegios de Suiza para mantenerlas alejadas de Aldabia y evitar filtraciones. Su madre las visita durante las vacaciones.

—Que vida más triste...

—Nos lo contó el traidor, la persona que está ayudando a Heny desde dentro —explica—. No tengo ni idea de quién es ni qué busca, pero su información es fiable. Ahora Heny la tiene en su poder y con ella puede derrocar a tu padre.

—Sigo sin comprender la necesidad de matar a Aldario.

—Era una medida de presión. —Isabelle quita la mano del agua y la seca en la manta—. Por primera vez en muchos años Heny tenía una ventaja y fue a hablar con tu padre para pedirle su abdicación y reinar él. Pero tu padre lo trató con desprecio. Le dio igual que supiera lo de su amante. Heny se cabreó, necesitaba hacerle entender hasta dónde estaba dispuesto a arriesgar para conseguir sus objetivos.

—Por eso mandó las amenazas y acabó enviando a un asesino a en palacio —susurro con una claridad de mente devastadora—. La muerte de Aldario dejaba claro el mensaje.

—Exacto. —Asiente aumentando mi taquicardia—. En una de las reuniones con los jefes de la guerrilla se decidió mandarme a palacio con la misión de comprobar si eras maleable, si llegado el momento ibas a aceptar un trato con Heny. Su impresión era que se te podía comprar y era un buen medio para acceder al trono de forma lícita una vez derrocado a tu padre.

—¿Y cuál era tu intención? ¿Querías conquistarme para ponerme del lado de los traidores? —Intento que no se me quiebre la voz al pronunciar las dolorosas preguntas—. ¿Pensabas usar mis sentimientos para convencerme?

—Me has mostrado un Aladi diferente al que imaginé. Llevaba un par de meses preparándome para la misión, sabía que Aldario no sería mi objetivo desde el inicio, aunque nunca me dijeron que sería por su muerte prematura. No descubrí la conspiración para asesinarlo hasta tres semanas antes de ir a palacio. Y no me pareció bien, pero no podía hacer nada para impedirlo.

—Eso no es cierto. Tenías mil formas de avisarnos, podías haber hecho algo.

—Entonces estaría muerta.

Esa realidad me abofetea con fiereza.

Muerta...

Pensar en un futuro sin ella, en no haberla conocido, en no volver a verla...

—No entiendo por qué quieren matarme a mí ahora.

—Por mi culpa. —Cierra los ojos apretando los labios—. Hace un par

de semanas le pasé un informe a Hugh en el que alababa tus cualidades para convertirte en un príncipe capaz de devolver la libertad al pueblo. Le dije que eras la mejor opción para heredar el trono. —Abre las pestañas despacio y leo tristeza en sus ojos—. Él piensa que solo Heny está preparado para acatar ese destino y necesitamos convencer al rey de esa realidad dejándole sin descendencia. En el hospital me dijo que le había mentido. De alguna manera se enteró de mis sentimientos por ti.

—¿No entiendo cómo puedes defender a gentuza así! ¿No te das cuenta de que te manipulan? Quizás mi padre no iba desencaminado con Heny.

—Es posible —admite con ansiedad—. No dejo de darle vueltas a las palabras de Hugh y a lo que me has contado de tu padre. ¿Y si Heny solo quiere poder y dinero? ¿Y si es verdad que nos ha engañado a todos?

—¿Por eso me has salvado? ¿Para limpiar tu conciencia?

Recibe esa última afirmación con una rotura total de su mirada. Se acerca, me coge las manos y sus ojos buscan los míos. Están húmedos, llenos de dolor.

—No tengo claro cómo está mi conciencia ahora mismo ni qué va a ser de mí después de esto. Lo único que sé es cuánto me importas. Cuando Hugh me pidió que no interviniera la próxima vez que actuaran contra ti no dudé en salvarte porque me importa más conservarte con vida que mantener mi lealtad al hombre que me ha cuidado durante quince años.

—Me gustaría poder creerte.

—Te amo, Aladi. —Todavía acerca más su cuerpo al mío, estremeciéndome—. Eres lo más importante para mí. Jamás pensé en sentir algo parecido. La idea de valorar más la felicidad de otro que mis ideales era impensable hace unas semanas.

Me levanto en un movimiento brusco.

Si sigo aquí sentado junto a ella, escuchando su voz suave, melódica, llena de notas que me calientan el cuerpo y el corazón, me voy a dejar llevar por mis sentimientos y no puedo hacerlo.

He de ser frío, pensar antes de actuar, tener claras las implicaciones de mis actos.

—Estoy congelado. —Me adentro en el recodo donde el fuego crepita en la incipiente oscuridad de la tarde—. Y cansado de escucharte. No tengo ni idea de cuál es tu plan para mantenerme a salvo, pero desearía descubrirlo.

—Copié los planos de los pasadizos —explica siguiéndome—. Los fotografié. Sé cómo entrar en palacio para explicarle a tu padre la verdad. Si

conocen la forma en la que entran podrán vigilar las puertas y estarás a salvo.

—Eso no tiene sentido. Mi padre sabe cómo han entrado... Él conoce la existencia de esas puertas secretas, ha de haber atado cabos.

—Puede... —Asiente pensativa—. Tengo una teoría. Para mí fue muy extraño que atraparan a dos miembros de la guerrilla entrando por la puerta blindada a los pasadizos. Creo que fue una forma por parte de Heny de disimular que conoce la existencia de las otras entradas.

—Tiene sentido —acepto—. ¿Y ahora qué?

—Si conseguimos salir de las montañas sin que nos cojan te dejaré en palacio con una copia de los planos y desapareceré de tu vida para siempre si así lo deseas.

—Será lo mejor.

20

Isabelle

Me gustaría que intentara retenerme, pero se separa de mí, me da la espalda y se queda unos instantes en silencio, como si necesitara mantener las distancias conmigo.

—¿Cómo conseguiste el trabajo? —Se da la vuelta de repente para mirarme con los ojos brillantes, heridos, llenos de ansiedad—. No entiendo cómo mis padres accedieron a meter a una desconocida en mi cama.

—Fue mucho más sencillo de lo que piensas. —Avanzo hasta quedarme a poca distancia de él, con necesidad de sentir su calor, de respirarle, de mantenerle tan cerca que casi pueda escuchar su pulso a través del silencio—. Hugh investigó las costumbres de Lobino en sus horas libres y descubrió que suele pasarse por un pub los sábados por la noche. Sin decirme nada me llevó allí en una de nuestras salidas de socialización y se acercó a él en la barra. Empezaron a hablar, una cosa llevó a la otra y mi padre adoptivo acabó hablándole de mí a Lobino. Me señaló y le dijo: «mi hija es el arma perfecta para mantener lejos el peligro. Si tuviera que proteger a alguien veinticuatro horas al día no lo dudaría, duerme con un arma bajo la almohada desde que es una niña. Y sabe usarla». Sabía que le acababa de dar una idea para las amenazas de palacio. Un par de semanas después Lobino llamó a nuestra puerta para proponernos el trabajo.

—Hugh lo convenció de que había sido idea suya... —Sus ojos recorren mi rostro con avidez y me estremecen acelerándome tanto la respiración que apenas soy capaz de ocultar los resuellos.

—Es muy listo. Siempre lo ha sido.

—La conversación debió ser muy convincente porque estás aquí.

—Hugh sabe ser muy persuasivo. —Doy un paso para reducir todavía más la distancia entre nuestros cuerpos, rozándole, sintiéndole, necesitándole

—. Cuando quiere convence a cualquiera de sus ideas y le hacer creer que han salido de él.

—Vivir con alguien como Hugh te ha ayudado a convertirte en una mentirosa. —Escucho su respiración acelerada—. Te ha enseñado mucho más que a valerte por ti misma.

Me acerco todavía más a él, hasta invadir por completo su espacio vital. Mi corazón acelerado repica furioso en la sien.

Suelto una espiración audible ante nuestro repentino silencio.

Nuestros ojos parecen conectados con un hilo invisible y se hablan sin necesidad de palabras, dejan escapar las emociones que nos invaden, llenan el vacío de párrafos con largas confesiones calladas.

No podemos luchar contra los sentimientos que flotan en el ambiente y lo cargan con iones positivos y negativos a punto de chocar para crear una descarga automática que nos alcanzará con la onda expansiva.

Levanto la mano para pasear los dedos por su pelo, pero él la intercepta a medio camino agarrándola por la muñeca.

Da un paso atrás, crispando los labios y los dedos.

—¿Tienes algún plan para salir de aquí con vida? —musita casi sin voz—. Si los hombres de la guerrilla me quieren muerto no descansarán hasta encontrarme. Y estamos en su territorio.

—Peinarán la montaña si Gustav y los suyos no han conseguido detenerles. —Consulto mi reloj de pulsera para distraerme con algo y no mostrar la dolorosa frustración que me invade—. Ojalá tuviéramos la certeza de que no interceptan las llamadas. Pero no te preocupes, también es mi terreno, me conozco esta montaña palmo a palmo. No dejaré que nos cojan.

Se sienta frente al fuego dándome la espalda, con la mirada varada en las llamas.

Mi deseo crece con cada segundo de separación, mi cuerpo anhela su calor, mis labios suspiran por unirse a los suyos. No soporto estar alejada de él, sentir su enfado, ver cómo me excluye de su vida.

Si sigo mirándole me lanzaré a por él.

Salgo del espacio compartido para caminar hacia el lago. Me siento en la orilla, levanto los brazos con la manta agarrada en ambas manos y me rodeo el cuerpo con ellos para sentirme reconfortada cuando las primeras lágrimas asoman.

No me siento orgullosa de mi forma de actuar con Aladi, debí confiar en él hace tiempo, contarle toda la verdad, no dejar que las cosas llegaran tan

lejos. Fui una cobarde y ahora voy a pagar con creces mi falta de valentía a la hora de darme por completo a lo nuestro.

Mi vida no ha sido fácil ni descubrir cómo es el amor. Nunca imaginé que existiera un sentimiento tan intenso. No me creía capaz de experimentar esa paleta de estremecimientos cada vez que le tengo cerca, de desear permanecer para siempre junto a él.

Cierro los ojos y recuerdo a mis padres. Solían compartir risas, confidencias, cariño y una conexión más allá de la razonable. De niña, antes de perderlos, soñaba con encontrar un amor así algún día, con ser la princesa de un cuento de hadas.

Una sonrisa amarga me llena los labios.

He encontrado a mi príncipe azul, uno real al que amo con locura. Y por culpa de mi inexperiencia lo he alejado de mi lado para siempre.

Si pudiera cambiar mis decisiones le recuperaría, pero ya es tarde para eso, debo aceptarlo, dejarlo a salvo en palacio y empezar una nueva vida lejos de Aldabia.

No me queda otra opción.

Suelto una exhalación cargada de dolor.

En un día lo he perdido todo. A Aladi, a Hugh, a la vida en la montaña...

Debo empezar reinventarme en algún otro lugar, desear la felicidad de las personas a las que amo y dejarlas atrás para permitirles conseguirla. Aunque me parta el alma y mi corazón solo sea una sucesión de jirones maltrechos que apenas logran palpitar con soltura.

Solo hay algo que necesito hacer antes de irme para siempre de mi país natal: abrir la caja de mis padres, enfrentarme de una vez por todas a su recuerdo, no dejarme amedrentar más por el dolor y ser fuerte.

Llevo demasiados años posponiendo la despedida definitiva y ha llegado la hora de enterrar el dolor para afrontar la curación. He de recuperar la caja y abrirla de una vez. Necesito guardar su contenido para dar por finalizado el luto.

Después estaré lista para partir.

La oscuridad de la noche es absoluta cuando regreso al refugio guiada por mi profundo conocimiento del lugar. Aladi sigue junto al fuego, pero ahora está sentado con la espalda apoyada en la pared, un poco más alejado de la entrada que antes, con la mirada perdida en mí, observándome en silencio.

—Deberíamos comer algo e intentar dormir —digo acercándome a la bolsa—. Mañana será un día muy largo, necesitamos recuperar fuerzas.

Se permite una débil sonrisa mientras asiente para aceptar mi propuesta. Me duele su falta de palabras, la ausencia total de la comunicación de siempre.

Saco la linterna de la bolsa, un par de latas de crema de verduras, un cazo, dos cucharas y dos barritas energéticas. Me acerco al fuego, vacío un poco de agua en el cazo, pongo las latas al baño maría para calentarlas y recojo la botella metálica.

—Vigila nuestra comida —digo encendiendo la linterna—. Voy a por más agua.

Vuelvo a la laguna iluminándome el camino. Mis sentimientos parecen los filos de una cuchilla lacerándome la piel. Duelen, abren otra vez las heridas y me obligan a replantearme el futuro. No puedo regresar con Hugh ni recuperar esa parte de mi vida. Debo irme lejos de aquí, sin recuerdos, sin ataduras, sin pasado. Pero dejar a Aladi me parece una hazaña demasiado valerosa para mí en este momento.

Las caras sonrientes de mis padres ocupan un instante mi mente. Los ocho años con ellos fueron los más felices de mi vida, se llenaron de instantes maravillosos, de conversaciones, de risas, de juegos. Deseo vivir algo semejante con Aladi y no me imagino con otro hombre.

Quizás el tiempo lo cure todo de verdad y mitigue este sentimiento que ahora me desgarras.

Al levantarme y caminar de regreso al lado de Aladi me asalta la inquietud. Pasar la noche con él sintiendo la distancia impuesta por los últimos acontecimientos será lo más difícil que he hecho nunca. La idea de perder lo que jamás pensé tener me parte el alma, pero no hay otra salida, no puedo obligarle a perdonarme.

Me detengo en la entrada con la linterna apagada. Mi corazón palpita en el silencio llenándolo de latidos ansiosos. Me cuesta respirar con normalidad, el dolor me ahoga. Estar cerca de Aladi sin poder trocarle es la peor de las penitencias. Y pensar que hace muy poco no soportaba el contacto humano...

—Te he dejado la crema calentita ahí. —Señala con el dedo cuando me ve entrar—. Está buena. Tiene un gusto final que no sé reconocer. ¿Quizás a romero?

—Gracias, es la mejor marca de la tienda.

—Pues deberías felicitar al dueño por su elección. Tiene muy buen gusto.

¿Cuándo hemos decidido hablar entre nosotros como si fuéramos dos extraños? ¿Por qué ya no hay esas notas cariñosas de siempre? ¿O de nuestros

juegos? ¿De verdad vamos a comportarnos cómo si no nos conociéramos? ¿A conversar acerca de la marca de la lata de comida?

Sentada a una distancia prudencial de él como en silencio porque la idea de pronunciar otra frase demasiado plana me destroza. Con Aladi quiero pasión en cada palabra, enredarlas para parecer graciosa, picante, divertida... Pero hablar de lo buena que está la crema de verduras, del tiempo, de la humedad en el ambiente, de la marca de comida que compro...

Prefiero callar a seguir por ese camino insulso.

La barrita energética es de frutos rojos. La saboreo despacio, llenándome la boca con uno de mis sabores preferidos, olvidando la situación, intentando encontrar la manera de soportar el abismo entre los dos.

Solo se escucha la respiración alterada de Aladi, el crepitar de la madera al arder, mi corazón acelerado.

Está de espaldas a mí, con la vista en las llamas.

Observo su postura encogida, el lenguaje corporal que anuncia su estado, su inmovilidad, y siento cómo la rotura de mi corazón alcanza las fibras nerviosas para iniciar un temblor en el cuerpo.

Le doy un sorbo al agua, la dejo a un lado y suspiro.

—Mañana a primera hora rastrearé un poco el bosque para ver si hay peligro —digo buscando una postura cómoda para dormir—. Espero que Gustav y sus hombres hayan conseguido avisar a palacio para tener una posibilidad de salir del bosque con vida.

—¿Y si no lo han hecho?

—Entonces esperaremos aquí hasta que Lobino note nuestra ausencia y buscaremos la forma de ponernos en contacto con él.

Ojalá eso no suceda. Hay alimentos para un par de días más, pero estar encerrada con Aladi tanto tiempo con esta frialdad entre nosotros puede destruirme. Es más de lo que mi corazón puede soportar.

—Buenas noches. —Cierro los ojos para intentar llamar al sueño—. Descansa, mañana seguro que podremos llegar a palacio.

—Hasta mañana. —No se levanta para caminar hasta mí ni para estirarse a mi lado ni para compartir nuestro calor corporal.

Tardo una eternidad en caer dormida. Me paso más de dos horas escuchando los sonidos de la noche, esperando a que Aladi se decida a dormir a mi lado, suplicando en silencio por recuperar nuestra sintonía, pero le oigo estirarse al lado del fuego y mi esperanza se convierte en la dolorosa constatación de que le he perdido para siempre.

Mis sueños son revueltos, con pesadillas punzantes acerca del pasado y el futuro.

Me despierto de golpe empapada en sudor, con el estómago revuelto y lágrimas en los ojos. El fuego está intacto, ilumina este pedazo de cueva y nos calienta en la fría noche aldabiana. Me incorporo, busco apoyar la espalda en la roca y doblo las piernas colocando los pies en el suelo para envolverme formando un ovillo con el cuerpo.

¿Por qué acepté la misión de palacio? Mis razones me parecieron correctas entonces. Podría conseguir una licenciatura en Stanford, salir de Aldabia, empezar una nueva vida y dejar mi país en manos de Heny, una persona capaz de liderar el cambio necesario para convertirlo en una democracia. Ahora me pregunto si eran suficientes porque el precio a pagar por ellas es demasiado alto.

Las horas avanzan hasta que las primeras luces del alba se cuelan por las aberturas del techo. Ya no quedan más que ascuas en la hoguera, pero no me atrevo a avivar el fuego para no despertar a Aladi. Llevo un par de horas observándolo en silencio, acompasando mi corazón a su respiración.

Con una frenética necesidad de saber cómo afrontar lo sucedido, repaso las opciones reales que tenemos de salir con vida de esta. Hugh es un gran rastreador, si los hombres de Lobino no han venido a buscarnos salir de la cueva es una locura. Pero no podemos quedarnos aquí eternamente...

Busco un par de barritas energéticas en la bolsa, le dejo una a Aladi a un lado de su cuerpo y mastico la mía despacio, acompañándola con abundante agua para saciarme cuanto antes.

Sin hacer ruido recojo mi ropa colocada en una de las piedras junto al fuego, las botas de montaña, un cepillo de dentro de la bolsa y me escurro hasta la laguna para asearme un poco. Ha llegado el momento de arriesgarme a salir para ver si soy capaz de calibrar la situación.

Es una pena que entre las cosas de la bolsa no se me ocurriera guardar un móvil de tarjeta prepago para llamar a palacio y averiguar lo sucedido ayer en casa de Hugh.

La ropa está rasposa, acartonada, áspera, pero ya no está mojada. Me abrocho las botas sentada en una roca, me cepillo el pelo, lo peino con una coleta alta y recorro los pasadizos hasta llegar a la entrada de la cueva.

Me quedo agazapada en un lado durante unos segundos, atenta a los sonidos del exterior. Mis años de entreno me ayudan a discernir la serenidad de estos parajes. No hay nadie cerca, puedo salir sin miedo a que me

encuentren.

Mantengo los sentidos alerta mientras me adentro en la espesura del bosque con sigilo. Cualquier ruido sospechoso me advertirá enseguida del peligro.

Hace frío, el rocío llena las hojas de gotas de agua blanquecinas. Me arrebujó con el polar que llevaba ayer por la tarde y repelo los embistes del viento intentando no despertar el castañeteo de mis dientes. Necesito mantener mi posición en secreto y recorrer la distancia hasta mi casa sin dejar rastro. Es importante saber qué sucedió con Gustav y sus hombres.

Tardo cerca de dos horas en llegar a un cerro desde el que se divisa la casa sin necesidad de bajar hasta ella. Me agacho para evitar que me vean y observo todos los flancos para cerciorarme de que no es peligroso acercarme.

Los coches de palacio no están aparcados en su sitio ni hay rastro de cuerpos sin vida en el embarcadero ni de otros vehículos.

Si tuviera conexión a internet conseguiría conectarme a las cámaras interiores, pero solo cuento con lo puesto.

Durante media hora me dedico a calibrar mis opciones. Podría bajar para entrar en la casa, pero no tengo garantías de la ausencia de hombres de Heny en su interior y Hugh tiene cámaras en todas las estancias. Mi única acción posible es entrar en el túnel que hay a pocos metros del cerro y recorrerlo hasta el sótano. Me conozco la casa, sé dónde están los controles de las cámaras, podré entrar sin ser vista para descubrir quién hay dentro.

Repto hasta la entrada del túnel. Hugh construyó tres en diferentes sitios para preparar la huida en caso de necesitarlo. Este está escondido en una cueva, tras su abertura natural. Hace mucho frío en su interior, huele a humedad y apenas me veo al no querer encender la linterna por si hay alguien vigilando agazapado en las sombras. Avanzo con una mano recorriendo la pared y los pies deslizándose con lentitud por la roca, descubriendo cada pedazo de suelo, asegurándome de no resbalar.

Llego a la puerta que se esconde tras el armario del sótano con relativa facilidad. Me asusta cuando las cosas son tan sencillas, por eso todavía soy más precavida antes de abrir la puerta. Pego el oído a la madera, escucho durante unos minutos y cuando me cercioro de que no hay nadie al otro lado la abro muy despacio.

Hugh no instaló cámaras en el sótano, entrar o salir de él es difícil sin la combinación de la puerta blindada que da acceso al recinto donde están las pantallas que reproducen las grabaciones de la casa y esconden los secretos

de mi padre adoptivo.

Tengo esa combinación. Hace años le espíe para averiguarla mientras él la tecleaba y ahora me va a venir perfecto porque me permitirá acceder a la casa después de trucar las cámaras para engañar a mis compañeros de la guerrilla.

Mi cabeza no deja de trabajar con frialdad, la aprendida durante años de entreno, pero mi corazón se empeña en desestabilízame. Lo he dejado todo por Aladi, he apostado por él, le he puesto enfrente de las personas que me han acompañado durante estos años y lo he hecho si pensar demasiado, acatando enseguida mis sentimientos, luchando por un pedacito de felicidad.

Y al final me voy a quedar sola.

Una vez dentro del sótano dejo atrás la entrada al bunker y camino hacia la mesa con cámaras de seguridad que reproducen las estancias de la casa. No hay rastro de presencia humana en ella, está a oscuras, vacía, ausente de los guerrilleros.

21

Aladi

Abro los ojos despacio, moviéndome para desentumecer las articulaciones tras dormir sobre la dura superficie de roca. La luz se cuele por los orificios del techo dándole relieve al espacio donde hemos pasado la noche.

Me enderezo frotándome los ojos.

Isabelle no está, me ha dejado una barrita energética y la botella de agua al lado.

—¿Bell? —digo en voz alta para saber si se ha ido al lago.

Solo me contesta el silencio.

Desenvuelvo la barrita para mordisquearla. Las tripas rugen con necesidad de llenarlas de alimento. Le doy un par de sorbos al agua y agudizo el oído para intentar percibir algún movimiento de ella.

El enfado resurge al recordar el día de ayer, su confesión, cada una de las revelaciones. Y luego aparecen sus ojos en mi mente, la ocupan, la llenan, la iluminan. Esa mirada herida ante mis rechazos, ese brillo opaco al explicarme cómo no dudó a la hora de elegirme frente a su padre adoptivo, el dolor que emitían al enfrentarse a mis reacciones.

Me levanto para buscarla. La echo de menos, esta noche he anhelado el calor de su cuerpo junto al mío, escuchar su respiración acompasada a mi lado, ser su salvador durante las pesadillas.

Pero me ha herido demasiado para perdonarla sin más.

La ropa de ayer está seca y el fuego se ha extinguido por completo. La suya no está.

Vestido con los vaqueros, la camiseta y mi polar salgo al lago.

—¿Isabelle? ¿Dónde estás?

No hay rastro de ella en la ancha galería donde la luz de la mañana crea una majestuosa sensación de paz. El sonido del discurrir del agua es sereno y

me despierta un deseo insano de ir al baño.

¿Y si ha salido al bosque?

Camino en silencio por los pasadizos que culminan en el exterior. No debería salir, es peligroso, pero necesito saber si está ahí y encontrar un árbol donde aliviarme.

Antes de dar un paso fuera de la cueva mantengo mis sentidos alerta por si no es seguro. Doy un par de pasos, la busco con la mirada y compruebo que sigo sin encontrar rastros de su presencia.

Unos minutos después estoy de regreso en el refugio de Bell, sin tener ni idea de dónde ha ido o de por qué me ha dejado solo.

Paso un rato caminando alrededor del lago antes de decidirme a realizar mis movimientos de Tai Chi para ocupar el tiempo. Desde que la conozco empiezo el día así, con ella a mi lado, y me ayuda a encarar la jornada con una energía perfecta.

Al terminar la tabla me desnudo para asecarme en el lago. Hace mucho frío, tiemblo al lavarme con el agua congelada que despierta mis sentidos con rapidez. Como no tengo toalla utilizo la camiseta con la que he dormido para secarme, sin dejar de proferir gritos.

Vestido de nuevo con mi ropa me muevo para deshacerme de los temblores que todavía sacuden mi cuerpo, revitalizándolo.

¿Dónde está Isabelle? ¿Me ha dejado solo? ¿Ha ido a por ayuda? ¿Fui demasiado duro con ella anoche?

El recuerdo de sus besos, de su sonrisa y de su voz me invade. Ojalá nunca me hubiera mentido y pudiera estar convencido de sus sentimientos. Ojalá no sintiera su traición perforarme el alma con el agresivo dolor que me agrieta el corazón. Ojalá pudiera perdonarla.

La necesito a mi lado.

Si entendiera cómo funcionan los sentimientos...

La falta de Aldario me vuelve a desgarrar. Él solía ayudarme a centrar mis emociones, era más templado, más capaz de no dejarse llevar por las pasiones para analizar cada detalle con racionalidad. Si estuviera vivo podría comprender lo que me ha sucedido con Isabelle gracias a sus consejos certeros, pero ya no puedo contar con su compañía ni con sus sabias palabras ni con las rutinas compartidas.

Y una parte de culpa de esta falta la tiene ella.

Isabelle.

Mi Bell.

Debo encontrar la forma de ordenar mis sentimientos, de saber cuánto de lo vivido con ella ha sido real, si la creo, si podré perdonarla algún día.

La ira vuelve a invadirme. Participó de forma pasiva en el asesinato de Aldario. Ella lo sabía y no hizo nada para detenerlos, es tan culpable como el que hundió el filo del cuchillo en el cuerpo de mi hermano. Y vino a palacio para espiarme.

¿Me enamoró a propósito? ¿Es una cabrona sin sentimientos capaz de engañarme? ¿Me ha dejado aquí por alguna razón oculta?

Es una gran actriz, lo ha demostrado con mis padres, en las recepciones, en las salidas oficiales...

¿Puede haber fingido conmigo? ¿Eran ciertos sus besos, sus caricias, sus te amo?

Los míos nunca han sido tan reales. Con otras mujeres solo sentía una milésima parte que con Isabelle y me gustaría poder creerla, poder seguir a su lado sin el conocido agujonado de la traición perforándome el corazón.

Regreso a la zona donde hemos dormido, al reducto donde no me alcanza la humedad ni las paredes mojadas ni las estalactitas ni las estalagmitas ni el sonido del agua. Es el segundo santuario de la mujer que se ha apoderado de mi alma para ocupar cada resquicio de mi cuerpo.

Ojalá pudiera sacarla de ahí, borrar su esencia, el calor de su cuerpo, la pasión de sus labios, la cadencia de sus gemidos.

Cuando se vaya me condenaré al dolor eterno porque es la mujer de mi vida, a pesar de mi decisión irrevocable de echarla de mi lado cuando termine esta locura.

Con un arranque de rabia vuelco la bolsa con sus cosas en el suelo en busca de algo que me ayude a descifrarla, a saber si me ha engañado, a aferrarme a una esperanza.

Veó cómo caen los objetos y se desparraman por el suelo. Comida, un par de mantas, una brújula, sobres de café instantáneo, azúcar, leche en polvo, un cepillo de pelo, otro de dientes, una taza, cubiertos, cerillas... Nada que indique su verdadera intención conmigo ni un indicio que me ayude a interpretar sus propósitos ocultos.

Nada.

Pateo la bolsa con fiereza para descargar sobre ella toda mi rabia y mi frustración.

Tardo un rato en calmarme lo suficiente para empezar a pensar con coherencia de nuevo. Necesito una taza de café caliente, encender otro fuego,

trazar mis próximos pasos y decidir si salgo a buscarla, si regreso a palacio o si ha desaparecido para siempre siguiendo mis peticiones de anoche. Y, sobre todo, necesito encontrar la manera de vivir sin ella a partir de ahora.

Un escalofrío recorre mi espina dorsal antes de que se inicien temblores en mi cuerpo. Estoy congelado, amorado y destrozado.

En un recodo encuentro la leña, es el mismo de dónde ella la sacó ayer por la noche. Me armo con las cerillas, enciendo una pastilla de fuego instantáneo colocada bajo los troncos y no tardo en ver las llamas crepitar al son de un aire invisible.

Necesito café, litros de cafeína que me ayuden a despejarme.

Lleno el cazo con agua de la botella y lo sostengo por el asa sobre el fuego hasta que empieza a hervir. La echo en la taza, rasgo el sobre de café instantáneo y con una cuchara remuevo un poco. Huelo la taza humeante antes de llevármela a la boca para llenarla con el amargo sabor del café.

Mantenerme ocupado me ayuda a aplacar la ira por momentos, aunque sigue ahí, unida a la confusión, a la punzante sensación de haber sido traicionado por la mujer de la que me he enamorado sin remedio.

Miro el café asqueado. Me iría bien algo más fuerte para emborracharme y mitigar el dolor, aunque me reconforta y calienta mi cuerpo aterido.

Paso un par de horas mirando el fuego, oscilando entre la rabia, la ansiedad, la necesidad de tenerla entre mis brazos, el recuerdo de sus palabras y la indecisión sobre mis próximos pasos.

¿Y si me ha abandonado a mi suerte?

Escucho unos pasos acercándose y me enderezo alarmado, sin tener ni idea de quién camina por las galerías hacia la laguna. Por mi mente cruza la horrible posibilidad de que sean hombres de Heny alertados por Bell.

¿Me ha traicionado?

En la bolsa no estaba la pistola que Isabelle recuperó de debajo del embarcadero ni la que sacó ayer de allí. Recorro el lugar con la mirada para cerciorarme de que no tengo ningún arma con la que defenderme. Tampoco encuentro una forma de esconderme ni de borrar mi rastro. El fuego me delatará.

Los pasos están cada vez más cerca.

Aprieto los puños, me levanto y me tenso para preparar mi cuerpo para un posible final.

—Soy yo. —Suelto el aire al verla entrar con una mochila a la espalda. Camina un poco encorvada, como si el dolor en la herida se hubiera

intensificado.

—¿Dónde has estado? —suelto airado—. ¡Pensaba que me habías dejado tirado!

—He ido a mi casa en misión de reconocimiento. —Se sienta apoyando la espalda en la pared y coloca la mochila enfrente, entre sus piernas levantadas. Está pálida, con gotas de sudor en la frente y una mueca de sufrimiento—. Tengo un móvil seguro, algo más de comida, ropa y mala noticias.

—¿Qué ha pasado?

—Gustav y sus hombres no resistieron el ataque de la guerrilla.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Hugh tiene cámaras instaladas dentro de la casa y en el exterior. —Se seca el sudor con la manga del jersey—. He accedido a las grabaciones de ayer. También hay micros dentro de la casa y he escuchado lo que decían. Se los cargaron y después entraron para encargarse de nosotros. Saben que salimos por el túnel del embarcadero, pero al descubrirlo decidieron esperar a que volviéramos a palacio y no malgastar tiempo buscándonos por la montaña. Eres un príncipe, es difícil que desaparezcas demasiado tiempo y tarde o temprano encontrarán otra ocasión para asesinarte. Además, Gustav pidió refuerzos y no querían encontrárselos. Pero lo extraño es que he visionado a cámara rápida todas las visitas a la casa de ayer y no hay rastro de la guardia real.

—Es muy raro, tu casa es el primer sitio donde deberían haber ido a buscarnos.

—Los guerrilleros no han dejado huellas de su paso por ahí. Se llevaron los cuerpos de tus guardaespaldas en el maletero del coche y lo limpiaron todo. —Parece realmente preocupada—. Una vez regreses a palacio has de extremar las precauciones, Lad, los hombres de la guerrilla son peligrosos y encontrar una oportunidad para matarte no les va a ser muy difícil.

—Me hace gracia cómo lo dices. —Le lanzo una mirada sarcástica—. Los hombres de la guerrilla... ¡Cómo si no formarás parte de esos cabrones!

Baja la mirada al suelo con dolor en ella.

—Tienes razón, era una de ellos. Pero salvarte la vida me ha convertido en una traidora y eso se paga con la muerte. Así que ya no soy de la guerrilla.

—¡Pero lo eras! —Camino en círculos para intentar calmarme un poco—. ¡No te lo perdonaré nunca!

—Ya me lo dijiste ayer. —Su tono se llena de dolor—. Deberíamos

regresar a palacio y evaluar la situación. Una vez te deje en manos de la guardia real desapareceré como te prometí. No volverás a verme nunca más. —Se le rompe la voz—. Necesito que me creas, Lad. Te quiero, me he enamorado de ti y me va a costar un mundo quitarte de mi corazón. Pero lo entiendo, no quieres saber nada de mí porque he traicionado tu confianza y perdonarme lo de Aldario no te será fácil. Solo prométeme que lo intentarás, que algún día podrás otorgarme ese perdón, aunque sea demasiado tarde y ya no esté en tu vida. Para mí significaría mucho.

—¡Participaste en la muerte de mi hermano! —La miro con furia—. ¡Jamás te perdonaré!

Esconde la cara entre las rodillas levantadas y su cuerpo tiembla, como si estuviera derramando lágrimas. Durante unos minutos la observo en silencio, con deseos de envolverla entre mis brazos, de consolarla, de prometerle que nada nos separará. Y me odio por quererla porque no se lo merece ni puedo permitirme estos sentimientos.

—Dame unos minutos y nos vamos —susurra sin moverse—. Mis padres me dejaron algo escondido en una caja cuando murieron. Me dijeron que si alguna vez les pasaba algo la recuperara. —Apoya la barbilla en las rodillas y me mira con una tristeza casi tangible—. La he guardado durante años esperando el momento para abrirla. Todavía no me había sentido preparada para hacerlo. Pero ahora sé que no puedo dilatarlo más en el tiempo.

—¿Quieres hacerlo sola?

—No. —Niega con la cabeza, baja las piernas y suspira—. Te necesito. Es doloroso para mí recordarles. Todavía me hiere y sigue presidiendo mis pesadillas.

Avanzo hasta sentarme a su lado manteniendo una distancia prudencial. Ella coge la mochila con la que ha llegado, la abre y busca en su interior con la respiración acelerada.

No debería ceder ni acompañarla ni estar a su lado como si nada hubiera pasado, pero su dolor es palpable y no puedo abandonarla.

La caja que saca de la bolsa es de madera oscura, lacada, brillante, cuidada. Es sencilla, sin filigranas ni labrados ni ningún distintivo.

Antes de abrirla Bell acaricia la tapa con cuidado.

—Hugh nunca ha sabido de dónde venía. —Su voz se quiebra por las lágrimas—. La rescaté en una de nuestras misiones de supervivencia y le dije que me la había comprado en una salida al pueblo. La llené de tonterías para que no le diera importancia y me he pasado estos últimos quince años

intentando encontrar el valor para mirar en el compartimiento secreto.

—No me creo que nunca hayas mirado qué hay ahí.

—Pues deberías. —Vacía el contenido en el suelo. Se trata en su mayoría de abalorios de bisutería que ella no suele usar—. Desde que la recuperé he estado muchas veces tentada de traerla aquí para abrirla a solas. Pero me ha faltado valor. Lo que vi cuando era una niña... ¡Nadie de esa edad debería enfrentarse a algo semejante!

Se limpia los ojos en un gesto furioso y presiona con delicadeza el fondo, justo en una esquina. Se escucha un clic que desliza un pequeño cajón invisible en la parte inferior.

—Es una carta —digo cuando rescata dos folios doblados y los alisa en su regazo.

—Escrita por mi madre. —La acaricia y se la lleva al corazón con las dos manos—. Siempre me gustó su caligrafía, era pulida, redondeada, perfecta. Como ella.

—Léela.

—No puedo. —Niega con la cabeza y los ojos llenos de lágrimas.

—Pues dámela, ya lo haré yo.

La retiene contra su pecho con la mirada vidriosa perdida en algún lugar.

—Esa noche, antes de que viniera Lobino con sus hombres, gané a mi padre al ajedrez. —Casi es un susurro ahogado—. Siempre le ganaba, me era fácil visualizar las jugadas en la mente y anticiparme al oponente. Desde entonces cada vez que me siento frente a un tablero me invaden los recuerdos. Íbamos a cenar cuando escuché los coches y vi la cara de terror de mis padres. Creo que ellos intuían que estaban en peligro y por eso me dejaron la carta dentro de la caja, para despedirse.

—¿Y sabiendo eso la has guardado quince años sin abrirla?

—Me da miedo descubrir algo doloroso. No sé si estoy preparada para afrontarlo.

—Llevas demasiado tiempo posponiéndolo. —Le cojo la carta con suavidad y me alcanza el calor de sus manos, de su tacto, de su cuerpo. Me estremezco por eso contacto y mi enfado se funde del todo durante unos minutos—. Ha llegado la hora de leerla.

Agarro los folios con las dos manos y los abro frente a mis ojos.

—*Querida Isabelle...*

—No puedo escucharlo. —Me agarra las manos con ansiedad y clava su mirada en mí—. Todavía es pronto para despedirme de ellos.

—Bell... —Mi cuerpo reacciona a su tacto con fiereza. Intento reprimir el deseo, rebajar la taquicardia, la respiración precipitada, la erección que palpita contra el pantalón, pero no puedo aplacar el anhelo de besarla—. Eres una de las personas más valientes que conozco. Si hasta recibiste una bala por mí. Puedes con esto.

—No puedo —musita acercándose todavía más a mí—. Ellos lo eran todo para mí y si lo hago, si leo sus pablaras, será como decirles adiós de verdad, como si los dejara atrás. Es lo último que me queda de ellos, su despedida. Si la escucho se irán para siempre.

—Debes dejarles ir, Bell. —La separo para evitar caer en la tentación de besarla. Todavía es pronto para cicatrizar las heridas—. Para superar su muerte necesitas aceptarla primero.

—Mis padres se querían muchísimo. —Las lágrimas se deslizan por sus mejillas—. Cuando los veía mirarse con esa pasión tras años de matrimonio me prometía a mí misma que algún día sentiría lo mismo por alguien porque quería ser igual de feliz, encontrarme con unos ojos que me miraran con el mismo brillo, descubrir el mío al observar a mi marido, no dejar nunca de amarle.

—Para amar así hay que darse por completo. —Me levanto incapaz de aguantar más rato a su lado sin besarla—. La confianza es la base de una relación, el pilar para edificarla.

—Perdóname. Por favor. —Suplica con la mirada, con la voz, con su cuerpo—. Intentémoslo. Puede salir bien porque nos amamos.

—Nunca funcionaría. —Niego con la cabeza—. Ya no confío en ti. Pero me voy a quedar contigo mientras te despides de tus padres.

Cierra los ojos, apoya la coronilla en la pared, gime y asiente. Durante unos segundos se queda en silencio, frunciendo los labios.

—Empieza a leer —solicita al fin casi en un susurro.

Querida Isabelle,

Todavía eres muy pequeña para enfrentarte a la realidad, pero no tenemos más tiempo para prepararte ni para otorgarte la espera necesaria para que entiendas los sucesos que nos han llevado hasta aquí.

Por suerte eres la niña más inteligente que conocemos. Hace un par de años contestaste un test, ¿recuerdas?, era para medir tu coeficiente intelectual y nos quedamos asombrados con el resultado. Supera con creces la media, por eso hemos pasado estos años estimulando tu inteligencia con el ajedrez, las lecturas, las ciencias...

Nuestros deseos más íntimos son verte crecer, descubrir cómo cristaliza esa inteligencia, conseguir saciar tu sed de saber y no perdernos ni un segundo de tu existencia. Pero si tienes esta carta en las manos significa que no nos van a ser concedidos porque habremos caído en manos de quien debería ser nuestro aliado.

Sé fuerte Isabelle. Ambos sabemos que puedes serlo porque nunca has dejado de luchar por aprender ni de asombrarnos con tu temprana madurez. Si no te ves capaz de absorber la información de esta carta ahora, guárdatela para cuando puedas prestarle atención, pero nunca confíes en las personas que estarán a tu lado para verte crecer porque han demostrado tener una doble cara.

Ojalá pudiéramos protegerte siempre, estar a tu lado mientras creces, encontrar la forma de concederte un destino mejor, pero si nos fuéramos lejos nos seguirían hasta los confines de cualquier lugar. Son poderosos, demasiado para desafiarlos. Nos pasaríamos la vida huyendo, con miedo constante a ser encontrados.

Lo mejor es permanecer aquí, intentar que no nos descubran y seguir

un plan que hemos trazado para desenmascararlos.

Queremos mantenerte con vida, aunque perdamos la nuestra por el camino.

A partir de ahora intenta vivir día a día sin preguntarte demasiado qué pasará en el futuro ni buscar la forma de apartarte de quién no te conviene. Debes permanecer con ellos hasta el día en el que te veas capaz de vencerlos gracias a tu ingenio.

No queremos que tu infancia se llene de ansiedades. Vívela sin olvidar la realidad, pero intenta no comprometer tu seguridad ni privarte de ser una niña normal.

Lo siento hija, odiamos dejarte esta carga, sumida en una situación comprometida, sin estar a tu lado para ayudarte. Pero el tiempo apremia y nuestra única esperanza es intentar ganarles con el plan que hemos elaborado.

Si llegas a leer esta carta significará que hemos fracasado, por eso te dejamos constancia de la realidad que nos ha tocado vivir, de las mentiras, de la forma vil y despiadada en la que nuestra gente nos ha engañado para ganarse nuestra confianza y mantener al pueblo en la ignorancia dándoles una esperanza imposible acerca de la libertad.

Hugh nunca ha sido quien dice ser ni tampoco Heny. Lo descubrimos hace muy poco y por eso hemos trazado el plan para desenmascarar la realidad. Mis rezos diarios se llenan de plegarias para llevarlo a cabo con éxito y destruir esta carta tras ver cumplidos nuestros sueños.

Pero si la estás leyendo significará que era un plan demasiado ambicioso y dos personas solas no podemos ganar una guerra de semejante tamaño. O simplemente que la suerte no ha estado de nuestro lado. O que nuestro destino era caer en sus garras.

Jamás lo sabremos porque ya no hay vuelta atrás.

Vas a crecer sola, en manos de personas que no son sinceras, siguiendo una causa increíble, pero desde una perspectiva falsa. Y no vas a tener más remedio que seguir adelante sin explicar el contenido de esta carta.

A partir de este instante te debes a una promesa para proteger tu vida: jamás revelarás la verdad si no estás convencida de la lealtad de tu interlocutor.

Es importante, Isabelle. Debes sobrevivir.

Hace unas semanas escuchamos por casualidad una conversación privada entre Heny y Hugh. Fue gracias a tu pericia con los ordenadores.

¿Recuerdas cuándo te decidiste a pinchar las cámaras de casa de Hugh? Lo conseguiste en un tiempo récord y te olvidaste de cerrar la grabación en directo al oler el aroma a galletas recién horneadas.

Habías entrado en el sistema y activado una de las cámaras que estaba desactivada. Cuando tu padre fue a apagar el ordenador escuchó sin querer unas palabras de Heny que le helaron la sangre.

Es un impostor, Isabelle, igual que Hugh. Ambos están compinchados con el rey de Aldabia para mantener a la gente engañada y seguir impunemente con este régimen autoritario que nos priva de libertad. El plan es perfecto, mientras Aldario VI dirige la nación con mano de hierro, su hermano frena cualquier iniciativa de la guerrilla frustrándola desde dentro y representando el papel del salvador.

Lo peor es la razón por la que se comportan así: dinero y poder. Los pozos de petróleo de la familia real dan unos ingresos alucinantes, sus alianzas con Estados Unidos les reportan miles de millones anuales y consiguen otro tanto con los impuestos. Su régimen es de derechas, permiten a los ricos aumentar sus fortunas y dan posibilidades a los empresarios, pero no dejan de ser unos tiranos que nos reprimen con políticas autoritarias y sesgan la capacidad del pueblo a decidir.

Admiramos la inteligencia de Heny y su ingenio a la hora de elaborar un plan como este. Les ofrece a las personas descontentas con su hermano una esperanza, consigue guerrilleros comprometidos con la causa y esparce la semilla de la tranquilidad al prometer un cambio en sus vidas gracias a una lucha que en realidad está perdida de antemano.

No conocemos los motivos de Hugh. Él fue nuestro cuñado, lo conocimos cuando empezó su noviazgo con Sheva y no entendemos qué sucedió para traicionarnos así. Quizás ya era un renegado desde el inicio o se convirtió en uno tras la muerte de su amada o casarse con ella solo fue una forma de acercarse a la familia. Quizás se enamoró de ella y a su muerte el dolor le cegó. A veces estas cosas suceden... Aunque no podemos olvidar que Sheva era un activo importante dentro de la guerrilla y que confió su secreto a su marido. ¿Y si Sheva descubrió la verdad acerca del rey y su hermano? Podría explicar su muerte y el dolor de Hugh. Quizás su amor era cierto.

¿Es una carga demasiado pesada para ti la de detener esta locura?

Nuestros deseos son los de terminar con la mascarada y darle a los aldobianos la posibilidad de elegir un líder en las urnas, como la mayoría

de los pueblos europeos.

Ojalá lo consigamos.

Te queremos, Isabelle. Eres la luz que alumbra nuestra vida, la hija más increíble que podíamos desear y la persona a la que más adoramos.

Guárdanos siempre en tu corazón.

*Con amor,
Tus padres.*

23

Aldario

—¡Acojonante! —Tomo aire mirando el papel que todavía sostienen mis dedos—. ¿Mi padre y Heny son aliados? ¿Llevan más de veinte años engañando a todo el mundo? —Niego con la cabeza, dejo la carta sobre la caja y camino en círculos sin rumbo fijo, con deseos de arrancarle la cabeza a alguien—. No me lo creo, es imposible.

—Y, sin embargo, ahora todo cuadra demasiado bien. —Suelta una espiración corta y rápida—. Es una perfecta explicación de por qué fracasan todos los planes de la guerrilla. El topo es tu tío. Me alucina su inteligencia, realmente ha sabido encontrar el modo de controlar al pueblo dándoles esperanza.

Tiene razón, la estrategia de mi padre y tío Heny es perfecta. Se sincronizan, controlan la cúpula de la guerrilla, atraen a seguidores acérrimos de la libertad para militar en sus filas y así les tienen vigilados sin que puedan llegar a imaginárselo.

Sin embargo...

—¿Por qué se cargó mi tío a Aldario? Esa parte no me cuadra para nada. Vi a mi padre, estaba hecho polvo cuando sucedió. —Suelto aire con fuerza dándole vueltas a la situación—. También quieren matarme a mí. Eso suena a venganza.

—Quizás se han peleado —aventura Bell—. Cuando hay dinero de por medio puede haber disputas...

—Sería importante entender por qué ahora. —Me detengo frente a ella—. ¿Qué ha cambiado? ¿Acaso tienen divergencia de opiniones?

—Todo es posible. —Suspira intentando asimilar las revelaciones que para ella también son difíciles de aceptar—. Si mis padres estaban en lo cierto, Lobino debía ser el confidente de Heny. Por eso entré con tanta

facilidad en palacio y Hugh no tuvo problemas para localizarle en ese bar.

—¿Insinúas que podría traicionar a mi padre?

—Es una posibilidad a tener en cuenta. —Se levanta asintiendo—. El ataque de ayer fue demasiado perfecto. Los guerrilleros sabían dónde encontrar a los hombres de la montaña, los eliminaron sin problema. Y luego redujeron a Gustav y a los suyos con facilidad. Llevo horas pensando que debieron tener ayuda de palacio.

—¿Podría ser cualquiera! —Me resisto a creerla, aunque conozco la identidad del hombre que torturó y mató a sus padres, me cuesta aceptar su razonamiento—. ¡Hay más de un centenar de guardias reales!

Camina en círculos un instante antes de pararse frente a mí. Está tan cerca que huelo su aroma, siento el cálido abrazo de su cuerpo a pocos centímetros, me estremezco con su aliento cerca de la cara cuando empieza a hablar.

—No sé decirte por qué, pero lo sé. —Mis ojos me traicionan bajando hasta sus labios, acariciándolos en la distancia, deseándolos como si el enfado acabara de esfumarse, como si sus actos pudieran evaporarse con una caricia—. Lobino es peligroso.

—¿Y qué hay de Hugh? —Retrocedo para apartarme de la tentación y no dejarme embaucar por su voz, por su cercanía, por mi necesidad de envolverla entre los brazos para hacerla mía—. ¡Él lleva toda la vida engañándote! Si tan bien funciona tu radar deberías haberte dado cuenta, ¿no?

—Debería. —Se encoje con una expresión de dolor infinito—. Ojalá hubiera leído antes la carta en vez de guardarla esperando a estar preparada. —Se rodea la cintura con los brazos—. Mis padres murieron protegiéndome y yo no he sido capaz de enfrentarme a sus últimas palabras hasta ahora.

—No lo sabías.

—Llevo toda la vida siendo una cobarde. —Se da la vuelta para alejarse de mí dándome la espalda—. Y lo he perdido todo. La posibilidad de vengarme, la capacidad de odiar a Hugh en vez de quererle, a ti.

Las últimas palabras son apenas un susurro. Se agacha para meter la mano en el agua y crear unas ondas en la superficie.

Me estremezco al entender la profundidad de su tristeza. El deseo de abrazarla para consolarla me llena la mente y el cuerpo de una necesidad perversa. Pero no puedo prometerle que voy a perdonarla porque no sé si seré capaz. Aldario era demasiado importante para mí y ella no hizo nada para impedir su muerte.

Isabelle se mantiene en la misma posición durante una eternidad, con la

mano creando ondas en el agua. El sonido del chapoteo me llega amortiguado por los latidos acelerados de mi corazón. Me doy la vuelta para caminar hacia el refugio del fuego en busca de sosiego.

Los veinte minutos siguientes me quedo sentado mirando las llamas crepitar, escucho las ramas arder, el sonido de las brasas, e intento procesar las revelaciones, mis sentimientos, la sensación de necesidad que se apodera de mi cuerpo cuando ella está cerca.

—Debería llevarte a palacio. —Isabelle está parada en la entrada. Tiene los labios morados, la piel pálida, ojeras y los ojos rojos, como si acabara de llorar—. Estás desando deshacerte de mí y yo necesito pensar en cómo desaparecer un tiempo, mientras busco la manera de desenmascarar a tu padre y a Heny.

—Si no me hubieras engañado... —Se me rompe la voz—. No soy un príncipe y ya está, ¿sabes?, también soy un hombre con sentimientos, alguien corriente, con capacidad normal de enamorarse. A veces la gente confunde estas cosas.

—Yo también me he enamorado de ti, te lo he dicho hasta la saciedad. —Cierra los ojos con una inspiración profunda—. Conocerme ha sido maravilloso, jamás pensé que detrás del juerguista, pastillero y chulo Aladi Hustrasga se escondiera alguien como tú. Sensible, gracioso, tierno, divertido... —Los abre con lentitud y luego pestañea para dejar escapar dos lágrimas—. Has sido mi primer amigo, mi primer amor, mi primer beso... Nunca te olvidaré.

Se seca las lágrimas con la manga del jersey y camina hacia la bolsa para recoger las cosas desperdigadas alrededor.

Me fijo en su espalda ancha, con hombros perfectos, en el cuerpo atlético en cuclillas, un poco encogido por el dolor en el costado, en la perfecta figura conseguida a base de duro entrenamiento. Y un estremecimiento me recorre encogiéndome el estómago, llenándolo de mil aleteos, calentando mi sangre y concentrándose entre las piernas con una reacción desmesurada de mi cuerpo.

El deseo irrumpe como un torrente intenso, sin detenerse, abarcando cada pedacito de mi ser, haciéndome replantearme la decisión de alejarme de ella.

Mis piernas toman la iniciativa, dan un paso adelante, sin darme tiempo a pensar, solo sintiendo esa conexión magnética que Isabelle ejerce en mí, atendiendo a una avidez demasiado intensa para mantenerme alejado de ella.

Quiero besarla, abrazarla, sostenerla entre mis brazos, suplicarle que deje de sollozar en silencio, prometerle que lo vamos a superar, que seremos

capaces de recuperar el equilibrio y la confianza.

Pero no puedo.

Me detengo en seco.

El aguijonazo del rencor me recuerda a Aldario, su muerte, las intenciones ocultas de la mujer que ha roto mi corazón en mil pedazos. Y me pregunto si de verdad es cómo se muestra, si solo es una actuación digna de un Oscar, si no ha habido ni una pizca de verdad en lo nuestro.

—Deberíamos ponernos en marcha. —Se levanta para guardar la bolsa en el espacio entre las rocas. A sus pies están las dos pistolas, un par de cantimploras de metal, una linterna, la carta de sus padres, un móvil de tarjeta, varias barritas energéticas, una mochila y un fajo de billetes—. Debo dejarte en palacio cuanto antes. Necesito empezar a vivir sin ti para asegurarme de que soy capaz de hacerlo.

—Tu pena parece tan real...

—Porque lo es. —Pestañea de nuevo, pero esta vez logra aguantar el llanto dentro de sus ojos—. Créeme, por favor. Te quiero Aladi, eres lo mejor que me ha pasado en la vida y nunca voy a olvidarte. Aunque pase toda una vida voy a estar esperándote por si quieres darme una oportunidad de demostrarte hasta dónde soy capaz de arriesgar para estar contigo.

—Vámonos. Acabemos con esto de una vez.

Me doy la vuelta para evitar que vea la profundidad de mis sentimientos por ella, la absoluta necesidad de creer en sus palabras, mi deseo, cada una de las reacciones de mi cuerpo ante la posibilidad de no volver a sentir sus labios contra los míos, el calor de su cuerpo por las noches, su risa contra mi pecho.

—Ten. —Me pone una pistola en la mano—. Sabes disparar, ¿verdad?

—Es parte del entrenamiento para ser príncipe. —Aprieto los dientes y los labios al recordar cómo odiaba esa obligación de niño—. El rey es el jefe del ejército, por eso Aldario y yo estuvimos un año en una academia militar. Sé algo de supervivencia, usar armas, luchar cuerpo contra cuerpo... Aunque he de reconocer que me pasé mucho tiempo en el calabozo por desobediencia.

—No se te da bien aceptar órdenes. —Su voz apenas es un susurro.

—Odio la disciplina militar, esa obsesión por la jerarquía, su forma de doblegar a los más débiles...

Callo de repente al darme cuenta de que estoy empezando una conversación normal y después de lo que nos acabamos de decir, de enfrentarme a mis sentimientos contradictorios y de saber que lo nuestro ha

pasado a la historia necesito alejarla de mi pensamiento, de mi cuerpo, de mi vida.

Ella respeta mi mutismo mientras recorremos las galerías de la cueva acompañados por la luz que se cuele por los agujeros del techo y refleja la humedad en las formaciones naturales que surcan el interior de los pasadizos que vamos dejando atrás.

—Estoy convencida de que puede haber personas buscándonos ahí fuera. —Se detiene cerca de la salida—. Necesito que me sigas en silencio y hagas exactamente lo mismo que yo. No debemos dejar huellas para evitar rastreos.

—Antes he visto un móvil. —Me la quedo mirando sin evitar que mis ojos repasen sus labios, inflamándome por el deseo—. ¿Por qué no llamamos a palacio? Podríamos conseguir refuerzos.

—No estoy segura de si tienen pinchados los teléfonos ni de la cantidad de guardias implicados con Heny. —Su tono muestra dolor mientras su mirada se pasea por mis rasgos con avidez y tristeza—. Si Gustav hubiera sobrevivido le llamaría, pero la situación ha cambiado.

—¿Y vas a llevarme a palacio sin más? —Levanto las cejas en señal interrogativa, obligándome a dejar de mirarle esos labios carnosos que me llaman en la distancia y me llenan de calor, endureciéndome, como si fuera igual su traición y solo valieran mis reacciones físicas—. Piensas que hay más topes ahí dentro...

—No me quieres en tu vida. —Se humedece los labios con la punta de la lengua y mis ojos vuelven a recorrerlos con una corriente eléctrica despertando de nuevo mi deseo—. Es absurdo alargar la agonía. Además, tus padres te protegerán.

—¡Mataron a Aldario en su cama! ¡No estoy seguro ahí!

—Está claro que lo de tu hermano fue una venganza de Heny y quizás sea peligroso dejarte en palacio, pero no hay otra opción. Eres un príncipe, no puedes desaparecer sin dejar rastro.

No entiendo por qué me molesta tanto que me lleve de vuelta a mi casa. Es lo que deseo, lo lógico en esta situación, la única opción viable para terminar con nuestra cercanía y buscar la manera de rebajar el peligro. Pero al mirarla siento cómo mi corazón se acelera, el estómago se llena de aleteos, la respiración se descontrola y mi cuerpo reacciona.

Niego con la cabeza obligándome a apartar esos pensamientos, a serenarme, a recuperar una temperatura corporal más acorde con el momento.

—Vamos. —Señala el exterior—. Pégate a la pared y no hables a partir

de ahora, solo por señas. Hay una larga caminata hasta dejar el bosque atrás y después deberemos llegar a palacio.

—¿De cuánto rato estamos hablando?

—Unas horas...

No precisa la cantidad y eso me preocupa.

Durante las cuatro horas siguientes camino entre el bosque siguiendo la pista. Solo nos paramos algunas veces a comer una barrita energética o a beber agua que lleva en una mochila a la espalda. No hay rastro de los hombres de la guerrilla ni de la guardia real, pero ella sigue usando todas y cada una de las precauciones necesarias para pasar desapercibidos y no dejar ningún rastro de nuestro paso por ahí.

Camina un poco encorvada. En algunos momentos se detiene para recuperar el aliento y se coloca la mano en el costado, como si la cicatriz todavía le tirara. Se toma un par de analgésicos y continúa la caminata sin dejar de mantener ese silencio extraño que va aumentando la tensión entre nosotros a medida que pasan los minutos.

Al llegar a las lindes de la montaña se detiene un instante.

—Ahora toca la parte más difícil —susurra señalando el palacio—. Si intentamos aproximarnos por las calles normales podrían tener hombres ahí. Es peligroso. Quizás esperan a tu aparición para acabar contigo antes de llegar a las puertas de palacio.

—¿Y qué propones? —Me apoyo en el tronco de un árbol resollando—. Me has traído hasta aquí para llevarme hasta ese palacio. —Lo señalo con cara de fastidio—. ¡Ahora no me dejarás tirado a pocos metros del final!

—Hay algo que todavía no te he contado. —Baja la mirada con remordimiento.

—¡Vaya! —Levanto las manos al lado de mi cabeza mientras la sacudo de un lado a otro dándole un tono sarcástico a mi voz—. ¡Más secretos!

—No es eso. Solo es que... solo... —Alza la cabeza con los ojos cerrados. Cuando lo abre leo en ellos una profunda tristeza—. De niña conseguí piratear las cámaras de casa de Hugh, te lo he explicado cuando lo de la carta...

—¡Lo recuerdo! ¡No soy gilipollas!

—Baja la voz. —Mira alrededor con las pupilas inquietas—. Podría haber guerrilleros por aquí.

—¿Y qué más da? —susurro sin dejar de gesticular con los brazos—. Total, solo has contribuido al asesinato de mi hermano y me has engañado.

Suspira con dolor, asiente y me mira con humedad en sus ojos.

—Muchas noches me conectaba a las cámaras desde mi habitación para saber de lo que hablaban Hugh y Heny —explica—. Nunca dijeron nada de la alianza con tu padre ni lo insinuaron. Si lo hubiera sabido no hubiera aceptado el trabajo de palacio. Debes creerme.

—Al grano. —Le dedico una mirada furiosa—. Tengo ganas de deshacerme de ti de una vez por todas. ¡Solo me jodes!

Mis palabras la destrozan.

—Necesito que me creas. Aunque me vaya para siempre y nuestras vidas se separen es importante para mí que sepas cuánto te quiero y cuánto he sido capaz de arriesgar para salvarte la vida.

Siento un golpe en el estómago, una sacudida, un aumento exponencial en mi tensión arterial. Parece tan sincera y deseo tanto creerla...

—Explícame de una vez qué descubriste espionando. —Utilizo un tono seco, duro, lleno de cuchillos.

Baja la cabeza al suelo y aprieta los puños con fuerza.

—Me sé de memoria dónde están las entradas a los pasadizos —musita soltando una gran cantidad de aire—. Fotografe el plano, lo memoricé y las busqué para ubicarlas. Cuando mataron a tu hermano tenía clarísimo por donde iban a entrar.

—Sabías cómo llegaron a él. —Se me rompe la voz, aunque ya conocía ese dato, me enfurece—. Tenías la clave para explicármelo y no lo hiciste. ¿Es así el amor para ti?

—Lo siento. —Alarga la mano para tomar la mía en ella y siento un chispazo de avidez recorrerme las venas hasta inflamarme entre las piernas—. No quería hacerte daño. No te conocía, creía que Hugh decía la verdad. Si hubiese sabido quién eras... y quién era él... —Da un paso hacia mí, acercándose peligrosamente, disparando mis constantes hasta dejarme una respiración agitada—. Si en esos momentos hubiera tenido la más mínima idea de lo que sentiría al estar a tu lado...

—¿Hubieras cambiado algo? —Avanza hasta quedarse a dos centímetros de mí.

—Todo. —No me suelta la mano. Da un último paso uniendo nuestros cuerpos y un estremecimiento brutal me sacude—. Nunca hubiera permitido lo de Aldario o como mínimo te hubiera avisado y hubiera buscado la forma de llegar a ti. Porque eres mi vida y cuando te deje en tu palacio se acabará. Ya no habrá más luz, solo tristeza, dolor, ansiedad, recuerdos.

Está tan cerca que tiemblo.

Debería dar un par dos pasos atrás, alejarme de ella, no permitirle que me seduzca con esas pablaras, con su voz suave, con la promesa de sus labios. Pero me quedo quieto, mirándola en silencio, deseando besarla una última vez, llenarme con su esencia, respirarla, sentirla, abrazarla.

Durante unos minutos solo se escuchan nuestras respiraciones aceleradas. Sentimos las dos miradas llenas de avidez recorrer el rostro del otro. Escuchamos las respiraciones aceleradas, los latidos disparados de nuestros corazones tamborilear en el silencio.

—¿Dónde hay una entrada a los pasadizos? —Me separo de ella, aparto mi mano de la suya, me obligo a seguir mi decisión de dejarla y siento cómo la devastación se expande por mi cuerpo llenándolo de angustia—. Quiero llegar a mi casa de una vez.

—Y separarte de mí —musita dolida.

—¡Conoces la respuesta! —Sueno más duro de lo que pretendía—. Lo nuestro es imposible, se ha terminado, no queda nada que rescatar. Me has engañado, Bell. Sería una gilipollez seguir con una capulla capaz de meterse en mi cama para espíarme. —Quiero hacerle daño, por eso me acerco a ella, la rodeo con mis brazos y le lanzo una mirada libidinosa—. Aunque podría follarte como premio. ¡Estabas dispuesta a meterte en mi cama para convencerme de que me quieres!

Le acaricio el cuerpo hasta llegar a sus pechos, amasándolos con lujuria en la mirada, haciéndola sentirse invadida. No pierdo la expresión lasciva, aunque mis deseos son diferentes.

—¡Suéltame! —Su mirada destrozada me desarma mientras me coloca las manos en el pecho para alejarme—. La entrada está por ahí.

Señala una dirección con los ojos anegados en lágrimas, como si mi última acción la hubiera herido en lo más profundo de su ser, y empieza a caminar alejándose con rapidez.

24

Isabelle

Camino con pasos rápidos, dolidos, llenos de ansiedad.

Sé que solo quiere lastimarme, ensuciar lo nuestro para apartarme de su lado porque sus ojos le traicionan al mirarme con deseo reprimido, pero eso no evita la rotura total de mi corazón.

Me alejo a gran velocidad, imprimiendo fuerza a mis pisadas para separarme al máximo de él. Si me quedo a su lado nada evitará que vuelva a suplicarle otra oportunidad y no quiero escuchar otra vez su negativa ni manchar nuestro adiós con algo semejante.

Él se queda quieto a mi espalda. Sus resuellos acelerados y audibles rompen el silencio clavándose en mi corazón.

—¿No querías llegar a tu casa? —Pasados unos segundos me paro en seco y me giro dedicándole una mirada de rabia—. ¡Pues empieza a moverte de una vez!

Las lágrimas me queman en los ojos, el dolor es como si miles de agujas largas y afiladas me pincharan en el cuerpo dejando regueros de sangre por la piel y lacerándola con una angustiada necesidad de tenerle de nuevo entre mis brazos.

Aladi se limita a asentir, apartar la mirada y andar con pasos resueltos. Tiene las manos en los bolsillos, la mirada al suelo y el cuerpo en tensión.

Cuando reanudo la marcha intento sin éxito relajar la respiración. Mi cabeza no deja de darle vueltas a las dolorosas revelaciones de las últimas horas y a la situación. Ha llegado el momento de aceptar cada descalabro y empezar a afrontarlos uno a uno para reubicar cada variable de mi nueva vida.

Una vez deje a Aladi atrás nada me retendrá en Aldabia. Mi única salida será escapar con documentación falsa para pensar en un plan de ataque en cualquier otro lugar donde encuentre la paz suficiente para cicatrizar las

heridas.

No tardamos en llegar cerca de la entrada a los pasadizos. Recuerdo cada palmo del mapa que tenían Heny y Hugh como si me lo hubiera tatuado en la mente. Las veces que he accedido a sus conversaciones nunca han mencionado nada del rey ni de Aldario ni de la traición...

Me paro de golpe al sentir un impacto en el corazón.

¿Acaso sabían que les espiaba?

Mis latidos aumentan en progresión aritmética, martilleando en las sienas como si mi último pensamiento fuera demasiado real.

¿Y si lo saben y conocen mi afición a controlar las cámaras? Entonces podrían tener hombres en esas galerías y entrar sería como caer en una trampa mortal... Podría darles a Aladi en bandeja y ofrecer mi cabeza a cambio...

—¿Qué te pasa ahora? —Aladi se detiene a mi lado—. ¿Por qué te paras?

—Quizás no es una buena idea entrar por ahí.

—¡Se te va la cabeza! —Su tono es pesado—. ¿Me traes hasta aquí para ahora echarte atrás? Si lo que intentas es retenerme ya puedes olvidarte. No volveré a fiarme de ti y para que una relación funcione la confianza es básica.

—Acabo de darme cuenta de que quizás Hugh sabía que lo espiaba a través de las cámaras porque es muy extraño que nunca hablara de planes serios con Heny en su despacho. —Utilizo un tono neutro para intentar acallar la punzada de desesperación que me producen sus palabras—. Llevo años escuchándolos... Si prevén que te voy a llevar por los túneles podrían esperarnos dentro.

Me acerco a él para hablarle en susurros.

Descubro con rapidez su respiración acelerada, el calor de su aliento en las mejillas y sus ojos encendidos. Es como si al casi tocarnos pudiéramos sentir una corriente eléctrica encender nuestros cuerpos.

—Es muy rebuscado incluso para unas personas tan intuitivas como Hugh o tío Heny. —Suaviza el tono de voz sin endulzarlo demasiado—. ¿Cómo podían saber que les traicionarías? ¿O que ayer nos escaparíamos? ¿O que alguna vez averiguarías la verdad acerca de su alianza con mi padre? ¡Es de locos, Isabelle!

—Vale, tienes razón, estoy un poco paranoica. —Sigo teniéndole tan cerca que empiezo a temblar—. Pero Hugh sabe cómo funciona mi mente, le es fácil ponerse en mi lugar e imaginar cómo voy a sacarte del bosque y podría estar ahí dentro esperándonos para cazarte como a un conejo.

—No tenemos elección. —Relaja un poco la tensión—. ¿O pretendes que nos quedemos en tu cueva para siempre?

—Tienes razón. —Doy un paso adelante recuperando un poco el ritmo respiratorio—. Dejarte en palacio es la única opción viable. Pero ¿y si nos esperan dentro?

—¡Quiero llegar a mi casa de una puta vez! —Se ofusca mirándome con rabia—. ¡Estoy hasta los cojones de que pensemos las cosas veinte veces! ¡Vamos a meternos en ese pasadizo y así me desharé de ti!

Su tono de voz se filtra a mis fibras nerviosas creando un estremecimiento que me sacude con fiereza.

—Dame cinco minutos —solicito apoyándome en el tronco de un árbol para recuperar el control de mis emociones—. Necesito pensar un poco antes de arriesgar nuestras vidas.

Sopla y se sienta apoyado en el árbol de al lado, separado de mí.

—Cinco minutos, ni uno más.

Camino en círculos retorciendo las manos en la espalda. Analizo las veces que he pinchado las cámaras del despacho de Hugh para acceder a sus conversaciones con Heny. Nunca hablan demasiado en casa, suelen hacerlo en el domicilio secreto de Heny, oculto en algún lugar de la capital, o en el búnker del sótano donde hay instalados inhibidores de frecuencia.

Repaso sus palabras, sus gestos, cada una de sus miradas en busca de indicios de que se sentían espiados. Nunca han dado señales de imaginarse mi presencia al otro lado de las cámaras. Hablaban tranquilos, sin miradas ansiosas ni nada que me delatara.

Es demasiado rebuscado...

Sin embargo, podrían haber deducido mis pasos o simplemente haber previsto cualquier contingencia. Matar a Aladi en los pasadizos sería muy sencillo.

—No tengo la certeza de que la entrada a los túneles sea segura. —Me acerco a él asintiendo y luchando contra la maraña de sentimientos que me invaden—. Pero tampoco se me ocurre otra manera de llevarte a palacio. Podemos arriesgarnos si quieres o volver a la cueva porque tampoco contamos con un plan mejor.

—¡Metámonos en los túneles de una jodida vez! —Su tono se llena de rabia—. Si están ahí dentro les haremos frente. ¡Quiero acabar con esto de una vez! Cuanto antes nos separemos antes podremos empezar a superarlo.

Suspiro para alejar el golpe de dolor que me impacta contra el estómago

al enfrentar sus palabras. Quiere superar lo nuestro, como si ya no existiera.

—De acuerdo —acepto apretando los dientes—. La entrada está escondida en una tubería enorme situada bajo un pequeño montículo. —Señalo en una dirección—. ¿La ves?

—Perfectamente. ¡Todavía no necesito gafas!

—Voy a ir yo delante. —Saco la pistola de mi cintura y la mantengo empuñada—. No te separes de mí y ten tu arma preparada por si acaso. Sabes disparar así que si nos esperan ahí dentro no dudes y aprieta el gatillo.

Asiente con una fuerte exhalación.

—Estoy preparado.

—Voy a llevarte a la zona donde hay cámaras para que los hombres de Lobino vengan a por ti —explico—. Es lo más seguro. Una vez te deje en palacio estarás a salvo. Hasta que no sepamos que vienen en son de paz no podemos bajar la guardia. Son nuestras vidas las que están en juego.

—De acuerdo. —Sopla con rabia—. Entremos de una vez.

Utilizo la linterna colocada sobre el cañón de mi pistola para adentrarme en la tubería un poco encogida, ya que no es tan alta como yo. Escucho la respiración de Aladi a mi espalda, casi rozándome.

Las lágrimas me humedecen los ojos, tengo el estómago contraído e intento no perder la concentración para tener todos mis sentidos alerta. Desearía no notar la ansiedad que me recorre el cuerpo para explicarle cómo me siento frente a la inminente separación, pero nada impedirá el adiós definitivo.

No tardamos en entrar en unas galerías de piedra más anchas y altas. El haz de la linterna enfoca las paredes, el suelo y la ausencia de personas en su interior. Mantengo todas las precauciones necesarias para asegurarme de que no hay una emboscada preparada para atraparnos. Me pego a la pared, avanzo despacio y barro el espacio con la linterna.

—Parece que no hay nadie esperándonos —susurro deteniéndome un instante—. Pero no bajaremos la guardia.

Para hablarle bajito necesito pegarme mucho a su cuerpo. Reprimo un jadeo al sentir su torso contra mi espalda, el calor que desprende, la fuerza de mis sentimientos impactar en mi interior.

Los deseos de darme la vuelta y abalanzarme a besar sus labios con desesperación son casi dolorosos.

Aguanto un segundo la respiración, doy un paso adelante, suelto el aire lentamente por la boca y asiento en la oscuridad.

Cuanto antes lo acepte antes podré enfrentarme a la impotencia de perderlo.

Camino con pasos cada vez más rápidos, alerta, en busca de cualquier señal que me indique si hay peligro.

Al llegar a la primera bifurcación cierro un segundo los ojos para visualizar el plano.

—Por ahí. —Señalo el corredor de la derecha—. Te voy a dejar cerca de tu habitación. Una vez nos vean por las cámaras vendrán a por nosotros. Entonces me marcharé. Solo necesito que me dejen libre para darme un poco de ventaja.

—Daré la orden. —Sueno forzado, como si él también luchara contra el reconocimiento del fin y le doliera tanto como a mí—. No quiero verte muerta ni en la cárcel.

—Gracias.

Avanzamos unos metros más en absoluto silencio. Está claro que mi paranoia de hace unos momentos era injustificada porque no encontramos ningún obstáculo en el camino.

Cuando llegamos frente a una pared que impide nuestro avance busco en ella el resorte que abre la puerta a los pasadizos de palacio. Según los planos está escondido en la roca. Al encontrarlo lo aprieto y la pared se desencaja para introducirnos las galerías custodiadas por las cámaras.

Apago la linterna y me pego a la pared.

—A partir de ahora nos pueden ver —musito en su oído—. En dos segundos esto se llenará de guardias reales.

—Nuestros caminos se separan aquí. —Está a mi lado, con su hombro tocándome—. Te deseo lo mejor.

Cierro los ojos, aprieto los labios y asiento tragándome la tristeza, las lágrimas, la necesidad de mantenerlo pegado a mí. Enciendo la linterna de nuevo y salimos de las sombras.

—Yo también.

Los minutos siguientes se llenan de tensión. Varios guardias de palacio irrumpen en la galería. Quizás alguno de ellos es leal a la guerrilla, pero con sus compañeros cerca no va a exponerse a quitarse la máscara.

Sus palabras rebotan en mi interior sin que mi cabeza las procese.

Le miro con el corazón encogido, ahogándome, sin ser capaz de aceptar que es el final. Siento la tristeza en sus ojos, un dolor parecido al mío, cómo crece nuestro desespero.

Los guardias están nerviosos. Hay cinco rodeándonos, apuntándome dispuestos a arrestarme.

—Voy a bajar mi arma con lentitud —digo mirando a Aladi—. Solo he venido a dejarles al príncipe. No tengo nada que ver los hombres que querían matarlo.

—Dice la verdad. —Su tono es autoritario—. Me salvó la vida y ahora vais a dejarla marchar.

Bajo la pistola mirándolos con suspicacia. Ellos hacen lo mismo sin quitar los ojos de mis movimientos, como si les diera miedo una reacción desmesurada por mi parte.

—Espero que la vida te trate bien —musita Aladi.

—Nunca te olvidaré —susurro en su oído.

Empiezo a andar con el dolor desgarrándome por dentro. Aladi necesita bramar las órdenes más de una vez para detener a los guardias, pero su autoridad queda patente cuando las armas siguen mi avance sin detonar.

Camino con rapidez apartándome de él, de mi hogar de las últimas semanas, de mi vida conocida. Las lágrimas se deslizan desde mis ojos por las mejillas llenando cada espacio de mi piel, derramando el dolor, mostrándome que estoy sola.

Mi única ventaja para que los hombres de Heny no me encuentren es mi capacidad de decidir cuál de las salidas voy a utilizar para llegar al exterior.

Llego con rapidez a la que he elegido, la que está escondida en una casa abandonada a las afueras de la ciudad. Me limpio los rastros del llanto antes de abrir la puerta con lentitud, escuchando los sonidos para saber si voy a sufrir una emboscada.

Antes de abrir la puerta compruebo que no hay nadie al otro lado escuchando los sonidos. Llevo el arma preparada en las manos.

Sin perder la postura combativa la abro y camino hasta alcanzar el exterior.

Inspiro hondo al recorrer unas cuantas calles con el arma en la cinturilla, preparada para empuñarla en caso de necesidad.

Me toca iniciar una nueva vida, conseguir documentación falsa, disfrazarme, marcharme de Aldabia y encontrar la forma de olvidar a Aladi.

25

Aladi

Abro los ojos con resaca de sueño. Desde que Isabelle se fue me cuesta descansar por las noches. Mi mente no deja de reproducir nuestras semanas juntos y me siento al borde de la desesperación.

Llevo quince días sin ella y las horas me pasan despacio, con la necesidad absoluta de volver a verla, de sentirla, de dormir a su lado, de escuchar su risa. Añoro su forma de contestar a mis comentarios sarcásticos, de acompañarme, de ser parte de mi día y por mucho que me empeñe no logro sacármela del corazón.

Antes de levantarme con movimientos lentos y pesados observo al guardaespaldas que duerme en un plegatín al lado de mi cama. Sigue cada uno de mis pasos con los ojos abiertos para protegerme en todo momento.

Ojalá fuera ella.

El deseo de volver a tenerla entre mis brazos vuelve a poseerme acelerándome la respiración. Es como si no sentirla al despertar hostigara mi cuerpo con resuellos y ansiedades. Sin embargo, todavía no la he perdonado del todo y me doy cuenta de que quizás es mejor haber terminado así, sin tener la posibilidad de recriminarle constantemente sus decisiones.

Paso por el baño, me visto con el chándal y salgo a la terraza a realizar mi tabla de Tai Chi. Ella me enseñó a practicar este deporte para despertar mis sentidos y mis músculos a primera hora de la mañana y ahora soy incapaz de caminar por el día sin realizar la tabla.

Me dejó tantas cosas maravillosas...

El enfado se aplaca con el paso de los días. A medida que las semanas avanzan siento más su falta y menos el deseo de hacerle pagar la traición, su silencio, cada una de las mentiras que me contó. Pesa más la realidad de cuando tuvo que elegir, el instante en el que decidió arriesgar su vida para

salvar la mía, cuando dejó atrás lo conocido para ayudarme a sobrevivir.

Quizás debería haberla mantenido a mi lado, darle una oportunidad. Pero la rabia me cegó. Aldario era mi hermano, mi amigo, una persona demasiado cercana para perderla a manos de la guerrilla y saber que ella conocía sus intenciones me destroza.

Termino los ejercicios, paso por la ducha y me visto para afrontar el día con la energía que merece. Pensar en Bell suele traerme tristeza y necesito mantener la compostura durante el desayuno. Mis padres no paran de acribillarme a preguntas acerca de ella que no puedo contestar.

La versión oficial de su desaparición de Aldabia es sencilla. Isabelle ha regresado a Estados Unidos para reponerse junto a su familia del último atentado contra nosotros, acaecido en una casa de la montaña donde varios efectivos de la guardia real resultaron muertos.

Tampoco he hablado con nadie acerca de las revelaciones de la carta de los padres de Isabelle. Antes de tomar riendas en el asunto necesito reunir el máximo de información para no acabar muerto o salir escaldado de la contienda. Quiero desenmascarar a mi padre, ocupar el trono y cambiar las cosas en Aldabia para llevarla a una democracia, pero antes necesito aliados y no sé por dónde empezar a buscarlos.

Si Bell estuviera aquí...

En momentos como este la echo muchísimo de menos porque no sé en quién confiar ni tengo claro cómo actuar a continuación. Como mínimo ella compartió conmigo esa carta y podría ayudarme a averiguar cómo acabar con la conspiración que mi padre y mi tío han tejido para mantener al pueblo sometido, cuál es la causa de su enfrentamiento actual y cómo llevar al asesino de mi hermano a un calabozo de por vida.

Aldario quería un cambio de régimen, dejar atrás el totalitarismo para gobernar en democracia. Su gran ambición era casarse con Tina, derrocar a mi padre, presentarse a unas elecciones limpias y ver cómo Aldabia encontraba un futuro mejor. Lo sé porque lo hablamos mil veces. ¿Y si en algún momento compartió estas aspiraciones con quién no debía? ¿Y si por eso lo mataron?

Sacudo la cabeza. Eso no tiene sentido porque entonces no querrían matarme a mí ni hubieran enviado a Bell para espiarme.

Ha de haber algo más, algo que se me escapa.

El desayuno con mis padres es igual de tenso que los anteriores. Intentan tirarme de la lengua para saber qué sucedió exactamente con Isabelle y se enfurecen al no hallar respuestas. Temen por mi vida, por eso han triplicado la

seguridad. Y también insisten en descubrir cómo entramos en las galerías sin ser vistos. Pero tampoco les respondo a esa cuestión porque no quiero exponerme ni exponerla a ella.

La ausencia de personas en las que confiar me llena de ansiedad. Es más difícil sobrellevar la carga de lo sucedido sin compartirla.

Daría lo que fuera por obtener apoyo.

Temo que mis dispositivos electrónicos estén pinchados, que mi padre y Heny observen cada uno de mis pasos con recelo desde que volví de la montaña, que de un momento a otro reciba una nueva emboscada, un nuevo tiro, una nueva tentativa de matarme.

Mientras me encamino con mi coche blindado al primer acto oficial del día, una entrega de premios en la Academia de las Artes de Benextu, observo el día por la ventana con un encogimiento del corazón. Las nubes grises dominan por completo el exterior. Hace frío, la humedad del ambiente se incrementa por la frialdad del viento que impacta contra el cristal empañándolo al contrastar con la calefacción interior.

Necesito hablar con Tina, ella es la única que conocía con certeza los planes de Aladrio. Quizás a mí solo me contó la punta del iceberg y había más. Quizás mi hermano fue capaz de hilvanar un plan para lograr sus aspiraciones.

Ahora lo veo muy claro. Mientras estuve con Isabelle solo podía pensar en lo nuestro, en la pérdida, en la traición, en mis sentimientos. Pero al dejarla marchar no calibré mi soledad actual, la necesidad de compartir la carga, de encontrar a mi lado a una persona que quiera mantenerme con vida y ayudarme.

Sigo queriéndola. A pesar de lo sucedido, de su confesión y de mi forma de reaccionar, sigo enamorado de Bell. No puedo quitármela de la cabeza, pienso en ella a todas horas, sin importar dónde estoy.

Ella lo es todo para mí y debo vivir sin tenerla.

Mi mente busca una forma de deshacerme del acoso de mis guardias de seguridad por unos minutos y enviarle un mensaje a Tina. Ella era la persona más próxima a mi hermano y quizás sabe algo. También es posible que lleve quince días elucubrando mil teorías absurdas por culpa de la soledad. Si es así ella me ayudará a darme cuenta de ese error de cálculo, me dará una razón para deshacerme de ese obsesivo afán por desentrañar un misterio que puede ser tan simple como la ambición de dos personas poderosas.

Mientras intento encontrar la manera de burlar a la seguridad me doy cuenta de algo importante. Quiero volver a ver a Bell, escucharla, conocer sus

razones para actuar cómo lo hizo y hallar el modo de perdonarla.

Nunca había sentido este hueco en mi interior al perder a alguien. Sin Aldario me falta una parte de mí, pero sin Isabelle siento la desesperación a cada instante, la inestabilidad de caminar solo y el dolor de no tenerla entre mis brazos a cada instante, de no contarle cada uno de mis desvelos, de no poder acariciarla, besarla, sentirla.

Mis padres la han buscado, igual que Lobino y su padre adoptivo.

Hugh solicitó una audiencia conmigo un par de días después de mi aparición en palacio. Fingió estar destrozado. Estuve a punto de gritarle y explicarle que lo sabía todo, pero la sangre fría jugó a mi favor y conseguí mantener el tipo explicando solo una parte de lo sucedido, sin descubrirle ante mis padres, quienes quisieron estar presentes durante la entrevista.

Si como mínimo pudiera confiar en mi guardaespaldas... Echo muchísimo de menos a Gustav, con él mi vida era más sencilla. Nunca fuimos amigos, pero llevaba muchos años a mi servicio y entre los dos se creó una camaradería que ahora necesito. El nuevo es parco en palabras, profesional y poco sociable.

No se me ocurre ninguna manera de entablar contacto con Tina sin dejar rastro. Ser un príncipe tiene sus inconvenientes, sobre todo cuando hay personas ahí fuera que desean matarte. De momento no han vuelto a intentarlo, pero solo Dios sabe cuándo volverán a la carga.

Al regresar a palacio le doy vueltas a una idea. Cuando Bell salió del hospital mis padres querían mandarnos a Estados Unidos un par de semanas. Supongo que era su forma de alejarnos del peligro. Si consigo retomar la idea y viajar a Norteamérica podría encontrar la manera de relajar un poco la vigilancia en una visita a mi antigua universidad, donde Tina es profesora de ciencias políticas.

Estoy decidido a encontrar un respaldo, a buscar respuestas, a hacer indagaciones del paradero de Bell. Ella deseaba doctorarse en Stanford, es una persona muy inteligente, quizás ha conseguido su sueño. Podría intentar encontrarla, solucionar lo nuestro dejándola regresar a mi lado y volver a tenerla. Seguro que con el tiempo conseguiríamos superar lo sucedido.

Como mínimo podría intentarlo.

—Debería retomar mi vida —digo con sequedad durante la cena—. Ya basta de mantenerme entre algodoncitos. Quiero hablar de ese viaje a Estados Unidos para ejercer de embajador de nuestro país. Estaría bien sumarle una visita nostálgica a Stanford y salir en la prensa. Así el pueblo verá que soy un

buen candidato a la corona.

La mirada de satisfacción de mi padre me levanta una sonrisa. He seguido la táctica de Isabelle y ha resultado perfecta. Más vale encandilar a tus contrincantes, dejarles pensar que han conseguido sus propósitos y así obtener los tuyos.

—Mientras estés a la altura. —Su frialdad me molesta, pero no voy a ceder.

Esgrimo una sonrisa de sutil obediencia, compongo una expresión sumisa y vuelvo a la carga.

—Estas últimas semanas te he demostrado que puedes confiar en mí. — Utilizo un tono suave, pellizcando las sílabas con seguridad—. Ahora te toca demostrar que ha valido la pena esforzarme. Quiero ser un digno sucesor tuyo.

—Hace tantos años que esperaba oírte decir algo parecido. —Mi madre sonrío complacida—. Es el momento perfecto para un viaje a Estados Unidos. Tenemos varios asuntos a tratar con nuestros socios y estaría bien una visita tuya de cortesía. Y la idea de pasar por tu antigua universidad mostrará al pueblo tu lado humano. Después de la partida de Isabelle y de los intentos de asesinato la opinión pública está un poco revuelta.

—¿Cuándo puedo salir? —Intento no parecer demasiado ansioso—. Necesito demostraros que valgo para el cargo.

—En diez días. —Mi padre se levanta dando por concluida la cena—. Antes necesitas prepararte, conocer a fondo los negocios, a las personas que debes visitar, sus vidas, cualquier dato requerido para estar a la altura de las circunstancias.

—Mañana a las nueve empezaré a empaparme de todo.

—Me alegro de este cambio de actitud. —El rey me palmea la espalda—. Estoy orgulloso de ti. Ya empiezas a parecer un príncipe de verdad.

Le doy un largo sorbo al vino para saborear mi victoria. Está claro que la presencia de Isabelle aquí durante seis semanas me sirvió de ejemplo para lograr cambiar algunas partes negativas de mi conducta.

Cierro un instante los ojos y la recreo en la mente. Su sonrisa feliz, sus ojos resplandecientes al mirarme, el estremecimiento de mi cuerpo al tenerla al lado, cada una de nuestras conversaciones...

La añoro tanto que mi corazón se rompe en mil pedazos al regresar al amparo de mi habitación y encontrarla sin ella.

Se dejó aquí sus libros, sus cosas, cada pedacito de lo que era antes. Acaricio el lomo de uno de física cuántica, lo hojeo y la recuerdo estirada en

el sofá leyéndolo con las cejas un poco fruncidas y concentrada en las letras.

Antes de internarme en el vestidor abrazo el libro contra mi pecho. Hace quince días debería haber valorado cómo me iba a sentir sin ella, cómo mi alma estaría incompleta, el agujero perenne en mi pecho cada vez que respiro.

Sus prendas están apiladas en un rincón. He sido incapaz de hacerlas retirar, prefiero verlas, sentirlas, olerlas para captar algo de su aroma a cítricos que solía atraparme en una espiral de anhelos. Las acaricio sin atreverme a acercar mi nariz a ellas. Hacerlo dispararía de nuevo el dolor y esta noche necesito dormir.

Hace poco hubiera salido de palacio a emborracharme, drogarme, buscar tías y bailar hasta la extenuación para olvidar, pero ahora solo deseo estirarme en la oscuridad, abrazarme a un cojín y recordarla.

Consigo internarme en un sueño tranquilo pasadas las doce. Esta noche las imágenes inconexas se sobreponen en diversos instantes compartidos y los mezclan con inéditos donde conseguimos encontrar el equilibrio para ser felices juntos.

Los días transcurren entre las explicaciones de mis padres, la documentación que me dan acerca de las personas a las que voy a visitar, las charlas con Lobino sobre mi seguridad personal, la insistencia del rey por asegurarse de que no sé nada de Isabelle desde que nos despedimos en las galerías, las horas llenas de ansiedad esperando a que llegue el momento, mis pensamientos cada vez más recurrentes acerca de cómo necesito encontrarla y acudir a Tina para saber más de mi hermano.

Por fin llega el día.

Mis asistentes se ocupan del equipaje y Lobino me da la última charla para protegerme durante el viaje. Vuelve a explicarme que me acompañarán cinco guardias de su máxima confianza y cuál es su cometido. En principio en Estados Unidos el peligro de sufrir un nuevo atentado disminuye de forma drástica, pero igualmente necesito tomar precauciones por si acaso.

Cada vez que hablo con el jefe de seguridad recuerdo la narración de Isabelle de lo sucedido a sus padres y la admiro por su fortaleza mientras estaba en su presencia. Yo jamás hubiera logrado aguantar la rabia ni el dolor por sus crueles actos.

Una vez llego al jet privado de la familia real me arrellano en el asiento con la mente enredada en las preguntas cada vez más insistentes que me suscita la situación. La doble cara de Lobino, la alianza entre los hermanos Hustrasga,

la carta de los padres de Isabelle, su presencia en palacio.

¿Por qué la enviaron? Si podían entrar y salir con facilidad gracias a los pasadizos, si tenían la capacidad de matar a Aldario con esa simpleza, si podían volver a hacerlo, ¿qué lógica tiene meter a Bell en mi cama? ¿Por qué necesitaban información? No tiene mucho sentido.

Estas cuestiones se repiten en mi mente desde hace demasiados días con una insistencia feroz. Me gustaría darles una respuesta coherente y convencerme de que es la correcta porque me parece algo extraña su presencia a mi lado. Ahora no está y me han puesto a un guardaespaldas en la habitación...

¿Acaso previeron que nos enamoraríamos? ¿Querían que pasara?

¡Imposible! Me niego a creer que alguien pueda predecir algo así.

Quizás realmente querían información de primera mano de mi forma de ser, tener una persona dentro aparte de Lobino, utilizarla si llegaba el momento contra mí.

¿Es posible que la hubieran obligado a matarme? ¿Llegan a ese extremo de maldad? ¿Querían encontrar el modo de comprarme?

No estoy seguro de si deliro o mis suposiciones son acertadas. La insistencia de mi padre por conocer hasta la última coma de su estancia aquí, de si sé su paradero y de lo sucedido en las montañas me despierta demasiados recelos.

¿Y si averiguó que era parte de la organización de mi tío? ¿Y si se dio cuenta de que tenía el enemigo en casa? ¿Y si es verdad que se han pelado y están en medio de una guerra por la corona?

Esa podría ser una buena explicación a la presencia de Isabelle en mi vida. Una forma de presión de Heny, una manera de decirle a mi padre que le tenía cogido por los huevos después de conseguir que la prensa la adorara.

En algún instante del vuelo me quedo dormido.

Despierto cuando Oriel, mi nuevo guardaespaldas, me toca el hombro con suavidad.

—Alteza, estamos en el JFK.

—Perfecto. —Me incorporo un poco—. Dame unos minutos en el baño y estaré preparado.

Tengo una recepción con el presidente electo de Estados Unidos y su esposa para darme la bienvenida a su país. Supongo que habrán preparado un recibimiento a la altura de mi rango y no puedo aparecer recién levantado.

Me aseo un poco, me lavo los dientes, me peino y me cambio de ropa

para estar perfecto. Necesito convencer a mis padres de que estoy en el redil para evitar que me corten las alas.

Los dos primeros días de viaje hago exactamente lo que se espera de mí, sin salirme del guion ni un ápice. Soy agradable con cada una de las personas con las que me reúno, me dejo fotografiar lleno de sonrisas, acepto de buen grado sus invitaciones y no doy muestras de cansancio en ningún momento.

El cuarto día volamos a California donde el rector de Stanford me recibe en persona. Es un hombre afable que recuerdo de mi paso por ahí. Tina siempre confió en él, por eso una vez estamos a solas en su despacho me lanzo a pedirle ayuda.

—Necesito hablar con Tina Morgan en privado y sin que nadie se entere, ¿hay alguna manera de arreglar el encuentro?

Sus ojos taimados me observan un segundo antes de sonreír asintiendo.

—¡Sabía que me lo pediría! —Se levanta con una sonrisa cariñosa—. Detrás de la librería hay una puerta escondida que lleva a una pequeña habitación secreta. —Me guiña un ojo caminando hacia allí—. Esta universidad es vieja y esconde muchos secretos.

Aparta uno de los volúmenes más pesados, aprieta un botón disimulado en la madera y al escuchar un clic una parte de la estantería se desengancha.

—Puede confiar en mí si necesita cualquier cosa, alteza. —Da dos pasos hasta la parte de la estantería que se ha desprendido de la otra para agarrarla con suavidad y tirar de ella hacia atrás—. Conocía mucho a don Aldario, vino a visitarme varias veces desde que volvió a Aldabia y lo apreciaba. Sus ideas eran revolucionarias y muy valientes.

—¿Habló con usted de ellas?

—Era un hombre extraordinario. Siento muchísimo que el mundo y los aldabianos se perdieran a alguien así.

—Quiero seguir sus pasos —admito por primera vez en voz alta.

—¿Por qué?

—Mi hermano tenía razón, debo luchar contra la ausencia de libertad.

Su sonrisa se ensancha. Ha dejado al descubierto una abertura que da paso a una sala contigua donde no hay ventanas, pero goza de una potente iluminación halógena. Sigue la misma tónica decorativa del despacho del decano: madera oscura, pesadas telas en las butacas, suelo de láminas muy anchas de parquet... Solo tiene unos pocos muebles. Un escritorio grande con dos sillas, una cada lado, unos estantes repletos de libros y un saloncito donde descubro un rostro conocido.

Tina se pone en pie con la emoción ocupando su rostro.

—¡Tenía ganas de verte! —Camino hasta ella para abrazarla—. ¿Sabías que iba a venir?

—Lo suponía. —Nos sentamos en los sillones cuando el decano se disculpa para dejarnos a solas—. Hay mucho de qué hablar y tenemos poco tiempo. Tu agenda está apretadita, pero necesitaba verte. La reunión con el decano me abrió el cielo. Imagino que no te has puesto en contacto conmigo porque te controlan.

—¿Cómo lo sabes?

—Tengo contacto con Isabelle, me llama algunas veces para contarme cómo le va. —La esperanza toma posesión de mi cuerpo, pero intento domarla un poco para no parecer ansioso delante de Tina—. Sé lo de la carta de sus padres, lo que pasó en su casa, cómo te traicionó y por qué. Está muy arrepentida.

—Me enamoré de ella... —Aprieto los labios—. Cuando me enteré la culpé de todo, de la muerte de Aldario, de la traición de mi padre, de cómo me sentía... Pero al final me he dado cuenta de algo importante. Ella me salvó, arriesgó su vida por mí, incluso sabiendo que nunca más podría volver a su casa prefirió salvarme.

—Porque te quiere. —Echaba de menos su mirada nítida y su forma directa de hablar—. Igual que yo quería a tu hermano. Si todavía estuviera aquí conmigo le diría tantas cosas... Lo nuestro siempre fue secreto, yo lo quería así, pero no fui justa con él ni con la situación y ahora me arrepiento. —Me agarra las manos inclinándose un poco hacia delante—. No hagas lo mismo, Aladi. Nunca sabes cuándo será tarde para ser feliz.

—He venido aquí para preguntarte si sabes algo de ella y para pedirte ayuda con lo de mi padre. Aldario nunca me contó demasiado de sus intenciones para cambiar las cosas, pero sé que esa era su intención. Y tú eras la persona que tenía más cerca.

Me suelta, vuelve a reclinarsse en el asiento e inspira con dolor.

—Por suerte solo unos pocos lo sabían. —El dolor le agarrota las facciones—. Al final mi idea de ocultar lo nuestro ha servido para algo.

—¿Qué sabes? Cuéntamelo. He cambiado, Tina, de verdad. Quiero seguir los pasos de Aldario.

Arquea los labios en una sonrisa triste e ilusionada a la vez, como si eso fuera posible. Percibo cada una de las dos emociones en el brillo de sus pupilas, en sus facciones, en esos labios reseco y cansados por la ausencia de

besos. Está más delgada y se nota la pena en sus gestos.

—Tu hermano deseaba escucharte decir exactamente esas palabras. Hubiera estado orgulloso de ti. —Cierra los ojos con una espiración audible y al abrirlos los posa en mí con una pena inmensa—. Te quería muchísimo.

—Y yo a él.

—¿Estás dispuesto a luchar por una Aldabia mejor? —Asiento con contundencia—. ¿Y qué hay de Isabelle? ¿La has perdonado?

—También quiero batallar hasta mi último aliento por lo nuestro. Ayúdame a encontrarla.

Su sonrisa se llena de ilusión plena por primera vez desde que he llegado. Su mirada me induce a esperar sus siguientes palabras casi sin respiración.

26

Isabelle

El sol impacta contra la piel de mi cara llenándola de dulces y cálidas caricias. Estoy sentada en uno de los bancos con vistas al edificio en busca de unos instantes de paz para afrontar el día con energía. La sesión de Tai Chi de cada mañana no es suficiente, mi alma está muy herida y me cuesta encontrar una razón para continuar.

Hace un mes de la despedida y ha sido un pozo oscuro de dolor. Cada día me cuesta más levantarme de la cama para caminar por la jornada sin desfallecer, pero mi fuerza de voluntad me ayuda a encontrar la fortaleza necesaria para encarar la desesperación dándome el empujón necesario para no dejarme vencer por el dolor.

Lo echo de menos, es parte de mí y la sensación de haberlo perdido me espesa la sangre destruyéndome lenta, pero inexorablemente. Cada noche sueño con él, me despierto varias veces con las lágrimas humedeciéndome los ojos y una tristeza extrema.

Y luego están los recuerdos de la traición de Hugh, mi forma de afrontar las cosas con Aladi, la carta de mis padres, las mil verdades que ocultaba...

Es como si una daga se hubiera hundido en mi corazón y no pudiera arrancarla.

Oculto mi estado bajo una sonrisa falsa. Mi nueva identidad necesita una actitud optimista, aunque me muera por dentro debo mostrarme feliz.

Me he cortado el pelo dejándome un flequillo que cambia mucho mi aspecto. Valoré la opción de teñírmelo, pero la idea de perder de esa forma el color que me caracteriza me disuadió. Por suerte en este lugar no me reconoce nadie, los cotilleos de la realeza de un pequeño país europeo no les afectan demasiado, aunque tengan intereses comerciales allí.

El día es precioso, con un cielo de un azul intenso, calor y una suave brisa que me acaricia el rostro con suavidad.

Me levanto con una espiración fuerte que intenta lanzar fuera de mí la melancolía y empiezo a caminar hacia las puertas mirando el reloj.

Alzo un segundo la vista hacia la entrada. Llevaba demasiados años soñando con llegar a un lugar así y ahora, cuando al fin estoy en él, me parece difícil avanzar por los pasillos sin sentirme derrotada porque la idea de pertenecer a este lugar terminó con la única relación auténtica de mi vida.

Le siento tan cerca y a la vez tan lejos...

Al dejarle en los pasadizos de palacio fui directa a otro de mis escondites de las montañas para dejar pasar unos días. Allí tenía guardado el dinero que encontré en casa de mis padres cuando era una niña, dentro de la caja con la carta. Hugh nunca lo vio porque el día que volvimos a la casa donde viví con ellos se mantuvo alejado, buscando algo en la estantería. Había suficiente dinero para conseguir un disfraz, papeles falsos, un billete de avión y un pasaje para un futuro lejos de Aladabia. Pero nada consigue sanar mi corazón.

Entro en el despacho tras llamar con los nudillos a la puerta. El profesor Hollins está sentado con la mirada atenta a mis pasos. Es un hombre entrado en la sesentena, con una mirada afectuosa y un rostro surcado por la sabiduría infinita que abarca en su interior.

—Buenos días, señorita Hamilton —saluda haciendo alusión a mi nuevo apellido—. ¿Me ha traído la documentación que le pedí?

—Me ha parecido muy interesante. —Me descuelgo la mochila de la espalda y saco el portátil para darle vida y enseñarle mi trabajo—. Podríamos seguir esta línea de investigación para acabar de definir mi teoría.

—Interesante —musita leyendo una hoja de Word donde he resumido la información—. Es un buen comienzo, sin duda.

Sonrío. Quizás mi corazón está destrozado y nunca consiga unir sus piezas descosidas, pero voy a luchar por como mínimo alcanzar uno de mis sueños.

—Gracias.

Mi sonrisa no es tan amplia como debería porque en el instante en el que el profesor Hollins empieza a exponerme la línea de investigación para mi tesis siento la necesidad de llamar a Aladi para contárselo y me doy cuenta de que no es posible.

Dicen que el tiempo lo cura todo, que si transitas por la vida con una

sonrisa al final consigues mantenerla en tu rostro para abrazar el olvido...

Ojalá dentro de poco pueda levantar la mirada del pupitre y sonreír con sinceridad, sin ese peso que lacera mi alma y me llena de dolor.

Al salir del despacho una hora después tengo claro hacia dónde he de tirar para conseguir mi doctorado. Me voy a la biblioteca para pasarme el resto de la mañana sumergida entre libros de consulta, tomar notas y llenar un nuevo folio para la reunión de mañana con el profesor Hollins.

Está llena de estudiantes que repasan sus lecciones en un silencio sepulcral.

Me gusta este lugar, su quietud, la sensación de paz que transmiten sus anaqueles llenos de sabiduría, con el olor de los libros impregnando la atmósfera y la luz que se cuele por los ventanales situados a los lados de las mesas.

Dejo la mochila sobre una de las mesas, saco el portátil, le doy vida apretando una tecla y empiezo a consultar los libros para avanzar en mi tesis recién iniciada.

Con un suspiro levanto los ojos de la pantalla pasados unos minutos. Los recuerdos parecen dagas directas al corazón, cada día se presentan sin descanso, llenando mis ojos de humedad. Cualquier pequeño detalle me trae reminiscencias de nuestra breve historia de amor. Una frase de un libro, una carantoña de una pareja, un sonido...

Aladi anida en mi corazón, es como un tatuaje imborrable en él y a pesar del paso del tiempo sigue presente en mi interior.

Intento deshacerme de los pensamientos sobre él para concentrarme en el trabajo y poco a poco logro mi cometido, aunque nunca se aleja del todo, apareciendo en instantes en forma de imagen en mi cerebro.

Un par de horas después salgo al aire libre para caminar hacia mi nueva casa. Dejo la mochila en el pequeño apartamento compartido, me cambio de ropa y recorro las cuatro calles que me separan de la cafetería donde trabajo. Es un lugar agradable de decoración bastante funcional, con una encargada amable y exigente a la vez y una clientela bastante fija.

Me gusta esta vida. Durante mis años en la montaña jamás pensé en lograr una rutina parecida. Entonces adoraba la libertad de movimiento, la posibilidad de abrir mis oportunidades decidiendo horarios, pasando días enteros a solas en el bosque, sin sentirme nunca sola.

Desde lo de Aladi la soledad es uno de los peores males que me asalta. Echar tanto de menos a alguien abre grietas en tu corazón sin remedio. Y nada

las llena. Ni una nueva amiga ni las personas amables que me acompañan ni la nueva y excitante vida lejos de Aldabia. Solo él o el tiempo podrán cerrar un poquito esas grietas, remendarlas con más o menos acierto.

—Buenos días —saluda mi jefa con una sonrisa—. Te he guardado un poco de pastel de carne para comer. ¿Qué tal tu mañana?

—El profesor Hollins está contento con mi trabajo. —Me coloco el delantal de camino a una de las mesas para tomar mi almuerzo—. Espero estar a la altura.

—No tengo ninguna duda, lo conseguirás.

Es una mujer de cincuenta años con una sonrisa cariñosa. Su cuerpo de curvas imperfectas se enfunda en el uniforme rosa para mostrar los kilos de más que ella lleva con la cabeza alta. Le gusta su físico, nunca se ha sentido acomplejada por pesar más de la cuenta y suele alabar la inmensa felicidad que le aporta la comida. Sus rasgos son bastante agradados. Rubia, con los ojos claros, una nariz pequeña y proporcionada y labios carnosos.

Se aleja con la jarra de café a servir a un grupo de jóvenes que acaba de entrar en el local. Deben tener unos dieciocho años. Los observo en silencio mientras como. Cada uno de sus gestos de camaradería me llaga el alma al comprender lo mucho que perdí al criarme con Hugh sin amigos de mi edad con quienes compartir los momentos.

Cuando termino llevo los platos sucios a la cocina, los aclaro en la pila y los pongo en el lavavajillas. El cocinero me saluda con su habitual voz dura e inflexible. Es un hombre tosco, sin demasiada empatía, pero que trabaja bien, con rapidez y eficiencia.

Salgo otra vez al bar, agarro el jarrón de café y me doy la vuelta.

La impresión me hace abrir las manos dejando caer la jarra, que impacta contra el suelo con estruendo y me salpica con el café hirviendo. Me quemo, pero no digo nada, los sonidos se quedan atrancados en las cuerdas vocales.

Tiemblo. De anhelo, de emoción, de incredulidad.

Su sonrisa es tan real...

Me llevo las manos a la boca, la tapo para esconder mis labios abiertos, alucinados, a punto de desencajarse de la mandíbula y parpadeo varias veces para asegurarme de que no es un espejismo fruto de la ilusión.

Pero no es un sueño.

Él está a unos pasos frente a mí, mirándome con emoción y mi cuerpo se convierte en una fogata, arde, despierta el latido de mi corazón y me llena de estremecimientos.

No tengo ni idea de cómo reaccionar a su presencia, los interrogantes irrumpen en mi mente llenándome de incertidumbre. ¿Ha venido a por mí? ¿Está a punto de lanzarse a mis brazos? ¿O solo quiere herirme?

Hay dos guardaespaldas en la puerta y la gente del local nos mira en medio de un silencio sepulcral. Algunos han sacado sus teléfonos porque le han reconocido por las fotos de la prensa de la última semana, en las que se anunciaba la visita oficial a Estados Unidos, a Stanford, a esta parte de California.

Cuando leí acerca de su estancia aquí imaginé la posibilidad de verle, pero se impuso el sentido común. Y ahora está aquí, a pocos centímetros de distancia, y eclipsa mi mente dándome esperanzas.

Bajo las manos a ambos lados del cuerpo, arqueo los labios en una sonrisa y aprieto los puños contra la tela del vestido.

—Te sienta bien el corte de pelo —musita en aldabiano dando un paso hacia mí—. Ilumina tus ojos.

—Sabía que estabas en Stanford. —Avanzo un poco sorteando los cristales rotos y contestándole en nuestro idioma—. Deseaba verte, llevo días soñando con aparecer en tu hotel y suplicarte que me perdones, pero te lo prometí y no quería romper esa promesa. Si pudiera cambiar el pasado...

—No he dejado de pensar en ti ni un instante. —Da otro paso hasta quedarse casi rozándose—. Cuando me dejaste en ese pasadizo te llevaste mi corazón.

—Lo siento. —Bajo la vista al suelo con la piel erizada por su cercanía—. Lo estropeé todo al no confiar en ti.

Mis ojos recorren su rostro hasta pararse en sus labios curvados en una sonrisa. Es como si hubiera un halo de electricidad a nuestro alrededor, como si un foco nos iluminara solo a nosotros difuminando el resto de la escena y solo fueran importantes nuestros corazones retumbando con fiereza en el silencio.

—Te añoro, Bell. —Sus palabras son apenas un susurro que me estremece—. Me han quitado a mi hermano, la confianza en mis padres y la forma de vida que llevaba, pero no les permitiré que me arrebaten al amor de mi vida.

—¿Eso quiere decir que todavía queda esperanza para nosotros? —Apenas logro hablar en susurros.

—No pienso renunciar a ti. —Me acerca abrazándome por la cintura, estrechándose contra su cuerpo—. Me has hechizado por completo. Entiendo

lo que pasó, por qué actuaste de esa forma y cómo te sentías. Me salvaste la vida.

—¡Oh, Lad! —Levanto la mirada hasta perderme en sus ojos—. No estaba preparada para conocer a alguien como tú ni para enamorarme. Pero sucedió y ahora me cuesta seguir mi vida sin ti. —Aspiro mordiéndome el labio—. Te quiero tanto.

—Yo también te quiero.

Sus labios buscan los míos besándome con pasión. Nuestras lenguas se enredan en una apasionante danza con la que nos hablamos sin necesidad de palabras. Le abrazo con fiereza llenándome de él y agarrándome a sus besos como único anclaje al ahora.

Un coro de aplausos y flashes nos devuelven a la realidad.

—Me quedaría para siempre entre tus brazos. —Aladi rompe el beso con una voz ronca de deseo—. Pero sigo siendo un príncipe y estamos dando el espectáculo.

—¿Cómo vamos a explicarlo? —pregunto sin dejar de devorarlo con la mirada—. Leí los comunicados de prensa en los que se hablaba de mi viaje a Estados Unidos para restablecerme de los atentados.

—Podríamos decir la verdad, que tuvimos una pelea de enamorados.

—Tengo tantas cosas que contarte...

—Lo sé casi todo. —Me guiña un ojo—. He cancelado las citas de la tarde para encerrarme contigo en la habitación del hotel hasta mañana. —Se acerca a mi oído para susurrar con voz sensual—. Me debes unos cuantos jadeos.

Levanta una ceja en un gesto divertido y yo estallo en carcajadas al reconocer otra vez a mi Aladi en ese hombre que tengo enfrente. Es como si de verdad me hubiera perdonado, como si por fin tuviéramos una oportunidad.

—Sueño con estar contigo a solas —musito mordisqueándole un segundo el lóbulo de la oreja.

—¡Nos vamos! —Me levanta en el aire emocionado—. ¡Mi chica es la mejor! —exclama en inglés para que todos los clientes del local sean testigos de su felicidad—. ¡Isabelle Stoner! ¡Mi novia! ¡La novia de Aladi Hustrasga, príncipe de Aldabia! —Sus ojos chispean—. Ella es el corazón de Aldabia, la única capaz de hacerme vibrar.

—¡Exagerado! —Suelto una carcajada—. Todavía no me creo que estés aquí.

—Pues empieza a creértelo porque no voy a irme nunca más de tu lado.

27

Aladi

Tardamos un poco en serenar a los clientes del bar donde trabaja Bell. Los flashes siguen acompañándonos en el camino hacia el exterior, donde los periodistas nos acribillan a preguntas. La ayuda inestimable de mis guardaespaldas es vital para llegar a la puerta.

—Supongo que ahora ya estaremos en todas las redes sociales —musita Isabelle—. Fliparán cuando sepan que trabajo aquí.

—¡Déjale el marrón a nuestro gabinete de prensa! —La abrazo por la cintura para llevarla hasta el coche con rapidez. Necesito disfrutarla sin la interferencia de la gente ni de mi vida real. Solos ella, yo y nuestros sentimientos al descubierto durante el máximo de tiempo para remendar cada uno de los obstáculos que nos han separado—. Lo único que debería importante ahora es el volumen de tus jadeos. No queremos llamar la atención en el hotel y salir en las noticias como la pareja más escandalosa de la realeza europea.

Levanto las cejas en un gesto juguetón.

—Llevas semanas rogándome que gima, ¿y ahora quieres limitar el volumen? —Me lanza un beso con una sonrisa pícar—. Cariño, voy a reventar los tímpanos de los clientes del hotel.

—Mientras grites mi nombre puedes estallar hasta los cristales de las ventanas.

Emprendemos la marcha parapetados tras las ventanas ahumadas del coche oficial que conduce uno de mis hombres. Le paso el brazo por los hombros para acercarla a mí.

—¿Cómo sabías dónde encontrarme? —pregunta.

—Tina. —Sonríó—. Consiguió que el decano nos reuniera en una habitación secreta y me contó que habías recurrido a ella. ¡Fue increíble

descubrirlo! Y más con sus posteriores preguntas... Si no llego a asegurarle que te había perdonado no estaría aquí.

—Cuando me fui de palacio aquella tarde no tenía a nadie a quién recurrir ni sabía adónde ir. —Se apoya en el respaldo del asiento con una expresión ansiosa—. Entonces pensé en Tina, en las veces que habíamos hablado, en su trabajo en Stanford... Ella podía ayudarme y me entendería porque las dos teníamos mucho en común. Te dejé en ese túnel y pasé horas vagando sin rumbo. No podía respirar, me faltaba el aire y supe que necesitaba escapar lo más lejos posible de ti. Si llego a quedarme en Aldabia hubiera sido incapaz de mantener la distancia y te lo había prometido.

—Para mí también fue duro verte marchar. —Le cojo la mano y la acaricio con un dedo—. Pero estaba enfadado, fueron demasiadas revelaciones dolorosas.

Está inquieta, lo percibo en cómo respira con demasiada aceleración, en cómo se mordisquea el cuello del vestido.

Su mirada se llena de humedad.

—Tenía dinero guardado en uno de mis escondites y sabía dónde conseguir documentos de identidad falsos, así fue cómo salí del país con otro nombre en un vuelo directo a Los Ángeles y acabé llamado a la puerta de Tina. Ella me abrió su casa enseguida, me consoló, escuchó mi historia y se convirtió en una amiga. —Se muerde el labio con la mirada perdida en la distancia—. Sin ella no hubiera sobrevivido. Se lo conté todo, sin engañarla ni ocultarle ningún detalle y ella no me juzgó, en vez de eso me dio la oportunidad de reconstruir mi vida aquí. Se ocupó de gestionar mi doctorado con el título falso de una universidad sin renombre de Estados Unidos y de conseguirme el trabajo en la cafetería. Le debo tanto...

—Te he echado mucho de menos. —Subo la mano por su brazo acariciándola con el dedo—. Demasiado...

—Nunca quise hacerte daño —susurra con un hilo de voz levantando la vista hasta mis ojos—. Estos días lejos de Aldabia me han servido para ver con perspectiva lo sucedido. Hugh me utilizó, se valió de mi trauma para moldearme como quiso. Y yo llegué a tu vida con una idea equivocada de la situación.

—Por suerte Hugh no contó con tus sentimientos. —Le acaricio el cabello con delicadeza—. Ni con los míos. Supongo que él es incapaz de sentir amor o solo se deja vencer por el odio, aunque no tengo claro hacia qué, y no previó que podríamos enamorarnos. —Suelto un suspiro antes de mirarla

con sinceridad—. Yo también he tenido mucho tiempo para pensar y me he dado cuenta de que quiero luchar por mi pueblo a tu lado porque mis sentimientos por ti son más intensos que el rencor y sin ti me falta el aire. Conocerme me ha cambiado.

—Y a mí. —Levanta la mirada para conectarse con la mía—. Antes creía que estaba haciendo algo por el bien de los aldabianos. Merecen ser libres, tener a un rey capaz de otorgarles la posibilidad de ser dueños de su destino. —Se muerde el labio, sonriendo—. Nunca imaginé que tú podías ser un serio candidato para ese puesto ni que estaba en el bando equivocado. Me han engañado como a una imbécil y solo deseo hacerles pagar hasta la última de mis lágrimas. Perderme fue la peor experiencia de mi vida porque no era consciente del significado de amar hasta que te dejé en ese corredor. Llevaba demasiados años encerrada en mí misma para darle el valor suficiente a los sentimientos. Y al encontrarme sin ti me quedé vacía por dentro, como si no fuera capaz de volver a iluminar mi camino nunca más.

—¿Qué me has hecho, Isabelle Stoner? —Apoyo la frente en la suya colocando las palmas abiertas en sus mejillas—. Apareciste y a tu lado no me costó dejar al juguista, al despreocupado ni al incapaz de afrontar sus responsabilidades cuando mis padres me impusieron ese cambio de vida tan drástico. Y ahora ya no me interesa pasarlo bien ni dejar de lado mis ideales, prefiero batallar por ti, por mi pueblo, por vengar la muerte de mi hermano...

—En el fondo solo buscabas refugio en esa forma de comportarte. —Arquea los labios en una sonrisa que eclipsa el coche, mi corazón, mi alma—. Te conozco lo suficiente para darme cuenta de la realidad y comprenderte. Era más sencillo pasarse el día emborrachándose para olvidar que afrontar la situación. Yo también pequé de intentar arrinconar el pasado sin enfrentarme a él. Así que te entiendo.

—Aldario era el heredero al trono, él podía cambiar las cosas, pero yo no era más que un segundón. Mis padres jamás me habían tomado en serio y nunca me había planteado de verdad que podría llegar a tener suficiente poder para luchar contra la injusticia. Solo era un príncipe sin corona y no tenía ni idea de cómo lidiar con mi padre. Si te digo la verdad, todavía no lo sé, y menos con Heny en la ecuación.

—Eres muchísimo más que un príncipe, Lad. —Me rodea la cintura con sus brazos estrechándome hacia ella—. Sientes, vibras, brillas y tienes mucho que ofrecer. No te menosprecies porque eres maravilloso y sé hasta dónde puedes llegar. Quizás estamos ante dos colosos con mucha experiencia en el

arte del engaño y con unas ansias de poder incalculables, pero nosotros tenemos valor, fe y mucha energía para encontrar la forma de debilitarlos. Creo en ti porque te conozco y sé de lo que eres capaz.

—Te quiero Bell. No volveré a dejarte, te lo juro.

Junto mis labios con los suyos para devorarlos. Mi cuerpo reacciona enseguida a los besos cada vez más subidos de tono y entra en combustión. Ella repta por el asiento hasta colocarse a horcajadas sobre mí mientras sus manos exploran a mi piel bajo la camiseta.

—Yo también te quiero —susurra mordiéndome el lóbulo de la oreja.

—Si sigues así no respondo de mis próximas acciones.

Sonríe antes de lanzarse a besarme otra vez. Sus labios encienden una hoguera en mi interior y sus manos queman. Froto mi erección contra su sexo sobre la ropa consiguiendo tragarme un par de jadeos mientras sus uñas rasgan mi espalda clavándose al ritmo de sus respiraciones aceleradas.

Subo las manos por las piernas desnudas hasta colarme bajo su vestido. Ella mueve las caderas y se arquea un poco hacia atrás cuando me acerco a sus muslos.

Los besos se convierten en calientes, perversos, húmedos.

El coche se detiene y escucho unos golpes suaves en el cristal que aísla la parte de atrás antes de escuchar la voz del conductor por los altavoces.

—Estamos en el parking del hotel, alteza.

—Perfecto. —Separo un poco a Isabelle para contestar con un golpe de voz, mirándola con deseo—. Gracias por el trayecto.

Dos guardaespaldas nos parapetan hasta llegar al ascensor sin ningún contratiempo. Camino al lado de ella, anhelando volver a tomarla entre mis brazos, besarla, tocarla, llegar hasta el final. Saber cuánto confía en mí me da valor para enfrentarme a cualquier obstáculo.

Sus ojos refluyen cuando los levanta para mirarme y se llenan de notas de deseo.

Dentro del ascensor me acerco a ella para pasear mi mano por su espalda con una suavidad que la obliga a morderse el labio evitando un gemido. Bajo la mano con disimulo por el vientre hasta quedarme a pocos centímetros de su centro de placer. Los guardaespaldas están de espaldas frente a nosotros y no pueden ver la expresión de anticipación de Isabelle.

Cuando las puertas se abren esperamos a la señal de mis hombres para avanzar en silencio hasta la suite.

—Esperen un segundo —solicita uno de ellos frente a la puerta—.

Necesito asegurarme de que nadie ha entrado en la habitación.

Asiento a modo de respuesta porque soy incapaz de hablar. La abrazo por los hombros para acercarla mucho a mi cuerpo y desciendo hasta apretarle las nalgas. Ella da un respingo, me mira y gime bajito al sentir unos movimientos circulares que trepan por su espalda.

—Todo despejado. —El guardaespaldas nos indica que podemos entrar —. Estaremos tras la puerta por si nos necesita, alteza.

No le contesto, me limito a dar un par de pasos con Isabelle y cerrar la puerta tras de mí antes de lanzarme a besarla como si no hubiera un mañana.

Sus manos me quitan la camiseta con rapidez y cuando se pasean despacio por mis músculos siento una sacudida llena de necesidad. Le subo el vestido sin dejar de besarla, acercándola mucho, sintiendo su piel, su calor, cómo mi cuerpo se enciende endureciéndose.

Camino hacia la habitación empujándola suavemente, sin dejar de besarla y tocarla. Se da un golpe con el marco de la puerta, pero no detiene los besos ni las caricias cada vez más intensas.

Con un movimiento rápido lanzo los zapatos a un lado y le subo el vestido hasta deshacerme de él. Tiene la piel tersa y suave y un cuerpo perfecto.

—Llevo tanto tiempo deseando esto... —musito acercando la boca a su cuello.

Gime y levanta al cabeza para darme acceso completo a su piel. La lamo y la mordisqueo despacio. Delineo una cadena de besos hasta llegar al sujetador. Con manos expertas me deshago de la prenda para chupar uno de sus pezones.

Se arquea hacia atrás con varios jadeos de anhelo mientras bajo una de mis manos hasta acariciar con un solo dedo la cinturilla de las braguitas. Con la boca sigo lamiendo un pezón para erizarlo.

Ella se estremece cuando mis labios descenden por su vientre mientras me arrodillo bajándole las braguitas muy despacio, sin dejar de acariciarle las piernas.

Mi boca se adentra en su centro de placer. Con las manos le agarro las nalgas con fuerza para acercarla todavía más a mí.

Escucho cómo gime cuando la lengua le acaricia el botón inflamado. Primero lo hago con lentitud, trazando círculos suaves para acabar de despertar el deseo. Ella coloca las manos en mi cabeza y aprieta para disuadirme de aumentar el ritmo, pero no cedo. Voy a llevarla al límite antes

de permitirle desatar el placer.

Me encanta su sabor, los ruiditos que hace con la boca tras arquearse un poquito hacia atrás presa de las sacudidas en sus terminaciones nerviosas.

Aumento la velocidad de los lametazos escuchando cómo poco a poco su respiración se descontrola. Contrae los músculos de los muslos atrapando mi cabeza entre ellos y desplaza los dedos de ambas manos por mi cabello, estirando algunos mechones cuando se acerca su explosión.

Sus gritos se mezclan con gemidos de diversas tonalidades. Su cuerpo se contrae y se expande en milésimas de segundo llenando la habitación con sus jadeos llenos de placer. Mi nombre sale de sus labios acompañado con varios *¡Oh Dios!*

Cuando el orgasmo desciende abandono su sexo para ponerme de pie y saquear sus labios con su sabor todavía hormigueando en la lengua. La alzo en brazos sin dejar de besarla y ando con ella hasta estirla sobre la cama.

—Ha sido... —Me mira un segundo mientras me deshago de la ropa que me queda y me cubro con un condón—. ¡Nunca pensé que el sexo fuera algo tan... tan explosivo!

Curvo los labios en una sonrisa antes de estirarme sobre ella y besarla.

—Bombón, esto solo ha sido el principio. —Mordisqueo un poco el labio superior—. ¿Preparada para volver a gemir?

Por respuesta me lanza los brazos al cuello para acercarme a su boca.

—Quiero una clase rápida para gritar todavía más fuerte.

Entro en ella despacio para no hacerle daño. Está muy estrecha y sentir sus músculos en torno a mi polla es electrizante. Me enciende como a una bombilla.

La miro, no me pierdo ninguna de sus expresiones faciales, cómo se muerde el labio para ahogar el primer gemido, la forma en la que mueve un poco la nariz mostrando su grado de deseo, la curvatura de sus labios cuando empiezo a moverme con lentitud en su interior.

De repente arruga la boca y achina un poco los ojos.

Me detengo y bajo la cara hasta besarla con ternura.

—No pares —musita en un suspiro—. Por favor.

—Si te duele detenme.

—Es maravilloso tenerte dentro de mí. —Abre los ojos y me mira con tanto cariño que mi corazón se desarma—. Nunca pensé que sería tan mágico.

La embisto con lentitud, entrando y saliendo con movimientos muy pausados, dejándole espacio para acostumbrarse a la sensación.

—Te quiero Bell. —Coloco las manos abiertas en sus mejillas—. Es la primera vez que hago el amor de verdad.

—Yo también te quiero.

La beso mientras aumento progresivamente el ritmo. Mi cuerpo se llena de un calor sofocante, siento cómo sus músculos me envuelven para aumentar el placer, cómo mi corazón late al tripe de velocidad y forma parte del acto por primera vez, cómo soy capaz de sentirme al borde del abismo al tenerla entre mis brazos.

Ella coloca las manos en mis nalgas y aprieta para marcar un ritmo más rápido. Jadea, resuella y gime como si estuviera cerca de la cima.

Quiero acoplarme a ella, dejarme ir a la vez, sentir cómo los dos explotamos a la vez.

Estoy cerca, muy cerca.

Mi cuerpo es como un campo minado de placer y lujuria. Ella gime fuerte, se arquea, abre los ojos y me mira con una expresión tan intensa que consigue hacerme perder el control llevándome al orgasmo en cuestión de segundos.

Grita mi nombre. Yo grito el suyo sin dejar de moverme acompañado por las sacudías de placer que invaden hasta la última fibra nerviosa de mi ser.

Los gemidos se intensifican unos segundos y luego se apagan lentamente.

Me dejo caer sobre su cuerpo y le beso el hombro sin dejar de sonreír.

—Nunca había tenido un orgasmo tan bestial —admito levantando la cara para perderme en sus ojos brillantes—. Ha sido increíble Bell.

—Increíble se queda corto.

Su mirada se llena de una emoción sincera que me acelera el corazón. La amo, la quiero, la adoro. Ella lo es todo para mí y estuve a punto de dejarla marchar para siempre.

—No voy a volver a apartarme de tu lado —musito acariciándole el labio con un dedo—. Te necesito, eres la única parte cuerda de mi vida y nunca hubiera superado la separación.

—Hay demasiados problemas a nuestro alrededor para ser felices sin pensar en ellos. Eres el príncipe de Aldabia, tu tío te quiere muerto y no sabemos qué ha pasado entre él y tu padre.

—Quiero ayudar al pueblo, llegar hasta el fondo del asunto, desenmascararlos. —La beso acariciándole la piel desnuda—. Si alguna vez me convierto en rey será en una democracia. Pero ahora solo aspiro a hacerte el amor una y otra vez hasta que consiga saciarme de ti, como mínimo por esta

noche.

—¿Y qué hay de dormir?

—¿Lo posponemos a mañana? —Le guiño un ojo—. Esta noche disfrutarás de tu despertar al sexo. Sería una pena desaprovechar la posibilidad de escuchar gemidos en estéreo durante horas.

Se carcajea con felicidad. Yo me siento en la cima, como si por una vez no pesara la corona ni la muerte de Aldario ni los últimos acontecimientos.

Mis labios buscan los suyos mientras dejo atrás mi vida para dedicarme en cuerpo y alma a saborearla, a enseñarle cómo gozar de nuestros cuerpos durante horas, olvidándonos del resto, solo sintiéndonos, rindiéndonos a la atracción, al deseo, a la necesidad de convertirnos en una sola persona.

—Soy feliz por haberte encontrado —susurra dándome la vuelta para colocarse sobre mí—. ¿Serás un buen profesor? —Me mordisquea el labio—. Muero por aprender a darte el mismo placer que tú a mí.

—Voy a darte una lección magistral. —Paseo mis dedos por su espalda—. No vamos a desaprovechar esa curiosidad. Bombón, voy a hacer de ti una verdadera ninja del sexo.

28

Isabelle

Los primeros rayos de sol asoman por la cortina abierta para posarse sobre la cama con suavidad. Estoy desnuda, feliz y exhausta tras una noche llena de nuevos y excitantes descubrimientos acerca de mi cuerpo, de la forma de dar placer y de recibirlo, de cómo la expresión más plena del amor se convierte en magia al compartirla con él.

Si queremos tirar adelante nuestros planes deberemos vigilar cada paso, sortear los problemas que aparezcan, encontrar la forma de estar juntos a pesar de la oposición de sus padres, de la amenaza de Hugh y los suyos, de la situación en Aldabia y de nuestro firme deseo de encontrar la forma de devolver al pueblo la capacidad de decidir su futuro. Pero estoy dispuesta a afrontar cualquier problema que se presente mientras Aladi continúe a mi lado.

Observo un segundo su rostro. Está tumbado boca arriba, con la sábana apenas cubriendo sus partes íntimas y dejando al desnudo el torso musculado, esa piel cálida que me ha arropado durante las últimas horas, el movimiento de su vientre al son de las respiraciones serenas de su sueño.

Cuando pensé que le había perdido me rompí de mil formas y ahora me doy cuenta de la importancia de luchar por los sentimientos. Juntos somos más fuertes que por separado, nos complementamos y llenamos como nunca hubiera imaginado. No me importa hacer frente a los obstáculos si la recompensa es pasar la vida con él.

Paseo un dedo por sus costillas y lo subo hasta la clavícula.

—¿Estás buscando otro asalto? —Abre los ojos con una sonrisa—. Porque si sigues tocándome así vas a despertar al monstruo de la lujuria.

—Le quiero enterito. —Le guiño un ojo acercándome a él—. Creo que todavía no he conseguido una paleta completa de jadeos.

—Bombón, estás tentando a la suerte.

Me coloco sobre él bajando la mano para despertarle del todo. Él me rodea con sus brazos, rueda conmigo sobre la cama para ponerse encima de mí y empieza a besarme en el cuello.

—Antes de sucumbir a tus encantos necesito una ducha, un café, pasar por el baño y una sesión de Tai Chi para despertar mis músculos. —Se acerca a mi oído para susurrarme—. Una mujer muy sabia me explicó una vez las maravillas de ejercitarlos a primera hora de la mañana.

—¿Puedo ducharme contigo? —Esbozo una sonrisa libidinosa—. Conozco otras formas de ejercitar esos músculos.

—¿Pretendes recuperar el tiempo perdido? ¿O te has propuesto acabar conmigo para dejar a Aldabia sin heredero?

—Solo intento ponerte en forma.

—Eres perversa. —Se levanta dejándome con las ganas de seguir abrazada a él—. Consigues ponerme a tono solo con tus palabras. Ahora seré incapaz de vivir sin ti.

—Pues no lo hagas. —Caminamos abrazados hacia el cuarto de baño—. Quédate para siempre a mi lado, afrontemos juntos el futuro.

Se detiene cerca de la puerta, se colca mirándome, me abraza por la cintura y apoya la frente en la mía. Siento su aliento en la cara, huelo su aroma aterciopelado, me atrapa el calor de su cuerpo desnudo.

—No te alejaré nunca más ni dejaré que nada se interponga entre nosotros. —Su voz ronca y susurrante me estremece erizando el vello de mi cuerpo—. Lo dije ayer en la cafetería y lo repito ahora. Eres el corazón de Aldabia porque tienes el mío en tus manos.

Le beso. Nada importa más que sus labios, su lengua, la necesidad de tocarle, de acercarlo todavía más, de invitarle a entrar en mí para siempre. Él responde al gesto con caricias cada vez más calientes. Mi cuerpo se convierte en un ente a punto de entrar en combustión. Bajo las manos por su espalda clavándole los dedos con una intensa avidez.

Me levanta del suelo para que le rodee con las piernas y camina hasta la ducha de mampara transparente. Como puede la abre y enciende el chorro de agua, que impacta con rapidez sobre nuestros cuerpos con una frialdad importante.

Estallamos en carcajadas mientras Aladi gradúa el agua a una temperatura más adecuada.

—Quería ser original —musita al quedarse sin más risas—. Nunca he

hecho el amor en una ducha.

—¿En serio? —Levanto las cejas colgándome con los brazos de su cuello—. Antes de estar conmigo eras el rey de las orgías. He visto fotos tuyas con tres tías a la vez y has tenido una larga lista de novias bastante ligeritas de cascos...

—Con ellas follaba. —Me deposita un beso tierno en la frente—. Era una pasada, tenía unos orgasmos increíbles y sus gemidos eran... —Le doy una palmada en las nalgas mirándole con celos—. Lo que intento decirte es que contigo es distinto porque te quiero y al entrar en ti siento cómo mis sentimientos se apoderan de cada fibra de mi cuerpo para llevarme a una dimensión desconocida. Ayer me desvirgaste en muchos sentidos porque nunca lo había hecho enamorado.

Sus labios buscan los míos con furia. Me besa reclamando todo mi ser y le correspondo con una calidez húmeda y pasional, sin dejar de tocarle, de sentirle, de acercarle más a mí mientras la lluvia de agua nos inunda.

Me apoya en la pared de cristal dejando un reguero de besos en mi cuello.

—Aladi —susurro entre dos espiraciones cogiéndole por los brazos para cambiarnos de posición—. Quiero probarte.

Una vez le tengo apoyado en el cristal desciendo con mi boca por su cuello, la clavícula, el torso, el vientre... Me arrodillo rozándole los muslos con los dedos y mis labios depositan una línea de besos desde su vientre hasta alcanzar su miembro preparado para mí. Él esconde la barriga aguantando la respiración cuando mis manos levantan su pene y lo observo durante unos segundos.

—Es mi primera vez... —digo casi sin tono antes de lamerlo con suavidad mientras mis dedos se deslizan en toda su extensión apretando un poco, como me ha enseñado durante la noche.

—Bombón, eres una caja de sorpresas.

Gime cuando me lo meto en la boca sin apartar los dedos de la base, cercándolo y ejerciendo una leve presión. Sus jadeos me guían en los movimientos cada vez más seguros de mi boca y mi lengua. Coloca las manos en mi pelo, arrastrando los dedos entre las raíces y presionando al sentir una embestida de pasión.

Me gusta escucharle, sentir cómo se estremece y contrae los muslos contra mis mejillas, sus gemidos, cada una de las espiraciones con las que demuestra su grado de placer. El agua se mezcla con mis labios, resbala por su

torso y moja mi cabello sin piedad.

—Estoy a punto de correrme —jadea entre exhalaciones.

Aparto la boca, me levanto y busco sus labios.

—Eres muy dulce —susurro besándole.

—Y tú un puto volcán.

Entra en mí agarrándome las piernas para que le rodeen la cintura y clavándome los dedos en las nalgas para moverse con mayor soltura. Escucho cómo su espalda impacta contra la mampara una y otra vez, al ritmo de sus embestidas.

Mi punto de placer se eriza llenándose de una perversa necesidad de sentir cada uno de los roces mientras escala hasta la cima. Mi respiración se descontrola, las fibras nerviosas de mi cuerpo reciben varias sacudidas y cuando nos da la vuelta para apoyarme contra el cristal empiezo a gritar su nombre entre gemidos de placer. Él no tarda en acompañarme, dejándose ir mientras sus dientes mordisquean mi hombro derecho.

Nos separamos despacio sin dejar de besarnos. El agua impacta contra mis hombros cuando coloco los pies en el suelo y camino un poco para tocarle. Él coge el gel y empieza a enjabonarme con suavidad, acariciándome la piel con sus manos un poco rasposas.

—¿Buscas volver a empezar? —pregunto entre suspiros—. Porque si sigues tocándome así voy a acabar saltando encima tuyo.

—Me gustan las mujeres con iniciativa.

Su lengua desata la pasión al adentrarse entre mis labios y danzar con la mía. Su dedo entra en mi sexo hasta alcanzar mi botón y lo masajea produciéndome estremecimientos en cadena hasta que exploto gritando otra vez su nombre enredado entre varios *¡Oh Dios!*

Jamás pensé que un orgasmo contuviera tanta fuerza.

Al salir del baño media hora después nos encontramos a uno de los guardaespaldas de Aladi en la habitación. Por suerte llevo una toalla cubriendo mi desnudez, pero no logro evitar que mis mejillas adquieran un color rojizo y el calor se propague por mi piel.

—Volvemos al circo mediático. —Aladi se acerca a mi oído para susurrarme—. ¿Estás preparada?

Asiento entrecerrando los ojos un segundo. Me hubiera gustado disfrutar un poco más de él a solas, pero entiendo que al decidir estar a su lado debo aceptar esta parte de nuestra relación.

—La prensa publicó varias fotos ayer de su romántico reencuentro en la

cafetería, alteza. —El hombre fija la mirada en el príncipe sin mostrar ni una pizca de interés en mí—. El gabinete de prensa de palacio ha contado una historia acerca de una pequeña disputa entre enamorados y le ha dado la vuelta para mostrar al pueblo que su reconciliación es digna de película rosa. Ahora hay una centena de periodistas apostados en la calle que esperan ansiosos su aparición.

—¿Qué opinan mis padres? —pregunta caminando hacia el armario completamente desnudo.

—Ya sabe que estaban muy descontentos con la señorita Stoner, pero las fotos no podían desmentirse. —Tiene las manos cruzadas a la espalda y se da la vuelta para seguir los movimientos de Aladi—. En cinco minutos entrarán la estilista, una peluquera y una maquilladora para preparar a la señorita Stoner. Es importante dar una buena imagen.

—Excelente. —Se cubre con unos bóxer y unos pantalones de traje—. ¿Algún cambio en mi agenda para hoy?

—Tal como estaba previsto comerán con el decano de Stanford en una recepción que la universidad ha preparado en su honor. Luego les espera un coche para llevarlos al aeropuerto. Tienen un vuelo a Washington a media tarde.

Me lanza una mirada en busca de mi aprobación. Le sonrío para hacerle entender que voy a estar a su lado en cada paso del camino, aunque signifique pasar horas enfrente de las cámaras, esperar al momento oportuno para disfrutar de nuestra intimidad y permitir la intromisión de las personas necesarias para arreglarme al gusto de sus padres.

En menos de cinco minutos nuestra burbuja de felicidad se rompe por la aparición de tres mujeres. Una de ellas arrastra un burro con varias prendas colgadas, algunos complementos y un enjambre de zapatos colocados en una larga tela con compartimientos.

Aladi me da un beso en la mejilla. Se instala en el salón de la suite a contestar unos cuantos e-mails y a mantener una tensa conversación con sus padres para disculpar la forma en la que vulneré los acuerdos de nuestro contrato al irme de Aldabia bajo un nombre falso.

Me pruebo tres vestidos ante la atenta mirada de una de las tres mujeres, quien parece muy profesional en su papel de asesora de imagen. Acabamos decidiéndonos por uno rojo *fourreau* que termina bajo las rodillas. El patrón es sencillo, pero la tela de seda se adapta perfectamente a mis curvas y las pronuncia haciéndome un tipo increíble.

A la hora de elegir los complementos nos decantamos por un foulard con el fondo blanco y unos lunares a tono del vestido, un collar largo con una piedra vistosa al final y unos zapatos de tacón compensado de color negro, igual que la chaqueta corta que me pongo encima.

La sesión de peluquería y maquillaje se complementa con una manicura.

Es la parte más odiosa de esta nueva vida, pasarme horas en manos de extrañas para aparecer impoluta ante la prensa, pero una mirada a Aladi me basta para saber que no hay nada capaz de disuadirme de seguir a su lado.

—¿Lista? —Una vez nos quedamos solos en la habitación me ofrece su brazo.

—Vamos allá.

Su sonrisa eclipsa cualquier reparo que mi mente pueda elucubrar. Paso el brazo por el suyo, suelto una fuerte espiración y curvo los labios en una sonrisa. A pesar de los mil obstáculos que nos separan camino con paso firme, dispuesta a ponerme a la prensa en el bolsillo, a no desfallecer, a seguir en la brecha para superar cualquier dificultad que nos impida terminar juntos.

Una vez en el exterior los flashes se suceden envueltos en la barrera protectora de los guardaespaldas, arrojados por varios hombres de la seguridad del hotel. Han situado una valla a ambos lados para evitar que la multitud se acerque, pero no evitan las preguntas ni los comentarios a gritos ni los vítores de los curiosos agolpados cerca de los periodistas.

Mi mirada sube un segundo a sus ojos donde percibo esa seguridad en sí mismo que me atrapó desde el primer instante, su capacidad para adaptarse a las situaciones, esa fuerza de voluntad que le ayudó a dejar atrás las juergas para rendirse ante la corona. Y lo sé. En este instante me percató de que no voy a dejarme llevar por el miedo ni por la presión ni por el peso del pasado. Por estar a su lado voy a capear cualquier temporal, aprenderé protocolo, me tragaré los deseos de mantener mi vida en el anonimato, incluso renunciaré a mis estudios y a la libertad. Porque es él, el amor de mi vida, ese que he esperado desde niña, el que me lleva a recordar el sentimiento existente entre mis padres, ese que ansiaba por encima de todo.

Nuestros ojos se encuentran y una sonrisa llena de felicidad nos une más allá del ahora. Es como si de repente los flashes, las preguntas y la gente se hubieran difuminado en la nada y solo estuviéramos él y yo camino hacia el coche oficial con los cristales tintados, como si un silencio sacro acabara de envolvernos para aislarnos del resto del mundo.

No quiero pensar en lo que nos espera al regresar a Aldabia, en la clara

oposición de sus padres a lo nuestro, en la amenaza de Hugh y la guerrilla, en la necesidad de encontrar una forma para conceder a nuestro pueblo la libertad que merece, en cómo desvelar la alianza secreta entre el rey y su hermano, en descubrir el motivo de su ruptura...

Un dolor punzante en el pecho me inhibe de la realidad.

Descubro una mueca de horror en el rostro de Aladi, pero el sonido de su boca se pierde en la nada. Frente a mis ojos titilan varias lucecitas blancas, siento cómo mi respiración se funde, igual que mis latidos se detienen para velarme la mirada con una bruma opaca.

Me duele muchísimo el pecho.

Antes de perder la consciencia un ruego destrozado me alcanza. Estoy estirada en el suelo entre los brazos de Aladi y varias personas nos rodean quitándome la luz, apagándome, dejándome nadar en un mar de inconsciencia capaz de llevarse mi alma...

29

Aladi

No puede estar pasando otra vez, es imposible, mi corazón no resistirá perderla cuando acabo de recuperarla.

La estiro sobre el suelo con una sensación de ahogo en el pecho. Grito a mis hombres para conseguir ayuda y evito enfurecerme por los mil flashes que se disparan a nuestro alrededor inmortalizando la escena.

He visto la bala surcar el aire en el último instante, sin tener tiempo para reaccionar, aunque creo que he conseguido mover un poco a Bell para evitar un impacto mortal.

—¡Ayuda! —grito con desesperación colocando las dos palmas abiertas sobre la herida, una sobre otra, para intentar frenar la hemorragia—. ¡Un médico! ¡Necesito un jodido médico!

¡Joder! ¡Necesito que sobreviva! No puedo imaginarme volver a quedarme sin ella cuando la tengo por fin entre mis brazos con una promesa de un para siempre.

El vestido rojo muestra un color más granate cerca de su corazón, sus ojos se cierran y su expresión se vuelve indefinida, como si estuviera a punto de marcharse para siempre. Un dolor penetrante se instala en mi corazón rompiéndolo en mil pedazos. Necesito salvarla, mantenerla a mi lado, tener la oportunidad de vivir nuestra historia.

Un hombre desconocido se arrodilla a mi lado con profesionalidad en la expresión y los de seguridad se lo permiten. Uno de mis guardaespaldas asiente al encontrarse con mi mirada interrogativa y solo entonces le cedo un espacio a mi lado.

—Déjeme ver la herida, alteza —solicita en inglés—. Soy cirujano y puedo ayudarla.

Quito las manos de su pecho notando unos leves latidos en su interior.

—¿Vivirá? —Pregunto con un hilo de voz.

Necesito que asienta. Se lo suplico por dentro conteniendo las lágrimas, arrugando mis rasgos faciales, humedeciéndome los ojos y sintiendo cómo un terremoto me asola.

—Es pronto para un diagnóstico —afirma.

No debería haber subestimado el poder de la guerrilla, el odio de Hugh hacia ella al reconocer su traición, su absoluta seguridad de que si la mata quebrará para siempre mi corazón.

El médico me habla de nuevo, pero sus palabras no llegan a mi cerebro, se pierden entre la maraña de emociones que me vapulean con fiereza. Veo cómo sus manos le desgarran el vestido para examinar bien la entrada de la bala mientras varios de mis hombres buscan al culpable entre el gentío. Acaban de llegar policías uniformados y a mi alrededor se forma un revuelo.

Aparto la mirada para centrarla en el rostro de Isabelle, en esos ojos cerrados que me parten el alma, en el color plomizo que adquiere su piel, en los labios inertes que poco a poco se amoratan.

Los minutos me pasan a cámara lenta. Escucho el eco lejano de una ambulancia, la reanimación cardiovascular que el médico le aplica cuando su corazón decide detenerse de golpe, sus palabras, los gritos, los clics de las cámaras, las frases de mis guardaespaldas, de la policía... Pero en realidad no los oigo, no los proceso, no soy capaz de aceptarlos.

Un par de sanitarios aparecen con una camilla.

—Hay que llevarla a un quirófano. —La voz del cirujano llega a mi cerebro—. Rápido.

Dos de mis hombres me agarran con suavidad por los hombros para obligarme a ponerme en pie. Quieren separarme de ella, pero yo me rebelo con fiereza, incapaz de dejarla en manos de otras personas. No puedo perderla de vista, no soportaré la separación.

—Vamos a llevarle al hospital en un coche seguro, alteza —susurra Oriel—. Permita que los médicos hagan su trabajo.

—No quiero dejarla sola. —Intento zafarme de su brazo, pero es inútil.

—Su seguridad es importante, alteza —insiste sin rebajar la fuerza de su agarre—. La señorita Stoner le necesita entero, derrumbándose no la ayudará. Y ahora es importante llevarla a un hospital con rapidez.

—Está bien —acepto sin dejar de seguir con la mirada la camilla con una dolorosa sensación de *deja vu*—. Vamos al coche.

Seguimos a la ambulancia por las calles con nuestro pomposo coche

oficial y regresan a mí esas ganas de olvidarme de esta vida que me ha tocado en suerte, de ahogar mis deseos en alcohol, de borrar la corona que me oprime ensañándose con mis ansias de libertad, de tomar mi propio rumbo.

Mientras escucho el ulular de la sirena abriéndose paso por las calles para operar cuanto antes a vida o muerte al amor de mi vida me vuelvo a sentir vulnerable, como cada vez que hablaba con Aldario de la necesidad de conseguir el timón de la nación y de nuestros destinos. Él me comprendía, pensaba igual que yo, pero a diferencia de mí buscó el modo de hacer algo. Mi forma de afrontar las penas es distinta a la suya, a mí no se me da tan bien esconder mis sentimientos ni puedo jugar con su diplomacia, por eso salía a quemar la ciudad cada noche e intentaba eludir mis responsabilidades.

Isabelle dio la vuelta a esa forma de vivir cuando posó la mirada en mis ojos. Quizás no fue un flechazo ni un amor de esos que crea vínculos desde el primer instante. Necesité conocerla un poco antes de caer rendido a sus encantos. Pero al final me conquistó demostrándome que hay más fortaleza dentro de mi corazón de la esperada. Su compañía consiguió sacar a la superficie el deseo de luchar por mis ideales en vez de encerrarlos bajo llave. Ella me dio alas para creer en mí y no me resigno a perderla.

Seré incapaz de afrontar el mañana sin ella.

Antes de dejarme salir del coche para entrar en el hospital mis hombres se colocan en forma de escudo, protegiéndome con sus cuerpos y privándome de ver qué sucede con ella.

—El ataque debía ir dirigido a usted, alteza —explica Oriel al ver mi desconcierto—. Debemos evitar que den en el blanco.

Pero algo en mi interior despierta una voz que intenta hacerme ver la absurdidad de esa afirmación. No iban a por mí, querían deshacerse de Bell. Esa realidad se aferra a mi corazón acelerándolo. ¿Por qué quieren matarla? ¿Es por su traición? ¿O hay algo más?

Mientras nos acercamos a la entrada de urgencias repaso con ansiedad los últimos meses, desde el asesinato de Aldario. La aparición de Bell en mi vida, la forma en la que mi padre la puso en escena, su dolor el día que empezó todo, la otra bala que recibió por mí, el descubrimiento de la alianza secreta entre Heny y el rey...

Hay varias piezas que no encajan.

Mi última conversación con Aldario se repite en mi mente con la inquieta sensación de que contiene un detalle importante.

Era de noche, estaba a punto de salir a una de mis juegos y él entró en mi

habitación con una expresión tensa. En ese instante no le di mucha importancia, tenía ganas de salir por la puerta para dejar atrás el palacio, las obligaciones, las palabras diarias de mis padres... Pero debería haberle prestado atención a la arruga en su frente, a sus labios crispados, a ese brillo ansioso en su mirada.

—Deberíamos arrebatarnos la corona —musitó casi en un susurro ahogado—. Nuestro padre es un cabrón, Aladi. Si supieras hasta dónde está dispuesto a llegar por mantenerse en el trono.

—Ya le conoces —contenté sin prestarle demasiada atención—. Siempre intenta salirse con la suya.

Si hubiera mirado más allá de mis narices...

Esas afirmaciones en labios de Aldario demostraban que estaba dispuesto a luchar. Pero en vez de comportarme como un hermano y un hombre capaz de asumir sus responsabilidades le di la espalda para marcharme de juerga.

—Voy a hacerlo. —Me agarró del brazo con suavidad—. He decidido plantarle cara a nuestro padre.

—Buena suerte —dije sin mirarle—. Serías un buen rey. Y me fui.

¿Por qué me comporté como un perfecto idiota y no fui capaz de entender la profundidad de sus palabras? Ahora empiezo a vislumbrar las connotaciones de su última afirmación. Quería darlo todo por el pueblo, encontrar la forma de cambiar la situación. Y yo en vez de ser su apoyo me limité a huir, como llevaba tiempo haciendo.

¿Y si tenía algún plan? ¿Y si intentaba contármelo?

A la mañana siguiente me desperté con resaca y me enfrenté a su muerte. Quizás entonces debería haber recordado sus palabras, pero enfrentarme a la nueva realidad, descubrir mis responsabilidades recién adquiridas y lidiar con la aparición de Isabelle fue demasiado. Mis padres me obligaron a cambiar de vida de la noche a la mañana y me pasé más tiempo cabreado con ellos que valorando la muerte de mi hermano como se merece.

Mis hombres me conducen a una habitación del hospital tras asegurarse de la ausencia de peligro. Oriel se queda conmigo indicándome cuatro normas

básicas de seguridad. Prohibido acercarse a la ventana y utilizar el móvil para explicar mi ubicación. Solo me está permitido hablar con mis padres o personas autorizadas previamente por él.

Es la historia de mi vida. Prohibiciones, obligaciones, órdenes. Por eso me aislé en mi mundo de alcohol, drogas, fiestas y mujeres. Para escapar a esa opresión, a la ausencia total de libertad de movimiento, a la sensación de que no tenía capacidad para decidir mi vida.

Asiento con la súplica de conocer el estado de Bell. Necesito asegurarme de que está bien.

—La han llevado a quirófano —explica Oriel tras colgar el móvil por el que ha preguntado al personal del hospital—. Ha perdido mucha sangre, pero la bala solo ha rozado el corazón. Hay muchas posibilidades de que la operación sea un éxito.

Asiento sentándome en la cama, incapaz de preguntar la probabilidad de ese éxito o las posibles secuelas si la supera. No puedo afrontar las respuestas, así que decido tragarme el interrogatorio.

Oriel camina hacia la puerta, donde se coloca con las piernas un poco abiertas y las manos en la espalda, en silencio.

El paso de los minutos se me hace eterno. Tengo demasiadas cosas en la cabeza, los datos acerca de lo ocurrido me martillean como si quisieran darme algo a entender, pero soy incapaz de encontrar el camino para resolver las dudas. Solo tengo claro que si ella muere una parte de mi alma se irá con ella.

Mi padre me llama a la media hora. Sus palabras se llenan de frialdad y dureza. Me ordena que abandone el hospital para seguir con mi agenda. Le rebato todas y cada una de esas órdenes con argumentos sólidos, apelo a la opinión pública, a la necesidad de no defraudar al pueblo y me callo mis sentimientos, mi dolor, el desgarrar de desconocer el destino de Isabelle.

Tras mantenerme firme durante unos larguísimos veinte minutos termina por aceptar mi propuesta de cancelar el resto de las visitas. Como siempre el qué dirán pesa más a la hora de decidir y hacerme parecer insensible frente a nuestro pueblo es lo último en su lista de prioridades.

Al colgar siento una mezcla de emociones. Por un lado, estoy orgulloso de mi forma de afrontar la conversación, sin dejarme amedrentar por su actitud autoritaria, dándole la vuelta a la situación en mi propio beneficio, pero por otro me duele aceptar que para seguir al lado de Isabelle debo mentir e interpretar un papel.

Una de mis mayores decepciones en la vida siempre ha sido la relación

con mis padres, la forma en la que nuestra convivencia se marca solo por las órdenes y las obligaciones dictadas por el soberano, sin pararse a hablar acerca de mis deseos, de mis pensamientos, de mis objetivos. Por eso Aldario era más que un hermano para mí y su falta me llena de dolor.

Perder a Bell sumaría demasiado, me hundiría en una oscuridad difícil de abarcar.

Unos golpes suaves en la puerta preceden la entrada de uno de los guardaespaldas, acompañado de Tina. Su expresión muestra al instante preocupación y ansiedad. Es una mujer con la facultad de transmitir hasta la última migaja de sus sentimientos a través de la mirada. Y ahora está angustiada.

—¡Tina! —Me acerco a ella para envolverla entre mis brazos—. Tenía ganas de verte.

—Es la compañera de piso de la señorita Stoner, alteza —explica mi hombre—. ¿Quiere hablar con ella?

Asiento sonriéndole a Tina.

—Oriel, dejadnos solos.

—Pero... —Mi mirada tajante le disuade de continuar—. De acuerdo, estaré ahí fuera si necesita cualquier cosa.

Tina camina hasta sentarse en el borde de la cama retorciendo las manos sobre su regazo. Me contagia la inquietud enseguida, es como si esa forma de comportarse me diera las pistas necesarias para llenar una parte del puzle que ocupa mi mente. Pero no sé si estoy receptivo a explorar las connotaciones de esa realidad.

—Ella quería luchar —musita mirándome con dolor—. Estaba dispuesta a todo para llegar al fondo del asunto y ayudarte a recuperar la libertad. ¿Pudisteis hablar? —Mi expresión desconcertada le contesta—. Cuando nos encontramos en la habitación secreta del decano estaba a punto de contártelo todo, pero la indicada para hacerlo era Isabelle. Y antes os merecíais un reencuentro a la altura.

—Es una mujer muy valiente. —Me siento a su lado y le paso el brazo por los hombros—. Como tú. Aldario estaba muy enamorado, murió pensando en ti.

—Al principio solo quería vengarme de la guerrilla, tenía deseos de subirme a un avión para castigarlos con mis manos, pero me di cuenta de que la mejor manera de honrar la memoria de Aldario era encontrando la forma de liberar a Aldabia de la opresión. —Mira hacia la lejanía como si buscara las

palabras para afrontar la situación—. Pero hay tantos datos incomprensibles, tanta información confusa... Si hubiéramos sabido la verdad acerca de tu padre y Heny antes tu hermano quizás estaría vivo.

—¿Aldario habló con Heny? —De repente la realidad clarea con demasiada fuerza ante mí y me oprime los pulmones—. ¿Se alió con él para derrocar a mi padre?

Los ojos de Tina se humedecen convirtiéndose en dos pequeñas esferas llenas de dolor. Los posa en mí sin perder la desesperación y asiente.

—Tenían un plan para derrocar al rey y poner a Aldario en su lugar — explica provocando un aumento exponencial de mis latidos—. Esa noche tu hermano iba a dejar entrar a palacio a un par de hombres de la guerrilla para llevarse a tu padre. Su intención era retenerle lejos de Aldabia el tiempo necesario para arreglar la situación. No querían hacerle daño, solo alejarle.

—No quise escucharle... —Apenas es un susurro de voz atragantada por las lágrimas que me queman en la garganta—. No podía, estaba demasiado alejado de la realidad, tenía miedo. Si lo hubiera sabido, si él me lo hubiera contado...

—Nada habría cambiado. —Me coge las manos que tengo sobre el regazo y me dedica una mirada llena de ternura—. Tu tío está aliado con tu padre. Si hubieras intentado ayudar a Aldario habrías muerto con él.

—Entonces... —Se me quiebra la voz.

Soy incapaz de terminar la frase, de ahondar en lo que significa, de aceptar la posibilidad que mi cabeza intuye. Es imposible, demasiado crudo para ser verdad, demasiado cruel.

30

Isabelle

Apenas puedo aguantar los ojos abiertos, el sopor producido por la anestesia me mantiene sedada. La boca está seca, siento la lengua pastosa en su interior y me cuesta tragar. Me duele el pecho, aunque es un dolor residual, como si estuviera allí, pero los calmantes que entran por el catéter lo mitigan sin conseguir erradicarlo del todo.

Estoy en una cama con Aladi a mi lado y nado entre la consciencia y la inconsciencia, sin terminar de despertarme del todo. Lo sucedido se reproduce en mi mente en una nebulosa y no acabo de entender cómo he acabado en el hospital de nuevo.

Parpadeo con dificultad en busca de un conato de lucidez que se me escapa.

—Bienvenida de nuevo. —La voz de Aladi suena cansada—. ¡Me has dado un susto de la hostia! ¡No vuelvas a dejar que te disparen! Ya van dos... —Intento ordenar a mis labios que se arqueen en una sonrisa, pero no tengo ni idea de si me hacen caso—. No me mola esto de los hospitales, prefiero tenerte en la cama.

Vuelvo a dormirme, pero con la ilusión de haber recuperado su amor.

Mis sueños de las siguientes veinticuatro horas se llenan de incoherencia. Apenas tengo momentos de conciencia, la mayor parte del tiempo me lo paso durmiendo. Las palabras de Aladi me llegan en momentos puntuales como si fueran el eco lejano de una voz.

Cuando al fin consigo vencer el sopor de la medicación lo encuentro sentado en el sillón contiguo a la cama. Lleva el mismo traje del día anterior, la barba incipiente oscurece su mentón y sus ojos cansados me miran con una ilusión que me llena el corazón de emociones.

—¿Llevas mucho rato ahí sentado? —pregunto con la boca pastosa.

—¡Un montón! —Se levanta para ocupar un espacio a mi lado en la cama.

—Pareces agotado. No deberías haberte quedado conmigo...

—Ahora y siempre, Bell. —Me acaricia el cabello con mucha delicadeza—. No voy a volver a dejarte y entre los dos pararemos a mi tío, a tu padre y a todos los cabrones que intentan matarnos. La idea de perderte por su culpa es inaceptable.

—Deberíamos hablarlo con tranquilidad. Hay tantos datos a valorar... Estas semanas aquí me han servido para repasar lo que sabemos. He hablado mucho con Tina y hay una realidad demasiado real escondida en los sucesos.

—Lo sé. —Su mirada me da una pista inequívoca de los pensamientos inquietos que le invaden—. Tina ha pasado muchas horas aquí conmigo, velándote...

—¿Te lo ha contado todo?

—Estoy de acuerdo con vosotras. —Aprieta los labios con dolor—. Debemos cerciorarnos, pero por muy jodido que me parezca es demasiado real para darle la espalda. Lo peor es saber que es cierto.

—Lo superaremos entre los dos. —Levanto la mano derecha para acariciarle la mejilla y enseguida siento el tirón de los puntos—. Vamos a construir un mejor país para todos.

Asiente con una tristeza desgarradora.

Pasamos una semana en el hospital dándole muchas vueltas a la realidad que nos envuelve. Tina nos acompaña en numerosas ocasiones y entre los tres trazamos un plan para acabar de una vez con todas con las amenazas. Es un poco arriesgado, pero estamos decididos a tirarlo adelante para desenmascarar a los culpables de esta situación.

Varias personas importantes en los Estados Unidos se acercan a saludarnos, tal como marca el decoro tras lo sucedido. Aladi canceló sus compromisos oficiales y hasta el presidente en persona ha volado desde Washington para conocer mi estado.

Cuando me dan el alta volamos en el jet privado de los Hustrasga hasta Aldabia. Todavía estoy muy débil, no puedo caminar por mi propio pie y el recibimiento de la gente es abrumador. Tras las vallas de seguridad, parapetadas por la guardia real, se agolpan miles de personas con pancartas de bienvenida y fotos de Aladi y yo, como si fuéramos su único anhelo.

Mi vida a partir de ahora será así. No sé si me acostumbraré algún día a ser la novia de un príncipe ni a esta adulación. Pero he regalado mi corazón a

Aladi y nada puede detenerme en mi afán de compartir el futuro con él.

El recibimiento de los reyes es frío y distante, como si les incomodara mi decisión de seguir al lado de su hijo. Apenas se molestan en preguntarme por mi estado o en pasar a verme a la habitación de Aladi. Me saludan al llegar y luego desaparecen de mi vista durante las dos semanas que dura mi convalecencia.

Aladi vuelve a su vida pública tras pasar un par de días a mi lado, todavía es pronto para actuar y necesitamos seguir representando nuestros papeles a la perfección. La gran cantidad de publicaciones diarias acerca de nuestro noviazgo nos envuelven en una nube de emoción. Los reyes no dejan de repetirlo en las comidas y es un buen síntoma porque así tardarán menos en aceptar la situación.

Dos semanas después de regresar a Aldabia el médico me pauta rehabilitación para devolverle la movilidad completa a mi brazo izquierdo. Acordamos realizarla en palacio con la ayuda de un fisioterapeuta que vendrá cada mañana.

Hugh no ha venido a verme ni me ha llamado ni ha tenido ningún contacto conmigo desde mi llegada y me duele porque demuestra con demasiada claridad su implicación en el intento frustrado de asesinarme en California y esa realidad me desgarrar el alma.

¿Jamás me quiso? ¿Fue todo mentira? Nunca fue un hombre demasiado cariñoso, pero pensaba que me quería.

Durante las dos semanas siguientes me voy recuperando lentamente. Las revistas de Aldabia se llenan de reportajes cada vez más largos sobre mi historia de amor con Aladi e incluso nos solicitan entrevistas que rechazamos con cortesía. El pueblo parece encantado con lo nuestro y los reyes más proclives a aceptarme en su vida. La opinión pública es su única preocupación.

Desde nuestra llegada esperamos el momento de actuar. Hay que ser pacientes, rodearse de gente que crea de verdad en la causa y no cometer ningún fallo que pueda acercarnos a algún traidor. Por eso seguimos acatando las órdenes del rey sin revelar nuestras intenciones ocultas mientras reunimos a un grupo afín a nuestra causa.

Tina ha sido nuestra mejor baza en ese sentido. Viajó a Aldabia la semana después de nuestra llegada para ayudarnos a buscar aliados entre las filas de Heny. Es buena investigando sus antecedentes para asegurarse su lealtad.

Empezamos a formar un grupo con cuatro personas leales a nuestra causa y poco a poco el círculo se ha extendido hasta crear una cúpula cohesionada con un objetivo común. Pronto actuaremos y cambiaremos las cosas.

Entre la guerrilla hemos encontrado a personas descontentas con la marcha de la situación en el país y cuando les confesamos la verdad a los pocos que merecían nuestra confianza no dudaron en ofrecerse a ayudarnos. Una vez tengamos el poder en nuestras manos trabajaremos juntos para crear una Aldabia libre.

He conseguido que Stanford me deje continuar con mi tesis doctoral gracias a las influencias de Aladi. El profesor Hollins ha accedido a tener nuestras reuniones semanales a través de videoconferencia y a recibir mis avances vía e-mail y llevo preparándome para ellas desde mi llegada.

El doce de diciembre el médico por fin decide que puedo empezar a reincorporarme a la agenda del príncipe. Ha pasado un mes y cinco días desde el disparo y ya casi estoy recuperada por completo.

Nuestro primer acto juntos es inaugurar una galería de arte y a partir de ese momento pasamos una semana de locos yendo de un lugar a otro, sonriendo, posando para la prensa, contestando preguntas de los medios y asistiendo en directo a la devoción de los aldabianos por nuestro amor.

La proximidad de las fiestas navideñas coincide con el cumpleaños del rey y el sábado veintitrés ofreceremos una recepción para celebrar ambas festividades. Acudirán miembros de las realezas europeas, junto a otras personalidades relevantes en el panorama mundial.

No me apetece demasiado acudir a actos sociales de estas características, pero si mi intención es continuar con Aladi debo acostumbrarme, así que permito el consejo de la asesora de imagen a mi servicio y elijo un vestido digno de una princesa.

Durante la cena del viernes los padres de Aladi terminan de explicarnos la lista de invitados, que ya nos han detallado en un extenso dossier con información de cada uno de ellos, y repasan otra vez mi actuación.

Me llevo el tenedor a la boca con un gesto estudiado y observo cómo el monarca saca una cajita del bolsillo de su americana. Todavía me cuesta mover el brazo izquierdo con soltura, pero he recuperado la movilidad completa en el cuerpo y la cicatriz ya no me duele.

—Mañana en la recepción anunciaremos vuestro compromiso

matrimonial. —El rey me acerca la caja una expresión fría—. La boda se celebrará a principios de junio en la catedral de Benetxu con la presencia de la realeza europea. Será un gran acontecimiento social.

—¿Compromiso? —Dejo la cajita abierta y levanto las cejas con confusión. En su interior hay un anillo increíble, con el mayor diamante que he visto en mi vida engarzado en oro blanco en una montura antigua y rodeado de pequeños diamantitos—. ¿Matrimonio?

—Es una de las joyas de la familia —explica la reina—. La guardaba para la princesa consorte y has resultado ser tú.

Una mirada de Aladi me basta para saber que él no tenía ni idea de esto.

—¿No se supone que debe ser el novio quién pida la mano de la novia? —dice mirándolos con rabia—. ¡Todavía no hemos hablado de boda!

—Mañana anunciarás tu compromiso para junio —dictamina el rey con firmeza—. Y vas a casarte, te guste o no. Has elegido a Isabelle en contra de nuestros deseos, pero el pueblo la adora. Ha llegado la hora de darles una boda de cuento de hadas.

—Pero... pero. —Sacudo la cabeza sin apartar la vista de la sortija—. ¡Casarse es algo muy serio! Deberíamos hablarlo primero Aladi y yo...

—Junio es una fecha preciosa para una boda real. —La reina me dedica una sonrisa fría e ignora mis reticencias—. Vamos a invitar a un gran número de personas influyentes en el mundo entero, Aldabia se va a vestir de gala.

—¿Y si no quiero casarme? —No debería estallar así, sin embargo tengo mil sentimientos asaltándome en este instante.

—Entonces debes elegir. —El rey utiliza un tono que no admite discusión—. Seguir con Aladi significa tener una boda real en junio. No hay discusión en ese sentido.

—Quiero... quiero. —Cojo aire dándole vueltas a la situación y me quedo callada.

—¿Qué es lo que quieres, querida? —Los ojos de la reina me observan con condescendencia—. Si realmente estás enamorada de Aladi aceptarás nuestras órdenes. De eso trata ser parte de la realeza, de hacer sacrificios en algunos momentos. Y casarse con el heredero legítimo al trono no me parece demasiado doloroso.

—¡Esto es inadmisible! —Aladi da un golpe seco en la mesa—. Deja de tratarla como si solo me quisiera por el dinero y el poder. ¿Os habéis planteado la mierda de vida que es ser un rey? ¿Sin vida privada? ¿Ni capacidad para hacer lo que deseas en cada momento? Isabelle y yo nos

queremos, pero nos merecemos decidir nuestro destino.

—Os casareis en junio. —La orden directa del rey es casi un rugido en su boca—. Se terminó la discusión. Isabelle, ponte ese anillo en el dedo y prepárate para estar radiante mañana, va a ser un día importante para todos. Me he tomado la libertad de invitar a tu padre.

La cena se acaba en ese instante con la salida de los reyes del salón. Aladi se queda inmóvil, saboreando un sorbo de vino y yo intento serenarme lo suficiente para acabar de asimilar lo que acaba de suceder.

Quiero casarme con él algún día para pasar el resto de mi vida a su lado, pero odio que se produzca con imposiciones y con una ausencia total de libertad para decidirlo nosotros.

—Un brindis. —Aladi levanta la copa llena de cava mirándome con luz en la mirada—. Por el corazón de Aldabia.

Desde que desperté en el hospital me llama así en público. Me emociona su forma de expresar su amor con esa frase, de mostrar cómo me he convertido en parte de su alma para siempre. Él también es una muesca peramente en mi corazón. Se ha adueñado de mi destino.

—¿Eres consciente de lo que acaba de pasar? —pregunto todavía aturrida, con la cajita del anillo sobre la mesa—. Yo... yo. ¡Joder, Aladi! ¡Nos han obligado a casarnos! ¡No puedes tomártelo con esa tranquilidad!

—Bienvenida a los Hustrasga. —Acerca la silla hasta casi rozarme—. Tienes razón, no es la mejor manera de hacerlo, pero la parte positiva es que voy a pasar el resto de mi vida a tu lado y no me importa nada más. Eres mi corazón, algún día serás la reina y entre los dos vamos a cambiar la situación.

Coge el anillo entre dos dedos, me acaricia la mano y lo desliza en mi dedo anular de la mano izquierda. Es precioso, brilla con fuerza.

—En junio Aldabia se llena de flores, el sol suele brillar y la catedral está preciosa.

—¿Vamos a hacerlo? —No puedo evitar una sonrisa emocionada al sentir cómo me abraza por la cintura y me permite apoyarme en su hombro.

—Por y para siempre, Bell. Tú, yo y el destino de Aldabia.

Levanto la cabeza con lentitud, le miro a los ojos y sonrío. Hay una copa de cava en la mesa, la alcanzo para levantarla. No debería ser así, pero en el fondo me alegro de tenerlo en mi vida y casarme con él es un sueño hecho realidad.

—Por mi futuro marido.

Al llegar a nuestra habitación no hablamos más del tema, preferimos

dedicarnos a nuestros cuerpos, a despertar la lujuria, a rendirnos a los besos y las caricias. Es la mejor forma de olvidar las imposiciones y disfrutar de lo que nos ha otorgado el destino.

El día siguiente me pasa rápido. A pesar de ser sábado nos toca una visita a un hospital de niños enfermos para celebrar con ellos la Navidad. Me paso la mañana contándoles cuentos y ofreciéndoles un conato de esperanza en su maltrecha vida.

Por la tarde inauguramos un centro para gente mayor sin recursos financiado por la familia real y ayudamos a decorarlo con motivos navideños. Mis futuros suegros intentan ganarse a la población con ese tipo de actos benéficos para lavar su imagen de tiranos.

La gente nos recibe con ovaciones y enormes pancartas llenas de palabras emocionadas dirigidas a nosotros. Es bonito sentir su calor. No llevo el anillo, hemos decidido mostrarlo esta noche con el anuncio del compromiso.

Llegamos a palacio exhaustos, pero me toca la sesión de puesta a punto. Aladi aprovecha el tiempo para subir al gimnasio.

El vestido es impresionante y el enjambre de mujeres destinadas a dejarme perfecta consigue un efecto increíble con mi aspecto. Al mirarme al espejo no me reconozco con ese recogido alto, los pendientes de brillantes, el vestido ajustado que realza mis curvas, esos zapatos altísimos de color negro, el maquillaje justo y perfecto.

Hace demasiado que he dejado de ser yo misma...

—Estás alucinante, Bell. —Aladi me abraza por la cintura para conducirme al salón de fiestas—. No sabes cómo deseo quitarte ese vestido...

—¿Sabes? —susurro—. Puede salir algo bonito de esta mierda.

—En unas horas todo cambiará para nosotros y será para siempre.

—Todo menos mi amor por ti.

Su sonrisa es mi guía en este camino incierto.

Durante la primera media hora en el salón recibo a las personas junto a Aladi, les hablo con la cortesía requerida, consigo recordar los datos sobre ellos que había en el dossier e interactúo sin ningún problema. Hasta que aparece Hugh. Está guapísimo vestido con un traje oscuro y me mira con una intensidad extraña, como si no acabara de encontrar la forma de acercarse a mí. Camino con lentitud hasta él, con los ojos fijos en los suyos, conteniendo la explosión de sentimientos que me produce el encuentro.

—Isabelle —saluda inclinando un poco la cabeza—. Me alegro de verte.

—No finjas. —Niego con la cabeza disimulando mi mueca de dolor con una sonrisa forzada—. Sabes tan bien como yo lo que sucedió. Y no intentaste impedirlo, fuiste capaz de ignorar la orden de asesinato contra mí.

—Una traidora no merece vivir. —Utiliza un tono de voz tan duro que me destroza desintegrando mi corazón al instante—. Le elegiste a él. Es imperdonable.

—¿Nunca me quisiste? —Entrecierro un segundo los ojos con una espiración profunda en un intento de no derramar las lágrimas que me queman por dentro—. Yo sí lo hice, Hugh. Te quise como a un padre, te idolatraba, de mayor quería ser como tú.

—Decidiste salvar a Aladi Hustrasga. —Me dirige una mirada letal agarrándome por el brazo con fuerza—. En ese instante dejaste de ser mi hija.

—¿Y qué coño haces aquí? —No me amilano ante su gesto y le aguanto la mirada con decisión—. ¿Esperas encontrar la oportunidad de matarle a él o a mí? Porque no lo conseguirás.

—Darías la vida por ese desgraciado. —Niega con la cabeza—. Yo crie a una mujer fuerte no a alguien capaz de clavarme un puñal por la espalda.

Me alejo de él porque soy incapaz de seguir escuchándolo, de aceptar ese odio que destilan sus palabras, de no quererle. Aladi me intercepta al leer el dolor en mis ojos y me abraza para consolarme mientras me aparta de Hugh.

Cuando el rey se coloca en el escenario dispuesto a hacer el anuncio de la noche apenas soy capaz de sentir demasiada emoción, la conversación con mi padre adoptivo retumba en mis oídos, dañándome.

Escucho sin demasiada atención el anuncio, los aplausos mientras mi prometido me lleva hacia el escenario, las preguntas de la gente mezcladas con sus exclamaciones de emoción y las mil felicitaciones. Enseño el anillo con una sonrisa postiza, permito que Aladi tome el control de la situación y me dejo fotografiar mirando la expresión de Hugh. Es de desprecio hacia mí. Y me duele, es como si acabara de clavarme otra daga en el corazón.

Al salir del salón unas horas después leo satisfacción en la mirada del rey. Hemos cumplido con sus intereses al conseguir la adoración de los invitados y la publicación del compromiso en las redes sociales para llegar hasta el último aldabiano. Eso favorece a su reinado, si la gente está emocionada con el próximo enlace real dejará de pensar en otras cosas más trascendentales para la nación.

—¿Cansada? —Aladi me estrecha entre sus brazos una vez traspasamos

la puerta de nuestra habitación—. Ha sido peor de lo que esperaba.

—En realidad ha sido muy revelador. —Le deposito un beso en la comisura de los labios—. Quiero casarme contigo, Lad. Me hace muchísima ilusión ser tu mujer. Pero ver a Hugh...

—Vas a tener una nueva familia. —Me abraza besándome con ternura en la mejilla—. No voy a decepcionarte como él, lo prometo.

—Lo sé. —Sonríó con tristeza—. Contigo seré feliz.

Tardo muchísimo en dormirme porque mi cabeza no deja de darle vueltas al pasado, es como si buscara un indicio de esa frialdad de Hugh en nuestros años compartidos y me siento como si acabara de perder a mi padre.

El día siguiente no tenemos programado ningún acto. Nos despertamos pronto, practicamos Tai Chi en el exterior a pesar del frío y nos duchamos juntos.

—¿Me acompañas a remar? —propone Aladi al caminar desnudo hacia el vestidor—. Me apetece hacer un poco de ejercicio y creo que a ti te irá bien.

—Es una buena manera de ejercitar mi brazo izquierdo y de olvidar...

Durante el trayecto recuerdo la primera vez que me llevó a remar con él. Todavía no nos conocíamos suficiente para tener lazos importantes, pero esa escapada me descubrió a un Aladi distinto al imaginado, lleno de una ternura desconocida.

Sacamos la barca entre los dos y empezamos a remar coordinados, dirigiéndonos al centro del río, a una zona donde los rayos del sol impactan contra el agua creando unas estrellitas de luz en la superficie.

—Está todo preparado. —Deja los remos en posición vertical y susurra mientras espera a que me dé la vuelta para mirarlo—. Solo nos queda esperar a que todo salga bien.

—Esta noche descubriremos la verdad y será tu momento. —Aprieto los labios—. ¿Estás seguro? ¿Quieres seguir adelante?

—Necesito hacerlo. —Asiente con un contundente golpe de cabeza—. Se lo debo a Aldario, no puedo permitir que muriera en vano. —Me coge las manos en el regazo—. Nos ha costado mucho esfuerzo llegar hasta aquí, no voy a echarme atrás ahora. Necesito saber la verdad.

—Puede destrozarte.

—Estoy preparado, Bell. Sé a qué me enfrento y no tengo ninguna duda. —El dolor se cuele en sus pupilas—. Es peor la incertidumbre, pasarme el día

pensando en si estoy volviéndome loco por preguntarme su grado de implicación, si lo hizo, si fue capaz.

—Estaré a tu lado. —Me muevo con lentitud para colocarme sobre sus piernas—. Siempre podrás contar conmigo. Superaremos lo que sea juntos.

—Lo sé. —Su beso es tan dulce que me derrito entre sus brazos—. Sin ti no hubiera llegado hasta aquí. Te debo mi cordura y mi felicidad, aunque pueda ser efímera.

No debería sonreír de ilusión ni sentirme tentada a pensar en la posibilidad de alcanzar la plena felicidad. Esta noche vamos a cerrar un capítulo, para bien o para mal. Y va a ser un trago doloroso.

—Tengo algo para ti —susurra—. Creo que mi sorpresa te hará feliz.

—¿Qué me has preparado? —Abro los ojos muerta de curiosidad—. Me das más miedo...

Mete una mano en el bolsillo retirándose un poco hacia atrás y se muerde el labio en una mueca juguetona.

—Eres una mujer muy especial para mí. —Saca la mano despacio—. Conocerte me cambió, me ayudó a construir una mejor versión de mí mismo, a aceptar mi destino, a luchar por lo que vale la pena. —Veo un estuche pequeño de terciopelo negro en su mano y mi respiración se acelera—. Quizás tardé un poco en dejarme ir del todo. Tú también te tomaste tu tiempo para gemir a tus anchas. —Suelto una carcajada tapándome la boca con la mano y la barca se balancea peligrosamente—. Sé que para ser feliz no puedes desaprovechar los momentos ni las señales del destino. —Abre la cajita para mostrarme un brillante precioso en su interior engarzado en forma de corazón en una cadena de oro blanco—. Quiero casarme contigo, Bell. No quiero hacerlo porque mis padres nos lo impongan ni para contentar al pueblo ni para los demás. Quiero hacerlo porque eres la mujer de mi vida. —Me coloca el collar y yo avanzo la cabeza para permitirle el acceso, temblando de emoción—. Eres mi corazón, el corazón de Aldabia.

—Te quiero. —Le abrazo por el cuello para besarle—. Te quiero, te quiero, te quiero.

Sus labios sellan nuestra emoción abriéndose para mí. Siento cómo su lengua explora cada pequeño recoveco, cómo me muestra el camino directo a la felicidad, cómo es capaz de hablar de sentimientos compartidos.

31

Aladi

Acompaño a Bell a nuestra habitación después de una cena de Nochebuena interminable donde apenas he sido capaz de mantener mi ansiedad a raya. Estoy convencido de mi decisión, voy a tirar el plan adelante sin dejarme dominar por la inquietud o por los escrúpulos, pero no dejo darle vueltas al después.

Mañana es Navidad y me duele hacer esto hoy, sin embargo, es la mejor fecha.

Las últimas semanas han sido el preludio para llegar a este instante. Durante días he pensado en todas las opciones, he digerido esa realidad que en unos minutos voy a constatar y me he sumido en un tiovivo de emociones contrapuestas donde el dolor se ha ensañado con mi corazón.

—¿Estás bien? —pregunta Bell por décima vez esta noche mientras recorreremos el pasillo—. Si no estás seguro podemos dejarlo para otro día o buscar otra forma de afrontarlo. No lo hagas si no quieres. Me tendrás a tu lado sea cual sea tu decisión.

—Gracias por aparecer en mi vida. —Le paso un brazo por los hombros y la estrecho contra mi cuerpo—. Por quedarte, por luchar por lo nuestro, por demostrarme que siempre hay luz al final del túnel, por darme la fuerza necesaria para superar esta mierda.

—Tú llenaste mi vida de color. —Sonríe—. Contigo he descubierto el amor de verdad y cómo te sostiene cuando todo lo demás se desmorona. Voy a estar apoyándote siempre porque te quiero tanto que no sabría vivir sin ti.

—No cambies nunca. —Le doy un beso con una emoción intensa—. Contigo me siento capaz de cualquier cosa, incluso de lo de esta noche y de lo que vendrá a continuación. Será una experiencia dura, pero contigo cerca venceré cualquier obstáculo.

—Podemos con esto y con mucho más. —Siento una de sus manos rodearme la cintura y el calor me sube por el cuerpo—. Conseguiremos ser felices después.

—Lo sé. —Asiento con un suspiro—. Es la única manera de solucionarlo y necesito saber la verdad. Aunque en el fondo ya la conozco y eso me destroza.

—Confirmarlo te hará más poderoso, pero te herirá en lo más profundo de tu alma.

Al llegar frente a la puerta noto cómo el sudor empieza a dispersarse por mi cuerpo al ritmo de mi respiración acelerada. El corazón cabalga a mil por hora. Ha llegado el momento de afrontar nuestro plan, de conseguir un cambio significativo para los aldabianos, de dar un paso adelante como Aldario estaba dispuesto a hacer hace unos meses.

Entro con ella dejando a Oriel atrás, la coloco frente a mí y la abrazo por la cintura para sentir el calor de su cuerpo. El olor a cítricos de su perfume me envuelve los sentidos llenándome de deseo. Busco sus labios para saborearlos con pasión, sin dejar de estremecerme a su contacto. Ella me estrecha contra su cuerpo rodeándome la cintura con los brazos y apretando el abrazo con fuerza.

Sus respiraciones se convierten en gemidos, su lengua reclama más fiereza y siento cómo su cuerpo entra en combustión. El mío es una hoguera.

Le acaricio la piel bajo la camiseta sin separarme de ella.

Cuando al fin rompemos el beso doy un paso atrás y la miro resollando. Ambos tenemos los labios hinchados y una mirada llena de notas de avidez.

—Ten cuidado ahí dentro —musita ella acercándose un segundo para darme un casto beso en los labios—. Es duro descubrir la verdad.

—Puedo hacerlo. —Le acaricio el labio antes de darme la vuelta para volver a salir al pasillo—. No tardaré, te lo prometo.

Una vez fuera apoyo un segundo la espalda contra la puerta y suelto un suspiro.

—¿Todo bien, alteza? —pregunta un Oriel preocupado.

—Sí. —Asiento varias veces con la cabeza con más rapidez de la requerida—. He quedado con mis padres en su despacho en cinco minutos. Deberías llamar a alguien para que vigile la puerta, Isabelle no puede quedarse sin protección.

—Olav estará aquí en un segundo. —Teclea en su móvil y levanta los ojos hasta los míos—. No tenía constancia de la reunión.

—La hemos decidido durante la cena. —Me seco las manos sudorosas en el pantalón y le dedico una mirada segura—. Es una cuestión de última hora.

Olav aparece en ese instante y mi guardaespaldas me sigue por el pasillo sin decir una palabra.

Camino más rápido de lo normal, con pasos cortos y atropellados. El sudor ocupa de nuevo las palmas de mis manos y siento cómo el estómago se me encoge con una sensación de vértigo, con los recuerdos nítidos de la mañana en la que fui a verlos para descubrir la muerte de Aldario. Ese día marcó un punto de inflexión para llegar a mi ahora.

Estoy preparado para escuchar la verdad de sus labios, mirarle a la cara después, incluso para seguir adelante con el plan, pero la inquietud de enfrentarme a la constatación de mis sospechas me golpea con fiereza. Voy a necesitar mucho tiempo para asimilarlo.

Llamo a la puerta del despacho privado de mi padre. Es un lugar un poco sobrecargado de muebles antiguos y con molduras labradas que nunca me han resultado bonitas. Su gusto decorativo es barroco, con demasiadas florituras y unos colores oscuros y pesados.

Nada más abrir la puerta, tras su *adelante*, flaqueo un instante. Las piernas deciden temblarme y necesito recurrir a toda mi capacidad de autocontrol para no caerme de bruces al suelo de camino al sillón.

Están los dos sentados en uno de los sofás de piel marrón claro de la zona destinada al pequeño salón. Hay una tetera en la mesa, junto a unas tazas. Mi madre suele tomar una infusión relajante por las noches antes de acostarse.

Para dilatar un poco la inminente actuación me sirvo una taza de té, le pongo azúcar y mezclo con la cucharilla despacio. Cojo uno de los bombones que hay en una bandeja a un lado, me lo llevo a la boca y lo saboreo mientras busco las fuerzas necesarias para iniciar la conversación con determinación.

Mis padres me observan en silencio. Solo se escucha mi respiración acelerada y el sonido de la cucharilla de mi madre dando vueltas en su taza.

—Tú dirás. —El rey rompe mi mutismo—. No tenemos toda la noche.

—Hay algo que me preocupa desde hace un tiempo —empiezo un poco titubeante—. Y necesito corroborar mis sospechas. Es sobre la muerte de Aldario.

La expresión de mi padre se vuelve tensa. Aprieta la mandíbula de una forma difícil de detectar si no le conoces, contrae los puños y sus ojos empequeñecen un poco, perdiendo su brillo natural.

—¿Qué tipo de sospechas? —pregunta en un tono neutro.

—Unas difíciles de entender siendo tú mi padre.

Mi madre está expectante. Nos mira a ambos sin entender la tensión que crepita en el ambiente, en nuestras miradas, en la sensación de que estamos a punto de llegar a un punto sin retorno.

—La guerrilla fue la mano ejecutora de Aldario. —Mi padre lo suelta con dureza, casi con rabia—. Tu tío y los suyos tratan de debilitarnos.

—¿Por qué ahora? —Tuerzo una sonrisa forzada—. ¿Qué ha cambiado? ¿Qué busca mi tío con esta muerte?

—Te lo expliqué cuando tu hermano murió. —La condescendencia se cuele en la voz del soberano—. Quiere riqueza y poder.

—Igual que tú —le espeto con una espiración rápida, fuerte y sonora—. Solo te interesa conservar la corona sobre la cabeza, ganar cada vez más dinero y tener al pueblo engañado para campar a tus anchas. ¡Eres un maldito hipócrita!

—Vigila esa boca.

—¿Por qué? ¿Te da miedo admitir tu alianza secreta con tío Heny? ¿O acaso son tus manos manchadas de la sangre de tu hijo lo que te asusta?

—¿Qué insinúas? —El tono agudo de mi madre muestra su total desconocimiento de la verdad. Su mirada horrorizada pasea desde mí hasta mi padre tres veces antes de quedarse clavada en él—. ¿Es cierto?

—Admiro tu capacidad de manipular al pueblo. —Ataco con una inflexión neutra en la voz, en busca de no mostrar cómo me afecta conocer su grado de maldad—. Asociarte con tu hermano para mantener viva la esperanza del cambio en los antimonárquicos es brillante.

—¿Cómo lo has descubierto? —La mirada de mi padre es letal.

—Eso es lo de menos. —Aprieto los puños estrujando la tela del pantalón al comprobar su innegable implicación—. Lo importante es cómo fuiste capaz de engañar a los aldabianos de esa forma, de someterlos a tus intereses.

—¡Era la única manera de controlar al pueblo! —Levanta la voz y gesticula con los brazos para darle fuerza a su discurso—. Es un plan perfecto. ¿No lo ves? Les damos una esperanza, una salida para los que no nos aceptan y quieren combatirnos. Es más fácil dominar a una nación cuando cree que puede derrotarte, aunque nunca lo consiga.

La boca de mi madre se desencaja. Suelta un suspiro de ansiedad mientras asimila la información que yo ya conocía.

—¿Qué saca Heny de todo esto? —pregunta con un hilo de voz.

—Vive en una casa a las afueras de Benetxu con su familia sin que nadie lo sepa, tiene dinero, poder, posición. —Sonríe satisfecho—. Controla una parte de los pozos de petróleo, negocia con los americanos muchas veces y participa conmigo en las decisiones de estado.

—No estáis peleados... —Mi corazón inicia una carrera contrarreloj indicándome la realidad de una forma demasiado cruda—. Tú sabías que lo matarían y no hiciste nada...

Una mueca de horror crispa la cara de mi madre mostrándome con absoluta nitidez su falta de complicidad en los atroces actos del rey.

—¿Tuviste algo que ver con la muerte de Aldario? —Casi no se atreve a pronunciar su nombre—. ¿Fuiste capaz de semejante monstruosidad?

—Era un traidor. —Las tres palabras de mi padre se clavan como dagas en mi pecho. A pesar de intuirlo desde hace tiempo no soy capaz de asumir su confesión—. Debía detenerlo. ¡Se intentó aliar con Heny para derrocarme! ¡Quería abolir la monarquía! Intenté razonar con él a través de mi hermano, pero estaba ofuscado y no pensaba con claridad.

—¿Ordenaste su asesinato? —Apenas consigo susurrar la sentencia a mi serenidad—. ¿Lo permitiste?

—¡Era la única manera de mantener la corona! —Sus ojos se tiñen con una frialdad que me hiela la sangre—. Tarde o temprano hubiera conseguido rodearse de gente con ganas de seguir sus ideas democráticas. Tenía algunos contactos que estaban dispuestos a ayudar en la causa. No conseguimos sus nombres, pero muerto el perro, muerta la rabia.

—¡Maldito bastardo! —Mi madre se levanta con furia y le asesta un derechazo en la cara—. ¡Mataste a tu propio hijo! ¿Para qué? ¿Para conservar una corona? ¿Para seguir gobernando? ¿Era más importante que él, sangre de tu sangre?

Los ojos se le humedecen con un dolor infinito. Me levanto para rodearle los hombros con el brazo y llevarla de vuelta a uno de los sofás. Tiembla, su cuerpo parece endeble, a punto de romperse en mil pedazos. Sus labios tiritan al son de las lágrimas que empiezan a caer lentamente desde los ojos heridos de muerte.

Yo también me tambaleo, apenas logro reprimir el asco, la rabia, el dolor y la indignación. Pero intento controlarme, necesito terminar la conversación antes de rendirme a los sentimientos que me vapulean y acatar por fin la confesión de mi padre.

—¡Aldario era un desagradecido! —La ira del rey aparece con una voz

dura e inflexible—. ¿Qué hubiera sido de nosotros sin la corona? ¡Planeó derrocar me con un golpe de estado! Suerte que Heny me avisó.

—¡Eres una abominación! —Mi madre hace ademán de levantarse, pero la retengo para evitar una confrontación física con el rey—. ¡Un hombre sin alma! Llevo años apoyándote a pesar de no comulgar con todos tus ideales, tragándome tus infidelidades, ayudándote a criar a nuestros hijos con rigidez para convertirles en alguien como tú. ¡Y resulta que eres un monstruo!

—¿Por qué? —Hace un ademán asqueado con la mano—. ¿Por mantener nuestro estilo de vida intacto? ¿O por procurar no perder lo que es mío por derecho?

—¡Por haber participado en el asesinato de tu hijo! —le espeta—. ¡Era tu hijo! ¿Lo entiendes, cabrón egocéntrico? ¡Tu hijo!

La abrazo más fuerte para intentar calmarla un poco, aunque entiendo cada una de sus reacciones, la cantidad de sentimientos dolorosos que invaden su cuerpo, su sensación de frialdad, desasosiego y desesperación.

—Debía morir —sentencia—. Era la única forma de detenerle.

—¿Y yo también? —pregunto con resentimiento—. ¿Por eso intentaste matarme varias veces?

—Nunca fue nuestra intención asesinarte. —Le da un sorbo a la infusión como si no pasara nada y solo si estuviéramos hablando del tiempo—. La idea era matar a Isabelle para enternecer al pueblo y venderles la historia de un heredero redimido de sus pecados y afligido por la muerte de su chica. Cuando preparamos la entrada de Isabelle a palacio ya teníamos claro que sería para ti, aunque a ella le planteamos a Aldario como novio ficticio. Era perfecta para el plan. Sin conocidos, sin ataduras, sin lazos de amistad o familiares.

—Lobino se encargó de dejarla huérfana —digo con aspereza—. Un esbirro a tus órdenes.

—Los Arlich eran una amenaza contra la corona. —Cruza las piernas dedicándome una mirada fiera—. No podía permitir que quedaran con vida.

—¡Así que todas las balas eran para Isabelle! —Alzo la voz—. ¡Puto cabrón!

—Pero la muy estúpida ha repelido todos nuestros intentos. Si no llega a hacerlo ahora estaría bajo tierra y jamás hubieras descubierto la verdad.

—¿Solo querías acabar con ella para luego decir que había muerto protegiéndome? —Suelto un soprido ansioso—. ¿Por eso perimiste la muerte de tus hombres en la emboscada de la montaña?

—Son daños colaterales. —Sonríe con suficiencia—. Era un plan perfecto. Si hubiera salido bien el pueblo hubiera tenido una mártir y tú hubieras aparecido como el pobre príncipe con el corazón roto.

Aspiro una bocanada de aire por la nariz estrujando todavía más la tela del pantalón con los dedos. Mi madre se apoya en mi hombro y esconde la cara para no enfrentarse a la mirada de mi padre. Necesitamos procesar las revelaciones, entender su grado de maldad y digerir lo que está a punto de suceder.

—Estás acabado —sentencio—. Vas a irte y a abdicar en mí para iniciar un proceso de democratización en Aldabia. También me cederás las acciones de los pozos. Seré indulgente y te dejaré una parte de tu fortuna personal que esté escondida en algún paraíso fiscal para que puedas vivir dignamente el resto de tu miserable vida y seguir manteniendo a tu amante y a tus hijas ilegítimas. Pero a partir de ya puedes olvidarte de la corona, de los pozos y de tus comodidades.

Las carcajadas del rey inundan el salón. Clava la mirada orgullosa en mis ojos y alza el mentón en una pose despótica.

—¿Piensas que puedes arrebatarme el trono? ¿Que voy a doblegarme ante ti sin luchar? —Vuelve a soltar una risotada—. Eres un niño, siempre lo has sido.

—Te has pasado la vida subestimándome. —Me permito una sonrisa de victoria—. Pero sin saberlo me diste un arma para ver en lo que me estaba convirtiendo e idear un plan perfecto.

—¿Qué clase de arma? —No rebaja la jocosidad de su tono—. ¿Te crees realmente capaz de vencerme?

—Isabelle. Ella es la artífice de este plan y con su ayuda voy a encargarme de cambiar las cosas para abolir tus mentiras, la opresión al pueblo, tu forma de gobernar.

—¡Esa muerta de hambre caerá! —dice entre risotadas—. Tarde o temprano voy a conseguir mi propósito y recibirá su bala. Después de la boda y de darle al pueblo su cuento de hadas acabaré con ella. Así te adorarán.

Suelta otra carcajada y sé que ha llegado el momento de dar la última estocada a la situación.

Me levanto controlando el temblor de mis manos, le dedico un guiño de confianza a mi madre y camino hacia la larga estantería de madera con molduras que preside la pared de enfrente.

—He ganado, papá. —Alargo la mano sobre un par de libros para coger

la cámara y enseñársela—. La pusimos Isabelle y yo hace un par de días mientras estabas fuera. Los pasadizos nos fueron de mucha utilidad. Conocemos las entradas secretas, las tres, no solo la del bosque que te mencioné cuando Bell me trajo después de salvarme la vida. Convencimos a un par de guardias descontentos contigo para que nos ayudaran, entramos por los pasadizos y colocamos la cámara. Fue sencillo.

Empalidece al instante, pero se repone con rapidez para componer una expresión resuelta y desafiante.

—No puedes hacer nada con la grabación. ¡Diré que es un montaje!

—Aldario tenía contactos importantes, sobre todo en Estados Unidos. — Dejo la cámara en su sitio y regreso al sofá—. Empezaban en su novia, Tina, una chica con convicciones arraigadas y relaciones muy interesantes. Ella nos ayudó a reunir a un grupo de personas afines a mi forma de pensar y está grabándolo todo al otro lado del charco, en un servidor muy difícil de piratear. Tenemos gente en los periódicos dispuesta a publicar el vídeo en Aldabia para animar al pueblo a una revuelta y colaboradores en el ejército para apoyar mi golpe de estado.

—Voy a aplastaros como a cucarachas.

—No puedes hacer nada. —Le miro con la sensación de que por una vez estoy a punto de vencerlo en su terreno—. Tal como yo lo veo tienes dos opciones: te vas voluntariamente de Aldabia cediéndome la corona o sigo adelante con mi plan y lo pierdes todo. Una vez Heny esté en la cárcel va a intentar joderte y tu única posibilidad de no acabar preso es desaparecer en algún país sin tratado de extradición.

Durante un segundo la cara de mi padre se contrae, como si mis palabras le hubieran dolido, pero borra la expresión de un plumazo para volver a su máscara de impasibilidad de siempre. Suelta el aire por la boca, apoya las dos palmas abiertas sobre sus piernas y tuerce una sonrisa tensa.

—No voy a irme —me asegura—. Ni tú vas a hacer nada con ese vídeo.

—¿Crees que voy a acobardarme? —Niego con la cabeza soltando una pequeña carcajada—. Estás convencido de que todos debemos doblegarnos ante ti, ¿verdad? Por eso decidiste enviar a un cabrón a hundirle un puñal en el corazón de tu hijo. —Aprieto los labios inspirando con fuerza por la nariz—. ¡Eres un maldito hijo de puta! ¿Alguna vez has pensado en los deseos de los demás? ¿O solo importan tus ansias de dinero y poder? ¿Conseguirlo todo a costa de los que te quieren?

—Si piensas que un vídeo va a poder conmigo estás muy equivocado. —

Me sostiene la mirada—. Diré que es un montaje, conseguiré que mi gabinete de prensa lo rebata y seguiré manteniendo la corona sobre mi cabeza mientras tú te pudres en una celda por traidor. Te culparé del montaje y conseguiré que el peso de la ley caiga impune sobre ti para conservar lo mío.

—¿De verdad es lo único que te importa? —El arrebato de mi madre me toma por sorpresa—. ¡Aldario era nuestro hijo! ¿No has tenido suficiente con matarle? ¿Ahora quieres meter en la cárcel a Aladi? —Se levanta de un salto, camina hacia él y le asesta una sonora bofetada en la mejilla derecha—. No permitiré que destroces mi vida otra vez.

La reacción del rey es enérgica. Agarra la muñeca de mi madre, la aprieta y la mira con rabia, como si intentara hacerle daño.

—No puedes hacer nada para impedir tu caída —anuncio sin dejar de mirarlo con decisión—. Isabelle y yo lo hemos previsto todo. El vídeo es auténtico, bastará mi declaración para acelerar el proceso. Por mucho que intentes desacreditarlo no podrás. Será mi palabra y las imágenes contra la tuya, unas imágenes que se proyectarán en el mundo entero. Tengo de mi lado a altos mandos del ejército que están dispuestos a todo para derrocarte, la gente del pueblo también se pondrá a mi lado al descubrir tu traición y acabaré arrebatándote la corona de todas formas. —Una sonrisa triunfal ocupa mi rostro—. Se acabó, papá, has de aceptar la derrota.

—¡Jamás! —Le tiemblan los labios de rabia.

—Vete, déjame dirigir al país hacia una democracia, cédeme la gestión de los pozos de petróleo y vive sin la presión mediática de estar en Aldabia cuando haga público el vídeo.

—Te arrepentirás de esto. —Suelta poniéndose en pie con un gesto desafiante—. Encontraré la forma de devolvértela. ¡Nunca estarás a salvo de mí!

32

Isabelle

El rey abandona el salón con pasos enérgicos. Le sigo con la mirada puesta en la pantalla del portátil, estirada en la cama, con una sensación extraña de ahogo en el pecho.

Hugh participó en el plan para matarme. Era a mí a quien iba dirigidas todas esas balas, a quien querían sacrificar para conseguir el beneplácito del pueblo para Aladi. No solo aceptó mi muerte tras mi traición, estaba decidida de antemano y él fue parte del plan que la orquestó.

La dolorosa sensación de descubrir la realidad me golpea en el estómago.

¿Qué forma es esa de querer?

Siento náuseas.

No lo entiendo ni encuentro una explicación lógica a esa forma tan mezquina de comportarse, a sus dos caras, a su capacidad de no sentir. He vivido con él durante demasiados años para no crear unos fuertes lazos entre nosotros. Le quiero, me ha criado, me ha enseñado todo lo que sé de la vida y me cuesta un mundo creer que se ha pasado todos estos años mintiéndome y jugando con mis sentimientos.

Mi mirada se pierde un segundo en la expresión de Aladi mientras intento contener las arcadas que se precipitan desde mi estómago contraído y ansioso. Está igual de tocado que yo, sus ojos parecen el reflejo de un padecimiento absoluto y su madre tiene esa misma aura herida, como si descubrir la clase de hombre que es su marido acabara de sumirla en la desesperación.

Dejo el ordenador a un lado de la cama, reprimo un sollozo y me rindo a la oleada de dolor que inunda mi sistema nervioso.

Los recuerdos de infancia se vuelven nítidos, como si contuvieran flechas lanzadas directamente a mi corazón. Hugh, su cercanía, cada una de sus

atenciones, sus enseñanzas, nuestras conversaciones...

¿Era todo fingido?

Puedo aceptar su doble juego, esa alianza secreta con el rey, incluso su participación en la conspiración para mantener a los aldabianos al margen de la realidad, pero soy incapaz de afrontar su falta de cariño hacia mí. Porque si aprobó mi asesinato en frío es imposible que me quiera.

Me levanto de golpe al sentir cómo las arcadas ascienden por mi tubo gástrico tras varias contracciones de mi estómago.

Las lágrimas me nublan la vista.

Corro al baño, me arrodillo frente a la taza, levanto la tapa y me agarro el pelo en la nuca antes de devolver, fustigándome por haber tardado tanto en leer la carta de mis padres, por no haber sido capaz de entrever el juego de Hugh, por creerme su amor incondicional como padre adoptivo, por ser tan ilusa.

No puedo dejar de pensar en las palabras del rey, en su despótica forma de aceptar su parte de culpa en la muerte de Aldario, en cómo no ha titubeado ni un momento ni ha flaqueado ni ha mostrado una pizca de remordimiento. ¿Acaso Hugh tiene esa misma dualidad de carácter? ¿Es capaz de ordenar mi asesinato a pesar de tener sentimientos hacia mí?

Me deslizo por el suelo hasta apoyarme con la espalda en la pared. Levanto las piernas y las envuelvo con mis brazos en busca de serenar los temblores insistentes en mi cuerpo. Tengo frío, un hielo extraño me invade las venas para estremecerme y apenas encuentro las fuerzas para levantarme.

No sé cuánto tiempo paso allí sentada con la mente envuelta en la bruma de la ansiedad, de los recuerdos, de las preguntas sin respuesta que deambulan sin descanso por ella. Oculto la cara entre las rodillas cuando el llanto aparece para enfatizar la sensación de estar a punto de ahogarme entre las revelaciones hasta que escucho unos pasos acercándose.

Siento su presencia a mi lado, cómo su brazo pasa por mis hombros, su olor y su respiración agitada. Me apoyo en su torso.

—Voy a ser el rey de Aldabia —susurra besándome en el pelo con ternura—. Mi madre nos va a apoyar a pesar de no estar conforme con nuestras intenciones. Lo de mi padre ha acabado por convencerla.

—Parece una broma macabra del destino. —Me incorporo para mirarle a los ojos—. No lo entiendo, Lad, me es imposible comprender cómo un padre puede participar en el asesinato de su hijo. Es antinatural, una aberración. Y es doloso aceptarlo, saber que Hugh fue también cómplice de la muerte de mis

padres, que nunca me ha querido, que... —Me quiebro, pero consigo retener las lágrimas en mis ojos—. Me cuesta creer que todo fuera mentira.

—A veces hieres a las personas a las que quieres por tus ideales. Quizás Hugh está sufriendo por esa decisión.

—¡Pero no impidió los intentos de asesinarme! Eso es un crimen atroz. Uno imperdonable. Pensaba que solo fue después de traicionarle, sin embargo, siempre fue su intención. Me envió a la muerte.

—Para superar los malos momentos hay que aprender a dejarlos atrás. Es difícil perdonar a quienes nos han herido, pero tampoco podemos permitirles que nos impidan avanzar porque no sabemos cómo afrontar lo sucedido. Debemos seguir adelante y no permitirles hundirnos.

Tiene razón. Debo asumir lo sucedido para cicatrizar las heridas, luchar junto a él para conseguir un futuro mejor y no consentir que los actos de Hugh me conviertan en una amargada llena de rencor.

—Necesito hablar con él. Lo necesito de verdad porque si le veo, si le escupo a la cara mis sentimientos, seré capaz de olvidarle para mirar solo hacia mi futuro contigo. —Sorbo por la nariz—. Quiero decirle a la cara lo que pienso de él, arrojarle mi rabia y mi dolor, preguntarle cómo fue capaz de traicionar a mis padres, a su mujer, a mí. Fue duro descubrir su alianza con Heny y tu padre, pero esto... Esto me supera.

—Te llevaré hasta él cuando sea el momento. —Me acaricia una mejilla con un dedo sin perder la ternura en su mirada—. Entiendo que necesites enfrentarte a Hugh como yo acabo de hacer con mi padre, pero llevamos semanas preparando el plan y ahora es prematuro. Han de suceder muchas cosas antes de tener acceso a él. Es importante mantenernos en un segundo plano hasta estar seguros de que no puede tomar represalias. Vamos a acusarlo de alta traición junto a Heny, a mandarlo a la cárcel y a explicarle al pueblo la verdad sobre ti. Es importante que no le veas mientras dure el proceso. Las cosas podrían girarse en tu contra.

—Lo sé. —Asiento tragándome la ansiedad y forzando una sonrisa—. Vamos a lograr nuestros sueños, Lad. Puedo esperar para hablar con Hugh, pero no dejaré de hacerlo porque es la única forma de superar mi dolor.

—Te entiendo. Escuchar a mi padre corroborar su implicación en el asesinato de Aldario ha sido como si me apuñalaran. Pero también ha sido liberador. Se terminaron las sospechas, la esperanzas, la ansiosa necesidad de saber si es posible desligarlo de esa realidad. Ahora lo sé, tengo la certeza y puedo empezar a buscar la forma de asumirlo.

—Serás un gran rey. —Vuelvo a apoyar la cara en su torso—. Cuando te conocí me pareciste un chulo pegado de ti mismo. Tus juergas, tus devaneos con el alcohol, las chicas siempre en tu cama... Pero en realidad eres una persona tierna, con ideales y un corazón lleno de buenas intenciones.

—Mi vida no ha sido nunca fácil. La gente piensa que ser príncipe es una bendición y no se dan cuenta de la responsabilidad que conlleva el título. No puedes aspirar a una vida privada ni ser dueño de tu destino ni a decidir tus próximos pasos. Vives en una jaula de cristal donde cualquier paso que des estará medido por la opinión pública. Y yo era el eterno segundón, siempre a la sombra de Aldario.

Nunca me había parado a analizar las consecuencias de pertenecer a la familia real ni cómo se podían sentir sus miembros cuando cada una de sus decisiones es conocida por el resto del mundo. Aceptar ser la novia ficticia de Aladi cambió poco a poco mi percepción sobre él, sobre la necesidad de un escolta permanente, la ausencia de intimidad fuera de los muros de palacio, la incapacidad de caminar por la calle sin ser reconocido.

Hay una parte dura en ser una persona pública porque has de renunciar a mucho, como al anonimato o a una cosa tan sencilla como tomar una taza de café en un bar sin sentir el acoso de los flashes a tu alrededor.

Durante unos minutos nos quedamos callados para asumir el peso de los últimos sucesos. Todavía nos queda trabajo por delante y hemos de encontrar las fuerzas para seguir sin desfallecer. La detención de Heny, Hugh y los suyos será esta noche, en cuanto la policía sea informada por la seguridad de palacio de sus afiliaciones y sus guaridas. Por eso hemos elegido hoy para el plan porque en Nochebuena se suele cenar en familia y es fácil localizarles.

La palabra del rey todavía es importante y dentro de las filas de palacio hemos identificado a los hombres que eran leales a Aldario. Por suerte, Tina tenía un listado con sus nombres y han sido claves en nuestro plan. Gracias a ellos conseguimos colocar la cámara en el despacho del rey sin ser vistos y ahora lograremos arrestar a nuestros enemigos.

Durante estas semanas no me ha costado reunir pruebas contra Hugh y los suyos. Mientras vivía en mi casa de la montaña guardé varias grabaciones encriptadas de los encuentros entre mi padre adoptivo y los guerrilleros en un servidor alojado en una nube en la red oscura. No lo hice con la intención de denunciarlo algún día, fue solo para tener un archivo de algunas conversaciones. Sin embargo, ahora nos será de mucha ayuda.

—Deberíamos meternos en la cama. —Aladi se mueve para levantarse

—. Tina me ha llamado hace un rato para decirme que está todo controlado. Los nuestros han instalado controles en el aeropuerto y en la estación central de tren. Las salidas de Benextu están cubiertas. Es imposible que Hugh, Heny o los suyos salgan de la capital sin ser vistos. —Se levanta con una espiración profunda—. Y la policía ya tiene los vídeos y la ubicación de mi tío. Lo arrestarán y mi padre abdicará en mí. No le va a quedar otro remedio si quiere salvar el culo.

—¿Dónde está Lobino? —Me levanto para acompañarlo—. No estaremos a salvo hasta conocer su paradero.

—Mi padre se ha marchado con él tras nuestra discusión —explica de camino al cuarto—. Es lo que pensábamos que haría, salir en busca de alianzas para vencerme. Por suerte estábamos preparados para escoltarle hasta un lugar seguro y arrestar al hijo de puta que mató a tus padres.

—Suerte que previmos sus posibles movimientos. —Aprieto los puños—. Quiero que se pudra en la cárcel el resto de su vida y no voy a parar hasta que eso suceda.

—Le encerraremos, te lo prometo.

—Cada vez que le veía por palacio se me removían los recuerdos dolorosos. Mi madre, sus gritos, los de mi padre... Necesito saber que pagará por sus crímenes.

—Este plan ha sido brillante gracias a ti, Bell. Mi padre nunca imaginó que traerte a mi vida sería la pieza clave para acabar derrotado. —Me envuelve en sus brazos—. Tu inteligencia es impresionante, nunca antes había conocido a nadie como tú y vas a conseguir lo que te propones. Lobino tendrá su merecido por haberte destrozado la vida cuando eras una niña y podrás escupirle tu odio a la cara.

—Ahora toca la parte más dura. —Huelo su aroma a través del jersey y me embriaga una necesidad extrema de besarlo—. Renunciar a tu poder, explicar tus intenciones al pueblo, enfrentarte a las mil oposiciones que vamos a encontrar en el camino, liderar el juicio, escuchar cómo Heny acusa a tu padre de conspirar con él... Hay mucho trabajo por delante.

—Se lo debo a los aldobianos. No va a ser fácil, pero lo conseguiremos.

Es su decisión la de devolver al pueblo la capacidad de decir democráticamente sus dirigentes y convertir Aldabia en un país donde la realeza sea una institución que represente los intereses diplomáticos del pueblo, sin tener una esfera amplia de poder.

Durante las últimas semanas hemos reunido a un grupo de personas

dispuestas a abogar por el cambio, aunque todavía queda mucho camino por recorrer. Es importante apoyar la creación de partidos políticos entre las minorías que durante años han mostrado sus ideas en pequeñas reuniones a espaldas de los espías del rey, avivar la llama para que se unan, se arriesguen a presentar esas creencias a los demás y confíen lo suficiente en el nuevo sistema como para conseguir unas elecciones democráticas.

Nos hemos marcado dos años para alcanzar el cambio completo y convertir a Aldabia en una monarquía parlamentaria.

Quizás iniciamos un camino complicado, incluso es posible que encontremos demasiados escollos, pero estamos dispuestos a liderar cada paso necesario para llegar a la meta con la felicidad de otorgar al pueblo lo que se merece.

—Estoy convencido de que es lo mejor. —Sus ojos brillan al son de sus pensamientos—. El engaño de mi padre ha privado al pueblo de decidir libremente y ya va siendo hora de dejar el autoritarismo. No quiero ser un dictador, nunca he creído en ello y Aldario estaba dispuesto a luchar para cambiar las cosas. No quiero darle la espalda a sus ideales porque son también los míos.

La confesión del rey acerca de sus intenciones vuelve a posarse en mi mente como si fuera la punta de un látigo golpeando mis pensamientos y produciéndome un eco de dolor en el cuerpo.

—Llevamos semanas planeándolo todo, pensaba que me sentiría bien cuando llegara el momento, pero no es así. —Le estrecho contra mi cuerpo para sentir su calor reconfortante—. Es muy duro porque las revelaciones de tu padre no solo reafirman lo que sospechábamos, también nos demuestran su grado de maldad. Y Hugh... No le entiendo, Lad. Soy incapaz de entenderlo.

—Nunca seremos así de ruines con nuestros hijos. —Acerca su boca a mis labios—. Vamos a ser unos buenos padres.

Ha llegado el momento de aparcar el dolor para concentrarme en mi chico. No voy a permitirle al rey, a Hugh o a Heny estropear mi vida con Aladi ni el futuro por el que ambos hemos trabajado tan duro.

Levanto la mirada para encontrarme con sus ojos juguetones y sonrío al descubrir su intención de distraernos un rato.

—Así que quieres hijos —musito sacudiéndome los pensamientos funestos de la cabeza y adoptando un tono distendido.

—Contigo quiero el pack completo. —Me empuja con suavidad hacia la cama—. Matrimonio, hijos, complicidad, mucho sexo y una vida tan larga que

podamos contarles a nuestros nietos mil historias interesantes de nuestro pasado.

—Mmm, me gusta la idea. —Caigo sobre el colchón boca arriba y él se estira encima de mí besándome en el cuello—. Siempre que me prometas que también habrá otras muchas historias tórridas que nos callaremos.

—Bombón, vas un poco salida, ¿no?

—Se trata de regalarte esos gemidos que siempre me pides.

—¿Cuándo empezamos?

Le beso por toda respuesta.

33

Aladi

Me levanto de la cama en la oscuridad para moverme un poco. Lo sucedido, la confesión de mi padre, el dolor de Isabelle y el futuro me asfixian.

Voy a ser rey...

Jamás pensé que llegaría este día, que iba a tener una corona sobre mi cabeza ni que recaería sobre mí la tarea de reconstruir Aldabia.

Quiero hacerlo, soy feliz por esta oportunidad, por rendir cuentas a los culpables de la situación, por ofrecerles a mis súbditos la posibilidad de ser libres.

Para no despertar a Isabelle camino sin hacer ruido hasta el vestidor a coger un jersey y salgo al pasillo para avanzar en silencio hacia la cocina. Me apetece un tazón de chocolate caliente como solía tomarme por las noches junto a Aldario cuando éramos unos críos. Nos gustaba escabullirnos en secreto hasta la cocina para pedirle a Beroncha una dosis de nuestra bebida preferida.

Esta noche le he echado tanto en falta...

Hubiera sido mi apoyo, estoy convencido.

Bajo por la escalera privada hacia las profundidades de palacio. La cocina está en la planta de abajo, ocupa una gran extensión del piso y se nutre de luz natural y ventilación por unos tragaluces distribuidos por la parte alta de las paredes.

Hace frío. Me arrebujó con el jersey al sentir la gélida temperatura de esta parte de la casa a estas horas.

El distribuidor se convierte en una zona luminosa cuando enciendo los halógenos del techo. Paredes blancas, suelo de baldosa clara, dos cuadros llenos de color, con trazos impresionistas, y un espejo enorme que le da profundidad al lugar y me devuelve la imagen de un precioso árbol de

Navidad colocado en el hueco de las escaleras.

Abro la puerta de la cocina y me sacude el calor de su interior. Hay luz, como si no estuviera vacía, y huele a cacao.

La veo sentada a la enorme mesa de madera de espaldas a la puerta. Tiene la cabeza aguantada entre las manos y una taza enfrente.

—Veo que no soy el único con insomnio. —Camino hacia ella.

—No puedo asimilarlo. —Mi madre alza la mirada cuando llego a su altura y empiezo a trajinar para prepararme la bebida—. Tu padre... ¡Yo le quiero! ¡A mi manera, pero le quiero! Y él... él. ¿Cómo pudo hacerlo?

—Le cegó el poder, el dinero, la ambición.

—¡Pero lo tenía todo! —Niega con la cabeza—. ¿Cómo pudo matar a su propio hijo?

Los reproches callados durante demasiados años me asaltan con fiereza.

Cuando termino de preparar la taza de cacao caliente me siento a su lado mirándola con rencor.

—Has estado al lado de papá toda la vida —le suelto sin rebajar la ira de mi voz—. Nunca te has parado a pensar en los sentimientos de tus hijos ni has preguntado por qué papá se mostraba frío con nosotros. Tú también tienes una parte de culpa en lo sucedido por no pararlo a tiempo. ¿Intentaste hablar con Aldario alguna vez? ¿Conocer sus verdaderos ideales? ¿Querernos de verdad?

—¡Sois príncipes! —exclama mirándome con dolor—. No podía trataros como a cualquier otra persona porque vuestra vida no tiene nada de corriente y era importante que aprendierais la lección desde muy pequeños.

—Nos merecíamos cariño, amor, comprensión. —Le doy un sorbo al chocolate caliente para bajar el nudo de mi estómago—. Y solo nos tuvimos el uno al otro mientras tú le dabas soporte al peor cabrón de esta nación.

—¡Él me engañó! —Sus ojos se llenan de lágrimas que borra de un plumazo con un par de parpadeos—. Me enamoré de él, de su forma de pensar, de su fuerza, de su carácter férreo. Era una princesa sin corona y él conquistó mi corazón.

—No me vengas con esas, mamá. —Niego con la cabeza—. Tú no sabes lo que es estar enamorada. Y has permitido que ese monstruo matara a Aldario.

Baja la mirada a la mesa con dolor.

—Jamás le imaginé capaz de algo así. —Cierra los ojos con una inspiración profunda—. Debes creerme. Quiero a tu padre, comparto con él la

necesidad de enseñaros cómo adaptaros a una vida pública, pero adoraba a Aldario y nunca le perdonaré lo que hizo.

—También intentó matar a Isabelle. —No puedo contener el dolor ni la rabia—. Todo para limpiar mi nombre. ¿Y qué hay de las personas? ¿De los sentimientos? No quiero un pueblo oprimido, madre. Cuando sea rey voy a cambiar las cosas para darles libertad.

—Llevo demasiados años luchando por mantener las apariencias, el dinero, la posición. —Siento sus ojos heridos transmitirme su desasosiego—. Quería ser reina, ese era mi deseo desde niña, pero nací la tercera en la línea de sucesión de mi país y no tenía posibilidades de llegar a reinar. Entonces apareció tu padre y me enamoré de él, de Aldabia, de la idea de llevar la corona a su lado. Cuando me hablaba de educaros con implacable disciplina me parecía lo correcto, a mí me instruyeron igual, forma parte de ser de la realeza. No me gusta la idea de cambiar Aldabia, llevo demasiados años siendo su soberana como para desear que todo siga igual, pero no voy a oponerme a tus deseos.

—¿Quieres decir que vas a apoyarme?

—Aprenderé a hacerlo. —Asiente con los labios apretados—. No puedo ni quiero luchar por las ideas de tu padre.

Le paso el brazo por los hombros para atraerla hacia mí. Durante unos minutos solo escucho sus sollozos callados y me siento tentado a dejarme llevar por la tristeza.

—A Aldario le hubiera gustado Isabelle —susurro—. ¿Sabías que tenía una novia? Tina es una gran persona.

—Apenas lo conocía. —Sus palabras se llenan de angustia, como si aceptar en voz alta esa realidad la destrozada—. ¡No conocía a mi hijo! Ni siquiera fui capaz de hablar con él acerca de las cosas importantes y ahora es tarde para Aldario, para mí y para descubrirle. No entiendo cómo pudo tener una novia y llevarlo en secreto.

—La conoces. Vino a ver a Isabelle hace unas semanas, cuando todavía estaba convaleciente. Fue su compañera de piso en California.

—Es muy guapa. —Se separa un poco de mí para darle un sorbo a la bebida—. Tu hermano tenía buen gusto.

—Tina es una persona excepcional, ella nos abrió los ojos.

—No quiero perder la oportunidad de conocerte —musita con los ojos húmedos—. Me gustaría cambiar a tu lado, aprender a ser mejor persona y no alejarme nunca más de ti. No te prometo que me adapte rápido, pero sí

intentarlo con todas mis fuerzas.

—Te quiero, mamá. Si tú lo deseas podemos conseguirlo.

Durante un minuto permito que un silencio tranquilo caiga entre nosotros. Bebo un poco de chocolate caliente, me siento cómodo en mi silla y pienso en lo lejos que hemos estado mi madre y yo todos estos años. Quizás necesitamos aprender a querernos para reconstruir nuestra relación. Me está demostrando que sus sentimientos están vivos y deseo estar a su lado, conocerla, ser parte de su vida.

—Hay algo de lo que me gustaría preguntarte —dice mi madre de golpe—. Se trata de tu padre y su amante. ¿Es cierto? ¿Tiene hijas ilegítimas?

Se lleva el tazón a los labios con la mirada perdida en algún lugar indefinido. Supongo que necesitará un tiempo para asimilar los cambios y aceptarlos. Ha estado demasiados años apoyando a mi padre como para variar ahora su opinión en un segundo y lo sucedido esta noche la ha afectado más de lo que está dispuesta a reconocer.

—Vive en Benextu y papá la visitaba una vez cada dos días, más o menos. —Decido no ocultarle nada—. Las niñas están en un internado en Suiza y no vienen nunca a Aldabia, aunque quiero cambiar esa realidad. En cuanto sea posible las traeré aquí junto a su madre. Este palacio es muy grande, podemos convivir todos juntos.

—¿Por qué quieres hacer semejante barbaridad? —Ya vuelve a ser la reina altiva de siempre—. ¿Te has vuelto loco?

—Son mis hermanas. Ya he perdido a Aldario, necesito tenerlas cerca, conocerlas y darles la oportunidad de vivir lo que su sangre les ofrece.

—¡Unas niñas ilegítimas no pueden vivir en palacio!

—Voy a ser un rey tolerante, mamá. Se terminó la tiranía, el ponderar solo las apariencias, el querer abarcar demasiado. —Suspiro—. Ha llegado el momento de ser más cercano, de darles a nuestros súbditos una imagen real de cómo somos.

—¡Esas ideas te las ha metido Isabelle en la cabeza!

—Te equivocas. Ella solo me ha ayudado a darme cuenta de qué quiero y me ha demostrado que soy capaz de luchar por conseguirlo.

—Espero que no erres en tus decisiones.

—No lo haré.

Los siguientes cinco minutos solo se escuchan nuestras respiraciones. No hablamos más, los dos estamos cansados y necesitamos tiempo para asimilar las últimas revelaciones.

Vuelvo a la cama muy tarde y no consigo dormir.

Los tres días siguientes son muy ajetreados. Tras una triste celebración navideña doy una conferencia de prensa explicando la verdad, sin callarme casi nada. Para evitar un regreso a traición de mi padre decido publicar el vídeo de su confesión en la web y no tarda ni cinco minutos en hacerse viral, hasta el punto de despertar todavía más simpatías del pueblo hacia mi persona y la de Isabelle, a pesar de conocer su oscuro secreto del pasado.

Los arrestos de Hugh, Lobino, tío Heny y otros tantos leales a la guerrilla ocupan las primeras planas de los periódicos nacionales, por primera vez sin censura, e internacionales. Recibo un millar de llamadas de líderes mundiales ofreciendo su apoyo a mi causa y el calor del pueblo al confesarles mi intención de dar un giro a la política del país.

Mi madre va adaptándose a la situación poco a poco. Le queda todavía mucho camino por recorrer para cambiar su percepción conservadora, pero estoy convencido de que en un tiempo será capaz de valorar positivamente mis acciones.

Cuatro días después de la desaparición de mi padre llega mi coronación. Es un acto emocionante y extraño a la vez. Nunca pensé alcanzar esta meta ni tener a mi lado a una mujer como Isabelle apoyando cada uno de mis pasos ni contar con el beneplácito de mi madre, a pesar de sus reticencias.

Me levanto temprano para practicar la tabla de Tai Chi como cada mañana junto a mi chica. El día es frío, pero muy soleado, como si el cielo quisiera dedicarme su ilusión.

Nos duchamos a la vez, como es nuestra costumbre, y mientras nos vestimos para ir a desayunar bromeamos para aligerar la tensión del ambiente.

—Cuando Hugh me propuso este trabajo jamás imaginé acabar así. — Isabelle me abraza de camino al comedor—. Nunca he asistido a una coronación. Y hoy es el Día de los Inocentes...

—Siempre hay una primera vez para todo. Yo tampoco he presenciado ninguna, mi abuelo murió antes de que yo naciera y mi padre siempre fue el rey.

—Vas a ser el mejor soberano de la historia.

—Tienes demasiada fe en mí.

Entramos en el comedor abrazados y sonrío al encontrarme a mis dos hermanas sentadas a la mesa. Hace un par de días le pedí al nuevo jefe de la guardia real que se encargara de localizarlas y traerlas para este acto. Mi madre tardó en aceptar mis deseos, pero ahora parece un poco más resignada a compartir mesa con las hijas ilegítimas de su marido, aunque se ha negado en redondo a tratar a la madre.

Son dos niñas encantadoras con las que he congeniado desde el primer momento.

Ha quedado clara la imposibilidad de cumplir mi deseo de instalarlas en palacio. Sería una incomodidad constante para mi madre y no quiero causarle ese dolor. Además, la amante de mi padre ha resultado una mujer altiva y con demasiadas pretensiones. Por suerte las niñas carecen de esa forma de ver las cosas y han aceptado de buen grado continuar en el internado hasta que sean lo suficientemente mayores para volver e instalarse donde ellas decidan. Van a pasar temporadas en palacio cuando sus estudios se lo permitan y voy a ir a visitarlas a menudo con Isabelle.

El desayuno es distendido. Mis hermanas muestran su vena parlanchina poniéndome al corriente de los chismes de su internado. Le dan un poco de color a la mesa y consiguen distanciarme durante unos minutos de la ansiedad que me produce la coronación.

Pasamos una hora preparándonos al terminar. Isabelle con su enjambre de damas de la belleza y yo en el despacho, escuchando los consejos de mi nuevo secretario y poniéndome la capa roja de terciopelo sobre el traje oscuro.

—¿Preparado? —Isabelle me da la mano cuando aparezco en el umbral de la puerta de nuestra habitación.

—Contigo a mi lado soy capaz de todo.

Salimos al pasillo abrazados. Ella lleva un vestido largo de color azul cielo que se adapta a su cuerpo mostrando sus curvas perfectas. Es de raso, tiene un escote en uve muy pronunciado y le llega a los pies. Me gusta muchísimo el pelo recogido sobre la coronilla y ese maquillaje suave con los labios pintados de rojo pasión. Está espectacular.

Mis hermanas no paran de dar brincos emocionados cuando nos encontramos en las puertas del salón del trono. Van ataviadas con vestidos de gala.

La reina madre nos acompaña con una exquisita apariencia y por primera vez una expresión más relajada, como si empezara a cambiar con lentitud para

abrazar una nueva forma de encarar los días sin tanta frialdad.

—Vamos allá. —Levanto los brazos para que cada una de mis dos mujeres me pase su brazo por dentro, les dirijo una sonrisa a mis hermanas y asiento para que abran la puerta.

Un gran número de personalidades ocupan los bancos en el interior del salón. Al fondo está el trono, con la corona frente a sus pies, colocada sobre un puf, encima de un cojín dorado y muy mullido.

Ejerce de maestro de ceremonias el decano de la universidad de derecho. Es un hombre recto a quien hace poco he tenido el honor de conocer para solicitarle que se ocupe de coronarme. No quiero seguir la tradición de mis antepasados de ligarse a una iglesia en concreto, por eso busqué una alternativa.

Camino junto a mis cuatro chicas por el pasillo, ante la atenta mirada de las personas que se han levantado de los bancos.

—Es un ensayo de la boda —bromea Isabelle susurrándome en el oído.

—Ese día me harás el hombre más feliz de la tierra. —Le doy un beso al llegar frente al decano y separarme de ella y de mi madre para ocupar mi sitio.

Las veo caminar junto a las niñas hasta el primer banco y me doy la vuelta para escuchar las palabras del decano. Su discurso es muy emotivo, repasa con cuidado las últimas novedades de palacio, elogia mis decisiones y me pide que me arrodille para hacerme las preguntas clave con la corona alzada sobre mi cabeza.

—¿Promete servir a su pueblo con diligencia?

—Lo prometo.

—¿Promete llevar esta corona con el orgullo de un rey?

—Lo prometo.

—¿Promete proteger al pueblo de cualquier peligro?

—Lo prometo.

—¿Promete honrar a Aldabia con todos sus actos?

—Lo prometo.

—Por el poder que me ha sido otorgado yo le coronó como nuestro nuevo rey, Aladi IV de Aldabia.

Baja la corona hasta mi cabeza y escucho el júbilo del público.

—Señores y señoras, les presento a su monarca.

Los minutos siguientes se llenan de felicitaciones y aplausos.

Salgo al balcón de palacio acompañado de Isabelle, mi madre y las niñas. Hemos abierto las puertas para ofrecer entrada a todo el pueblo. Hay

congregada una multitud que nos recibe con clamor, mostrando su entusiasmo y contagiándomelo.

Hoy empieza el primer día de mi nueva vida.

Epílogo

Aladi

Dos años después

Una horda de periodistas se agolpa frente a la entrada de la mesa electoral que nos toca a Bell y a mí. Es una escuela gótica con mucha historia y una arquitectura imponente.

Le doy la mano a mi mujer con un suspiro emocionado. Hemos trabajado muy duro para llegar aquí y me reconforta descubrir el resultado. Ella me da un beso en la mejilla y se apoya un segundo en mi hombro.

—Lo hemos conseguido —musita—. Nunca dudé de ti.

—Solo al principio. —Modulo un tono jocoso para quitarle un poco de solemnidad al momento—. Pensabas que era un descerebrado.

—Más bien un niño de papá...

El coche oficial se detiene frente al colegio electoral ante grandes medidas de seguridad. Un millar de aldabianos se han congregado detrás de las vallas con pancartas llenas de palabras de agradecimiento.

—Míralos. —Isabelle se incorpora—. Están esperando ver a su rey.

—En realidad solo intentan celebrar su libertad para elegir a quien les dirija.

Acerca su boca a mis labios, me da un beso suave y sonrío.

—Aladi, eres un buen rey, el mejor para esta nación. Si no hubieras decidido llevarla a unas elecciones democráticas ellos no tendrían nada. Y te quieren por eso.

—Nos quieren. —Corrijo—. A los dos.

Unos golpes suaves en la ventana preceden la abertura de la puerta.

—Majestad, deben apearse ya. —Mi guardaespaldas no pierde su

semblante serio.

—¿Vamos? —Mi mujer me alienta a hacerle caso.

Durante un segundo me lleno los pulmones de aire para saborear este momento. Es como si por primera vez consiguiera hacer realidad mis más íntimas aspiraciones y las de Aldario. Cierro los ojos y le dedico un fugaz pensamiento para consagrar nuestro triunfo.

Bajo del coche con lentitud, todavía inmerso en los recuerdos. Alargo la mano para ofrecérsela a Isabelle y ella me dedica una sonrisa tan radiante que eclipsa cualquier tristeza del pasado.

La abrazo antes de caminar hacia los periodistas para contestar a algunas de sus preguntas.

—Mira lo que pone en las pancartas —susurra en mi oído.

Levanto la mirada para leerlo.

Gracias Aladi IV por regalarnos El corazón de Aldabia.

Cuando salió a la luz la verdad acerca de Isabelle y Hugh hubo muchísima controversia. Las voces de los aldabianos se escuchaban en todas direcciones al descubrir tantas mentiras, tanta maldad, tanto dolor.

Como nos temíamos, mi tío atacó contando su alianza secreta con el rey, su intención de controlar así a la población y el plan para meter a Bell en palacio con la intención de controlarme. Evitó explicar la parte en la que iban a matarla para enternecer al pueblo. Pero nosotros nos ocupamos de dar una versión más realista de lo sucedido, apoyándonos en el vídeo, y poco a poco la opinión pública se puso de nuestro lado.

Mi madre fue clave para ese cambio de actitud del pueblo. Salió en nuestra defensa, explicó cada una de las verdades que mi padre arrojó sobre nosotros antes de desaparecer para siempre y le concedió a Isabelle casi todo el mérito de mi cambio en la forma de pensar.

Desde entonces mis compatriotas la adoran y han adoptado ese mote como símbolo de su admiración por ella.

El corazón de Aldabia...

Hemos pasado por mucho estos últimos dos años. El juicio contra mi tío y los suyos fue intenso, se llenó de acusaciones veladas hacia nosotros, de mentiras y de demasiados intentos de cambiar los hechos a su favor. Es un maestro del engaño, un embaucador que lleva toda la vida jugando con los sentimientos ajenos para conseguir sus aspiraciones.

Pero las pruebas eran aplastantes.

Mi padre había desaparecido dejando una estela de dolor a su paso. Quizás nunca debí dejarle escapar, pero no deja de ser mi padre y verle en prisión me hubiera partido el alma.

Usamos el vídeo de esa noche para demostrar sin lugar a dudas la alianza entre él y tío Heny. Sabía que también serviría para condenar a mi padre, aunque no estuviera aquí. Pero estoy de acuerdo con que exista una orden de busca y captura a su nombre, una condena de cadena perpetua y una razón poderosa por la que nunca pueda regresar.

El cambio en mi nación no tiene vuelta atrás, en unas horas tendremos un presidente electo y nuestra familia ya no tendrá poder sobre el pueblo.

Mi boda con Isabelle fue ese junio, tal como estaba programada. El sábado nueve las calles de Benextu se llenaron de gala, flores, jolgorio y seguridad. Representantes de todas las casas reales europeas vinieron a rendir homenaje a mi decisión acompañándonos en la ceremonia y yo me sentí el hombre más feliz del mundo.

Isabelle apareció en la catedral en una calesa decorada con flores blancas. Tina fue su dama de honor y la acompañó al altar para suplir la ausencia de su padre adoptivo.

Cuando la vi aparecer en la puerta mi corazón se desbordó. Llevaba un traje blanco de seda salvaje con la falda de tul abombada, larga hasta los pies, y un escote cuadrado que le realzaba los pechos. Llevaba el velo a la espalda, sin que le cubriera la cara maquillada con esmero y el pelo recogido en un sofisticado moño que tardé un siglo en deshacerle por la noche.

La recepción fue en palacio, con más de mil invitados. Pero para nosotros los importantes estaban en nuestra mesa. Nos acompañaron Tina y nuestros nuevos aliados, con los que hemos construido una esperanza para nuestro país.

Después decidimos embarcarnos en nuestro avión privado para volar a unas paradisíacas islas de la Polinesia donde pasamos una luna de miel de dos semanas sin preocuparnos por otra cosa que ser felices. Mi madre se ocupó de la nación en nuestra ausencia.

Escucho a Isabelle espirar con ansiedad al escuchar una pregunta acerca de Hugh. No es malintencionada, pero incomoda a mi mujer. Y eso me obliga a deshacerme de los efluvios del pasado para abrazarla y prestarle atención.

—No he vuelto a ver a mi padre adoptivo desde la última visita que le hice en prisión —asegura—. Ese capítulo de mi vida se cerró para siempre.

Ahora me debo a vosotros, a mi marido y a la nación y pondré todo mi empeño en cumplir mi cometido con diligencia.

Ante una mirada mía el gabinete de prensa de palacio empieza a filtrar las preguntas. No quiero rebelarme contra la libertad de prensa ni ocultar la verdad. Eso lo hizo mi padre durante años y fue su perdición. Pero no es el día para avivar los comentarios de la prensa sensacionalista y así se lo hago saber.

La mirada de Isabelle está un poco ensombrecida. Todavía le duele la traición de Hugh y cada una de sus palabras en el último encuentro entre ambos.

Un par de meses después de los arrestos Isabelle fue a la prisión estatal a hablar con él. Necesitaba escuchar una explicación coherente a su forma de actuar, saber por qué la engañó durante toda la vida y la utilizó cuando le convenía.

La acompañé, pero no me dejó entrar con ella, necesitaba enfrentarse a él en soledad, y lo entendí.

Me ha contado algunos retazos sueltos de la conversación. Hugh le habló con el corazón en la mano, no quiso ocultarle la verdad y por primera vez se sinceró con ella. Conoció a Heny al trasladarse a vivir a Aldabia por una mujer. Y mi tío lo eclipsó con su discurso medido para encandilar a sus presas. Desde entonces trabajó para él hasta ganarse su confianza.

Cuando descubrió que su mujer conocía la alianza entre Heny y mi padre la entregó sin pensar en las consecuencias. Su lealtad era incuestionable. Más tarde averiguó que los padres de Bell también lo sabían y no dudó en hacerles seguir el mismo camino.

Se ocupó de ella con la intención de verla crecer. A pesar de haber causado la muerte de sus padres y de su tía, Isabelle era la única familia que le quedaba y a su manera la quería. Sin embargo, pesaron más sus muchos años de amistad y lealtad a Heny que el cariño hacia ella y a la hora de sacrificarla lo hizo sin dudar.

A los dos nos cuesta creer que alguien así sea capaz de amar de verdad.

Muchas veces descubro a mi mujer mirando hacia el infinito mientras está sentada en algún lugar y me doy cuenta de la cadencia de sus pensamientos, de sus heridas todavía sin cicatrizar.

Solo el tiempo puede ayudarla a asumir el pasado del todo y a no dejarse arrastrar por el dolor, aunque a mí también me queda camino por recorrer en ese sentido. Juntos superaremos los escollos dejando atrás el pasado para

construir un futuro.

La fuerza de nuestro matrimonio radica en ser capaces de darnos apoyo, de sonreír cada día, de encontrar juntos esas risas diarias, de compartir momentos y de no dejar nunca de lado el amor que cada día crece en nuestro interior.

Al finalizar el interrogatorio de la prensa le paso el brazo por los hombros y empezamos a caminar juntos hacia las urnas, parapetados por dos guardaespaldas.

Para protegernos de posibles ataques nuestro servicio de seguridad ha acordonado la mesa.

—Vamos a hacerlo. —Bell apoya la cabeza en mi pecho—. ¡Las primeras elecciones en Aldabia y estamos a punto de votar!

—Solo me duele que Aldario no esté aquí.

—Lo está. —Coloca una mano en mi pecho—. Nos acompaña en tu corazón.

Asiento con emoción contenida.

Los pasos hacia la urna son lentos y pausados. Los dos llevamos la papeleta guardada en el bolsillo para perseverar el anonimato de nuestro voto. Nunca vamos a tomar partido público por un candidato, pero era importante para el pueblo y para nosotros participar de forma activa en estas elecciones.

Una decena de cámaras acreditadas de la prensa más importante del país nos sigue a corta distancia para inmortalizar el momento.

Al acercarnos a la mesa electoral la expresión de la mujer que la preside se transforma en absoluta ilusión.

—Su Majestad. —Inclina la cabeza al dirigirse a mí—. Siento las formalidades, pero debo pedirle su documento de identidad.

—Aquí tiene. —Me llevo la mano al bolsillo de la chaqueta para mostrárselo.

—Es un honor poder agradecerle en persona todo lo que está haciendo por nuestro pueblo.

—El honor es mío por haber logrado hacer felices a mis súbditos.

Coloco la papeleta en la ranura ante las cámaras. El silencio sepulcral que reina en la estancia se rompe con gritos de júbilo, seguidos de aplausos.

Doy un paso atrás para que mi esposa haga los honores.

—Majestad, es usted todavía más guapa en persona. —La sonrisa de la presidenta de la mesa se ensancha—. El corazón de Aldabia luce feliz en un día histórico.

Isabelle le tiende el documento de identidad con una sonrisa.

—Gracias.

De nuevo ante la expectación de las cámaras, Isabelle mete la papeleta en la urna sin perder el brillo entusiasmado en sus ojos.

Los aplausos nos acompañan a la salida. Nos paramos un instante frente a la puerta, abrazados, y saludamos con la mayor de las sonrisas. La multitud ha aumentado en número, las pancartas cada vez son más grandes y los vítores me parecen música celestial.

Caminamos hacia el coche sin dejar de agradecer con gestos las muestras de cariño de nuestro pueblo. Ella me agarra del brazo acercándose a mí, feliz, como si por fin nuestros sueños acabaran de culminarse. Y yo me siento a punto de tocar el cielo con las manos.

—Hay algo que todavía no te he contado —susurra al entrar en el coche—. Esperaba el momento justo para hacerlo.

—Bombón, suéltalo ya, que a mí estas esperas me matan.

—Prometimos ser unos buenos padres y no cometer los mismos errores de los nuestros. —Se acaricia la barriga—. Ahora vamos a poder cumplirlo.

—¿En serio? —Abro mucho los ojos.

—Por y para siempre.

Agradecimientos

Suelo empezar los agradecimientos con una explicación de cómo surgió la idea de la novela porque desde niña me ha intrigado esa parte de la creación, cómo se germina la historia en la mente del escritor para llegar algún día a manos de los lectores.

En este caso quería rendir tributo a una serie que durante cuatro temporadas me mantuvo enganchada a sus capítulos de una forma intensa. He visto cada uno de los episodios unas cuatro o cinco veces, he llegado a levantarme a las seis de la mañana para ver el último capítulo antes de ir a trabajar y hasta creé un blog con amigas para ir siguiendo el avance de las temporadas.

Por desgracia han cancelado la serie tras un final de temporada con un *cliffhanger* increíble y me voy a quedar con mi imaginación para darle continuidad en mi cabeza porque me niego a pensar que termina de esa manera.

La serie se llama *The Royals* y me sirvió de base para crear a Aladi e Isabelle, aunque hay varias divergencias entre ellos y la historia, encontraréis algunos puntos convergentes, pequeños guiños a mis chicos. Y, lo más curioso fue que terminé la escritura antes de emitirse la cuarta temporada y cuando la visioné descubrí que los guionistas habían seguido la trayectoria de *El corazón de Aldabia* al escribir la historia porque las analogías fueron casi premonitorias por mi parte.

Quería *thriller*, pero todavía no tenía definido ese último giro en el villano, esa parte vino después, cuando Aladi e Isabelle avanzan en su relación y tuve un chispazo de imaginación, uno de esos *¿y si...?* que suelen llevarme a un desarrollo de la trama más interesante del primario.

Creo que la historia ganó con ese cambio dando un toque final más intenso.

Aladi me ha dado muchísimo, crearlo ha sido genial porque tiene ese toque chulo que me enamora sin perder su fondo tierno, con una conciencia íntegra y llena de buenas intenciones. Isabelle fue un reto porque tiene un trauma muy arraigado y a la vez es una mujer intuitiva, valiente, inteligente, llena de fortaleza y secretos, pero a la vez tiene esa ternura de las personas que nunca han vivido un amor ni demasiadas relaciones interpersonales. A ellos dos les quiero agradecer haber aparecido un día en mi mente para darme pie a esta historia.

Espero haber logrado emocionarte un poquito, lector, y hacerte partícipe de las desventuras de nuestros personajes. Te agradezco muchísimo haber llegado hasta aquí, haberme acompañado en esta aventura y estar leyéndome incluso al terminar la historia de Alado e Isabelle. ¡Gracias!

Siempre tengo un grupo de amigas a mi lado mientras escribo una novela y después ellas me ayudan a pulir, cambiar cosillas, encontrar fallos...

Gracias Mabel por decirme siempre la verdad, aunque a veces duela y ayudarme a encontrar un punto medio entre mis sentimientos y mi razón. Nunca olvidaré donde terminé esta novela ni nuestras conversaciones en el chat sobre mis *chicos*. Una parte de la historia la escribí en tu sitio de trabajo mientras bajabas al laboratorio, ¿recuerdas?

Una gran dosis de agradecimiento se lo lleva también Senda y sus comentarios certeros a la hora de señalar fallos estructurales en la trama, algunos descuidos y pequeñas incongruencias que a veces me pasan por alto. A veces la vida te regala amigas cuando no lo esperabas y te descubre un mundo lleno de emociones a su lado.

Con Mercè hablamos bastante acerca del tema de fondo de la novela, ya que como ella dice, no es solo una romántica, tiene acción, *thriller* y una temática muy interesante debido al credo de Aladi, a su forma de ver la monarquía en un panorama actual y a su deseo de cambiar las cosas. Me alegro de contarte entre mis amigas porque muchas veces aportas luz en un momento de oscuridad.

Mara se la leyó con mucha rapidez y fue aportando algunas sugerencias interesantes. Le gustó la historia y recuerdo cómo fuimos desgranando puntos de convergencia entre *The Royals* y *El corazón de Aldabia*. ¡Fue genial!

A Carmen le agradezco estar siempre ahí cuando necesito una lectura, una opinión, una crítica constructiva. Es maravilloso contar con personas como ella porque a su lado siempre encuentro ese pedacito de emoción necesaria para continuar.

Al terminar la ronda entre mis amigas y tras un par de pequeñas divergencias de opinión decidí contratar los servicios de una lectora profesional para encontrar una visión más objetiva de la historia. Marta, del blog *Tejiendo críticas en la sombra*, me aportó varios puntos necesarios para darle un toque distinto a unas escenas, incluso a añadir trama y pulir aspectos que no quedaban bien cerrados. ¡Mil gracias!

Y no me quedé ahí, esta vez me apoyé en Nieves, del blog *Aprovecha la vida cada día*, quien me animó al terminar de leerla con su efusividad y sus comentarios. Cuando me mandó un Word con la reseña del libro consiguió emocionarme porque se notaba su conexión con los personajes y su entusiasmo. Me quedaría corta con mis palabras para agradecerle el empujoncito que me dio.

La última persona que leyó el manuscrito antes de enviarlo a la editorial fue Lara, del blog *Between us*. Fue precioso ir recibiendo mensajes de WhatsApp en el móvil a medida que avanzaba en la lectura porque me concedió la oportunidad de saber qué pensaba de cada escena y del desarrollo de la trama. ¡Gracias Lara!

Y mil gracias a Red Apple por acompañarme siempre en mis aventuras literarias.

No quiero dejarme a mi familia, mis otros amigos, las personas con las que comparto algún pedacito de mi vida, las que dejé atrás y las que han venido de nuevo. Siempre me siento apoyada por mi entorno, los míos, las personas que de verdad importan, me acompañan en cada paso con su presencia, sus ánimos y su sonrisa. ¡Os quiero muchísimo!



©Pat Casalà

Red Apple Ediciones 2019
www.redappleediciones.com